



CHRISTOPHER PRIEST

EL PRESTIGIO

LA NOVELA EN QUE SE BASA LA PELÍCULA
EL **TRUCO** FINAL

El prestigio es la historia de una rivalidad que va más allá de los límites físicos y temporales. Alfred Borden y Rupert Angier son dos ilusionistas de finales del siglo XIX y cuya relación se sustenta en una profunda rivalidad. Si uno presenta un truco, el otro lo supera tan pronto como puede. Movidos por su afán de liderazgo, se verán envueltos en una lucha que llevará su magia mucho más allá del escenario y convertirá sus trucos y su genialidad en un arma verdaderamente letal. Su enfrentamiento se convierte en una carrera frenética que perpetuará la hostilidad entre ambos hasta nuestros días.

La novela fue galardonada con Premio James Tait Black Memorial (categoría ficción) en 1995 y el World Fantasy Award. Fue llevada al cine en 2006 en una exitosa película dirigida por Christopher Nolan (presentada en castellano como El truco final).

Título original: *The Prestige*
© Christopher Priest, 1995
Traducción: Franca Borsani, 2007

ePub base v2.0

Argentina Warez
Todos La Hacemos!

Gracias a todos los que
descargaron este material.



Agradecimientos

El autor desea agradecer la ayuda otorgada por la *Author's Foundation*.

Desea dar las gracias también a John Wade, David Langford, Leigh Kennedy y a los miembros de *alt.magic*.

PRIMERA PARTE

Andrew Westley

Comenzó en un tren, atravesando Inglaterra hacia el norte, a pesar de que pronto descubriría que la historia había comenzado realmente hacía más de cien años.

En aquel momento no sabía nada; estaba trabajando en el reportaje de un incidente en una secta religiosa. Sobre mi regazo yacía el abultado sobre que había recibido de mi padre esa mañana, todavía sin abrir, porque cuando papá llamó para decírmelo, mi mente estaba en otra parte. El portazo de la puerta de una habitación, mi novia dejándome.

—Sí, papá —le había dicho, mientras Zelda pasaba como un tornado con una caja llena de mis discos compactos—. Échala en el correo, y le daré un vistazo.

Después de leer la edición matutina del *Chronicle*, comprar un bocadillo y una taza de café instantáneo del carrito de los refrigerios, abrí el sobre de papá. Un libro en rústica de gran tamaño se deslizó fuera, con una nota suelta dentro y un sobre usado doblado por la mitad.

La nota decía: «Querido Andy, aquí está el libro del que te hablé. Creo que lo envió la misma mujer que me telefoneó. Me preguntó si sabía dónde estabas. Envío también el sobre en el que llegó el libro. El sello está un poco borroso, pero tal vez puedas descifrarlo. A tu madre le gustaría saber cuándo vendrás de nuevo a quedarte con nosotros. ¿Qué tal el fin de semana que viene? Con amor, Papá».

Por fin recordé algo de la llamada de mi padre. Me había dicho que el libro había llegado y que la mujer que lo había enviado parecía ser algún pariente lejano, porque había estado hablando de mi familia. Debí haberle prestado más atención.

Sin embargo, aquí estaba el libro. Se llamaba *Métodos secretos de magia*, y el autor era un tal Alfred Borden. Parecía uno de esos libros de instrucciones para trucos de cartas, juegos de manos, trucos con guantes de seda y ese tipo de cosas. Lo único que me interesó a primera vista fue que, a pesar de ser un libro de reciente publicación, el texto en sí parecía ser un facsímil de una edición mucho más antigua: la tipografía, las ilustraciones, los encabezamientos de capítulo y la trabajada caligrafía sugerían esto.

No entendí por qué debía interesarme aquel libro. Lo único que me era familiar era el nombre del autor: Borden era el apellido con el que nací, pero cuando me adoptaron, lo cambiaron por el de mis padres adoptivos. Mi nombre completo y legal ahora es Andrew Westley, y a pesar de que siempre supe que era adoptado, crecí pensando en Duncan y Jillian Westley como papá y mamá, los quise como padres, y me comporté como su hijo. Todo esto todavía es cierto. No siento nada por mis padres biológicos. No siento curiosidad sobre ellos o sobre por qué me dieron en adopción, y no deseo para nada buscarlos ahora que soy un adulto. Todo aquello pertenece a un pasado lejano, y ellos siempre me han sido indiferentes.

Existe, sin embargo, una cuestión relativa a mi pasado que roza la obsesión.

Estoy seguro, o para ser más preciso casi seguro, de que soy uno de un par de gemelos idénticos, y de que mi hermano y yo fuimos separados en el momento de la adopción. No tengo idea de cuál fue la razón, ni de dónde puede estar mi hermano, pero siempre asumí que él fue adoptado al mismo

tiempo que yo. Comencé a sospechar de su existencia justo cuando entraba en la adolescencia. Encontré por casualidad un párrafo en un libro, una historia de aventuras, que describía la forma en que muchos gemelos están unidos por un lazo inexplicable, un contacto aparentemente psíquico. Incluso estando separados por miles de kilómetros o viviendo en diferentes países, los gemelos comparten sentimientos de dolor, sorpresa, felicidad, depresión, de un gemelo al otro y viceversa. Leer esto fue uno de esos momentos en la vida en que de pronto muchas cosas cobran sentido.

Toda mi vida, desde que puedo recordar, he tenido la sensación de que *alguien más* compartía mi vida. De pequeño, con nada más que mi propia experiencia, no le daba mucha importancia y asumía que los demás tenían la misma sensación. Al ir creciendo, y al darme cuenta de que a ninguno de mis amigos le pasaba lo mismo, se convirtió en un misterio. Por lo tanto, leer aquel libro fue un gran alivio, ya que parecía explicarlo todo. Tenía un hermano gemelo en alguna parte.

En cierto sentido, la relación de comunicación es vaga, una sensación de ser cuidado, incluso protegido, pero a veces es mucho más específica. La sensación general es de un constante respaldo, mientras que los «mensajes» más directos llegan sólo ocasionalmente, y son precisos, a pesar de que la comunicación en sí es invariablemente no verbal.

Una o dos veces, al estar ebrio, por ejemplo, sentí que en mi interior crecía la preocupación de mi hermano, el miedo de que algo malo me sucediera. En una de estas ocasiones, cuando me iba de una fiesta tarde por la noche y a punto de conducir el coche hasta mi casa, la ola de preocupación que me invadió fue tan intensa que me recuperé en pocos instantes: ¡estaba sobrio! Intenté decírselo a los amigos con quienes estaba, pero únicamente hicieron bromas al respecto. Aun así, esa noche conduje el coche hasta mi casa inexplicablemente sobrio.

De la misma manera, algunas veces sentía el dolor de mi hermano, o su miedo, o percibía las amenazas a las que estaba expuesto, y era capaz de «mandarle» sentimientos de calma, solidaridad o autoconfianza. Es un mecanismo psíquico que puedo utilizar sin entenderlo. Nadie que yo sepa lo ha explicado satisfactoriamente jamás, a pesar de ser común y estar bien documentado.

En mi caso hay, sin embargo, un misterio extra.

No sólo que nunca he podido localizar a mi hermano, sino que según los archivos nunca tuve ningún hermano, y menos un gemelo. Tengo recuerdos intermitentes de mi vida antes de la adopción, aunque por aquel entonces solamente tenía tres años, y no puedo recordar a mi hermano en absoluto. Papá y mamá no sabían nada; me dijeron que cuando me adoptaron nunca se habló de que yo tuviera un hermano.

Como adoptado tienes ciertos derechos legales. El más importante es ser protegido de tus padres biológicos: ellos no pueden contactar contigo a través de ningún medio legal. Otro derecho consiste en preguntar, al ser adulto, acerca de algunas de las circunstancias relativas a tu adopción. Es posible averiguar los nombres de tus padres biológicos, por ejemplo, y la dirección del juzgado en donde se realizó la adopción, y por lo tanto, el lugar en que se encuentran, y pueden examinarse archivos relevantes.

Al cumplir los dieciocho, ansioso por saber lo que fuera acerca de mi hermano, seguí estos pasos. La agencia de adopción me envió al Juzgado Comarcal de Ealing, donde se encontraban los papeles, y aquí descubrí que había sido dado en adopción por mi padre, cuyo nombre era Clive

Alexander Borden. El nombre de mi madre era Diana Ruth Borden (Ellington de soltera), pero ella había muerto poco después de que yo naciera. Supuse que la adopción se produjo debido a su muerte, pero de hecho yo no fui adoptado hasta dos años después de que ella muriera, período durante el cual mi padre me crió solo. Mi propio nombre real era Nicholas Julius Borden. No había nada sobre ningún otro niño, adoptado o no.

Luego revisé los archivos de St. Catherine House, en Londres, pero éstos confirmaron que era el único hijo de los Borden.

A pesar de esto, los contactos psíquicos con mi gemelo siguieron produciéndose, y han continuado desde entonces.

El libro había sido publicado en Estados Unidos por *Dover Publications*, y era una pieza atractiva y bien hecha. La pintura de la portada mostraba a un mago profesional vestido de etiqueta apuntando sus manos expresivamente hacia una caja de madera, de la cual emergía una joven dama. Ella lucía una sonrisa deslumbrante y un traje probablemente demasiado atrevido para la época.

Bajo el nombre del autor estaba impreso: «Edición y comentarios por Lord Colderdale». Al pie de la portada, en grandes letras blancas, había una nota publicitaria: «El famoso *Libro de los secretos*, protegido por juramento». Una nota más larga y mucho más descriptiva en la contraportada lo detallaba minuciosamente:

Publicado originalmente en 1905 en Londres como una edición estrictamente limitada, este libro se vendía únicamente a los magos profesionales dispuestos a hacer un juramento de confidencialidad acerca de sus contenidos. Las copias de la primera edición son ahora sumamente raras, y prácticamente imposibles de conseguir para el público en general.

Disponible por primera vez, esta nueva edición es totalmente completa y contiene todas las ilustraciones originales, así como las notas y textos complementarios proporcionados por el conde británico de Colderdale, un reconocido amateur de la magia contemporáneo.

El autor es Alfred Borden, inventor del legendario truco «El nuevo hombre transportado». Borden, cuyo nombre artístico era Le Professeur de la Magie, fue el mejor ilusionista profesional en la primera década de este siglo. Apoyado en sus primeros años por John Henry Anderson, y protegido de Nevil Maskelyne, Borden fue contemporáneo de Houdini, David Devant, Chung Ling Soo y Buatier de Kolta.

Residía en Londres, Inglaterra, pero a menudo hacía giras por Estados Unidos y Europa.

A pesar de no ser estrictamente un manual de instrucciones, este libro, con su amplio conocimiento de métodos de magia, ofrecerá, tanto a lectores legos como a profesionales, sorprendentes conocimientos acerca de la mente de uno de los más grandes magos que jamás haya existido.

Fue sorprendente descubrir que uno de mis ancestros había sido mago, pero yo no tenía ningún

interés especial en el tema. Además, da la casualidad de que encuentro tediosos algunos trucos de magia; los trucos de cartas especialmente, pero muchos otros también. Los trucos que a veces se ven en la televisión son impresionantes, pero nunca he sentido curiosidad sobre cómo se logran, de hecho, los efectos. Recuerdo que alguna vez oí a alguien decir que el problema de la magia era que cuanto más protegía un mago sus secretos, más banales resultaban ser.

El libro de Alfred Borden contenía una larga sección sobre trucos de cartas, y en otra describía trucos con cigarrillos y monedas. Cada sección estaba acompañada de dibujos explicativos e instrucciones. Al final del libro había un capítulo sobre trucos pensados para ser realizados sobre un escenario, con muchas ilustraciones de cajas con compartimentos secretos, otras con botones falsos, mesas con mecanismos de elevación ocultos detrás de cortinas, y otros artefactos. Eché un vistazo por algunas de estas páginas.

La primera mitad del libro no estaba ilustrada, pero contenía una larga descripción de la vida del autor y de su actitud ante la magia. Comenzaba con las siguientes palabras:

«Escribo en el año 1901.

»Mi nombre, mi verdadero nombre, es Alfred Borden. La historia de mi vida es la historia de los secretos con los que he vivido. Están descritos en esta narración por primera y última vez; ésta es la única copia existente.

»Nací en 1856 en el octavo día del mes de mayo, en la ciudad costera de Hastings. Fui un niño saludable y vigoroso. Mi padre era un comerciante de ese municipio, un eximio carretero y tonelero. Nuestra casa...»

Enseguida imaginé al escritor de este libro acomodándose para comenzar sus memorias. Por ninguna razón en particular lo visualicé como un hombre alto, de cabellos oscuros, con rasgos duros y barba, un poco encorvado, llevando pequeñas gafas para leer, trabajando en un oasis de luz arrojada por una lámpara solitaria situada cerca de su codo. Imaginé el resto de la casa en un silencio deferencial, dejando al maestro en paz mientras escribía. La realidad era sin duda distinta, pero es difícil deshacerse de los estereotipos de nuestros antepasados.

Me pregunté qué relación tendría Alfred Borden conmigo. Si la línea de ascendencia era directa, en otras palabras, si no era un primo o un tío, entonces sería mi tatarabuelo. Si nació en 1856, rondaría los 45 años cuando escribió el libro; parecía más bien entonces que no se trataba del padre de mi padre, sino de una generación anterior.

La introducción estaba escrita con el mismo estilo que el texto principal, con variadas y largas explicaciones acerca del origen del libro, que parecía estar basado en el cuaderno de anotaciones privado de Borden, el cual no estaba pensado para ser publicado. Colderdale había ampliado y aclarado considerablemente la narración, y agregado las descripciones de muchos de los trucos. No había ninguna información biográfica adicional sobre Borden, pero seguramente encontraría alguna si leía el libro entero.

No veía de qué modo el libro iba a decirme nada acerca de mi hermano, y seguía siendo el único interés que yo sentía por mi familia biológica.

En aquel momento mi teléfono móvil comenzó a sonar. Contesté rápidamente, sabedor de que los otros pasajeros del tren pueden irritarse con estas cosas. Era Sonja, la secretaria de mi editor, Len Wickham. De inmediato sospeché que Len le había pedido que me llamara, para asegurarse de que estaba en el tren.

—Andy, ha habido un cambio de planes con respecto al coche —dijo—. Eric Lambert tuvo que llevarlo para que le repararan los frenos, y está en un garaje.

Me dio la dirección. Únicamente la disponibilidad de aquel coche en Sheffield, un Ford cor varios kilómetros encima, conocido por sus frecuentes averías, me había impedido venir en mi propio coche. Len no autorizaría los gastos si había un auto de la empresa disponible.

—¿Dijo algo más el jefe? —pregunté.

—¿Como qué?

—¿Sigo con esta historia?

—Sí.

—¿Llegó algo más de las agencias?

—Nos llegó una confirmación por fax de la Prisión Estatal de California. Franklin todavía está preso.

—Muy bien.

Colgamos. Aún con el teléfono en la mano marqué el número de mis padres, y hablé con mi padre. Le dije que estaba camino a Sheffield, que conduciría desde allí hasta Peak District y que si les parecía bien (por supuesto que sí) podría ir a pasar la noche. Mi padre pareció alegrarse. Él y Jiliar todavía vivían en Wilmslow, Cheshire, y en ese momento que yo trabajaba en Londres no iría a verlos muy frecuentemente.

Le dije que había recibido el libro.

—¿Tienes idea de por qué te lo han enviado a ti? —preguntó.

—Ni la más mínima.

—¿Lo leerás?

—No es mi estilo. Algún día lo miraré.

—Noté que fue escrito por alguien llamado Borden.

—Sí. ¿Ella dijo algo sobre eso?

—No, creo que no.

Después de colgar, metí el libro en mi maletín y me dispuse a mirar la campiña por la ventana del tren. El cielo estaba gris, y las gotas de lluvia surcaban el cristal; tenía que concentrarme en el incidente que me habían enviado a investigar. Yo trabajaba para el *Chronicle*, concretamente como un escritor de temas generales, cargo que parecía más importante de lo que era en realidad. Papá era también periodista, y había trabajado anteriormente para el *Evening Post* de Manchester, un periódico del mismo grupo que el *Chronicle*. Era una cuestión de orgullo para él que yo hubiera conseguido el puesto, a pesar de que siempre sospeché que había movido algunos hilos para mí. No soy un periodista desenvuelto, y en el programa de formación que he estado siguiendo no me ha ido bien. Una de mis grandes preocupaciones a largo plazo es que algún día tendré que explicarle a mi padre por qué renuncié a lo que él considera como un puesto de prestigio en el mejor periódico

británico.

Mientras tanto, sigo adelante de mala gana. Cubrir el incidente por el que estaba viajando fue en parte consecuencia de otra historia que había entregado unos meses antes, acerca de un grupo de entusiastas de los ovnis. Desde entonces Len Wickham, mi editor supervisor, me encargaba cualquier historia relacionada con aquelarres de brujas, levitación, combustiones espontáneas y demás temas alternativos. Tal y como ya había descubierto, en la mayoría de los casos, una vez que me adentraba bien en estos temas, no había generalmente mucho que decir, y muy pocas de las historias que entregué fueron editadas. Aun así, Wickham continuaba enviándome a cubrirlas.

Aquella vez hubo una vuelta de tuerca. Con cierta complacencia, Wickham me informó de que alguien de la secta había telefonado para preguntar si el *Chronicle* planeaba cubrir la historia, y si así era habían pedido que fuera yo en persona.

Habían visto algunos de mis artículos anteriores, pensaban que yo mostraba el grado correcto de honesto escepticismo, y por lo tanto se podía confiar en que escribiría un artículo sincero. A pesar de esto, o tal vez debido a esto, todo indicaba que resultaría ser otra birria.

Una secta religiosa californiana llamada Iglesia Extasiada de Jesús había establecido una comunidad en una gran casa de campo de un pueblo de Derbyshire. Una mujer miembro de esta comunidad había muerto por causas naturales hacía unos días. Su médico de cabecera estaba presente, al igual que su hija. Mientras yacía paralizada, al borde de la muerte, un hombre entró en la habitación. Se quedó de pie junto a la cama e hizo ciertos gestos tranquilizadores con sus manos. La mujer murió poco después, y el hombre abandonó la habitación inmediatamente sin hablarles a los otros dos. No se le volvió a ver. Fue reconocido por la hija de la mujer y por dos miembros de la secta, que habían entrado en la habitación mientras él estaba allí, como el fundador de la secta. Éste era el Padre Franklin, y la secta había surgido a su alrededor debido a su conocida habilidad para estar en dos lugares al mismo tiempo.

El incidente fue digno de noticia por dos razones. Era la primera vez que Franklin estaba en dos lugares al mismo tiempo, en presencia de personas que no eran miembros de la secta, una de las cuales resultaba ser un médico profesional, conocido en la zona. Y la otra razón era que el paradero de Franklin en el día en cuestión se podía establecer con seguridad: era un preso de la Prisión Estatal de California, y tal como Sonja me lo había confirmado por teléfono, aún estaba allí.

La comunidad se estableció en las afueras del pueblo de Peak District en Caldlow, antiguamente un centro minero, cuyo ingreso actual más importante procedía de los excursionistas. En el centro del pueblo había una tienda del National Trust^[1], un club de senderismo de ponis, varias tiendas de regalos y un hotel. Mientras conducía por el pueblo, una fría llovizna caía sobre el valle, oscureciendo las colinas rocosas que se erigían a cada lado.

Me detuve en el pueblo para tomar una taza de té y tal vez hablar con alguien del lugar sobre la Iglesia Extasiada. Sin embargo, a no ser por mí el café habría estado vacío, y la mujer que trabajaba detrás de la barra me dijo que venía diariamente desde Chesterfeld.

Mientras estaba allí sentado, pensando en la posibilidad de almorzar antes de seguir, de improviso mi hermano hizo contacto conmigo. Fue una sensación tan distinta, tan urgente, que giré la cabeza sorprendido, y por un momento pensé que alguien en el café se había dirigido a mí. Cerré los ojos, bajé la cabeza y me quedé escuchando.

Ni una palabra. Nada explícito. Nada que pudiera contestar o escribir, ni siquiera algo que pudiera poner en palabras. Parecía sentir esperanza, felicidad, excitación, placer, ánimo.

Intenté responder: «¿Para qué es esto? ¿Por qué una bienvenida? ¿Para qué me das ánimos? ¿Tiene algo que ver con esta comunidad religiosa?».

Esperé, sabiendo que estas experiencias nunca toman la forma de un diálogo y que, por lo tanto, formular preguntas no iba a darme ningún tipo de respuesta. Aun así, esperaba que me llegara otra señal de su parte. Intenté alcanzarlo mentalmente, por si su contacto conmigo era una forma de impulsarme a comunicarme con él, pero en este sentido no pude percibir nada de su parte.

Mi expresión debía de traslucir mi agitación interior, porque la mujer que estaba detrás de la barra me miraba fijamente con curiosidad. Terminé el resto de mi té, devolví la taza y el platillo a la barra, sonreí atentamente y salí disparado hacia el coche. Mientras me sentaba y cerraba la puerta, me llegó un segundo mensaje de mi hermano. Era igual que el primero, un claro deseo de que yo llegara, de que estuviera allí con él. Todavía era imposible ponerlo en palabras.

La entrada de la Iglesia Extasiada era un empinado camino que salía de la carretera principal, pero cercado por un par de portones de hierro forjado y una torre de entrada. Había un segundo portón a un lado, también cerrado, con un cartel que decía «Privado». Las dos entradas formaban un espacio adicional; aparqué mi coche allí y fui caminando hacia la torre de entrada. Dentro del porche de madera había un moderno timbre contra la pared, y debajo de él la siguiente nota impresa en láser:

LA EXTASIADA IGLESIA DE JESÚS LE DA LA BIENVENIDA
NO SE RECIBEN VISITAS SIN CITA PREVIA
PARA ENTREVISTAS LLAMAR A CALDLOW 393960
VENEDORES Y OTROS PRESIONEN EL TIMBRE DOS VECES
JESÚS TE AMA

Toqué el timbre dos veces, sin escuchar ningún efecto. Había algunos folletos en un buzón

semiabierto, y debajo de él una caja de metal con candado, con una moneda encajada en el borde superior, atornillada firmemente a la pared. Cogí un folleto, deslicé una moneda de cincuenta peniques dentro de la caja, luego regresé al coche y descansé la espalda contra un lado del auto mientras lo leía. La primera página era una breve historia de la secta, y llevaba una foto del Padre Franklin. Las otras tres páginas contenían una selección de citas bíblicas.

Cuando volví a mirar hacia los portones descubrí que empezaban a abrirse silenciosamente de forma automática, accionados a distancia, así que entré en el coche y subí por el empinado camino de gravilla. Éste hacía una curva no muy pronunciada a medida que ascendía por la colina, con un verde campo emergiendo a un lado. Había árboles ornamentales y arbustos plantados que se espaciaban bajo el velo de la llovizna. En el lado más bajo había grandes matas de rododendros de hojas oscuras. Por el espejo retrovisor vi cómo se cerraban los portones detrás de mí al alejarme de ellos. Pronto apareció ante mis ojos la casa principal: era un enorme y poco atractivo edificio de cuatro o cinco pisos, con techos de color negro pizarra y sólidas paredes hechas de piedra y de sombríos ladrillos marrón oscuro. Las ventanas eran altas y estrechas, y reflejaban claramente el cielo lluvioso. El lugar me produjo una sensación fría y sombría, pero a pesar de esto, mientras conducía hacia el aparcamiento, sentí la presencia de mi hermano en mí otra vez, alentándome.

Vi un cartel que indicaba «Visitas por aquí», y seguí por un camino de gravilla que había contra el muro principal de la casa, esquivando el goteo de la hiedra cada vez más abundante. Empujé una puerta y entré en un angosto pasillo, que olía a polvo y madera vieja, y me recordaba al pasillo de la escuela primaria a la que fui. Este edificio producía la misma sensación institucional, pero al contrario que mi escuela, estaba inmerso en el silencio.

Llegué a una puerta con un letrero que ponía «Recepción», y llamé. Al no obtener respuesta, asomé la cabeza por la puerta, pero el lugar estaba vacío. Había dos escritorios de metal que parecían antiguos, y sobre uno de ellos había un ordenador.

Oí unos pasos y volví al pasillo; unos minutos después apareció una delgada mujer de mediana edad al pie de las escaleras. Llevaba varias carpetas de archivos.

Sus pies hacían un ruido fuerte sobre las desnudas escaleras de madera, y al verme allí me miró inquisitivamente.

—Busco a la señora Holloway —dije—. ¿Es usted?

—Sí, soy yo. ¿En qué puedo ayudarle?

No había rastros del acento americano que podía esperarse. —Mi nombre es Andrew Westley, y soy del *Chronicle*. —Le mostré mi carnet de prensa, pero apenas lo miró—. Me gustaría hacerle algunas preguntas sobre el Padre Franklin.

—En este momento el Padre Franklin está en California.

—Eso creo, pero aquel incidente la semana pasada...

—¿A cuál se refiere? —dijo la señora Holloway.

—Tengo entendido que el Padre Franklin fue visto por aquí.

Movió su cabeza lentamente. Estaba de pie, de espaldas a la puerta que daba a su oficina. —Crec que está usted cometiendo un error, señor Westley.

—¿Vio usted al Padre Franklin cuando estuvo aquí? —pregunté.

—No lo vi. Ni él estuvo aquí. —Me estaba dando evasivas, lo cual era totalmente inesperado—. ¿Ha hablado con nuestra oficina de prensa?

—¿Están aquí?

—Tenemos una oficina en Londres en la que se concretan todas las entrevistas de prensa.

—A mí me enviaron aquí.

—¿Nuestro encargado de prensa?

—No... tengo entendido que se envió una solicitud al *Chronicle*, después de que el Padre Franklin hiciera una aparición. ¿Niega usted que esto haya sucedido?

—¿Se refiere al envío de la solicitud? Aquí nadie ha estado en contacto con su periódico. Si se refiere a si niego la aparición del Padre Franklin, la respuesta es sí.

Nos miramos fijamente el uno al otro. Me debatía entre la irritación que me producía la mujer y la frustración que sentía conmigo mismo. Cuando estas situaciones no se desarrollaban con naturalidad, le echaba la culpa a mi falta de experiencia y de motivación. Los otros reporteros del diario parecían saber cómo manejar a personas como la señora Holloway.

—¿Puedo ver al responsable? —le pregunté.

—Yo soy la encargada de administración. Todos los demás están a cargo de la enseñanza.

Estaba a punto de rendirme, pero dije:

—¿Le suena mi nombre?

—¿Acaso debería?

—Alguien preguntó directamente por mí.

—Eso debió de ser de la oficina de prensa, no de aquí.

—Aguarde un momento —dije.

Fui hasta el coche para buscar las notas que me había entregado Wickham el día anterior. La señora Holloway estaba todavía al pie de las escaleras cuando regresé, pero había dejado sus archivos en otro lado.

Me puse a su lado cuando llegué a la hoja que le habían enviado a Wickham. Era un fax. Decía: «Para el señor L. Wickham, Editor, *Chronicle*. Los detalles escritos solicitados son los siguientes: Iglesia Extasiada de Jesús, Caldlow, Derbyshire, casi un kilómetro al norte del pueblo de Caldlow sobre la autopista A623. Aparcamiento en la entrada principal o en el parque. La señora Holloway, administradora, le dará información a su reportero, el señor Andrew Westley. K. Angier».

—Esto no tiene nada que ver con nosotros —afirmó la señora Holloway—. Lo siento.

—¿Quién es K. Angier? —pregunté—. ¿Señor? ¿Señora?

—Ella es la residente del ala privada en el lado este del edificio, y no tiene conexión alguna con la Iglesia. Gracias.

Había puesto su mano en mi codo y me conducía amablemente hasta la puerta. Me indicó que la continuación del camino de gravilla me llevaría a un portal, donde encontraría la entrada del ala privada.

—Siento el malentendido —dije—. No sé cómo ha sucedido.

—Si desea más información sobre la Iglesia, le agradecería que hablara con nuestra oficina de prensa. Ésa es su función, ¿sabe?

—Sí, muy bien. —Llovía con más fuerza que antes, y no había traído ninguna chaqueta. Dije—: ¿Puedo preguntarle sólo una cosa? ¿No hay nadie aquí en este momento?

—Sí, tenemos asistencia completa. Hay más de doscientas personas preparándose esta semana.

—Parece que el lugar esté vacío.

—Somos un grupo cuyo éxtasis es silencioso. Soy la única persona a la que se le permite hablar durante el día. Que tenga un buen día.

Se metió en el edificio y cerró la puerta detrás de ella.

Decidí llamar a la oficina, pues estaba claro que la historia que había venido a cubrir ya no existía. De pie bajo la hiedra que goteaba, mirando la densa llovizna que invadía el valle, llamé a la línea directa de Len Wickham, con un mal presentimiento.

Tardó un rato en contestar. Le dije lo que había ocurrido.

—¿Ya has visto al informante? —preguntó—. Alguien llamado Angier.

—Ahora estoy justo frente a su casa —dije, y le expliqué cuál era la situación según mi parecer—. No creo que sea una historia. Pienso que simplemente es una disputa entre vecinos. Ya sabes, quejándose por una cosa u otra. —Pero no por el ruido, pensé apenas terminé de hablar.

Hubo un largo silencio.

Luego Len Wickham dijo: —Ve a ver al vecino, y si hay algo, llámame de nuevo. Si no, vuelve esta tarde a Londres.

—Es viernes —dije—. Pensaba visitar a mis padres esta noche.

Wickham me contestó colgando el teléfono.

En la entrada principal del ala me recibió una mujer entrada en años, a quien llamé «Señora Angier». Sin embargo, ella apenas prestó atención a mi nombre, y se limitó a mirar atentamente mi carnet de prensa. Luego me llevó a una habitación contigua y me pidió que esperara. El aspecto señorial de la sala, sencilla pero vistosamente amueblada con alfombras hindúes, sillas antiguas y una mesa impecable, me hizo sentir desaliñado con mi traje arrugado y empapado. Después de aproximadamente cinco minutos la mujer regresó, y pronunció unas palabras que me produjeron escalofríos.

—Lady Katherine lo verá ahora —dijo.

Me condujo subiendo las escaleras hacia una amplia y agradable sala de estar, desde donde podía verse el fondo del valle y la alta y rocosa escarpa en el horizonte, en aquel momento apenas visible.

Había una joven de pie frente a la chimenea, donde ardían unos leños, y extendió su mano para saludarme mientras me acercaba a ella. Estaba desconcertado ante la inesperada noticia de que estaba visitando a un miembro de la aristocracia, aunque sus modales eran cordiales. Me sorprendieron, favorablemente, varios rasgos de su apariencia física. Era alta, de cabellos oscuros, tenía un rostro amplio y las mandíbulas marcadas. Su cabello estaba arreglado de manera tal que suavizaba los rasgos más duros de su rostro. Sus ojos eran grandes. Tenía una expresión nerviosa, como si estuviera preocupada por lo que yo pudiera decir o pensar.

Me saludó formalmente, pero en cuanto la otra mujer dejó el salón su comportamiento cambió. Se presentó como Kate, no Katherine, Angier, y me dijo que no le diera importancia al título ya que ella misma no lo utilizaba muy a menudo. Me pidió que le confirmara que yo era Andrew Westley. Le dije que así era.

—Supongo que ha estado en la parte principal de la casa.

—¿En la Iglesia Extasiada? Apenas crucé la puerta.

—Creo que eso fue culpa mía. Les advertí que podía venir, pero a la señora Holloway no le hizo mucha gracia.

—Supongo que fue usted quien envió el mensaje a mi periódico.

—Quería conocerle.

—Eso me imaginé. ¿Cómo es que sabe usted de mí?

—Pensaba decírselo. Pero todavía no he almorzado. ¿Y usted?

Le dije que me había detenido antes en el pueblo, pero que por lo demás no había comido nada desde el desayuno. La seguí hacia la planta baja, donde la mujer que me había abierto la puerta, a quien Lady Katherine llamó señora Makin, estaba preparando un ligero almuerzo de viandas y queso, con ensalada. Mientras nos sentábamos, le pregunté a Kate Angier por qué me había hecho venir desde Londres para lo que ahora parecía una tontería.

—No creo que sea así —dijo.

—Tengo que entregar una historia esta tarde.

—Bueno, tal vez eso sea difícil. ¿Come carne, señor Westley?

Me pasó el plato de viandas. Mientras comíamos, mantuvimos una conversación muy cortés, durante la cual me hizo preguntas acerca del periódico, de mi carrera, de dónde vivía, etcétera. Todavía era consciente de su título, y me sentía cohibido a causa de ello, pero a medida que hablábamos me sentía más cómodo. Tenía un semblante vacilante, casi nervioso, y frecuentemente apartaba la vista a un lado y volvía a mirarme mientras yo hablaba. Supuse que no se debía a una falta de interés en mis palabras, sino que era algo natural en ella. Me di cuenta, por ejemplo, de que sus manos temblaban cuando se estiraba para alcanzar algo en la mesa. Cuando finalmente sentí que había llegado el momento de preguntarle acerca de ella, me dijo que la casa en la que estábamos había pertenecido a su familia durante más de trescientos años. La mayor parte del valle pertenecía al Estado, y algunas granjas estaban alquiladas. Su padre era conde, pero vivía en el extranjero. Su madre estaba muerta, y su otro único familiar cercano, una hermana mayor, estaba casada y vivía en Bristol con su esposo y sus hijos.

La casa había sido un hogar familiar, con servidumbre, hasta el comienzo de la segunda guerra mundial, cuando el Ministerio de Defensa había requisado una gran parte del edificio con el fin de utilizarlo de cuartel general para la Base de Comando de las fuerzas aéreas británicas. A estas alturas su familia ya se había mudado al ala este, que de todas maneras siempre había sido la parte favorita de la casa. Cuando las fuerzas aéreas británicas se retiraron, después de la guerra, la casa fue tomada por la Diputación del Condado de Derbyshire para sus oficinas, y los actuales inquilinos (ésas fueron sus palabras) llegaron en 1980. Dijo que sus padres habían estado preocupados al principio ante la perspectiva de que una secta religiosa estadounidense se mudara allí, debido a los rumores que se oían acerca de este tipo de personas, pero en aquel momento la familia necesitaba el dinero y les había venido bien. La Iglesia profesaba sus enseñanzas en silencio, los miembros eran educados y de trato muy agradable, y en aquella época ni ella ni la gente del pueblo se preocuparon por lo que hacían o dejaban de hacer.

En aquel instante de la conversación ya habíamos terminado de almorzar, y la señora Makin nos había traído algo de café.

—¿Debo pensar que la historia que me trajo hasta aquí, acerca de un cura con la facultad de estar en dos lugares al mismo tiempo, es falsa? —pregunté.

—Sí y no. El culto no esconde el hecho de que basa sus enseñanzas en las palabras de su líder. El Padre Franklin tiene un estigma, y se supone que posee la habilidad de estar en dos lugares a la vez, pero nunca lo habían presenciado testigos independientes, o al menos no en circunstancias controladas.

—¿Pero fue real?

—No estoy segura. Esta vez había un médico de la localidad involucrado, y por alguna razón dijo algo a un periódico sensacionalista, que publicó una versión resumida de la historia. Escuché algo sobre ella cuando estaba en el pueblo el otro día, pero no veo cómo podría haber sido verdad: su líder está preso en Estados Unidos, ¿no es así?

—Si el incidente ocurrió realmente, entonces eso lo haría más interesante.

—Es más probable que sea un fraude. ¿Cómo sabe el doctor Ellis el aspecto que tiene este

hombre, por ejemplo? Solamente hay, por lo tanto, la palabra de uno de los miembros.

—Usted hizo que pareciera una historia verdadera.

—Le dije que quería verle. Y el hecho de que ese hombre pueda estar en dos lugares al mismo tiempo es demasiado bueno para ser verdad.

Se rió como se ríe la gente cuando dice algo y espera que los demás lo encuentren divertido. No tenía ni la menor idea de lo que estaba hablando.

—¿No podría haber simplemente telefoneado al periódico? —dije—. ¿O escribirme una carta?

—Sí, hubiera podido..., pero no estaba segura de que fuera quien yo creía. Quería verle antes.

—No entiendo por qué pensó que un fanático religioso con el don de la ubicuidad podría tener algo que ver conmigo.

—Fue sólo una coincidencia. Ya sabe, la controversia que provoca el ilusionismo, y todo eso. — De nuevo, me miró expectante.

—¿Quién pensaba que era?

—El hijo de Clive Borden. ¿No es así?

Intentó sostenerme la mirada, pero la suya, irresistiblemente, se apartó otra vez. Se produjo una cierta tensión entre nosotros, originada únicamente por su forma de actuar, nerviosa y evasiva. Los restos del almuerzo aún estaban sobre la mesa.

—Un hombre llamado Clive Borden es mi padre biológico —dije—. Pero fui adoptado cuando tenía tres años.

—Bueno. No me equivoqué contigo. Ya nos habíamos visto una vez, hace muchos años, cuando los dos éramos niños. Tu nombre era Nicky en aquel entonces.

—No lo recuerdo —dije—. Debía de ser muy pequeño. ¿Dónde fue?

—Aquí, en esta casa. ¿Realmente no te acuerdas?

—En absoluto.

—¿Tienes algún otro recuerdo de cuando tenías esa edad? —me preguntó.

—Sólo fragmentos. Pero ninguno sobre este lugar. Es la clase de casa que impresionaría a un niño, ¿no es así?

—Está bien. No eres el primero que dice eso. Mi hermana... odia esta casa, y estaba ansiosa por mudarse. —Estiró la mano para alcanzar una pequeña campanilla que estaba detrás de ella sobre una barra, y la hizo sonar dos veces—. Suelo tomar un trago después del almuerzo. ¿Te apetecería acompañarme?

—Sí, gracias.

Enseguida apareció la señora Makin, y lady Katherine se puso de pie.

—El señor Westley y yo estaremos en el salón esta tarde, señora Makin.

Mientras subíamos las amplias escaleras sentí el impulso de escapar de ella, de alejarme de esta casa. Sabía más sobre mí que yo mismo, aunque se trataba de una parte de mi vida que no me interesaba. Obviamente, aquel día tenía que convertirme nuevamente en un Borden, tanto si quería hacerlo como si no. Primero el libro escrito por él, ahora esto. Estaba todo conectado, pero sentía que sus intrigas no eran las mías. ¿Por qué debería importarme el hombre, la familia, que me había dado la espalda?

Me condujo a la habitación donde la había visto por primera vez, y cerró la puerta con decisión detrás de nosotros, casi como si ella hubiera sentido mi deseo de escapar, y quisiera detenerme todo lo que pudiera. Habían colocado una bandeja de plata con unas cuantas botellas, vasos y un cubo de hielo sobre una mesa baja entre algunas sillas de apariencia muy cómoda y un largo sofá. Uno de los vasos ya tenía un trago largo, seguramente preparado por la señora Makin. Kate dijo que podía sentarme, y luego preguntó:

—¿Qué quieres beber?

En realidad hubiera querido un vaso de cerveza, pero la bandeja únicamente contenía bebidas blancas. Dije:

—Tomaré lo mismo que tú.

—Es whisky de centeno americano con gaseosa. ¿Tú también quieres eso?

Dije que sí, y miré cómo lo mezclaba. Cuando se sentó sobre el sofá lo hizo sobre sus piernas, y acto seguido se tomó casi medio vaso de whisky de un trago.

—¿Cuánto tiempo puedes quedarte? —me preguntó.

—Tal vez sólo lo que dure este trago.

—Quiero hablarte de muchas cosas. Y preguntar muchas otras.

—¿Por qué?

—Por lo que sucedió cuando éramos pequeños.

—No creo poder serte de mucha ayuda —dije.

Ahora que no estaba moviéndose tan nerviosamente como antes, empezaba a verla con objetividad, como a una mujer muy atractiva, más o menos de mi edad.

Evidentemente le gustaba beber, y estaba acostumbrada a ello. Sólo eso hizo que me sintiera en territorio familiar; yo pasaba la mayoría de los fines de semana bebiendo con mis amigos. Sus ojos seguían desconcertándome, ya que me miraba, desviaba la mirada y luego volvía a mirarme, haciéndome sentir como si hubiera alguien detrás de mí, moviéndose por el salón donde yo no podía verlo.

—Una respuesta de tan sólo una palabra puede ahorrar mucho tiempo —dijo.

—Está bien.

—¿Tienes un hermano gemelo idéntico? ¿O tuviste uno que murió cuando eras muy joven?

No pude evitar una reacción de temor y sorpresa. Dejé mi vaso, para no derramar todo su contenido, y limpié el líquido que había salpicado sobre mis piernas.

—¿Por qué preguntas eso? —dije.

—¿Lo tienes? ¿Lo tuviste?

—No lo sé. Creo que sí, pero nunca pude encontrarlo. Quiero decir..., no estoy seguro.

—Creo que me has dado la respuesta que esperaba —dijo—. Pero no la que deseaba.

—Si esto tiene algo que ver con la familia Borden, también puedo decirte que no sé nada acerca de ellos —le dije—. ¿Te das cuenta de eso?

—Sí, pero tú *eres* un Borden.

—Lo era, pero no significa nada para mí. —De pronto tuve una visión de la familia de esta joven mujer, remontándose a más de trescientos años atrás en una ininterrumpida secuencia de

generaciones: mismo nombre, misma casa, mismo todo. Mis propias raíces familiares se remontaban a cuando yo tenía tres años—. No creo que puedas darte cuenta de lo que significa ser adoptado. Era sólo un niño pequeño, casi un bebé, y mi padre me echó de su vida. Si me pasara el resto de mi vida sufriendo por eso, no tendría tiempo para nada más. Hace mucho que decidí olvidarlo porque tenía que hacerlo. Ahora tengo una nueva familia.

—Sin embargo, tu hermano todavía es un Borden.

Cada vez que ella mencionaba a mi hermano sentía una punzada de culpa, de preocupación y de curiosidad. Era como si lo usara a él para atacar mis defensas.

Durante toda mi vida la existencia de mi hermano había sido una certeza secreta, una parte de mí que mantenía completamente oculta al resto del mundo. Aun así, aquí estaba esta mujer extraña hablando de él como si lo conociera.

—¿Por qué te interesa tanto este asunto? —pregunté.

—Cuando por primera vez oíste hablar de mí, o viste mi nombre, ¿significó algo para ti?

—No.

—¿Has oído hablar alguna vez de Rupert Angier?

—No.

—¿O de *El gran Danton*, el ilusionista?

—No. Mi único interés en mi antigua familia radica en que, a través de ellos, tal vez algún día pueda rastrear a mi hermano gemelo.

Había estado bebiendo a sorbos rápidos de su vaso de whisky mientras hablábamos, hasta que quedó vacío. Se inclinó hacia adelante para preparar otro trago e intentó poner un poco más en mi vaso. Sabiendo que tendría que conducir más tarde, aparté mi vaso antes de que pudiera llenarlo del todo.

Entonces dijo:

—Creo que el destino de tu hermano está relacionado con algo que sucedió hace aproximadamente cien años. Uno de mis ancestros, Rupert Angier (dices que nunca escuchaste nada acerca de él, y no hay razón por la que podrías haberlo hecho), era un mago de escenario a fines del siglo pasado. Trabajaba con el nombre de *El gran Danton*, porque en aquella época todos los magos utilizaban nombres artísticos grandiosos. Fue víctima de una serie de victoriosos ataques realizados por un hombre llamado Alfred Borden, tu bisabuelo, que también era un ilusionista. ¿No sabes nada acerca de esto?

—Sólo lo que dice el libro. Supongo que lo enviaste tú.

Asintió con la cabeza.

—Mantenían una disputa, y duró años. Se atacaban constantemente el uno al otro, generalmente interfiriendo en la actuación del otro. La historia de su enfrentamiento está en el libro de Borden. Al menos, su versión de la historia. ¿Ya lo has leído?

—Llegó con el correo esta mañana. No he tenido la oportunidad...

—Pensé que te fascinaría saber lo que sucedió.

Estaba pensando, de nuevo: ¿por qué seguir con los Borden? Estaban ya muy lejos de mí, y yo sabía poco de ellos. Hablaba de algo que le interesaba a ella, no a mí.

Sentía ser amable, escuchar lo que decía, pero lo que ella nunca podía saber era la resistencia que había dentro de mí, el mecanismo de defensa inconsciente que un niño autogenera cuando ha sido rechazado. Para adaptarme a mi nueva familia, había tenido que deshacerme de todo lo que sabía de la vieja. ¿Cuántas veces tendría que repetirle esto para convencerla?

Dijo que quería mostrarme algo; dejó su vaso en la mesa y atravesó el salón hacia un escritorio que estaba contra la pared, justo detrás de donde yo estaba sentado. Al inclinarse para buscar algo en un cajón bajo, el escote de su vestido se abrió hacia adelante, y me atreví a mirar: un fino tirante blanco, parte de la copa de un sostén de encaje, y dentro, la curva superior del pecho. Tuvo que buscar dentro del cajón, lo que hizo que se girara para poder estirar el brazo, y vi las esbeltas curvas de su espalda, los tirantes nuevamente discernibles a través del fino material de su vestido, luego su pelo cayendo hacia adelante sobre su rostro. Intentaba despertar mi interés acerca de algo de lo cual yo nada sabía, y en cambio yo estaba examinándola crudamente, pensando distraído en cómo sería tener relaciones sexuales con ella.

Relaciones sexuales con una honorable dama; era la clase de chiste semigracioso que harían los periodistas en la oficina. Para bien o para mal ésa era mi propia vida, más interesante y problemática para mí que todo este asunto de antiguos magos.

Katherine me había preguntado en qué parte de Londres vivía, no con quién vivía en Londres, y por lo tanto yo no había dicho nada acerca de Zelda. La exquisita y enloquecedora Zelda, con el pelo corto y el pendiente en la nariz, las botas con tachuelas y un cuerpo de ensueño, que tres noches antes había dicho que quería tener una relación abierta y se fue a las once y media de la noche, llevándose muchos de mis libros y la mayoría de mis discos. No la había visto desde entonces y empezaba a preocuparme, a pesar de que no era la primera vez que hacía algo parecido. Quería hablarle a esta honorable dama de Zelda, no porque estuviera interesado en lo que ella pudiera decirme, sino porque Zelda era real para mí. ¿Cómo crees que podría recuperarla? O, ¿cómo me libro del trabajo en el periódico sin que parezca que rechazo a mi padre? O, ¿dónde voy a vivir si Zelda me abandona, ya que el apartamento es de sus padres? ¿De qué voy a vivir si no tengo un trabajo? Y si mi hermano es real, ¿dónde está y cómo lo encuentro?

Cualquiera de estas cosas me importaba más que la noticia de una vieja discusión entre bisabuelos de quienes nunca había oído hablar. Sin embargo, uno de ellos había escrito un libro. Tal vez era interesante averiguar algo sobre eso.

—Hace años que no los miro —dijo Kate, con una voz ligeramente apagada por el esfuerzo de buscar dentro del cajón. Había sacado algunos álbumes de fotos, y estaban apilados en el piso mientras intentaba llegar al fondo del cajón—. Aquí están.

Tenía una desordenada pila de papeles, aparentemente viejos y gastados, todos de diferentes tamaños. Los esparció en el sofá a su lado, y cogió su vaso antes de empezar a hojearlos.

—Mi bisabuelo era uno de esos hombres obsesivamente ordenados —dijo—. No solamente lo guardaba todo, sino que ponía etiquetas, hacía listas, tenía armarios específicos, destinados para guardar ciertas cosas. Cuando era niña, mis padres tenían un dicho: «Las cosas del abuelo». Nunca las tocamos, en realidad ni siquiera se nos permitía verlas. Pero Rosalie y yo no pudimos resistir la tentación de mirar parte de ellas. Cuando Rosalie se fue para casarse, y yo estaba aquí sola,

finalmente lo revisé todo y lo descifré. Me las arreglé para vender algunos de los artefactos y los trajes, y obtuve buenos precios. Encontré estos carteles en la habitación que había sido su estudio.

Mientras hablaba, examinaba cuidadosamente los programas, y ahora me pasaba una hoja de papel frágil y amarillenta. Había sido doblada y redoblada varias veces, y los pliegues estaban gastados y casi separados. El programa era para el Teatro Empress en la calle Evering, en Stoke Newington. Había una lista de espectáculos y anunciaba un número limitado de actuaciones, por la tarde y por la noche, desde el 14 al 21 de abril. («Ver anuncios en el periódico para más detalles»). Al principio del programa, impreso en tinta roja, aparecía un tenor irlandés llamado *Dennis O'Canaghan* («Llénense el corazón con la alegría de Irlanda»). Otros actos incluían a *Las Hermanas McKee* («Un trío de adorables *chanteuses*»), a *Sammy Renaldo* («¿Muriéndose de risa, su alteza?»), y a *Robert y Roberta Franks* («Recitación por excelencia»). A mitad del programa, señalado por Kate con pequeños golpecitos de su dedo índice mientras se inclinaba hacia mí, estaba *El gran Danton* («El mejor ilusionista del mundo»).

—Esto fue antes de que realmente lo fuera —dijo—. Pasó la mayor parte de su vida sin dinero, y realmente se hizo famoso pocos años antes de morir. Este programa es de 1881, cuando todo empezaba a irle bastante bien.

—¿Qué significa todo esto? —pregunté, indicando una columna de números cuidadosamente escritos en tinta sobre el margen del programa. Había más en el dorso.

—Ése es el sistema de archivo obsesivo de *El gran Danton* —dijo. Se levantó del sofá y se arrodilló informalmente sobre la alfombra junto a mi silla. Inclinandose hacia mí para poder ver el programa en mis manos, continuó—: No lo he descifrado todo, pero el primer número corresponde a la función. Existe un libro mayor en alguna parte, con una lista completa de todas las actuaciones que hizo. Debajo pone cuántas presentaciones realizó, y cuántas de ellas fueron funciones vespertinas y cuántas nocturnas. Los números siguientes son una lista de los trucos que hizo.

También tenía alrededor de una docena de cuadernos en su estudio con descripciones de todos los trucos que podía hacer. Todavía guardo algunos de los cuadernos por aquí, y probablemente podrías buscar algunos de los trucos que realizó en Stoke Newington. Pero es aún más complicado que eso, porque muchos de los trucos tienen pequeñas variaciones, y también las tiene todas con referencias.

Mira este número de aquí, «10g». Creo que eso fue lo que le pagaron: 10 guineas.

—¿Eso estaba bien?

—Si era por una noche, era brillante. Pero probablemente fuera por toda la semana, por lo tanto era simplemente lo normal. No creo que éste fuera un gran teatro.

Cogí la pila de los otros programas, y tal como Kate había dicho, cada uno tenía apuntados números de código similares.

—Todos sus artefactos estaban etiquetados de la misma manera —dijo—. ¡A veces me pregunto cómo encontraba tiempo para salir al mundo y ganarse la vida! Cuando estaba despejando el altillo, cada una de las piezas de equipamiento con las que me encontré tenía un número de identificación, y cada una tenía su lugar en un inmenso índice, todas con las referencias de los otros libros.

—Tal vez tenía a alguien que se lo hacía.

—No, siempre está escrito con la misma letra.

—¿Cuándo murió? —pregunté.

—En realidad, curiosamente, hay algunas dudas acerca de eso. Los periódicos dicen que murió en 1903, y apareció una nota necrológica en el *Times*, pero alguna gente del pueblo dice que todavía vivía aquí al año siguiente. Lo que me parece extraño es que encontré esa nota necrológica en el álbum de recortes que él tenía, y estaba pegado, etiquetado y con número de referencia, como todo lo demás.

—¿Por qué crees que la guardó?

—No lo sé. Alfred Borden habla acerca de esto en su libro. Allí fue donde me enteré de más detalles, y después de eso intenté averiguar qué había pasado entre ellos.

—¿Tienes más cosas tuyas?

Mientras buscaba los álbumes de recortes, me serví otro trago de whisky americano, el cual nunca había probado antes y empezaba a darme cuenta de que me gustaba. También me gustaba tener a Kate allí en el suelo junto a mis piernas, volteando su cabeza hacia arriba para mirarme mientras hablaba, inclinándose hacia mí, permitiéndome echarle más miradas al escote, probablemente, bien consciente de ello. Era un poco desconcertante estar allí, sin entender del todo lo que estaba sucediendo: una conversación sobre magos, encuentros en la niñez, fuera del trabajo cuando no debería haberlo estado, y en lugar de conducir hasta la casa de mis padres para verlos, tal como lo había planeado.

En esa parte de mi mente ocupada por mi hermano, sentí una sensación de satisfacción, diferente de cualquier otra cosa que nunca antes había sentido viniendo de él. Me incitaba a quedarme.

Por la ventana se veía oscurecer el frío cielo de la tarde, y la lluvia de los Montes Peninos seguía cayendo. Una corriente de aire helado entraba persistentemente por las ventanas. Kate puso otro leño en el fuego.

SEGUNDA PARTE

Alfred Borden

Escribo en el año 1901.

Mi nombre, mi verdadero nombre, es Alfred Borden. La historia de mi vida es la historia de los secretos con los que he vivido. Están descritos en esta narración por primera y última vez; ésta es la única copia existente.

Nací en 1856 en el octavo día del mes de mayo, en la ciudad costera de Hastings.

Fui un niño saludable y vigoroso. Mi padre era un comerciante de ese municipio, un eximio carretero y tonelero. Nuestra casa, en el número 105 de la calle Manor, formaba parte de una extensa hilera de casas adosadas, construida a lo largo de la ladera de una de las varias colinas que constituyen Hastings. Detrás de la casa había un empinado y apartado valle donde pastaban ovejas y vacas durante los meses de verano, pero al frente se elevaba la colina, con muchas más casas, entre nosotros y el mar. Era en aquellas casas, y en las granjas y negocios del lugar, donde mi padre hacía sus negocios.

Nuestra casa era más grande y más alta que otras en nuestra calle, porque fue construida sobre el pórtico que daba al jardín y a los galpones que se encontraban detrás. Mi habitación daba a la calle lateral de la casa, justo sobre el pórtico, y debido a que únicamente las tablas de madera del suelo y algunos delgados listones de yeso se interponían entre yo y el aire libre, la habitación era ruidosa durante todo el año, y despiadadamente fría durante los meses de invierno. Fue en aquella habitación donde crecí lentamente y me convertí en el hombre que soy hoy.

Ese hombre es *Le Professeur de la Magie*, y soy un maestro de las ilusiones.

Es hora de hacer una pausa, a pesar de que es muy pronto, pues este relato no está pensado para hablar de mi vida como lo hacen los que escriben su propia biografía, sino, como he dicho antes, de los secretos de mi vida. Los secretos son propios de mi trabajo.

Permítanme entonces primero considerar y describir el método para escribir este relato. El acto mismo de describir mis secretos podría interpretarse como un engaño a mí mismo, excepto por supuesto que como soy un ilusionista puedo asegurarme de que ustedes vean solamente lo que yo quiero que vean. Hay un enigma implícito.

Es por lo tanto simplemente justo que yo intente, desde el comienzo, elucidar los temas que están directamente conectados, los secretos y su apreciación.

Éste es un ejemplo.

Casi invariablemente llega un momento durante el ejercicio de su profesión en que el prestidigitador parecerá hacer una pausa. Se acercará a los focos, y con toda su luz en la cara, enfrentará directamente al público. Y dirá, o, si su actuación es muda, parecerá decir: «Miren mis manos. No hay nada escondido en ellas». Luego alzará las manos para que el público las vea, levantando las palmas para exponerlas, separando los dedos para probar que no hay nada secretamente oculto entre ellos. Con sus manos en alto entonces las hará girar, para enseñar los

dorsos al público, y quedará determinado que sus manos están vacías. Para llevar el asunto más allá de cualquier sospecha que aún pudiera quedar, el mago probablemente tirará con suavidad de los puños de su chaqueta, mostrando que tampoco hay nada allí escondido. Luego realizará su truco, y durante el mismo, momentos después de la incontrovertible evidencia de sus manos vacías, extrae algo de ellas: un ventilador, una paloma o un conejo, un ramo de flores de papel y a veces hasta una mecha encendida. ¡Es una paradoja, una imposibilidad! El público se maravilla con el misterio, y estallan los aplausos.

¿Cómo puede suceder esto?

El prestidigitador y el público han entrado en lo que yo llamo el *Pacto de hechicería consentida*. No está explícito como tal, y de hecho el público es apenas consciente de que pueda existir tal pacto, pero eso es lo que sucede.

La persona que realiza el truco no es por supuesto un hechicero, sino un actor que interpreta a un hechicero y que desea que la audiencia crea, aunque sólo temporalmente, que él está en contacto con poderes siniestros. El público sabe que lo que está viendo no es realmente hechicería, pero reprime el conocimiento y accede al deseo del hechicero. Cuanto mayor es la habilidad de éste de mantener la ilusión, mejor le juzga el público.

El acto de mostrar las manos vacías, antes de revelar que, a pesar de las apariencias podrían *no* haberlo estado, es en sí mismo un constituyente del Pacto. El Pacto implica que hay condiciones especiales en juego. En relaciones sociales normales, por ejemplo, ¿cuán a menudo tiene alguien que probar que sus manos están vacías? Y consideren esto: si el mago de repente hiciera aparecer un jarrón con flores sin sugerir primero al público que tal aparición era imposible, parecería que no ha existido ningún truco. Nadie aplaudiría.

Por lo tanto esto demuestra mi método.

Permítanme exponer el Pacto de consentimiento bajo el cual escribo estas palabras, con el fin de que los que las lean comprendan que lo que sigue no es hechicería, sólo lo parece.

Primero dejen que les muestre mis manos, por así decirlo, las palmas hacia el frente, los dedos separados, y les diré (y recuerden esto): «Cada palabra de este cuaderno que describe mi vida y mi trabajo es cierta, honesta y precisa».

Ahora giro mis manos para que puedan ver sus dorsos, y les digo: «Mucho de lo que está aquí puede ser comprobado con archivos objetivos. Mi carrera está impresa en archivos de periódicos, mi nombre aparece en libros de referencia biográfica».

Finalmente, tiro suavemente de los puños de mi chaqueta para mostrar mis muñecas, y les digo: «Después de todo, ¿qué ganaría con escribir un relato falso, cuando está hecho únicamente para mis ojos y para los de nadie más, tal vez para los de mi familia más cercana, y los miembros de una posteridad que nunca conoceré?». ¿Qué ganaría, realmente?

Sin embargo, ya he mostrado mis manos vacías, y ustedes deben esperar no sólo que una ilusión se produzca, ¡sino que ustedes la consientan!

Sin escribir ni una sola mentira, ya ha dado comienzo el engaño que es mi vida. La mentira está dentro de estas palabras, hasta en la primera de ellas. Es la creadora de todo lo que sigue, y aun así no será aparente en ninguna parte.

He desviado su atención, hablando de la verdad, de archivos objetivos y de motivos. Del mismo modo que cuando muestro mis manos vacías omito información importante, ustedes, ahora, están mirando en el lugar equivocado.

Como todo mago profesional bien sabe que habrá algunos a quienes esto les desconcertará, otros que se quejarán de ser embaucados, otros más que dirán saber el secreto y, en fin, la feliz mayoría, simplemente aceptará el hecho de la ilusión y disfrutará de la magia por el simple hecho de ser entretenida.

Pero siempre habrá uno o dos que se llevarán el secreto con ellos y se preocuparán por él sin siquiera acercarse a su solución.

Antes de resumir la historia de mi vida, aquí hay otra anécdota que fundamenta mi método.

Cuando era más joven, en los teatros de variedades estaba de moda la música oriental. Gran parte de ella era interpretada por ilusionistas europeos y americanos, vestidos y maquillados para parecer chinos, pero había uno o dos magos chinos verdaderos que venían a actuar a Europa. Uno de ellos, y tal vez el mejor de todos, era un hombre de Shanghai llamado Chi Linqua, que trabajaba con el nombre artístico Ching Ling Foo.

Vi a Ching actuar una sola vez, hace algunos años, en el Teatro Adelphi en Leicester Square. Al final del espectáculo le hice llegar mi tarjeta, y sin perder tiempo me invitó amablemente a su camerino. No habló de su magia, pero mi mirada estaba cautivada por la presencia, sobre un soporte a su lado, de su famoso accesorio: el inmenso cuenco de cristal con peces de colores, que cuando surgía aparentemente de la nada, creaba el fantástico clímax del espectáculo. Me invitó a que examinara la pecera, y era totalmente normal. Contenía al menos una docena de peces ornamentales y estaban todos vivos. Intenté levantarla, pues yo conocía el secreto de su truco, y quedé maravillado por su peso.

Ching me vio luchando con ella pero no dijo nada. Evidentemente no estaba seguro sobre si yo sabía o no cuál era su secreto, y no estaba dispuesto a decir nada que lo expusiera, ni siquiera a un colega profesional. No supe cómo decirle que yo *sí* sabía el secreto, y entonces tampoco dije nada. Me quedé con él quince minutos, tiempo durante el cual permaneció sentado, asintiendo educadamente a los cumplidos que le hacía. Cuando llegué ya se había quitado el traje de la actuación, y llevaba unos pantalones oscuros y una camisa a rayas de color azul, pero aún estaba maquillado. Cuando me puse de pie para irme se levantó de su silla, que estaba junto al espejo, y me condujo hasta la puerta. Caminaba con la cabeza inclinada, los brazos colgando a los lados y arrastrando los pies como si le dolieran mucho las piernas.

Ahora que han pasado muchos años y él está muerto, creo que puedo revelar su secreto máspreciado, y hasta qué punto se obsesionaba por ello tuve el privilegio de vislumbrarlo esa noche.

Su famosa pecera permanecía allí, en el escenario, a lo largo de toda su actuación, lista para su repentina y misteriosa aparición. Su presencia era hábilmente ocultada al público. *La llevaba bajo la toga mandarina que utilizaba de disfraz*, cogiéndola con sus rodillas, lista para su sensacional y aparentemente milagrosa aparición al final del espectáculo. Nadie entre el público pudo nunca adivinar cómo se hacía el truco, a pesar de que un único pensamiento lógico hubiera resuelto el misterio.

¡Pero la lógica estaba mágicamente en conflicto con ella misma! El único lugar posible donde podía esconder el pesado cuenco era debajo de su toga, y aun así esto era lógicamente imposible. Era evidente para cualquiera que Ching Ling Foo era físicamente frágil, ya que se arrastraba dolorosamente durante su rutina. Cuando al final saludaba, se apoyaba en su asistente, y era conducido cojeando fuera del escenario.

La realidad era completamente diferente. Ching era un hombre en forma de gran fuerza física, y bien podía cargar el cuenco de esta manera. Pero a pesar de esto, el tamaño y la forma de la pecera lo hacían caminar arrastrando los pies como un mandarín. Esto amenazaba el secreto, porque dirigía la atención hacia su forma de moverse, por lo tanto, para proteger el secreto, caminó arrastrando los pies el resto de su vida. Nunca, en ningún momento, en su casa o en la calle, de día o de noche, caminó normalmente, para no revelar su secreto.

Tal es la naturaleza de un hombre que interpreta el papel de mago.

El público bien sabe que un mago practicará sus trucos durante años, y ensayará cada número cuidadosamente, pero poca gente se dará cuenta de hasta qué punto llega el prestidigitador con su deseo de engañar, la manera en que el aparente desafío de las leyes normales se convierte en una obsesión que gobierna cada momento de su vida.

La obsesión de Ching Ling Foo giraba en torno a una ilusión, y ahora que han leído mi anécdota sobre él pueden pensar, y acertarán, que yo tengo la mía. El engaño gobierna mi vida, en cada decisión que tomo, regula cada uno de mis movimientos. Incluso ahora, mientras me embarco en la escritura de mis memorias, controla lo que puedo escribir y lo que no. He hablado de método como la exposición de unas manos aparentemente vacías, pero en realidad todo en este relato representa el andar cojo de un hombre en forma.

Debido a que el almacén estaba prosperando, mis padres pudieron enviarme a la Academia Escolar Pelham, un colegio de mujeres dirigido por las señoritas Pelham en la calle East Bourne, junto a las ruinas de la Muralla de la ciudad medieval y cerca del puerto. Allí, en medio del persistente hedor de los pescados podridos esparcidos por la playa y los alrededores del puerto, y rodeado por el constante pero elocuente estruendo de las gaviotas argénteas, me enseñaron las tres R, así como un mínimo de historia, geografía y el temible idioma francés. Todo esto me serviría de mucho más adelante en mi vida, pero mis infructuosas batallas para aprender francés tuvieron un resultado irónico, pues en mi vida de adulto mi personaje en el escenario es el de un profesor francés.

El camino de ida y vuelta al colegio pasaba a través de la cresta de West Hill, que había sido construida en el vecindario más cercano a nuestra casa. La mayor parte del camino consistía en estrechos y empinados senderos, a través de los aromáticos tamariscos, que habían colonizado tantos espacios abiertos de Hastings. En ese entonces Hastings estaba experimentando un período de intenso desarrollo, y se estaban construyendo numerosas casas y hoteles nuevos para alojar a los visitantes veraniegos. Yo no me daba cuenta, porque el colegio estaba en la parte antigua de la ciudad, mientras que el área de esparcimiento se construía detrás de White Rock, un espolón rocoso, que un día de mi infancia fue dinamitado de un modo fascinante hasta su destrucción para dejar lugar a la creación de un paseo marítimo. A pesar de todo esto, la vida en el centro antiguo de Hastings continuaba de la misma forma en que lo había hecho por cientos de años.

Podría decir mucho acerca de mi padre, bueno y malo, pero quiero concentrarme en mi propia historia, así me limitaré a lo mejor. Lo quise, y aprendí de él muchas de las técnicas de construcción de las cajas que, inadvertidamente para él, me han dado fama y renombre. Puedo atestiguar que mi padre era trabajador, honesto, sobrio, inteligente y, a su manera, generoso. Era justo con sus empleados. Sin ser un hombre temeroso de Dios, ni creyente, educó a su familia para que actuase conforme un bondadoso laicismo, en el que nada ocurriría ni dejaría de ocurrir para perjudicar o lastimar a otros. Era un brillante constructor de armarios y un buen carretero. Más adelante me di cuenta de que los eventuales estallidos emocionales que mi familia tuvo que soportar (pues fueron varios) y, en suma, el origen de su rabia, debieron de haber sido causados por frustraciones internas, a pesar de que nunca estuve completamente seguro de cuáles eran. A pesar de que yo nunca fui el blanco de sus peores momentos, crecí temiendo a mi padre, aunque lo amaba profundamente.

El nombre de mi madre era Betsy May Borden (Robertson de soltera), el nombre de mi padre era Joseph Andrew Borden. Tengo un total de siete hermanos y hermanas, aunque debido a las muertes prematuras solamente conocí a cinco de ellos. Yo no era ni el mayor ni el más pequeño, y no era el preferido de ninguno de mis padres. Crecí en razonable armonía con casi todos, si no todos, mis hermanos.

Cuando tenía doce años me sacaron del colegio y me pusieron a trabajar de aprendiz de carretero en el almacén de mi padre. Aquí comenzó mi vida de adulto, puesto que desde entonces pasaba más tiempo con adultos que con niños, y también porque comenzaba a ver claro mi propio futuro. Dos

factores jugaron un papel fundamental.

El primero fue, simplemente, aprender a manejar la madera. Había crecido observándola y oliéndola, por lo que su aspecto y su olor me eran familiares. Sin embargo, no tenía ni idea de lo bien que podía uno sentirse al recogerla, o al surcarla, o al cortarla. Desde el primer momento en que utilicé la madera comencé a respetarla y a darme cuenta de las posibilidades que ocultaba. La madera, si está bien cortada y ha sido talada de manera que pueda aprovecharse la veta, es hermosa, fuerte, liviana y flexible. Puede cortarse de casi cualquier forma, trabajarse o adherirse a cualquier otro material; puedes pintarla, mancharla, teñirla, moldearla. Es atractiva y común al mismo tiempo, por lo tanto, donde haya algo fabricado en madera, se obtiene una tranquila sensación de sólida normalidad, así que casi nunca llama la atención.

En resumen, es el material ideal para el ilusionista.

En el almacén no me trataban de forma especial por ser el hijo del propietario. El primer día empecé a aprender el oficio realizando el trabajo más duro, más difícil del taller: nos pusieron a mí y a otro aprendiz a trabajar con una sierra. Fueron jornadas de doce horas (comenzábamos a las seis de la mañana y terminábamos a las ocho de la noche cada día, con sólo tres cortos descansos para las comidas) que endurecieron mi cuerpo como ningún otro trabajo que pueda imaginar, y me enseñaron a temer y a respetar las pesadas cuerdas de la madera. Tras mi iniciación, que prosiguió durante varios meses, empecé a cortar madera. Era menos exigente físicamente, pero más arduo; volteaba y alisaba la madera para los colegas y los compañeros de los carros.

Aquí entré en contacto habitual con los carreteros y otros hombres que trabajaban para mi padre, y vi menos a mis compañeros aprendices.

Una mañana, aproximadamente un año después de haber dejado el colegio, un contratista llamado Robert Noonan vino al taller, a realizar un trabajo de reparación y decoración de la pared del fondo del almacén que se necesitaba hacía tiempo, ya que había sido dañada durante una tormenta hacía algunos años. La llegada de Noonan supuso la segunda influencia que afectaría mi vida futura.

Estaba ocupado en mis labores y apenas lo noté, pero a la una del mediodía, cuando paramos para almorzar, Noonan vino y se sentó conmigo y con los otros hombres en la mesa de caballetes mientras comíamos. Sacó un mazo de cartas y preguntó si alguno de nosotros quería «encontrar a la dama». Algunos de los hombres mayores intentaron advertir a los otros, pero algunos de nosotros simplemente nos quedamos mirando. Pequeñas sumas de dinero fueron pasando de mano en mano; no por las mías, ya que no tenía nada para gastar, pero un par de trabajadores estaban ansiosos por apostar unos peniques.

Me fascinaba la forma relajada y natural en que Noonan manipulaba las cartas.

¡Era tan rápido! ¡Tan diestro! Hablaba suave y persuasivamente, mostrándonos las caras de las tres cartas en juego, colocándolas boca abajo sobre la pequeña caja frente a él con movimientos rápidos pero fluidos y luego moviéndolas con sus largos dedos antes de detenerse para desafiarnos y preguntarnos cuál era la reina. Los trabajadores tenían ojos más lentos que los míos; no veían la carta tan a menudo como yo (a pesar de que me equivocaba más de lo que acertaba).

Más tarde le dije a Noonan:

—¿Cómo lo haces? ¿Me lo enseñas?

Primero comenzó a darme largas hablándome de manos fojas, pero yo insistí.

—¡Quiero saber cómo lo haces! —gritaba—. ¡La reina se coloca en el medio de las tres pero tú sólo mueves las cartas dos veces y ya no está donde yo creo que está! ¿Cuál es el secreto?

Entonces, un día a la hora del almuerzo, en lugar de intentar desplumar a los demás, me llevó a un rincón tranquilo del galpón y me enseñó a manipular las tres cartas de manera que las manos engañaran a los ojos. La reina y otra carta se cogían suavemente entre el pulgar y el dedo medio de la mano izquierda, una sobre la otra; la tercera carta se cogía con la mano derecha. Una vez colocadas las cartas movía sus manos en diagonal, rozando suavemente la punta de los dedos sobre la superficie y pausando brevemente, sugiriendo así que la reina era colocada primero. De hecho, era casi invariablemente una de las otras cartas la que se deslizaba discretamente debajo de ella. Éste es el clásico truco conocido como «Monte de tres cartas».

Cuando entendí el funcionamiento de este truco, Noonan me mostró varias técnicas más. Me enseñó cómo pegar una carta a la palma de la mano, cómo mover la mesa engañosamente para no alterar el orden de las cartas, cómo cortar la baraja para poner una determinada carta encima o debajo de la mano, cómo ofrecer a alguien un abanico de cartas y obligarlo a elegir una carta en particular. Hacía todo esto de forma despreocupada, presumiendo más que mostrando, probablemente sin darse cuenta de la absorta atención con la que yo lo estaba asimilando. Cuando terminó su demostración intenté poner en práctica la técnica de repartir las cartas con la reina, pero las cartas se desparramaron por todas partes. Lo intenté otra vez. Y una vez más. Una y otra vez después de que el propio Noonan perdiera interés y se fuera por ahí. La tarde del primer día, solo en mi habitación, ya había conseguido dominar el «Monte de tres cartas», y me ponía a trabajar en las otras técnicas que había visto brevemente.

Un día, cuando terminó su trabajo, Noonan dejó el almacén y desapareció de mi vida. Nunca volví a verlo. Dejó tras él a un niño adolescente excitado y animado por un deseo irrefrenable. Mi intención era no descansar hasta dominar el arte que ahora sabía (de un libro que saqué urgentemente de la biblioteca) se llamaba *Legerdemain*.

«Legerdemain», los juegos de manos, la prestidigitación, se convirtieron en el mayor interés de mi vida.

En los siguientes tres años se produjeron desarrollos paralelos en mi vida. Por un lado era un adolescente convirtiéndose rápidamente en un hombre. Por el otro, mi padre no tardó mucho en darse cuenta de que yo poseía una apreciable destreza para la carpintería, y que las comparablemente ásperas demandas del trabajo de carretero no me aprovechaban por completo. Finalmente, estaba aprendiendo a hacer magia con mis manos.

Estas tres partes de mi vida se entrecruzaban unas con otras como las hebras de una trenza. Tanto mi padre como yo debíamos ganarnos la vida, por lo tanto, gran parte del trabajo que yo hacía en el taller eran los barriles, los ejes y las ruedas que conformaban la parte principal del negocio; pero cuando podía, él o alguno de sus empleados me instruían en el más exquisito arte de la ebanistería. Mi padre planeaba para mí un futuro en su negocio. Si yo demostraba ser tan experto como él creía, al finalizar mi aprendizaje me pondría mi propio taller de muebles, permitiéndome desarrollarlo a mi manera. Con el tiempo, él se uniría a mí cuando se retirara del almacén. Cuando pensaba en ello, comprendía algunas de las frustraciones de su vida. Mi habilidad carpintera le traía recuerdos de su propia ambición juvenil.

Mientras tanto, mi otra capacidad, la que yo veía como la verdadera, se desarrollaba a paso acelerado. Cada momento de mi tiempo libre estaba dedicado a practicar el arte de los conjuradores. En especial, aprendí e intenté dominar todos los trucos conocidos de manipulación de cartas de juego. Veía los juegos de manos como la base de toda la magia, así como la escala tonal es la base de la más compleja sinfonía. Era difícil obtener trabajos de referencia sobre el tema, pero los libros de magia sí que existen y el investigador diligente puede encontrarlos. Noche tras noche, en mi fría habitación sobre el puente, me ponía de pie frente a un espejo de cuerpo entero y practicaba sin descanso; hacía desaparecer y aparecer las cartas, barajarlas y desplegarlas, pasarlas y mostrarlas en forma de abanico, descubriendo distintas formas de cortar y amagar. Aprendí el arte del cambio de dirección, en el que el mago explota la experiencia diaria del público para confundir sus sentidos: la jaula de metal que parece demasiado rígida como para derrumbarse, la pelota que parece demasiado grande como para ser escondida en una manga, la espada cuya templada hoja de acero, ¿seguro?, nunca podría ser flexible. Rápidamente creé un repertorio con estas técnicas de prestidigitación, concentrándome en cada una de ellas hasta manejarla correctamente, luego practicando hasta dominarla, y concentrarme en ella una vez más hasta dominarla a la perfección. Nunca dejé de practicar.

La fuerza y la destreza de mis manos eran claves.

Ahora, brevemente, hago una pausa en este relato para reparar en mis manos.

Dejo mi lapicero para ponerlas frente a mí nuevamente, girándolas bajo la luz de la lámpara de gas, tratando de verlas de una forma no tan familiar, como las veo cada día, sino como imagino que lo haría un extraño. Ocho dedos largos y esbeltos, dos sólidos pulgares, las uñas cortadas de un largo específico, no las manos de un artista, ni las de un trabajador, ni las de un cirujano, sino las manos de un carpintero convertido en prestidigitador. Cuando las giro y pongo las palmas frente a mí, veo una

piel pálida, casi transparente, con durezas oscuras entre las juntas de los dedos.

Las bolas de los pulgares son redondas, pero cuando tenso los músculos se forman duras rugosidades que atraviesan las palmas. Ahora les doy la vuelta y veo la piel suave de nuevo, con algunos vellos rubios. Las mujeres sienten curiosidad por mis manos, y algunas dicen que les encantan.

Cada día, incluso ahora, en mi madurez, hago ejercicios con mis manos. Son suficientemente fuertes como para reventar una pelota de tenis. Puedo doblar clavos de acero entre mis dedos, y si golpeo madera brava con la base de la mano, se astilla.

De la misma manera, la misma mano puede suspender un penique suavemente en el aire cogiéndolo por su canto entre las yemas de mi tercer y mi cuarto dedo, mientras el resto de la mano manipula artefactos, o escribe en una pizarra, o sostiene el brazo de un voluntario del público, y puede retener la moneda allí al mismo tiempo, antes de deslizarla hábilmente hasta donde parezca aparecer por arte de magia.

Mi mano izquierda tiene una pequeña cicatriz, un recordatorio de la época de mi infancia en que aprendí el verdadero valor de mis manos. Ya sabía, gracias a todas las veces que practicaba con un mazo de cartas, o con una moneda, o con un guante de seda fina, o con cualquiera de los accesorios del mago que comenzaba a manejar lentamente, que la mano del hombre era un instrumento delicado, fino y fuerte, y sensible. Pero la carpintería endureció mis manos, hecho lamentable que descubrí una mañana en el almacén. Un momento de distracción mientras daba forma a una pina, un movimiento descuidado con un formón, y me hice un profundo tajo en la mano izquierda. Recuerdo estar allí de pie sin poder creerlo, mis dedos tensos como garras, mientras del tajo brotaba sangre de un rojo intenso y se extendía rápidamente por la muñeca y el brazo. Los hombres mayores con quienes estaba trabajando ese día estaban acostumbrados a tales heridas, y sabían qué hacer; me aplicaron un torniquete rápidamente y prepararon un carro para salir inmediatamente hacia el hospital. Tuve la mano vendada durante dos semanas. No era la sangre, ni el dolor, ni la incomodidad; era el terror de que cuando el corte se curara, mi mano hubiera resultado *atravesada* de forma tan definitiva, devastadora, que quedara inmovilizada para siempre. En definitiva, no hubo daños permanentes. Tras un desalentador período en que la mano estaba demasiado rígida y torpe como para usarla, los tendones y los músculos se fueron aflojando, la herida se curó y se cerró correctamente, y al cabo de dos meses ya estaba normal.

Sin embargo, lo tomé como una advertencia. En ese entonces mis juegos de manos eran sólo una afición. Nunca había actuado para nadie, ni siquiera, como Robert Noonan, para entretener a los hombres con quienes trabajaba. Toda mi magia era para práctica, ejecutada en una muda demostración frente al espejo. Pero era una afición absorbente, una pasión, incluso, sí, el comienzo de una obsesión. ¡No podía permitir que ninguna herida la pusiera en peligro!

Esa mano cortada fue por lo tanto otro momento crucial para mí, porque estableció la prioridad de mi vida. Antes de eso, yo era un aprendiz de carretero con un absorbente pasatiempo, pero después era un joven mago que no permitiría que nada se interpusiera en su camino. Era más importante esconder una carta en la palma de mi mano, o coger con destreza una bola de billar oculta dentro de una bolsa forrada en feltro, o deslizar secretamente un billete de cinco peniques dentro de

una naranja preparada, por más triviales que estas cosas puedan parecer, que el hecho de lastimarme mis manos de nuevo algún día haciendo una rueda para el carro de un patrón.

¡No me dije nada de esto! ¿Qué es? ¿Hasta dónde debe llegar? ¡No debo escribir nada más hasta saberlo! Entonces, ahora que hemos hablado, ¿están de acuerdo en que continúe? Aquí está otra vez, bajo ese acuerdo puedo escribir lo que yo crea conveniente, y puedo ampliarlo cuando yo lo crea conveniente. No planeé nada con lo que no estaría de acuerdo, sólo escribir una buena parte más antes de leerlo. Me disculpo si pienso que me estaba engañando, y fue sin mala intención.

Lo he releído varias veces, y creo entender hacia dónde me dirijo. Fue simplemente la sorpresa lo que me hizo reaccionar de ese modo. Ahora que estoy más calmado me parece bastante aceptable, hasta ahora.

¡Pero falta mucho! Creo que a continuación debo escribir acerca del encuentro con John Henry Anderson, porque fue gracias a él que conseguí introducirme en Maskelynes.

Supongo que no hay ninguna razón en especial para que no pueda ir directo a esto. O bien tengo que hacer esto ahora, o dejar una nota para encontrarla luego.

¡Hagamos este trueque más a menudo!

No debo dejar fuera bajo ninguna circunstancia:

1. La forma en que descubrí lo que hacía Angier, y lo que yo hice al respecto.
2. Olive Wenscombe (no fue mi culpa, N.B)..
3. ¿Qué hay de Sarah? ¿Y los niños?

El pacto también cubre esto, ¿no es cierto? Así es como yo lo interpreto. Si es así, tengo que dejar mucho fuera o tengo que añadir bastante más.

Me sorprende descubrir cuánto he escrito.

Cuando yo tenía dieciséis años, en 1872, John Henry Anderson trajo su espectáculo de magia a Hastings, y estuvo en cartelera durante una semana en el Teatro Gaiety de la calle Queen. Asistí a su espectáculo todas las noches, comprando los asientos más cercanos al auditorio que podía permitirme. Habría sido inconcebible perderme alguna de sus presentaciones. En esa época no sólo era el ilusionista profesional más importante con un espectáculo itinerante, famoso por la creación de nuevos, numerosos y sorprendentes efectos, sino que además tenía reputación de ayudar y alentar a magos jóvenes.

Todas las noches el señor Anderson realizaba un truco conocido en el mundo de la magia como «La ilusión de la caja moderna». Durante el mismo invitaba a un pequeño comité de voluntarios del público a subir al escenario. Estos hombres (siempre eran hombres) ayudarían a subir al escenario una alta caja de madera montada sobre ruedas, lo suficientemente alta como para demostrar que nadie podría entrar por la base. Luego se invitaba al comité a inspeccionar la caja por dentro y por fuera hasta quedar satisfecho de que estaba vacía, darle vueltas para que el público la viera desde todos los ángulos, incluso se elegía a uno de ellos para que se metiera dentro un momento y comprobar que ninguna otra persona podía estar allí escondida. Luego ayudaban a cerrar la puerta y a asegurarla con grandes candados.

Mientras el comité permanecía en el escenario, el señor Anderson giraba la caja una vez más para que el público se convenciera de que estaba bien cerrada, luego con rápidos movimientos quitaba los candados, abría la puerta... y salía una hermosa y joven asistente, llevando un voluminoso traje y un gran sombrero.

Cada noche, cuando el señor Anderson pedía voluntarios, yo me ponía de pie ansiosamente esperando ser elegido, y cada noche escogía a otros. ¡Deseaba mucho que me escogiera a mí! Quería saber cómo era estar en el escenario bajo las luces, frente al público. Quería estar cerca del señor Anderson cuando hacía este truco. Y afortunadamente conseguí ver de cerca cómo estaba construida la caja. Por supuesto que conocía el secreto de la «Caja moderna», porque para entonces había aprendido o descifrado yo solo el mecanismo de cada truco actual, pero ver de cerca la caja de un mago tan importante habría sido una oportunidad única para examinarla. El secreto de ese truco en particular está en la construcción de la caja. Ay, pero no era el momento propicio.

Después de la última actuación de su corta temporada me armé de valor y fui hasta la entrada de los artistas, con la intención de abordar al señor Anderson cuando abandonara el teatro. En cambio, hacía menos de un minuto que estaba fuera, de pie, cuando el portero salió de su cubículo y se acercó a mí, con la cabeza ligeramente hacia un lado y mirándome con curiosidad.

—Disculpe, caballero —me dijo—. El señor Anderson ha dejado instrucciones de invitarlo a su camerino si usted llegara a aparecer por esta entrada.

¡Huelga decir que me quedé pasmado!

—¿Está seguro de que se refería a mí? —pregunté.

—Sí, señor. Estoy seguro.

Aún perplejo, pero totalmente encantado y entusiasmado, seguí las direcciones del portero a través de todos los estrechos pasadizos y escaleras, y pronto encontré el camerino de la estrella. Dentro...

Dentro, se sucedió una corta y emocionante entrevista con el señor Anderson. Me siento reacio a describirla aquí en detalle, en parte porque fue hace tanto tiempo e, inevitablemente, me he olvidado de los detalles, pero también en parte porque no fue hace tanto tiempo que dejé de sentir vergüenza de mis efusiones juveniles. Mi semana en la primera fila de sus actuaciones me había convencido de que era un ilusionista brillante, un buen presentador y admirable orador, e impecable en la ejecución de sus trucos. Me había quedado boquiabierto al conocerlo, pero cuando volví a mover los labios salió efusivamente de mí un torrente de elogios y entusiasmo.

Sin embargo, a pesar de todo esto, surgieron dos temas que son de interés.

El primero fue su explicación de por qué nunca me había escogido de entre el público. Me dijo que había estado a punto de hacerlo en la primera función, porque había sido el primero en ponerme de pie, pero algo le había hecho cambiar de opinión. Luego dijo que cuando me vio en las siguientes actuaciones se dio cuenta de que yo debía de ser un colega mago (¡cómo saltó de alegría mi corazón ante tal reconocimiento!), y por lo tanto se resistía a invitarme a tomar parte. Él no sabía, ni podía estar seguro, si yo tenía motivos ocultos. Muchos magos, en particular los más jóvenes, son capaces de intentar robar ideas a sus colegas mejor consolidados, y por lo tanto entendí la precaución del señor Anderson. Aun así, se disculpó por haber desconfiado de mí.

El otro tema surgió de éste; se había dado cuenta de que yo estaba comenzando mi carrera. Pensando en esto me escribió una breve carta de presentación, para presentarla en la Sala St. George en Londres, donde podría conocer al señor Nevil Maskelyne en persona.

Fue entonces cuando me invadió la excitación; me resulta demasiado doloroso recordar mis efusiones juveniles.

Alrededor de seis meses después de mi emocionante encuentro con el señor Anderson, me acerqué por fin al señor Maskelyne en Londres, y a partir de entonces comenzó mi carrera de mago profesional. Ésta, en líneas generales, es la historia de cómo conocí al señor Anderson y, a través de él, al señor Maskelyne. No es mi intención darle vueltas a estos u otros pasos que seguí al ir perfeccionando mi arte hasta crear un exitoso espectáculo escénico, excepto cuando infuyan en el punto principal de este relato. Hubo un largo período durante el cual iba aprendiendo mi oficio mientras lo representaba en el escenario, y la gran mayoría de las veces los resultados eran decepcionantes. Esa época de mi vida no me resulta demasiado interesante.

Sin embargo, hay algo importante en la cuestión particular de mi encuentro con el señor Anderson. Él y el señor Maskelyne fueron los únicos dos magos importantes que conocí antes de que mi Pacto adoptara su forma actual, y por lo tanto son los dos únicos colegas ilusionistas que conocen el secreto de mi actuación. Lamento decir que el señor Anderson está muerto, pero la familia Maskelyne, incluyendo al señor Nevil Maskelyne, todavía está activa en el mundo de la magia. Sé que puedo confiar en su silencio; de hecho, *tengo* que confiar en ellos. No estoy dispuesto a culpar al señor Maskelyne de que mis secretos hayan estado algunas veces a punto de divulgarse.

No, ciertamente, puesto que sé bien quién es el culpable.

Volveré ahora a referirme a lo esencial de este relato, que era mi intención antes de interrumpir.

Se cuenta que hace algunos años un mago (creo que fue el señor David Devant) había dicho: «Los magos protegen sus secretos, no porque éstos sean tan grandes e importantes, sino porque son muy pequeños y triviales. Los maravillosos efectos creados en el escenario son generalmente el resultado de un secreto tan absurdo, que al mago le daría vergüenza admitir que así fue como se hizo».

Ahí, en pocas palabras, reside la paradoja del mago de escenario.

El hecho de que un truco se «estropea» si se revela su secreto es ampliamente conocido, no sólo por los magos, sino por el público al que entretienen. Mucha gente disfruta de la sensación de misterio creada por el espectáculo, y no quieren arruinarla, sin importar lo curiosos que estén por saber lo que parecen haber testimoniado.

El mago, naturalmente, desea preservar sus secretos, para poder seguir ganándose la vida con ellos, y esto es ampliamente reconocido. Sin embargo, se convierte en víctima de sus propios secretos. A medida que un truco forma parte de su repertorio, y lo representa exitosamente con mayor frecuencia, aumentando así el número de personas que han sido engañadas, entonces considerará más esencial si cabe preservar su secreto.

El efecto se agranda. Es visto por muchos públicos que otros magos lo copian o lo adaptan; el propio mago dejara que evolucione y que su número cambie a lo largo de los años, de forma que su secreto parezca más elaborado o más imposible de explicar.

El secreto permanece a través de todo esto. También permanece pequeño y trivial, y mientras crece el efecto, la trivialidad se vuelve más amenazadora para su reputación. El secreto se convierte en una obsesión.

Por lo tanto, pasemos a lo que realmente nos incumbe.

He pasado toda mi vida cuidando mi secreto, aparentando cojear (estoy aludiendo a Ching Ling Foo, no, por supuesto, escribiendo literalmente). Ahora tengo cierta edad y, francamente, un merecido bienestar, hasta el punto de que actuar sobre el escenario ha perdido su dorado encanto. ¿He de cojear figurativamente, entonces, por el resto de mi vida natural para preservar un secreto que unos pocos saben que existe, y que incluso a menos les interesa? Pienso que no, así que me he propuesto finalmente cambiar el hábito de toda una vida y escribir sobre «El nuevo hombre transportado». Éste es el nombre del truco que me ha hecho famoso, descrito por muchos como la mejor pieza de magia que se haya representado nunca sobre un escenario internacional.

Tengo intención de escribir, en primer lugar: una breve descripción de lo que ve el público.

Y luego, en segundo lugar: ¡una Revelación del Secreto que hay detrás!

Tal es el propósito de este relato. Ahora pongo mi lapicero a un lado, como hemos convenido. Me he abstenido de escribir en este libro durante tres semanas. No necesito decir por qué; no necesito que me digan por qué. El secreto de «El nuevo hombre transportado» no puedo revelarlo solamente yo, y eso es todo. ¿Qué locura me infecta?

El secreto me ha sido muy útil durante muchos años, y ha resistido numerosos ataques indiscretos. He pasado gran parte de mi vida protegiéndolo. ¿No es ésta razón suficiente para el

Pacto?

Sin embargo, ahora digo que todos esos secretos son triviales. ¡Triviales! ¿He dedicado mi vida a un secreto *trivial*?

Las primeras dos de mis tres semanas silenciosas transcurrieron mientras reflexionaba sobre esta idea indignante acerca del trabajo de mi vida.

Este libro, diario, narración —¿cómo debería llamarlo?— es en sí mismo producto de mi Pacto, como ya he dejado claro. ¿He pensado acaso en todas las ramificaciones que esto puede tener?

Según el Pacto, si alguna vez hago una declaración, incluso algo desacertado o dicho en un momento de descuido, siempre asumo la responsabilidad, ya que es como si yo mismo hubiera dicho tales palabras; tal como lo hago cuando se intercambian los roles, o al menos es lo que siempre he asumido. Esta unidad de propósito, de acción, de palabras, es esencial para el Pacto.

Es por eso que no insisto en volver atrás y borrar las líneas anteriores, en las que me he comprometido a revelar mi secreto. (Por la misma razón no podré borrar más adelante las líneas que estoy escribiendo ahora).

Sin embargo, es imposible revelar mi secreto, y ni siquiera se volverá a considerar.

Debo cojear un tiempo más.

¡Estoy ignorando el hecho de que Rupert Angier todavía vive! Es cierto que a veces trato de apartarlo de mi mente, cubriendo intencionalmente de velos de olvido su persona y sus acciones, pero el desgraciado sigue respirando. Mientras él siga vivo, mi secreto está en peligro.

Me han dicho que aún representa su versión de «El nuevo hombre transportado», y que durante su ejecución continúa haciendo ese ofensivo comentario bajo las luces, de que lo que el público está a punto de ver «se ha copiado varias veces pero nunca se ha mejorado». Estos informes me amargan, y más otros informes de personas que están bien al tanto de todo esto. Angier ha dado con un nuevo método de transportación, y se dice que funciona en el escenario. Su imperdonable fallo, sin embargo, radica en que su efecto es lento. Por mucho que diga, ¡aún no puede hacer el truco tan rápido como yo! ¡Cómo debe anhelar descubrir mi verdad!

El Pacto debe permanecer como está. ¡Nada de revelaciones!

Puesto que he introducido a Angier en la historia, describiré el primer problema que esto me causó, y proporcionaré un informe detallado de cómo comenzó nuestra disputa. Pronto se verá que fui yo quien dio pie al enfrentamiento, y no me ando con rodeos acerca de esta responsabilidad.

Sin embargo, si tomé el mal camino fue por adherirme a lo que yo creía eran los principios más elevados, y cuando me di cuenta de lo que había hecho, intenté repararlo. Así fue como todo comenzó.

En los márgenes de la magia profesional, hay unos cuantos individuos que ven la prestidigitación como una manera fácil de engañar a los crédulos y a los ricos. Usan los mismos mecanismos y artefactos de magia que los magos legítimos, pero fingen que sus efectos son «reales».

Es obvio que esto es apenas una sombra del artificio que crea el mago profesional, el cual interpreta el papel de hechicero. Esa sombra de diferencia es crucial.

Por ejemplo, a veces abro mi espectáculo con un truco llamado «Los eslabones chinos». Empiezo por tomar posición en el centro de un escenario iluminado, sosteniendo los aros con aire

despreocupado, sin decir lo que estoy a punto de hacer con ellos. El público ve (o cree que ve, o se permite creer que ve) diez grandes aros separados hechos de un metal brillante. Los aros se enseñan a unos pocos miembros del público a los que se les permite inspeccionarlos, y descubrir, en representación de todos los presentes, que los aros son sólidos, sin junturas, sin aberturas. Luego recupero los aros, y para sorpresa de todos, inmediatamente los uno formando una cadena, sosteniéndola en alto para que todos la vean. Junto y separo los aros con la mano de uno de los espectadores sobre el preciso lugar donde se produce la unión o la separación. Uno algunos aros para crear figuras o formas, luego los separo con la misma rapidez, pasándolos informalmente alrededor de uno de mis brazos o del cuello. Al finalizar el truco se me ve (o cree verse, etcétera) sosteniendo, una vez más, diez sólidos aros separados.

¿Cómo se hace? La verdadera respuesta es que para realizar dicho truco son necesarios muchos años de práctica. Hay un secreto, por supuesto, y debido a que «Los eslabones chinos» es todavía un truco popular, ampliamente representado, no puedo revelar cuál es, sin más ni más. Es un truco, una ilusión, que debe juzgarse no por su aparentemente milagroso secreto, sino por la habilidad, el don y la teatralidad con que se realiza.

Ahora, piensen en otro mago. Realiza el mismo truco, usando el mismo secreto, pero dice abiertamente que está uniendo y separando los aros con magia. ¿Acaso no será su actuación juzgada de otra manera? No parecerá diestro, sino místico y poderoso. No sería un mero artista, sino alguien que trabaja con milagros y desafía las leyes naturales.

Si yo, o cualquier otro mago profesional, estuviera allí, me vería obligado a decirle al público: —¡Eso es sólo un truco! Los aros no son lo que parecen. No han visto lo que creen haber visto.

A lo que el que trabaja con milagros responderá (falsamente):

—Lo que acabo de mostrarle al público es producto de lo sobrenatural. Si sostienes que es sólo un truco de magia, entonces explica a todos cómo se hace.

Y no habría respuesta. No podría revelar el funcionamiento de un truco, ya que estoy comprometido por el honor profesional. Por lo tanto, el milagro parecerá seguir siendo un milagro.

Cuando comencé a actuar estaban de moda los efectos con espíritus, o el «espiritismo». Algunas de estas manifestaciones se representaban abiertamente en el escenario teatral; otras tenían lugar más secretamente en estudios o casas particulares. Todas tenían características en común. Presuntamente, daban esperanzas a las personas que habían sufrido la muerte de alguien recientemente, o a los ancianos, haciéndoles creer que había vida después de la muerte. Mucho dinero pasó de una mano a otra en persecución de esta promesa.

Desde el punto de vista de un mago profesional, el espiritismo tenía dos características significativas. Primero, se utilizaban técnicas de magia estándares. Segundo, los perpetradores invariablemente decían que los efectos eran sobrenaturales. En otras palabras, se hacían afirmaciones falsas sobre «poderes» milagrosos.

Esto fue lo que me irritó. Todos los trucos son fácilmente reproducidos por cualquier ilusionista de escenario que merezca ese nombre, así que es irritante, como mínimo, oírles decir que se trata de un fenómeno paranormal, cuya manifestación por lo tanto «prueba» que hay un más allá, que los espíritus pueden mantener una conversación y que los muertos pueden hablar. Es una mentira, pero

muy difícil de probar.

Llegué a Londres en 1874. Bajo la tutela de John Henry Anderson y el patrocinio de Nevi Maskelyne, empecé tratando de conseguir trabajo en los teatros comunes y en los de variedades que encontraba por toda la gran capital. En esa época había demanda de magia escénica, pero en Londres abundaban los magos inteligentes y no era fácil entrar en el círculo. Me las arreglé para conseguir un modesto lugar en ese mundo, encontrando el trabajo que podía, y a pesar de que mi magia era siempre bien recibida, mi ascenso al estrellato fue lento. Aún pasaría mucho tiempo antes de la creación de «El nuevo hombre transportado», aunque para ser totalmente franco, ya había comenzado a planear este gran truco incluso cuando me preocupaba, entre martillazo y martillazo, en el almacén de mi padre en Hastings.

En esa época solía verse a los magos espiritistas ofreciendo sus servicios en diarios y periódicos, y algunas de sus actividades eran muy discutidas. El espiritismo era presentado a las masas como una clase de magia más excitante, poderosa y *efectiva* que la que podían ver sobre el escenario. Si uno posee la habilidad de poner a una mujer en trance y hacerla girar en el aire, el argumento parece ser: ¿por qué no utilizar esa habilidad más provechosamente y comunicarse con los que se han ido recientemente? ¿Realmente, por qué no?

El nombre de Rupert Angier ya me era familiar. Escribía desde algún lugar del Norte de Londres, y era un terco e incansable individuo muy habitual de la sección de cartas del lector en dos o tres de las revistas de magia de circulación privada. Su propósito era invariablemente menospreciar a la gente que describía como el *establishment* de los magos más antiguos, que con sus secretos y sus tradiciones cortesas, eran elevados a la categoría de grandes reliquias de una época pasada. A pesar de que yo trabajaba según tales tradiciones, no me permití dejarme arrastrar por las diversas polémicas de Angier, pero algunos de los magos que yo conocía se irritaban ante su desprecio.

Una de sus teorías, por citar un ejemplo típico, era que si los magos eran tan diestros como decían ser, entonces deberían estar preparados para hacer magia «en círculo». Es decir, el mago estaría rodeado por el público, y por lo tanto forzado a crear trucos que no dependan del escenario como marco teatral, que excluye al público del arco del proscenio. Uno de mis distinguidos colegas señaló gentilmente como respuesta el hecho, en sí mismo evidente, de que no importa lo bien que prepare el mago su actuación, pues siempre existirá una parte del público que podrá ver el truco. La respuesta de Angier consistió en mofarse. Primero, dijo que el efecto mágico se incrementaría si la ilusión pudiera verse desde todos los ángulos.

Segundo, si no podía verse, y una pequeña parte del público tuviera que vislumbrar el secreto, *¡no importaba!* Si quinientas personas son engañadas, dijo, no tenía importancia que otras cinco vieran el secreto.

Tales teorías rozaban la herejía para la mayoría de los profesionales, no porque contuvieran secretos que eran inviolables (cosa que Angier parecía dar a entender), sino porque la actitud de Angier para con la magia era radical y desconsiderada con las tradiciones que habían sido mantenidas tan fielmente durante largo tiempo.

Por lo tanto, Rupert Angier se estaba haciendo un nombre, pero tal vez no el que había planeado. Uno de los comentarios que alcancé a escuchar varias veces fue la frígida sorpresa ante el hecho de que Angier raramente ejecutaba algún número de magia ante un público asistente. Sus colegas no podían por lo tanto admirar su indudablemente brillante e innovadora magia.

Como ya he dicho, no me involucré, y él apenas me interesaba. Sin embargo, el destino no tardaría en entrar en juego.

Sucedió que una de las hermanas de mi padre que vivía en Londres había quedado viuda, y en su dolor, tenía intenciones de consultar a un espiritista, por lo que había acordado una sesión de espiritismo en su casa. Me enteré de esto en una de las habituales cartas de mi madre, comentado en forma de cotilleo familiar, e inmediatamente se encendió mi curiosidad profesional. Me puse en contacto con mi tía de inmediato, le brindé mis tardías condolencias por la pérdida de su marido y me ofrecí para estar con ella en su búsqueda de consuelo.

Cuando llegó el día tuve la suerte de que mi tía me hubiera invitado antes a almorzar, porque el espiritista llegó a la casa al menos una hora antes de lo esperado.

Esto creó cierta confusión en el hogar. Imagino que era parte de su plan, y le permitía hacer

determinados preparativos en la sala donde se llevaría a cabo la sesión. Él y sus dos jóvenes asistentes, un hombre y una mujer, oscurecieron la sala con persianas negras, movieron a un lado los muebles que les molestaban al tiempo que entraban otros que habían traído con ellos, enrollaron la alfombra para descubrir las tablas del suelo y montaron una caja de madera cuyo tamaño y apariencia bastaron para convencerme de que estaba a punto de ser interpretado un número de magia convencional. Me quedé discreta pero atentamente en el fondo del salón, mientras se llevaban a cabo tales preparativos. No quería hacer nada que pudiera llamar la atención del espiritista, pues si estaba alerta, podría haberme reconocido. La semana anterior, mi actuación había originado un par de notas de prensa favorables.

El espiritista era un hombre joven de aproximadamente mi edad, menudo, de cabello oscuro y frente estrecha. Tenía un aspecto receloso, casi como el de un animal en busca de algo. Sus manos se movían de forma rápida y precisa, inconfundible señal de un prestidigitador con mucha práctica. La joven mujer que trabajaba con él tenía un cuerpo ágil y esbelto (por su físico supuse, lo cual resultó ser erróneo, que iba a participar en los trucos), y un rostro fuerte y atractivo. Llevaba ropa oscura y modesta, y casi no hablaba. El otro asistente, un hombre joven y robusto, no muy entrado en años, tenía una gran mata de pelo rubio y cara de grosero, y vacilaba y se quejaba mientras arrastraba los pesados muebles.

Para cuando llegaron los invitados de mi tía (había invitado a ocho o nueve de sus amigos para que estuvieran presentes, probablemente para que ayudaran a amortizar un poco el precio), los preparativos del espiritista estaban terminados, y sus asistentes estaban sentados pacientemente en la sala esperando que llegase la hora acordada. Era imposible para mí revisar sus artefactos.

La presentación, que con todo el preámbulo y las pausas para crear atmósfera duró más de una hora, se componía de tres trucos principales, organizados cuidadosamente para causar sensaciones de aprensión, excitación y sugestión.

Primero, el espiritista realizó un truco en el que elevaba una mesa, y lo hizo con una dramática manifestación física; la mesa giraba por sí sola, luego se elevaba terroríficamente en el aire, a lo que muchos de nosotros reaccionamos tumbándonos incómodamente sobre el suelo desnudo. Después de esto, los espectadores estaban temblando de entusiasmo y listos para la continuación. Con la ayuda de su cómplice femenina, el espiritista pareció caer en un trance hipnótico. Entonces sus asistentes le vendaron los ojos, lo amordazaron, lo ataron de pies y manos, y lo colocaron indefenso en su caja, desde donde se produjeron, seguidamente, numerosos ruidos y sorprendentes e inexplicables efectos paranormales: extrañas luces brillaban intermitentemente, sonaban trompetas, platillos y castañuelas, y desde el corazón de la caja surgió por sí sola una espeluznante «materia ectoplásmica», y flotó en el salón iluminado por una luz misteriosa.

Una vez liberado de la caja y de sus ataduras (cuando se abrió la caja estaba tan eficientemente atado como cuando había entrado), y milagrosamente recuperado de su estado de hipnosis, el espiritista pasó entonces al asunto más importante. Después de una breve pero pintoresca advertencia sobre los peligros de «viajar» al mundo de los espíritus, acompañada de la sutil sugerencia de que los resultados justifican el riesgo, el espiritista cayó en otro trance y pronto se puso en contacto con el otro lado.

En poco tiempo pudo identificar la presencia de los espíritus de algunos parientes y amigos cercanos muertos de la gente que se encontraba reunida en la sala, y se enviaron mensajes consoladores de un grupo al otro.

¿Cómo consiguió todo esto el joven espiritista?

Como ya he dicho antes, la ética profesional me impide hablar. No pude entonces, ni puedo ahora, hacer sino un mero esbozo de los secretos que fueron, sin duda alguna, sencillamente efectos de magia.

La mesa inclinada no es realmente en absoluto un truco de magia (a pesar de que puede ser presentado como tal, como en esta ocasión). Es un fenómeno físico poco conocido, que si diez o doce personas se reúnen alrededor de una mesa redonda de madera, apoyan las palmas de la mano sobre la superficie y se les dice que pronto la mesa comenzará a girar, ¡solamente hay que esperar un minuto o dos para que esto suceda! Una vez que se nota el movimiento, la mesa casi invariablemente comienza a inclinarse de un lado a otro. Un pie diestramente colocado, levantando de repente la pata de la mesa apropiada, logrará que la mesa se desequilibre dramáticamente, que se eleve en el aire y luego se estrelle emocionantemente contra el suelo. Con suerte, arrastrará con ella a muchos de los participantes, provocando sorpresa y agitación pero ningún daño físico.

Huelga decir que la mesa que se utilizó en casa de mi tía era uno de los accesorios del espiritista. Estaba construida de forma tal que las cuatro patas de madera estuvieran unidas al pilar central, sin espacio para deslizar un pie por debajo.

Respecto de las manifestaciones de la caja, sólo puedo esbozarlas brevemente; un buen mago puede escapar fácilmente de lo que parecen ser lazos resistentes, especialmente si las cuerdas y los nudos han sido atados por dos asistentes. Una vez dentro de la caja le tomaría unos pocos segundos desatarse lo suficiente como para realizar la exhibición de efectos paranormales, que de lo contrario hubiera resultado desconcertante.

En lo que respecta a los contactos «psíquicos», objetivo principal de la reunión, también existen técnicas estándar de simulacro y sustitución que cualquier mago cualificado puede realizar fácilmente.

Había ido a la casa de mi tía para satisfacer mi curiosidad profesional, pero en lugar de eso, para mi vergüenza y arrepentimiento, me fui de allí repleto de justificada indignación. Se habían utilizado trucos escénicos comunes y corrientes para embaucar a un grupo de gente crédula y vulnerable. Mi tía, convencida de haber escuchado palabras de consuelo de su amado esposo, estaba tan abrumada por la pena que se retiró inmediatamente a su recámara. Algunos de los otros estaban casi tan profundamente conmovidos como ella por los mensajes que habían oído. Sin embargo, únicamente yo sabía que todo era una farsa.

Me asaltó la embriagadora sensación de que podía y debía ponerlo en evidencia como un charlatán, antes de que causara más daño. Estuve tentado de enfrentarlo allí y en ese momento, pero me sentía un poco intimidado por la seguridad con que había realizado sus trucos. Mientras él y su asistente femenina guardaban sus artefactos, hablé brevemente con el hombre joven de la mata de pelo, y obtuve la tarjeta del espiritista.

Así fue como conocí el nombre y el estilo del hombre que arruinaría mi carrera profesional:

Rupert Angier
Clarividente, Médium espiritista
La más estricta discreción
Idmiston Villas 45, N Londres

Yo era joven, sin experiencia, y me emocionaba con lo que consideraba principios fundamentales, los cuales, para mi posterior disgusto, me impidieron ver la hipocresía de mi posición. Me propuse perseguir al señor Angier, pues estaba empeñado en exponer sus estafas. Al poco tiempo, con métodos que no tengo intención de escribir aquí, pude establecer dónde y cuándo tendría lugar su próxima sesión de espiritismo.

Una vez más se trataba de una reunión en una casa particular, en un barrio residencial de Londres, aunque esta vez mi conexión con la familia (desconsolada por la reciente muerte de la madre) era inverosímil. Únicamente pude asistir debido a que me presenté en la casa el día anterior y dije ser un socio de Angier cuya presencia había sido solicitada por el propio «médium». En su evidente dolor, a la familia de la fallecida no pareció importarle demasiado.

Al día siguiente me aposté en la calle, fuera de la casa, un tiempo antes de la hora de la cita, y pude comprobar que la temprana llegada de Angier a la casa de mi tía no había sido un accidente, sino que, al contrario, era una parte necesaria de los preparativos. Observé escondido mientras él y sus asistentes sacaban su parafernalia de un carro y la llevaban dentro. Cuando finalmente me presenté en la casa una hora después, la habitación ya estaba preparada, arreglada y en la penumbra.

La sesión comenzó, como antes, con el truco de la mesa que se elevaba, y quiso la suerte que me encontrara de pie junto a Angier mientras se preparaba para comenzar.

—¿Lo conozco, señor? —dijo suavemente y en tono acusador.

—Creo que no —contesté, tratando de quitarle importancia.

—Es usted un habitual de estos acontecimientos, ¿no es así?

—No más que usted, señor —dije, tan cortante como pude.

Su respuesta se limitó a una mirada desconcertante, pues todos lo estaban esperando, de modo que no tuvo otra alternativa que comenzar. Creo que desde aquel momento supo que yo estaba allí para ponerlo en evidencia, aunque, para ser justos, llevó a cabo su actuación con la misma soltura de la vez anterior.

Yo estaba esperando el momento oportuno. No tenía sentido desvelar el secreto de la mesa, aunque cuando comenzaron los ruidos dentro de la caja, me tentó la idea de acercarme rápidamente y abrir de golpe la puerta para exponerlo ahí dentro. Sin duda se hubiera visto que sus manos estaban libres de las cuerdas que se suponía lo tenían atado, y que tenía una trompeta en los labios o unas castañuelas en los dedos.

Pero esperé mi turno; pensé que lo mejor era esperar a que la tensión emocional estuviera en su punto más álgido, cuando los supuestos mensajes de los espíritus viajaran para aquí y para allá. Angier utilizó pequeños trozos de papel, en forma de bolitas, en los que la familia había escrito nombres, objetos, secretos de familia y cosas por el estilo, y Angier simulaba leer sus mensajes «espirituales» apretando las pequeñas bolitas contra su frente.

Cuando apenas había empezado, aproveché mi oportunidad. Me alejé de la mesa, rompiendo la cadena de manos que se suponía creaba un campo psíquico, y arranqué la persiana de la ventana más cercana. Entró la luz del día.

Angier dijo:

—¿Qué demonios...?

—¡Damas y caballeros! —grité—. ¡Este hombre es un impostor!

—¡Siéntese, señor! —El asistente se acercaba rápidamente.

—¡Está practicando prestidigitación con ustedes! —dije enfáticamente—. ¡Miren la mano que esconde bajo la superficie de la mesa! ¡Allí está el secreto de los mensajes que les trae!

Cuando el hombre se lanzó sobre mí, pude ver a Angier moviéndose rápidamente y con aire de culpabilidad para esconder el papelito que sostenía, con el que realizaba su truco. El padre de la familia, su rostro deformado por la ira y el dolor, se levantó de su asiento y empezó a gritarme. Primero uno de los niños y luego los otros comenzaron a lamentarse de tristeza.

Mientras yo luchaba, el mayor dijo quejumbrosamente:

—¿Dónde está mamá? ¡Estaba aquí! ¡Estaba aquí!

—¡Este hombre es un charlatán, un mentiroso y un embustero! —grité.

Para ese entonces ya estaba casi en la puerta, pues me empujaban fuera de la habitación. Vi que la joven asistente se apresuraba hacia la ventana para volver a poner la cortina en su sitio. Me debatí a codazo limpio y me las arreglé para liberarme temporalmente de mi agresor; atravesé la habitación y me abalancé sobre ella. La cogí por los hombros y la empujé brutalmente hacia un lado. Cayó extendida sobre el suelo.

—¡No puede hablar con los muertos! —grité—. ¡Su madre no está aquí!

La habitación estaba sumida en un alboroto.

—¡Deténganlo! —la voz de Angier se escuchó por encima del jaleo. El asistente me agarró por segunda vez y me giró de manera tal que quedé de cara a la habitación.

La mujer todavía estaba en el suelo, donde había caído, y me estaba mirando fijamente, con el rostro teñido de rencor. Angier, de pie junto a la mesa, estaba erguido y aparentemente tranquilo. Me miraba con detenimiento.

—Lo conozco, señor —dijo—. Incluso sé su maldito nombre. De aquí en adelante seguiré su carrera con mucha atención. —Luego se dirigió a su asistente—: ¡Sácalo de aquí!

Unos momentos más tarde estaba tirado en la calle. Armándome de toda la dignidad posible, e ignorando a los que pasaban mirándome boquiabiertos, compuse mi ropa y bajé la calle rápidamente.

Hasta pasados unos días, aún estaba convencido de la honradez de mi causa, pues sabía que a la familia le estaban robando su dinero y que las habilidades del mago estaban siendo utilizadas con fines retorcidos. Luego, inevitablemente, comenzaron a invadirme las dudas.

El consuelo que los clientes de Angier recibían en las sesiones parecía bastante genuino, y no importaba de dónde proviniera. Recordaba los rostros de aquellos niños, que durante unos pocos minutos habían creído que su ausente madre les enviaba mensajes consoladores desde el más allá. Yo había visto sus expresiones de inocencia, sus sonrisas, la felicidad en sus miradas.

¿Era algo de esto tan distinto al agradable misterio que un mago ofrece a su público? De hecho,

¿no era acaso aún más? ¿Esperar una paga por esto era más reprehensible que por una actuación en un teatro?

Lleno de arrepentimientos, durante casi un mes, le di vueltas infelizmente hasta que mi conciencia se llenó de sentimientos de culpa tan profundos, que tuve que hacer algo al respecto. Escribí una nota humillante dirigida a Angier, rogándole que me perdonara y disculpándome incondicionalmente.

Su respuesta fue inmediata. Me devolvió la nota en pedazos, con otra nota suya desafiándome sarcásticamente a que recompusiera el papel con mi magia superior.

Dos noches después, mientras actuaba en el Lewisham Empire, Angier se puso de pie en la primera fila de la platea y gritó para que todos lo oyeran: ¡Su asistente está escondida detrás del telón a la izquierda de la caja!

Por supuesto, era verdad. O bajaba el telón y abandonaba mi actuación, o no tenía otra alternativa que seguir adelante con el truco, hacer aparecer a mi asistente con el mayor brío teatral posible e irme antes del vergonzoso goteo de aplausos. En el centro de la primera fila de la platea, la butaca vacía se destacaba como el espacio de un cliente que falta.

Así comenzó la disputa que perdura a través de los años.

Yo solamente puedo aducir mi juventud e inexperiencia por ser el causante de nuestro enfrentamiento, celos profesionales equivocados y un cierto desconocimiento de los manejos del mundo. Sin embargo, Angier debería cargar algo de culpa; mi disculpa, aunque no lo suficientemente pronta, fue sincera, y su rechazo fue mezquino. Aunque lo cierto es que Angier también era joven. Es difícil recordar aquella época, pues la disputa entre nosotros ha durado mucho tiempo y ha adoptado varias formas diferentes.

Si yo fui responsable, tanto de lo malo como lo bueno, cuando todo comenzó, Angier debe aceptar la culpa de mantener vivo nuestro enfrentamiento. Muchas veces, hartado ya, he intentado seguir con mi vida y mi carrera, tan sólo para verme ante un nuevo ataque en mi contra. Angier siempre hallaba una manera de sabotear mi equipo de magia, de modo que cuando yo estaba realizando algún truco sobre el escenario, algo salía sutilmente mal; una noche, el agua que estaba convirtiendo en vino tinto siguió siendo agua; otra vez, la cuerda con banderas que extraía llamativamente de una chistera aparecía como una cuerda sola; en otro número, la asistente, que se suponía tenía que levitar, permaneció humillantemente inmóvil sobre su cama.

En otra ocasión, los carteles que anunciaban mi actuación fuera del teatro fueron pintarrajeados con inscripciones como: «La espada que utiliza es falsa», «La carta que elegirán ustedes es la reina de espadas», «Observen su mano izquierda durante el truco del espejo», etcétera. Todos estos grafitis eran claramente visibles para el público al entrar al teatro.

Supongo que estos ataques pueden ser reducidos a la categoría de bromas, pero podrían arruinar mi reputación de mago, como Angier bien sabía.

¿Cómo sabía yo que era él quien estaba detrás de todo aquello? Bueno, en algunos casos se veía a las claras su papel; uno de mis trucos había sido sabotado, y él estaba allí en el auditorio para interrumpirme y saltar de su butaca en el preciso instante en que todo empezaba a fallar. Pero lo más significativo era que el culpable de estos ataques revelaba tener un enfoque de la magia que yo había descubierto era propio de Angier. Se interesaba casi exclusivamente por el secreto mágico, lo que

los magos llaman el «ardid». Si el truco dependía de un estante oculto detrás de la mesa del mago, únicamente ése sería el blanco de Angier, sin importar el imaginativo uso que se le diera. Más allá del conflicto entre nosotros, el entendimiento fundamentalmente erróneo y limitado de Angier acerca de la técnica de la magia era el centro de nuestra disputa. El milagro de la magia no reside en la técnica, sino en la habilidad del mago.

Y fue por esta razón por la que «El nuevo hombre transportado» fue el único de mis trucos que nunca atacó públicamente. Estaba más allá de su alcance.

Simplemente, no pudo descubrir cómo se hacía, en parte porque he mantenido el secreto bien seguro, pero sobre todo por la forma en que lo realizo.

Un truco tiene tres etapas. Primero la preparación, en la que se insinúa, se sugiere o se explica la naturaleza de lo que se quiere conseguir. Se ve el artefacto, y a veces participan voluntarios del público. Mientras se prepara el truco, el mago intenta, de todas las maneras posibles, distraer su atención hacia otro punto.

En la actuación, toda una vida de práctica del mago y su don innato para el teatro se unen con el fin de producir la mágica demostración.

La tercera etapa se denomina a veces efecto, o el prestigio, y es el producto de la magia. Si se saca un conejo de una chistera, puede decirse que el conejo, que aparentemente no existía antes de que se realizara el truco, es el prestigio de ese truco.

«El nuevo hombre transportado» es bastante inusual entre las ilusiones, en el sentido de que su preparación y su realización son lo que más intriga al público, a los críticos y a mis colegas magos, mientras que para mí, el prestigio es la mayor preocupación.

Los trucos son de seis categorías o tipos distintos (dejando a un lado el campo especializado de la ilusión mentalista). Cualquier truco realizado alguna vez pertenece a una o más de las siguientes seis categorías:

1. *Producción*: la creación mágica de alguien o algo.
2. *Desaparición*: la desaparición mágica de alguien o algo.
3. *Transformación*: el cambio aparente de una cosa por otra.
4. *Transposición*: el cambio aparente de lugar de dos o más objetos.
5. *Desafío de leyes naturales*: por ejemplo, desafiar la gravedad, simular que un objeto sólido pasa a través de otro, hacer aparecer un gran número de objetos o personas en un lugar en principio demasiado pequeño para albergarlos a todos.
6. *Fuerza motriz secreta*: provocar la aparición o el movimiento de objetos por su propia voluntad, como por ejemplo hacer que una carta concreta se eleve misteriosamente fuera del mazo.

Una vez más, «El nuevo hombre transportado» no es enteramente típico, pues pertenece, al menos, a cuatro de las categorías anteriormente mencionadas. La mayoría de los trucos dependen solamente de una o dos de estas categorías, aunque una vez vi un elaborado efecto en Europa, donde se empleaban cinco de las categorías.

Por último, están las técnicas de magia.

Los métodos a disposición de los magos no pueden clasificarse tan sistemáticamente, porque en el campo de la técnica, un buen mago no descartaría nada. La técnica de la magia puede consistir en algo tan simple como poner un objeto detrás de otro para que el público ya no lo vea, o bien puede ser tan compleja, que requiera una preparación previa en el teatro y el trabajo coordinado de un equipo de asistentes y una pareja artística.

El mago puede escoger de un inventario de técnicas tradicionales. Desde las cartas manipuladas

para que una carta esté necesariamente en juego hasta el deslumbrante telón de fondo que permite ocultar muchos pases mágicos, pasando por la mesa o el accesorio pintado de negro que el público no puede ver claramente, o los muñecos, dobles, monigotes, sustitutos y escondites. Además, un mago inventivo debe utilizar también lo novedoso. Cualquier nuevo dispositivo o juguete o invención que aparece en el mundo debería provocar la siguiente pregunta: «¿Cómo podría crear un nuevo truco con esto?». De esta forma, en el pasado reciente hemos visto nuevos trucos que emplean el motor alterno, el teléfono, la electricidad y un inolvidablemente destacado efecto creado con la bomba de humo de juguete del doctor Warble.

La magia no tiene misterio alguno para los magos. Trabajamos en variaciones de métodos estándar. Lo que le parecerá nuevo o desconcertante al público, es simplemente un desafío técnico para otros profesionales. Si se desarrolla un truco nuevo e innovador, es tan sólo una cuestión de tiempo que el efecto sea reproducido por otros.

Todo truco tiene su explicación, ya sea el uso de un compartimento secreto, un espejo diestramente colocado, un asistente colocado entre el público para hacer de «voluntario» o la simple distracción, intencionada, de la atención del público.

Ahora coloco mis manos ante ustedes, con los dedos separados para que vean que no hay nada oculto entre ellos, y digo: «El nuevo hombre transportado» es un truco como cualquier otro, y puede ser explicado. Sin embargo, gracias a la combinación de un simple secreto que ha sido guardado cuidadosamente, de muchos años de práctica, una cierta cantidad de distracción de parte del público, y el uso de técnicas de magia convencionales, se ha convertido en la pieza clave de mi actuación y de mi carrera. También ha desafiado los mejores esfuerzos de Angier por descubrir su misterio, tal como pronto dejaré registrado.

Sarah y yo nos tomamos unas cortas vacaciones con los niños por la costa Sur, y llevé mi cuaderno conmigo. Primero fuimos a Hastings, porque hacía años que no iba, pero no nos quedamos mucho tiempo. El lugar vive un declive que temo será irreversible. El almacén de papá, vendido después de su muerte, había cambiado de nuevo de propietarios, y ahora es una panadería. Se han construido muchas casas en el valle que está detrás de la casa, y pronto se inaugurará una línea de ferrocarril hasta Ashford.

Después de Hastings fuimos a Bexhill. Luego a Eastbourne. Luego a Brighton. Luego a Bognor.

Mi primera anotación en el cuaderno dice que fui yo quien intentó humillar a Angier, y yo quien, a su vez, fui humillado por él. Aparte de este detalle, que después de todo no es tan importante, creo que mi informe sobre lo que sucedió es veraz, incluyendo los otros detalles.

Estoy haciendo demasiados comentarios sobre el secreto, y por lo tanto dándole demasiada importancia. Esto me resulta irónico, después de tomarme tantas molestias para señalar cuán triviales son en realidad muchos de los secretos de la magia.

No creo que mi secreto sea trivial. Puede adivinarse fácilmente, tal como lo ha hecho Angier aparentemente, a pesar de lo que he escrito. Probablemente también otros lo hayan adivinado. Cualquiera que lea este relato ^[2] probablemente lo descifrá solo.

Lo que no puede adivinarse es el *efecto* que ha tenido el secreto sobre mi vida. Ésta es la verdadera razón por la que Angier nunca resolverá todo el misterio, a menos que yo mismo le dé la

respuesta. Nunca podrá creer hasta qué punto mi vida se ha modificado para mantener intacto el secreto. Eso es lo que importa.

Mientras pueda seguir controlando cómo se escribe, entonces puedo seguir adelante con mi informe sobre cómo ve el truco el público.

«El nuevo hombre transportado» es un truco cuya apariencia ha cambiado a lo largo de los años, pero cuyos métodos siempre han sido los mismos.

Progresivamente, su realización ha necesitado dos cajas, o dos mesas, o dos bancos. Una se coloca en el área inferior del escenario, la otra sobre el escenario. No es esencial colocarlas de una manera determinada, y su posición varía de un teatro a otro, dependiendo del tamaño y la forma del escenario. Lo único importante es que ambas piezas deben estar clara y ampliamente separadas una de la otra. El artefacto debe estar bien iluminado y el público debe poder verlo claramente desde el principio hasta el final.

Describiré la versión más antigua del truco, y por lo tanto la más simple, cuando utilizaba cajas cerradas. En esa época el truco se llamaba «El hombre transportado».

Ayer como hoy, mi actuación llega a su clímax con este truco, y, desde entonces, solamente han cambiado algunos detalles. Por lo tanto, lo describiré como si la versión anterior perteneciera todavía a mi actual espectáculo.

Las dos cajas se suben al escenario, ya sea por los tramoyistas, los asistentes o en algunos casos miembros voluntarios del público, y se comprueba que ambas están vacías. A los voluntarios se les permite meterse dentro, abrir las puertas y también las paredes con bisagras del fondo, y mirar dentro del espacio de las ruedas. Las cajas se vuelven a cerrar y se colocan en sus respectivas posiciones.

Después de un breve y gracioso preámbulo (pronunciado con mi acento francés) sobre la conveniencia de estar en dos lugares al mismo tiempo, me acerco a la caja más cercana, la primera, y abro la puerta.

Por supuesto, todavía está vacía. Tomo una pelota inflable grande y de colores estridentes de mi mesa de accesorios y la hago rebotar un par de veces para demostrar la fuerza con que se mueve. Entro en la primera caja, dejando por el momento la puerta abierta.

Lanzo la pelota en dirección a la segunda caja.

Desde dentro, *cierro de un portazo* la puerta de la primera caja.

Desde dentro, *abro suavemente* la puerta de la segunda caja, y salgo fuera. Atrapo la pelota cuando viene hacia mí.

Cuando la pelota toca mis manos, la primera caja se desploma, la puerta y tres paredes se despliegan dramáticamente, mostrando que está completamente vacía.

Con la pelota en la mano, me acerco a las luces, y acepto el aplauso del público.

Permítanme repasar brevemente mi vida y mi carrera hasta los últimos años del siglo.

Cuando tenía 18 años, ya había dejado mi casa y estaba trabajando en los teatros de variedades como un mago a tiempo completo. Sin embargo, incluso con la ayuda del señor Maskelyne, era difícil conseguir trabajo, y no me hice ni famoso ni rico, ni gané mi propio lugar en la cartelera hasta después de unos cuantos años. Muchos de los trabajos que realizaba sobre el escenario consistían en ayudar a otros magos en sus actuaciones, pero durante mucho tiempo, pagué el alquiler con el diseño y la construcción de cajas y otros artefactos de magia. El entrenamiento en la construcción de cajas que me había dado mi padre me sirvió de mucho. Tenía una buena reputación como inventor de confianza e *ingénieur* de trucos escénicos.

En 1879 murió mi madre, seguida un año más tarde por mi padre.

A finales de la década de los ochenta, cuando tenía poco más de treinta años, ya había desarrollado mi propia actuación en solitario y adoptado el nombre artístico de *Le Professeur de la Magie*. Presentaba regularmente «El nuevo hombre transportado» en sus versiones más antiguas.

A pesar de que el funcionamiento del truco nunca fue un problema, durante mucho tiempo no estuve satisfecho con el efecto sobre el escenario. Siempre creí que las cajas cerradas no eran lo suficientemente misteriosas como para despertar en el público la idea de peligro e imposibilidad. En el contexto de los números de magia, tales cajas son algo corriente. Gradualmente fui hallando otras formas de elaborar el truco; primero con cajas que parecían apenas suficientemente grandes como para albergarme, más tarde mediante tablas con solapas que me ocultaban y luego finalmente, en un brillante intento por «abrir» la magia, el cual fue muy aplaudido en los círculos de magia en aquel entonces, utilicé banquillos planos sobre los cuales mi cuerpo podía ser visto por todas las personas del público hasta el momento de la transformación.

Sin embargo, en 1892, llegó la idea que había estado buscando. Sucedió indirectamente, y la semilla que sembró tardó mucho tiempo en germinar.

Un inventor balcánico llamado Nikola Tesla vino a Londres en febrero de ese año para promover ciertos nuevos efectos en el campo de la electricidad, de los cuales era pionero en aquel entonces. Croata de ascendencia serbia, con un acento extranjero aparentemente impenetrable, Tesla iba a dar varias conferencias sobre su especialidad a la comunidad científica. Eventos como éste ocurren bastante frecuentemente en Londres, y por lo general no les doy demasiada importancia. Sin embargo, en este caso, resultó que el señor Tesla era una figura polémica en Estados Unidos, pues se había visto envuelto en algunas disputas científicas sobre la naturaleza y la aplicación de la electricidad, y esto le aseguraba extensos reportajes en los periódicos. Precisamente de dichos artículos saqué mis ideas.

Lo que yo siempre había buscado era un resultado escénico espectacular, en parte para destacar el efecto de «El hombre transportado», y en parte para disfrazar su funcionamiento. Llegué a la conclusión, a partir de los artículos publicados en los periódicos, de que el señor Tesla era capaz de generar altos voltajes, los cuales podían brillar y destellar por todas partes, sin ningún peligro y sin

provocar quemadura alguna.

Una vez que el señor Tesla se fue para regresar a Estados Unidos, su influencia permaneció conmigo. En poco tiempo Londres y otras ciudades comenzaron a suministrar pequeñas cantidades de electricidad a aquellos que podían costearlo.

Debido a su naturaleza revolucionaria, la electricidad aparecía habitualmente en las noticias, siendo aplicada para un propósito o bien resolviendo otro problema. Un tiempo después, cuando me enteré de que Angier estaba montando una imitación de «El hombre transportado», comprendí que debía desarrollar el truco una vez más.

Me di cuenta de que, sin mucha dificultad, probablemente podría aplicar la electricidad a mis necesidades y comencé una búsqueda a través de las oscuras existencias de los comerciantes científicos de Londres. Con la asistencia de Tommy Elbourne, mi *ingénieur*, me las arreglé para construir el equipamiento de «El *nuevo* hombre transportado». Años después seguiría agregándole cosas y mejorándolo, y en el año 1896 el nuevo efecto pertenecía definitivamente a mi espectáculo. Provocó una conmoción de elogios, el tintineo de las monedas, así como inútiles especulaciones con respecto a mi secreto. Mi truco se realizaba bajo un destello deslumbrante de luz eléctrica.

Daré un poco de marcha atrás. En octubre de 1891, me había casado con Sarah Henderson, a quien había conocido cuando formaba parte de un espectáculo realizado a beneficio de un albergue del Ejército de Salvación en Aldgate. Era uno de los ayudantes voluntarios, y durante el intervalo de presentaciones se había sentado informalmente conmigo mientras los dos tomábamos té. Mis trucos de cartas la habían divertido, y me desafió con coquetería a que realizara algunos más para ella sola, para que pudiera ver cómo los hacía. Lo hice porque era joven y hermosa, y disfruté enormemente de la expresión de desconcierto que veía en sus ojos.

Sin embargo, ésta no fue solamente la primera vez que hacía magia para ella: también fue la última. Mi destreza como prestidigitador se convirtió en algo irrelevante, comparada con lo que sentíamos el uno por el otro. Nos convertimos en compañeros de paseo después de nuestro encuentro, y no tardamos mucho en admitir que estábamos enamorados. Sarah no tiene antecedentes familiares en el teatro, ni en el de variedades, y de hecho era una joven de una familia de cierta clase.

Es un testimonio de su devoción por mí que, a pesar de que su padre la amenazara con desheredarla, cosa que hizo después de un tiempo, siguiera siéndome fiel.

Después de nuestra boda, nos mudamos a unas habitaciones de alquiler en el área Bayswater de Londres, pero no tuvimos que esperar mucho tiempo a que el éxito me sonriera. En 1893 compramos la enorme casa en St. Johns Wood en la que hemos vivido desde entonces. El mismo año nacieron nuestros dos niños gemelos, Graham y Helena.

Siempre he mantenido separada mi vida profesional de mi vida familiar. Durante el período que estoy describiendo, practiqué mi profesión desde mi oficina y taller en la Avenida Elgin, y cuando tenía que irme de gira al exterior o a sitios más alejados de Gran Bretaña, no llevaba a Sarah conmigo. Cuando paraba en Londres, o entre giras, vivía tranquila y felizmente en mi casa con ella.

Hago hincapié en mi feliz vida doméstica, debido a lo que no tardaría en ocurrir.

¿Continúo?

Creo que debo hacerlo; sí. Sospecho que sé a qué me estoy refiriendo.

Había estado publicando anuncios en periódicos teatrales, solicitando una nueva asistente, porque la que tenía en aquel entonces, Georgina Harris, planeaba casarse.

Siempre temí el trastorno que causaría la llegada de un nuevo miembro a la plantilla del personal, especialmente uno tan importante como el asistente en el escenario.

Cuando Olive Wenscombe escribió y solicitó una entrevista no parecía lo suficientemente apta, y su carta permaneció sin respuesta durante algún tiempo.

Tenía, decía en su carta, veintiséis años. Era un poco mayor de lo que yo hubiera querido, y proseguía describiéndose a sí misma como una *danseuse* cualificada que se había pasado al trabajo de asistente de magos. Muchos ilusionistas emplean a bailarinas por su aspecto y por la flexibilidad de sus cuerpos, pero yo siempre he preferido a las jóvenes con cierta experiencia en el campo de la magia, en lugar de aquellas que se dedicaban a ello simplemente porque se les había ofrecido un trabajo alguna vez en el pasado. De todas formas, la carta de Olive Wenscombe llegó en uno de esos momentos en que las buenas asistentes eran difíciles de encontrar, así que finalmente concerté una entrevista con ella.

El trabajo de asistente de un mago no es fácil, y no hay mucha gente que esté cualificada. Una joven debe poseer ciertas características físicas. Tiene que ser joven, por supuesto, y si no es naturalmente hermosa, entonces debe tener facciones agradables, capaces de transmitir belleza. Además de esto, su cuerpo debe ser delgado, ágil y fuerte. Tiene que estar dispuesta a estar de pie, agachada, arrodillada o acostada en lugares reducidos, generalmente durante varios minutos, y al ser liberada aparecer perfectamente relajada y sin ninguna marca de su período de encierro. Sobre todo, debe estar dispuesta a soportar las inusuales demandas y las extrañas solicitudes que le hace su jefe, para conseguir realizar sus trucos.

La entrevista de Olive Wenscombe tuvo lugar, como todas las demás, en mi taller de la avenida Elgin. Allí, entre cajas abiertas y cubos de espejos y nichos con cortinas, se encontraban expuestos muchos de los secretos de mi trabajo. A pesar de que nunca puse demasiado empeño en mostrarle a ninguno de mis empleados exactamente cómo se hacía algún truco, a menos que, por supuesto, ese conocimiento fuera esencial para su participación en el mismo, lo cierto es que quería hacerles ver que cada truco tenía una explicación racional y que yo sabía lo que estaba haciendo. En algunos trucos escénicos, y algunos de los que he realizado, se utilizan cuchillos o espadas e incluso armas de fuego, y parecen peligrosos desde el auditorio. «El nuevo hombre transportado», en particular, con sus reacciones eléctricas explosivas y nubes de descargas de carbón, ¡habitualmente les da un susto de muerte a las personas sentadas en las primeras seis filas de cualquier presentación! Pero yo no quería que nadie que trabajara conmigo se sintiera en peligro. El único truco cuyo secreto guardaba maniáticamente era «El nuevo hombre transportado», y su mecanismo permanecía en misterio incluso para la joven que compartía el escenario conmigo hasta un segundo antes de que comenzara el truco.

Así, debe quedar claro que no trabajo completamente solo, al igual que ningún otro ilusionista moderno. Además de mis asistentes en el escenario, tenía trabajando para mí a Thomas Elbourne, mi irremplazable *ingénieur*, y dos de sus propios jóvenes artesanos, que lo ayudaban a construir y a mantener los artefactos en buenas condiciones. Thomas ha sido mi empleado casi desde que empezó

mi carrera, y antes había estado en la Sala Egyptian, con Maskelyne.

(Thomas Elbourne conocía mi máspreciado secreto; tenía que saberlo. Pero yo confié en él; tenía que hacerlo. Digo esto de la forma más simple posible, para expresar la simplicidad de mi confianza en él. Thomas había trabajado con magos durante toda su vida, y ya nada le sorprendía. Casi todo lo que yo sé acerca de la magia lo he aprendido de él de una forma u otra. Sin embargo, ni una sola vez, en todos los años que trabajé con él —se retiró hace algunos años—, reveló explícitamente ningún secreto de otro mago, ni a mí ni a nadie. Poner en duda su confianza sería poner en duda mi propia cordura. Thomas era un londinense de Tottenham, un hombre casado y sin hijos. Era varios años mayor que yo, pero nunca descubrí exactamente cuántos. Para cuando Olive Wenscombe comenzó a trabajar para mí debía de tener casi setenta años).

Decidí emplear a Olive Wenscombe casi tan pronto como llegó. No era ni alta ni ancha; tenía un cuerpo delgado y atractivo. Mantenía su cabeza erguida cuando caminaba o cuando estaba de pie, y su rostro tenía rasgos bien definidos. Había nacido en Estados Unidos, y tenía un acento que ella identificaba como de la costa Este, pero había vivido y trabajado en Londres durante varios años. Se la presenté lo más informalmente posible a Thomas Elbourne y a Georgina Harris, y luego le pedí las referencias que traía, cualesquiera que fuesen. Generalmente daba mucha importancia a las referencias al evaluar a un candidato, porque la recomendación de un mago cuyo trabajo yo conocía casi seguramente le garantizaría el puesto al candidato. Olive había traído dos referencias; una era de un mago que trabajaba en los pueblos de veraneo de Sussex y Hampshire, cuyo nombre no reconocí, y la otra era de Joseph Buatier de Kolta, uno de los mejores magos aún vivos. Estaba, lo admito impresionado. Pasé silenciosamente la carta de De Kolta a Thomas Elbourne, y observé su expresión.

—¿Durante cuánto tiempo trabajó para el señor De Kolta? —le pregunté.

—Solamente durante cinco meses —dijo—. Fui contratada para una gira por Europa, y me dejó ir cuando acabó.

—Ya veo.

Después de eso, emplearla fue una formalidad, pero aun así sentía que debía hacerla pasar por las pruebas acostumbradas. Georgina había venido para eso, y no sería justo pedirle a cualquier candidato, incluso uno tan experimentado como Olive Wenscombe, que demostrara sus habilidades sin la presencia de una acompañante femenina.

—¿Has traído un traje para ensayar? —le pregunté.

—Sí, señor.

—Entonces, si fueses tan amable...

Unos minutos más tarde, llevando un traje ceñido, Olive Wenscombe fue llevada por Thomas hasta una de nuestras cajas, y le pidió que se introdujera en ella. La aparición de una joven viva y saludable de lo que parece ser una caja vacía es uno de los recursos tradicionales de la magia. Para conseguir dicho efecto, la asistente debe introducirse en un compartimento secreto, y cuanto más pequeño sea el compartimento más sorprendente resulta el truco. La cuidadosa elección de un traje voluminoso, de colores llamativos y con cintas brillantes cosidas a la tela para atraer y reflejar la luz de los focos, acrecentará el misterio. Era obvio para nosotros que Olive se mostrara muy versada en

compartimentos secretos y paneles. Thomas la llevó primero a nuestro «Palanquín» (que incluso en aquella época raras veces utilizábamos en la actuación, puesto que el truco se había hecho muy conocido); ella sabía exactamente dónde estaba el compartimento secreto y enseguida se metió dentro.

Luego, le pedimos que intentara realizar el truco conocido como «Feria de vanidades», en el cual una mujer atraviesa un sólido espejo. No es un truco difícil de ejecutar, pero sí requiere agilidad y rapidez de movimiento por parte de la chica. A pesar de que Olive dijo no haber formado parte en este truco antes, una vez que le mostramos el mecanismo, demostró que podía escurrirse a través del espejo a una velocidad admirable.

Únicamente quedaba la necesidad de evaluarla en lo que respectaba a su tamaño, a pesar de que para aquel entonces Thomas y yo de buena gana habríamos construido algunos de los artefactos para ella si hubiera resultado ser muy alta. No deberíamos habernos preocupado. Thomas la colocó dentro de la caja utilizada para el truco llamado «La princesa decapitada» (un espacio notoriamente reducido para la mayoría de las asistentes, y que requiere varios minutos de incómoda inmovilidad), pero ella fue capaz de entrar y salir con soltura, y dijo que no le resultaría angustiante quedarse dentro tanto tiempo como fuera necesario.

Basta decir que Olive Wenscombe demostró ser más que apta en todas las pruebas habituales, y tan pronto como concluyeron los preliminares, la retuve con el salario habitual. Al cabo de una semana, estaba lista para participar en todos los trucos de mi repertorio. A su debido tiempo, Georgina se fue para casarse con su pretendiente, y Olive ocupó su lugar como mi asistente a tiempo completo.

¡Qué pulcro parece todo cuando lo escribo, qué tranquilo y profesional! Ahora que he escrito la versión «oficial» de Olive, permítanme, honrando nuestro pacto, agregar la imborrable verdad, la verdad que hasta ahora he ocultado a todos los que más importan. Olive prácticamente me puso en ridículo, y debo añadir el informe verdadero.

Georgina no estuvo presente en la entrevista, por supuesto. Ni yo tampoco. Tommy Elbourne estuvo allí, pero como siempre se quitó de en medio. Ella y yo de hecho estábamos solos en mi taller.

Le pregunté a Olive si había traído un traje, y dijo que no. Me miró directamente a los ojos al decirme esto, y se produjo un largo silencio mientras yo pensaba en lo que eso significaba y lo que *ella* debía de pensar que eso significaba. Ninguna joven que se presentara para el puesto esperaría ser contratada sin ser medida o examinada o puesta a prueba de alguna forma. Las candidatas siempre traían un traje para ensayar.

Bueno, aparentemente Olive no. Entonces dijo: —No necesito un traje, cariño.

—No hay ninguna acompañante presente, querida —dije.

—¡Supongo que podrás conformarte con eso! —dijo ella.

De repente se quitó la ropa, y lo que llevaba debajo eran prendas de tocador; se quedó con ropas que eran indecorosas, holgadas y propensas a accidentes. La llevé hasta el «Palanquín» donde, a pesar de que obviamente sabía lo que era y dónde debía esconderse, me pidió que la ayudara a entrar. ¡Esto requería un gran contacto íntimo con su cuerpo semivestido! Lo mismo sucedió cuando le mostré el mecanismo de «Feria de vanidades». Aquí simuló tropezarse cuando pasaba por la

trampa y cayó en mis brazos. El resto de la entrevista se realizó en el sillón que se encontraba en el fondo del taller. Tommy Elbourne se retiró silenciosamente, sin que ninguno de nosotros dos se diera cuenta. Al menos, no se encontraba allí más tarde.

El resto es sustancialmente cierto. La contraté, y aprendió a actuar en todos los trucos en los que la necesitaba.

Mi actuación siempre se abre con «Los eslabones chinos». Es un truco rutinario que me gusta realizar, y al público le encanta verlo, sin importar si ya lo conocen. Los aros brillan bajo la luz de los focos, suenan metálicamente unos contra otros, los movimientos rítmicos de las manos y los brazos del prestidigitador, y el suave enlazar y desenlazar de los aros, parecen fascinar al público. Es un truco imposible de descifrar, a menos que se esté de pie a unos pocos centímetros de distancia del mago, y que se le puedan arrebatarse los aros. Siempre encanta, siempre crea esa electrizante sensación de misterio y milagro.

Después, traigo empujando la «Caja moderna», que ha estado todo el tiempo sobre el escenario. A casi un metro de los focos, giro la caja para mostrar sus dos lados y la parte de atrás. Me aseguro de que se me vea pasar por detrás de ella, para que el público pueda ver mis pies por el hueco que queda entre el escenario y el fondo de la caja, y queden convencidos de que nadie puede estar oculto debajo. Cuando abro la puerta de golpe para mostrar el interior, y luego me introduzco dentro para soltar el pestillo que sostiene el panel de atrás, el público puede ver claramente a través de la caja. Ven cómo la atravieso de nuevo, de adelante hacia atrás, y cierro la pared del fondo. La puerta permanece abierta, y mientras estoy supuestamente ocupado detrás de la caja, aprovechan la oportunidad para mirar una vez más en su interior. Sin embargo, no hay nada que ver: la caja está, debe estar, completamente vacía.

Entonces, rápidamente, cierro la puerta de delante de un portazo, giro la caja sobre sus ruedas y abro de golpe la puerta. Dentro, alta, hermosa, vestida con un lujoso traje, sonriendo y agitando suavemente los brazos, llenando completamente el estrecho interior de la caja, hay una mujer. Sale, hace una reverencia para agradecer los ensordecedores aplausos y abandona el escenario.

Empujo la caja hasta el borde del escenario, donde Thomas Elbourne la retira silenciosamente.

El próximo número. Este es menos espectacular, y en él participan dos o tres miembros del público. Toda actuación de magia incluye algún momento con un mazo de cartas. El mago debe demostrar su habilidad con juegos de manos, de lo contrario, corre el riesgo de ser calificado por sus colegas profesionales como el simple operador de una maquinaria que funciona por sí sola. Camino hacia los focos, y detrás de mí, se cierra el telón. Esto es en parte con el fin de crear una atmósfera cerrada e íntima para los trucos de cartas, pero sobre todo para que detrás Thomas pueda preparar los artefactos de «El nuevo hombre transportado».

Al terminar con las cartas, es necesario romper con la sensación de concentración silenciosa, por lo que paso rápidamente a realizar una serie de coloridos interludios.

Banderas, serpentinas, ventiladores, pelotas y guantes de seda brotan sin parar de mis manos, mangas y bolsillos, creando un llamativo y caótico despliegue de objetos a mi alrededor. Mi asistente femenina camina detrás de mí por el escenario, aparentemente para quitar algunas de las serpentinas, pero en realidad para pasarme disimuladamente más material comprimido para mi número. Al finalizar, los papeles de colores brillantes cubren mis pies. Me detengo a recibir el aplauso del público.

Mientras éste todavía está aplaudiendo, se alza el telón detrás de mí, y en una semioscuridad puede verse el artefacto para «El nuevo hombre transportado». Mis asistentes suben rápidamente al escenario y despejan con destreza las serpentinas de colores.

Vuelvo a situarme bajo la luz de los focos, miro al público y me dirijo a él directamente, en mi inglés entrecortado con acento francés. Explico que lo que estoy a punto de hacer únicamente ha podido hacerse a partir del descubrimiento de la electricidad. La actuación extrae energía desde las entrañas de la Tierra. Fuerzas inimaginables entran en juego, unas que ni siquiera yo termino de entender. Les explico que están a punto de ser testigos de un verdadero milagro, uno en el cual se arriesgan la vida y la muerte, como en el juego de dados que jugaban mis ancestros para evitar la carreta.

Mientras hablo, las luces del escenario brillan y reflejan los lustrados soportes metálicos, los dorados rollos de cables, los relucientes globos de cristal. El artefacto es algo hermoso, pero es una belleza amenazadora, porque para aquel entonces ya todos han oído hablar acerca de los poderes mortales de la corriente eléctrica. Los periódicos han proporcionado noticias sobre horribles muertes y quemaduras causadas por la nueva fuerza que ya se encuentra disponible en muchas ciudades.

El artefacto de «El nuevo hombre transportado» está diseñado para que el público recuerde estos horrorosos informes. Lleva numerosas bombillas eléctricas incandescentes, algunas de las cuales se encienden mientras yo hablo. A un lado, hay un gran globo de cristal, dentro del cual un brillante arco de electricidad chispea y chasquea dramáticamente. La parte principal del artefacto aparece frente al público como un largo banco de madera, a casi un metro de altura sobre el suelo del escenario. Pueden ver a través de él, a su alrededor, por debajo de él. En una punta, al lado de la cámara de cristal con el arco iluminado, una pequeña plataforma elevada se sostiene mediante cables colgantes, sus puntas desnudas expuestas peligrosamente. Sobre la plataforma descansa un dosel donde se encuentran muchas bombillas incandescentes. Al final hay un cono metálico, decorado con un espiral de luces brillantes más pequeñas, montado encima de un mecanismo sobre ruedas que le permite girar en varias direcciones. Alrededor de la parte principal, hay pequeñas concavidades y estantes, donde esperan terminales abiertas. Todo el aparato emite un estridente zumbido, como si existiesen allí grandiosas energías ocultas.

Le explico al público que gustosamente invitaría a alguien al escenario para que examinara el aparato, si no fuera por el inmenso peligro que ello entraña. Hablo distraídamente de algunos accidentes anteriores. En lugar de eso, prosigo, he diseñado algunas simples demostraciones del poder inherente a esta máquina. Dejo caer un poco de polvo de magnesio en dos contactos desnudos, ¡y un destello de luz blanca y brillante deja momentáneamente ciegos a los miembros del público que se encuentran más cerca del escenario! Mientras la bola de humo que se desprende va hacia arriba y desaparece, tomo una hoja de papel y la dejo caer en otra parte semioculto del artefacto; inmediatamente estalla en llamas, y el humo que surge también se eleva con un gran efecto dramático hacia el entretecho de cordaje.

Aumenta el volumen del zumbido. El artefacto parece cobrar vida, apenas conteniendo las terribles energías que hay en él.

Por el lado izquierdo del escenario aparece mi asistente femenina con una caja con ruedas. Está sólidamente construida de madera, pero debido a que va sobre ruedas, es posible girarla para que puedan verse todos sus lados. Luego deja caer el frente y los lados para mostrar que está vacía.

Hago una mueca de tristeza en dirección al público, luego señalo a la chica, que me trae dos inmensos guantes de color marrón oscuro, hechos para que parezcan de cuero. Cuando me los pongo, ella me lleva hasta el artefacto y me detengo detrás de él. El público todavía puede ver gran parte de mi cuerpo, y se queda convencido de que no hay espejos o protecciones ocultas. Bajo mis manos enguantadas hasta la superficie de la plataforma, así aumenta el sonido de tensión eléctrica, y hay otra brillante descarga de corriente eléctrica. Me tambaleo hacia atrás, como si se hubiera producido una descarga.

La chica se aleja del artefacto, encogiéndose un poco. Interrumpo bruscamente mi introducción para implorarle que deje el escenario por el bien de su propia seguridad. Primero se resiste y luego con gusto se desliza rápidamente entre bastidores.

Me dirijo hasta el cono direccional, lo tomo con mucho tiento con mis manos bien enguantadas y lo muevo con mucho cuidado hasta que su vértice apunta directamente hacia la caja.

El truco está llegando a su clímax. Desde el foso de la orquesta se oye un redoble de batería. Coloco ambas manos sobre la plataforma una vez más, y mágicamente todas las bombillas que quedaban brillan de forma resplandeciente. El siniestro zumbido aumenta. Primero, me siento sobre la plataforma y giro sobre mí mismo para poder estirar las piernas; a continuación voy bajando hasta quedar completamente acostado, rodeado por la evidencia de las terribles fuerzas eléctricas.

Levanto los brazos y me quito primero uno, y luego el otro guante. Mientras bajo los brazos, dejo que mis manos caigan por debajo del nivel de la plataforma. Una de ellas, la que puede ver el público, cae casualmente en el interior del receptáculo donde, unos segundos antes, un pedazo de papel se había prendido fuego.

Se produce un brillante y deslumbrante destello de luz, y todas las luces del artefacto se funden hasta dejarlo todo sumido en la oscuridad.

En el mismo instante... desaparezco de la plataforma.

La caja se abre de golpe, y aparezco encorvado en su interior.

Lentamente me estiro para salir de la caja, y me desplomo sobre el suelo. Me bañan las luces del escenario. Poco a poco recobro el conocimiento. Me pongo de pie, parpadeo ante la brillantez de las luces y me enfrento al público. Me doy vuelta y voy hacia la plataforma, indico dónde me encontraba, vuelvo a girarme hacia la caja que se encuentra justo detrás de mí y señalo el punto al que he llegado.

Hago mi reverencia.

El público ha asistido a mi metamorfosis. Ante sus ojos, he sido catapultado por el poder de la electricidad de una parte a otra del escenario. Tres metros de espacio vacío. Seis metros, nueve metros, dependiendo del tamaño del escenario.

Un cuerpo humano transmitido en un instante. Un milagro, una imposibilidad, una ilusión.

Mi asistente regresa al escenario. Cogiendo su mano, sonrío y me inclino ante el público mientras suenan los aplausos y el telón baja ante mí.

Si no añado nada más acerca de esto, todo estará bien. No debo intervenir otra vez, pero puedo

continuar hasta el final.

La vida en mi piso de Hornsey, un barrio en el Norte de Londres a varios kilómetros de mi casa de St. Johns Wood, dejaba mucho que desear. Había escogido el piso, uno de diez en una casa de apartamentos en una tranquila calle lateral, simplemente porque su anonimato parecía responder a mis necesidades. Estaba en la segunda planta de la parte trasera de un modesto edificio de mediados de siglo, ocupando una de las esquinas, y por lo tanto, a pesar de tener varias ventanas con vistas al pequeño jardín que circundaba la casa, se podía acceder por una única y sencilla puerta en el hueco de la escalera.

Poco tiempo después de instalarme en la casa, comencé a arrepentirme de la elección. La mayoría de los otros inquilinos eran familias de clase media baja, procedentes de hogares modestos. Todos los pisos de mi planta tenían niños, por ejemplo, y había mucho ir y venir de empleados domésticos de una y otra clase. Mi estado de soltería, especialmente en un piso de tales dimensiones, obviamente provocó la curiosidad de mis vecinos. A pesar de que me esforcé por dejar claro que no deseaba mantener ningún tipo de conversación con nadie, era sin embargo inevitable, y al poco tiempo me sentía a merced de sus especulaciones y chismorreos.

Sabía que tenía que mudarme, pero cuando alquilé el piso ansiaba tener un lugar fijo donde poder quedarme entre actuación y actuación, y aun si decidía mudarme, sabía que no existía ninguna garantía de no atraer la atención en cualquier otro lugar.

Decidí adoptar un estado fingido de amable neutralidad, e iba y venía discretamente, sin mezclarme demasiado con mis vecinos, ni parecer demasiado reservado en mis movimientos. Con el tiempo creo que me convertí en algo aburrido para ellos. Los ingleses poseen una tradicional tolerancia para con los excéntricos, y mis llegadas a altas horas de la noche, mi presencia solitaria sin servidumbre, y mi desconocido método para ganarme la vida, se convirtieron con el tiempo en inofensivos y familiares.

Dejando todo esto a un lado, la vida en el piso me resultó desagradable durante mucho tiempo después de haberme mudado. Lo había alquilado sin muebles, y debido a que estaba invirtiendo gran parte de mis ganancias en la casa familiar de St. Johns Wood, al principio solamente podía comprar muebles baratos e incómodos. La principal fuente de calefacción era una estufa, y para alimentarla había que traer troncos del jardín de abajo. Dicha estufa proporcionaba un calor asfixiante a su alrededor pero nada apreciable en las restantes partes del piso. No había alfombras dignas de ese nombre.

El piso era un refugio para mí, de modo que era esencial convertirlo en un lugar confortable y apto para vivir tranquilamente, a veces durante largos períodos de tiempo.

Dejando a un lado las incomodidades físicas, que por supuesto se fueron atenuando poco a poco, a medida que pude adquirir los numerosos objetos prácticos que deseaba, lo peor del piso era la soledad y la sensación de estar aislado de mi familia. Nunca ha habido ninguna cura para eso, ni entonces ni ahora. Al principio, cuando era solamente de Sarah de quien estaba separado, ya era suficientemente insoportable, pero durante su difícil hospitalización previa al nacimiento de los

gemelos, a menudo me encontraba consumiéndome de preocupación por ella. Se hizo todavía más difícil después de que nacieran Graham y Helena, especialmente cuando uno de ellos enfermaba. Sabía que mi familia era cuidada y vigilada con amor, y que nuestros criados eran dedicados y de confianza, y que en la eventualidad de una enfermedad grave, disponíamos de fondos suficientes como para poder costear el mejor tratamiento, pero no era suficiente, a pesar de que sin duda constituía en cierta medida un consuelo y una tranquilidad.

En los años en que había planeado «El hombre transportado» y su continuación moderna, y durante toda mi carrera de mago, nunca se me había ocurrido que tener una familia, algún día, se convertiría en una amenaza.

Muchas veces había sentido la tentación de renunciar al escenario, de no volver nunca a realizar un truco y abandonar, de hecho, la ejecución de todo tipo de magia, y siempre motivado por el afecto y el deber para con mi encantadora esposa, y el ferviente amor que sentía por mis hijos.

En aquellos largos días en el piso de Hornsey, y a veces durante las semanas en que la temporada teatral no ofrecía oportunidad para mi presentación, tenía tiempo más que suficiente para reflexionar.

Lo importante es, por supuesto, que no me rendí.

Seguí adelante a través de los difíciles primeros años. Seguí adelante cuando mi reputación y mis ganancias comenzaron a alcanzar cotas muy altas. Y sigo avanzando ahora que prácticamente casi lo único que queda de mi famoso truco es el misterio que lo rodea.

Sin embargo, las cosas resultan mucho más fáciles ahora. Durante las primeras dos semanas que Olive Wenscombe trabajó para mí, casualmente descubrí que se hospedaba en un hotel cerca de la Estación Euston, una zona bastante dudosa. El motivo, según dijo, era que el mago de Hampshire ofrecía alojamiento junto con trabajo, y por supuesto había renunciado al mismo cuando dejó su empleo. Para aquel entonces, Olive y yo hacíamos regular uso del sillón que estaba en la parte de atrás de mi taller, y no tardé mucho en darme cuenta de que mi empleo también podía incluir alojamiento permanente.

El Pacto controlaba todas las decisiones de esa naturaleza, pero, en este caso, era solamente una formalidad. Unos días después, Olive se mudó a mi piso en Hornsey.

Allí se quedó, y allí está, desde entonces.

Su revelación, que lo cambiaría todo, vino unas semanas más tarde.

Hacia finales de 1898, la cancelación de un teatro significaba que transcurría más de una semana entre presentación y presentación de «El nuevo hombre transportado». Pasaba este tiempo en el piso de Hornsey, y aunque pasé una vez por el taller, la mayor parte de la semana estaba instalado en una doméstica, feliz y físicamente estimulante rutina con Olive. Empezamos por redecorar el piso, y con algunas de las recientes ganancias de una exitosa temporada en el Teatro Illyria en el West End, compramos varios vistosos muebles.

La noche antes de que terminara el idilio —estaba preparado para presentar mi espectáculo en el Hipódromo de Brighton— soltó su sorpresa. Era tarde, de noche, y estábamos descansando apaciblemente antes de quedarnos dormidos.

—Escucha, cariño —me dijo—. He estado pensando que tal vez debas pensar en buscar una nueva asistente.

Estaba tan atónito que al principio no supe cómo contestarle. Hasta ese momento me parecía que había alcanzado el tipo de estabilidad que había estado buscando durante toda mi carrera. Tenía a mi familia, tenía a mi querida. Vivía en mi casa con mi esposa, y me quedaba en mi piso con mi amante. Adoraba a mis hijos, adoraba a mi esposa, amaba a mi amante. Mi vida estaba en dos mitades distintas, ambas decididamente separadas una de la otra, ninguna de las dos sospechando siquiera de la existencia de la otra. Además, mi amante era mi hermosa y embrujadora asistente sobre el escenario. No sólo era brillante en su trabajo, sino que su encantadora apariencia, estaba seguro, sin duda había ayudado ampliamente a aumentar el público asistente que había acudido a mi espectáculo desde que ella participaba en el número. Hablando sin ambages, había conseguido mi parte del pastel y me la estaba comiendo con avidez. Ahora, con estas palabras, Olive parecía estar alterando el equilibrio, y yo me vi sumido en la consternación.

Al ver mi reacción, Olive dijo: —Hay muchas cosas que me preocupan y de las que quiero hablar, pero no es tan malo como te imaginas.

—No puedo imaginarme cómo podría ser peor.

—Bueno, si sólo escuchas la mitad de lo que diga, será peor de lo que nunca te hayas imaginado. Pero si te quedas hasta el final, creo que terminarás por sentirte mejor.

La miré atentamente y noté, tal como debí haberlo hecho desde el principio, que parecía estar tensa y nerviosa. Obviamente, algo estaba sucediendo.

La historia salió en un torrente de palabras, confirmando rápidamente su advertencia. Lo que dijo me horrorizó.

Dijo que quería dejar de trabajar para mí por dos razones. La primera era que había trabajado en el teatro durante varios años, y simplemente quería un cambio.

Decía que quería vivir en casa, ser mi amante, seguir mi carrera desde ese punto de vista. Dijo que continuaría trabajando como mi asistente mientras yo se lo pidiera, o hasta que pudiera encontrar un reemplazo. Por el momento, bien. Pero, dijo, todavía no había oído la segunda razón: había sido enviada a trabajar conmigo por alguien que quería conocer mis secretos profesionales. Este hombre...

—¡Es Angier! —exclamé—. ¿Fuiste enviada por Rupert Angier para espiarme?

Lo confesó rápidamente, y al ver mi enfado se alejó de mí y luego comenzó a llorar. Las ideas se me agolpaban en la cabeza; trataba de recordar todo lo que le había dicho en las semanas precedentes, qué artefactos había visto o utilizado, qué secretos podría haber descubierto o descifrado ella misma, y los secretos que le habría revelado a mi enemigo.

Durante un tiempo no fui capaz de escucharla, ni de pensar con calma y lógica.

Durante ese tiempo, ella lloraba, implorándome que la escuchara.

Pasaron dos o tres horas angustiosas e improductivas, luego finalmente llegamos a un punto de parálisis emocional. Nuestro *impasse* había durado hasta primeras horas de la madrugada, y la necesidad de dormir se cernía pesadamente sobre los dos.

Apagamos la luz, y nos acostamos juntos, nuestros hábitos de convivencia todavía intactos a pesar de la terrible revelación.

Permanecí despierto acostado en la oscuridad, tratando de pensar en una forma de hacer frente a

todo aquello, pero mi mente todavía daba vueltas como loca. Entonces, a mi lado, en la oscuridad, la oía decir tranquila pero insistentemente: —¿No te das cuenta de que si todavía fuera la espía de Rupert Angier no te lo hubiera dicho? Sí, estaba con él, pero estaba *aburrida* con él. Y él había estado tonteando con otra mujer, y eso me molestó un poco. Él estaba obsesionado con atacarte, y yo necesitaba un cambio; yo misma ideé este plan. Pero cuando te conocí... bueno, cambié de opinión. Eres tan distinto a Rupert. Tú sabes lo que sucedió y todo lo que hay de verdad entre nosotros. ¿verdad? Rupert cree que te estoy espionando, pero creo que ya se ha dado cuenta de que no va a obtener nada de mí. Quiero dejar de ser tu asistente porque mientras siga actuando contigo sobre el escenario, Rupert estará esperando a que yo haga lo que él quiere. Sólo quiero dejar atrás todo, vivir aquí en este apartamento, estar contigo, Alfred. Sabes, creo que te amo...

Y así sucesivamente, durante toda la noche. Por la mañana, a la luz gris y deprimente de un amanecer lluvioso, le dije: —He decidido lo que vamos a hacer. ¿Por qué no le llevas un mensaje a Angier? Te diré lo que debes decirle, y tú se lo entregarás, diciéndole que es el secreto que ha estado buscando. Dile lo que quieras para hacerle creer que me robaste el secreto, y que es la información más importante, la que ha estado esperando. Después, si vuelves, y si juras que nunca más tendrás nada que ver con Angier y logras que yo te crea de nuevo, entonces empezaremos de nuevo juntos. ¿Estás de acuerdo?

—Lo haré hoy mismo —me juró—. ¡Quiero borrar a Angier de mi vida para siempre!

—Primero debo ir al taller. Tengo que decidir qué puedo decirle a Angier sin riesgo alguno.

Sin más explicaciones, la dejé en el piso y cogí el autobús hasta la Avenida Elgin.

Sentado tranquilamente en la planta superior, fumando mi pipa, me preguntaba si realmente no era un tonto enamorado, y si no estaba a punto de echar todo a perder.

Se habló del problema a fondo cuando llegué al taller. A pesar de ser potencialmente seria, fue sólo una de las varias crisis que el Pacto tuvo que afrontar a lo largo de los años, y no me pareció que se tratara de ningún problema nuevo o más grave. No fue fácil, pero al final, el Pacto emergió tan fuerte como siempre. De hecho, como un testimonio memorable de mi ininterrumpida fe en el Pacto, se puede decir que permanecí en el taller mientras regresaba al piso.

Allí le dicté a Olive lo que debía escribir con su propia letra. Lo escribió, tensa pero decidida a hacer lo que creía necesario. El mensaje tenía el propósito de enviar a Angier en la dirección equivocada, así que debía ser no sólo plausible, sino algo en lo que no hubiera pensado por su cuenta.

Se fue de Hornsey con el mensaje a las dos y veinticinco de la tarde, y no regresó al piso hasta después de las once de la noche.

—¡Ya está hecho! —gritó—. Tiene la información que le di. Probablemente nunca lo volveré a ver, y desde luego nunca más, mientras viva, diré nada amable acerca de él o dirigido a él.

Nunca pregunté lo que había sucedido durante esas ocho horas y media, ni por qué había tardado tanto tiempo en entregar un mensaje escrito. La explicación que me dio es probablemente cierta por ser la más simple: que se desplazó por Londres con el transporte público, y no encontró a Angier inmediatamente, pues éste se hallaba actuando en otra parte de la ciudad, y así había pasado el tiempo casi sin darse cuenta. Sin embargo, mientras transcurría esa larga tarde, abrigué la

desesperanzadora sospecha de que aquel doble agente al que yo había vuelto en contra de su primer amo podría haberse puesto nuevamente en mi contra, y, o bien no debía verla nunca más, o ella regresaría con una nueva misión de perjudicarme.

Sin embargo, esto sucedió a fines de 1898, y yo escribo estas palabras al final del presente mes de enero de 1901. (Los acontecimientos del mundo exterior resuenan en mis oídos. El día antes de escribir estas palabras, falleció finalmente Su Majestad la Reina, y el país emerge por fin de un período de duelo). Olive regresó a mí hace más de dos años, fiel a su palabra, y sigue conmigo, fiel a mis deseos. Mi carrera continúa sin problemas, mi posición en el mundo de las ilusiones es inexpugnable, mi familia está creciendo, mi bienestar está asegurado. Una vez más tengo dos pacíficos hogares. Rupert Angier no me ha atacado desde que Olive le pasó la información falsa. Todo está tranquilo a mi alrededor, y, pasados los años turbulentos, al fin disfruto de una posición estable en mi vida.

Escribo, sin desearlo realmente, en el año 1903. Había planeado dejar mi cuaderno cerrado para siempre, pero los acontecimientos han conspirado en mi contra.

Rupert Angier ha muerto súbitamente. Tenía cuarenta y seis años, sólo un año menos que yo. Su muerte, de acuerdo con una noticia en el *Times*, fue producto de las complicaciones de unas heridas sufridas durante la ejecución de un número de magia en el escenario de un teatro en Suffolk.

Separé esta noticia y una más breve que apareció en el *Morning Post*, por si había alguna otra información que pudiera al fin descubrir sobre él, pero pocas cosas eran nuevas para mí.

Yo sospechaba que estaba enfermo. La última vez que lo vi tenía un aspecto frágil, e imaginé que era víctima de una enfermedad crónica que le debilitaba.

Mientras escribo resumiré las notas necrológicas publicadas que tengo frente a mí.

Nació en Derbyshire en 1857, pero a una edad temprana se mudó a Londres, donde trabajó posteriormente durante muchos años como ilusionista y prestidigitador, alcanzando un considerable éxito. Presentó su espectáculo a lo largo y a lo ancho de todas las Islas Británicas y por Europa, y realizó giras por el Nuevo Mundo tres veces, siendo la última de estas ocasiones a principios de este año. Se le adjudicaba la invención de varios notables trucos escénicos, en particular uno llamado «Clara mañana» (que consistía en liberar a una asistente de lo que parecía ser un frasco sellado colocado frente al público), el cual había sido repetidamente imitado. Más recientemente, había desarrollado con mucho éxito un truco llamado «En un abrir y cerrar de ojos», el cual estaba realizando en el momento del accidente mortal.

Experto prestidigitador, Angier fue un popular mago de reuniones pequeñas o privadas. Estaba casado, tenía un hijo varón y dos hijas, y hasta el final vivió con su familia en Highgate, en Londres. Realizaba actuaciones con regularidad, hasta que ocurrió el accidente que lo llevó a la muerte.

No me causa ningún placer escribir sobre la muerte de Angier. Ha sido el trágico clímax de una serie de acontecimientos que se acumularon durante más de dos años.

Me negué a dejar constancia de ninguno de ellos porque, lamento decirlo, amenazaban con renovar la antipatía que existía entre nosotros.

Tal como apunté en la primera parte de este diario, había alcanzado un agradable equilibrio y estabilidad en mi vida y en mi carrera, y no deseaba nada más. Sentía y sinceramente creía que si Angier realizaba cualquier tipo de ataque o tomaba cualquier tipo de represalia en mi contra, podía limitarme a no darle importancia. De hecho, tenía todas las razones para creer que las pistas falsas ofrecidas en la nota que Olive le entregó habían sido una medida definitiva entre nosotros. La intención de aquella nota era la de desviar su atención, y enviarlo en busca de un secreto que no existía. El hecho de que desapareciera de mi conciencia por más de dos años significaba que mi ardid había funcionado.

Sin embargo, poco tiempo después de terminar la primera parte de esta narración, tropecé por casualidad con una reseña en una revista sobre una actuación que tenía lugar en el Finsbury Park Empire. Rupert Angier tenía un número, y según todo el mundo era uno de los peores de la programación. La reseña únicamente lo mencionaba de pasada, observando que «es bueno saber que su talento no se ha disipado». Únicamente esto sugería que su carrera había sufrido una interrupción.

Dos o tres meses más tarde, todo había cambiado. Una revista de magia publicó una entrevista con él, con una fotografía de él que ocupaba toda una página. Uno de los periódicos hacía referencia en un artículo a «la reaparición del arte del prestidigitador», señalando que las numerosas actuaciones de magia estaban otra vez encabezando los programas de nuestros teatros de variedades. Se mencionaba el nombre de Rupert Angier, así como el de muchos otros.

Aún más tarde, debido a las demoras necesarias para producir tales cosas, una de las revistas de magia a las que estaba suscrito publicó un detallado artículo sobre Angier. Describía la actuación que realizaba en aquel entonces como un triunfante principio en el arte de la magia abierta. Su nuevo truco, llamado «En un abrir y cerrar de ojos», fue galardonado con una mención especial y aclamado por críticos expertos.

Se decía que establecía nuevos estándares de brillantez técnica, de tal forma que, a menos que el señor Angier en persona quisiera revelar los secretos de sus mecanismos, era improbable que cualquier otro ilusionista pudiera reproducir su efecto, al menos en un futuro próximo. El mismo artículo mencionaba que «En un abrir y cerrar de ojos» era un importante avance respecto de «previos esfuerzos» en el campo de los trucos de transferencia, y había una insignificante referencia no sólo a «El nuevo hombre transportado» sino también a mi persona.

Intenté, honestamente, hacer caso omiso de tales nimiedades, pero estas apariciones en prensa eran sólo las primeras de muchas. Sin duda, Rupert Angier estaba en la cima de nuestra profesión.

Naturalmente, sentí que debía hacer algo al respecto. Gran parte de mi trabajo durante los últimos meses había consistido en hacer giras, que se concentraban en pequeños clubes y teatros de las

provincias. Decidí que para reestablecerme necesitaba una temporada en un teatro importante de Londres que sirviera de escaparate para mis habilidades. El interés por los trucos escénicos era tal en aquella época que mi representante no tuvo dificultades para organizar lo que prometía ser un gran espectáculo. Tendría lugar en el Teatro Lírico en el Strand, y yo era cabeza de cartel de un espectáculo de variedades programado para septiembre de 1902, durante una semana.

En la función de apertura la mitad de la sala estaba vacía, y al día siguiente las reseñas eran pocas y muy espaciadas. Tan sólo tres periódicos mencionaron mi nombre, y el comentario menos desfavorable me describía como «un defensor de un estilo de magia más notable por su valor nostálgico que por sus aptitudes innovadoras». Las funciones de las dos noches siguientes estuvieron casi vacías, y el espectáculo se canceló a mitad de semana.

Decidí que tenía que ver el truco de Angier con mis propios ojos, y cuando me enteré de que a finales de octubre daría comienzo un espectáculo suyo que estaría en cartelera durante dos semanas en el Hackney Empire, compré discretamente una entrada para la platea. El Empire es un teatro estrecho y profundo, con largos y angostos pasillos y un auditorio que queda bastante oscuro durante toda la función, por lo que satisfacía perfectamente mis propósitos. Desde mi butaca podía verse el escenario bastante bien, pero no me encontraba tan cerca como para que Angier pudiera verme.

No noté nada excepcional en la parte más importante de su actuación, en la que realizaba competentemente trucos del repertorio de magia estándar. Su estilo era bueno, su discurso divertido, su asistente hermosa y su sentido de la teatralidad por encima de la media. Llevaba un traje de etiqueta de buena calidad, y su cabello estaba hábilmente abrigado. Durante esta parte de su actuación, sin embargo, observé por primera vez su rostro afectado por la enfermedad, y vi otras señales que sugerían un estado poco saludable. Se movía con rigidez, y varias veces ayudaba a su brazo izquierdo, como si estuviera más débil que el otro.

Finalmente después de una, tengo que admitirlo, divertida rutina, que incluía un mensaje escrito por un miembro del público que aparecía dentro de un sobre cerrado, Angier llegó al truco final. Empezó con un serio discurso, que anoté rápidamente en una libreta. Esto fue lo que dijo:

«¡Damas y caballeros! Mientras el nuevo siglo avanza a pasos agigantados, vemos a nuestro alrededor y por todas partes los milagros de la ciencia. Estas maravillas se multiplican casi cada día. Cuando finalice el nuevo siglo, lo cual pocos de los que están aquí esta noche vivirán para ver, ¿qué maravillas prevalecerán? Los hombres podrán volar, podrán hablar con océanos de por medio, podrán viajar más allá del firmamento. Aun así, ningún milagro que la ciencia pueda producir puede ser comparado con la mayor de las maravillas... la mente humana y el cuerpo humano.

»Esta noche, damas y caballeros, intentaré realizar una hazaña mágica que conjuga las maravillas de la ciencia con las maravillas de la mente humana. ¡Ningún otro mago profesional en el mundo puede reproducir lo que ustedes están a punto de ver!».

Dicho esto, levantó teatralmente su brazo sano, y se alzó el telón. Allí, esperando bajo la luz de los focos, estaba el artefacto que yo había ido a ver.

Era bastante más grande de lo que yo me esperaba. Los magos normalmente prefieren trabajar con máquinas construidas de forma más compacta, con el fin de aumentar el misterio del uso que se les da. El equipamiento de Angier prácticamente llenaba todo el espacio del escenario.

En el centro del escenario había un soporte que consistía en tres largas patas de metal, unidas en forma de trípode, sobre cuyo vértice se encontraba un brillante globo metálico de aproximadamente un metro y medio de diámetro. Debajo del vértice del trípode quedaba el espacio justo como para que un hombre entrara de pie.

Inmediatamente sobre el vértice, y debajo del globo, había un artilugio cilíndrico de madera y metal, firmemente sujetado a la unión. Este cilindro estaba hecho de listones de madera con espacios definidos entre ellos, y cubiertos cientos de veces a su alrededor por delgados filamentos de cables. Desde donde yo estaba sentado, me pareció que el cilindro era de al menos un metro y veinte centímetros de altura, y tal vez del mismo diámetro. Giraba lentamente, y atraía y reflejaba las luces del escenario en nuestros ojos. Fragmentos de luz inundaban las paredes del auditorio.

Rodeando el artilugio, a una distancia radial de aproximadamente tres metros, había un segundo círculo de ocho listones metálicos, de nuevo bien rodeados por cables. Estos listones estaban de pie sobre la superficie del escenario y concéntricos con respecto al trípode, separados amplia y regularmente, con grandes espacios entre uno y otro. El público podía ver claramente la parte principal del artefacto.

No estaba en absoluto preparado para esto, sino que había esperado un tipo de caja mágica del mismo tamaño que las que yo utilizaba. El artefacto de Angier era tan inmenso que no había lugar en ninguna parte del escenario para ocultar una segunda caja.

Las ideas se agolpaban en mi cabeza de mago, intentando anticipar cuál sería el truco, cómo podría diferir del mío y dónde podría estar el secreto. La primera impresión era de sorpresa ante su tamaño. La segunda impresión, la notable y prosaica calidad del artefacto. A excepción del cilindro rotativo situado justo sobre el vértice, no se empleaban colores brillantes, luces que distrajeran o áreas intencionadamente oscuras. Gran parte del artilugio parecía estar hecho de madera sin barnizar o de metal opaco. Había cuerdas y cables cruzados en todas direcciones.

Tercera impresión: ninguna pista acerca de lo que iba a suceder. No tenía idea de lo que se *esperaba* que el artefacto pareciera. Los artefactos mágicos suelen asumir formas comunes para desviar la atención del público en otra dirección, como una mesa común y corriente, por ejemplo, o un tramo de escalera, o un baúl, pero el aparato de Angier no hacía concesión alguna a la familiaridad.

Angier comenzó a realizar el truco.

No parecía haber espejos en el escenario. Todas las partes del artefacto podían verse directamente, y mientras Angier hacía sus preparativos, daba vueltas por el escenario, caminando a través de cada uno de los espacios, pasando momentáneamente por detrás de los listones, siempre visible, siempre moviéndose.

Yo miraba sus piernas, a menudo una parte de la anatomía del ilusionista que debe observarse desde cerca cuando se mueve, y en particular por detrás de su artefacto (un movimiento inexplicable puede indicar la presencia de un espejo o algún otro dispositivo) pero el andar de Angier era relajado y normal. No parecía haber escotillones que él pudiera utilizar. El escenario estaba cubierto por una única gran lámina de caucho, que hacía difícil el acceso al entresuelo de debajo del escenario.

Lo más curioso de todo es que no había lógica aparente en el truco. Los artefactos de magia normalmente sirven para confirmar o confundir las expectativas del público. Consisten en la caja que es evidentemente demasiado pequeña como para albergar un cuerpo humano (sin embargo terminará haciéndolo), o en la lámina de acero que supuestamente no puede ser atravesada, o en el baúl cerrado con candados de donde sería imposible escapar. En cualquier caso, el ilusionista confunde a su público, haciéndole creer que ha descifrado por su cuenta qué es exactamente lo que ven delante de ellos. El aparato de Angier no se parecía a nada que se hubiera visto antes, y era imposible adivinar cuál era su supuesta función con sólo mirarlo.

Mientras tanto, Angier iba y venía por el escenario, todavía invocando los misterios de la ciencia y de la vida. Volvió a ocupar el centro del escenario y se enfrentó a su público.

«Señores míos, estimadas señoras, solicito a uno de ustedes, un voluntario. No deben temer lo que pueda ocurrir. Los necesito solamente para un simple acto de verificación».

Se puso de pie bajo la luz deslumbradora de los focos, inclinándose de una manera incitante hacia los miembros del público que se encontraban en las primeras dos filas de los *fauteuils*. Reprimí el súbito y descabellado impulso de levantarme de golpe y ofrecerme como voluntario para poder ver más de cerca la maquinaria. Sabía que si lo hacía, Angier me reconocería inmediatamente, y probablemente daría a su actuación un final prematuro.

Luego del habitual titubeo nervioso, un hombre caminó hasta el escenario y subió por la rampa lateral. Mientras tanto, uno de los asistentes de Angier apareció en el escenario, llevando una bandeja cargada con varios objetos, cuyos propósitos enseguida fueron descubiertos, ya que cada uno ofrecía una forma de marcar o identificar. Había dos o tres frascos llenos con tintas de diferentes colores; un tazón con harina; algunas tizas; barras de carbón vegetal. Angier invitó al voluntario a que escogiera uno, y cuando el hombre eligió el tazón de harina, Angier le dio la espalda y le invitó a que la tirara en la parte trasera de su chaqueta. El hombre lo hizo, creando una nube blanca que se esfumó espectacularmente bajo las luces del escenario.

Angier se giró nuevamente de cara al público, y pidió al voluntario que escogiera una de las tintas. El hombre eligió la roja. Angier extendió sus manos para permitir que la tinta roja fuera derramada sobre ellas.

Ahora, marcado de una manera muy particular, Angier le pidió al hombre que regresara a su asiento. Las luces del escenario se fueron atenuando, a excepción de la brillante saeta de uno de los focos.

Se escuchó el ruido de un crujido sobrenatural, como si el propio aire se partiera en mil pedazos, y para mi sorpresa, una flecha de descarga eléctrica de color celeste salió enroscada y disparada abruptamente del globo brillante. El arco se movió con una rapidez y una arbitrariedad horrendas, precipitándose de un lado para otro dentro del área rodeada por los listones exteriores, por donde ahora caminaba el propio Angier. Tanto el crujido como el chasquido de la flecha parecían estar dotados de una despiadada vida propia.

La descarga eléctrica se duplicó de repente, luego se triplicó, y las flechas adicionales parecían estar picoteando aquí y allá, como si estuvieran registrando el espacio cercado. Una, inevitablemente, le dio a Angier, y en un instante se enroscó a su alrededor, iluminándolo con una luz

azul verdosa que brillaba no solamente alrededor de su cuerpo, sino también desde su interior. Recibió el disparo de electricidad, levantó su brazo sano y giró sobre sí mismo, permitiendo así que el fuego inquieto y sibilante lo rodeara y lo rodeara.

Aparecieron más flechas de electricidad, chispeando malignas a su alrededor. Nuevamente, hizo caso omiso de éstas. Todas parecían atacarlo, de una en una; una se alejaba bruscamente de él, como un látigo en el aire, dejando paso a otra, o a otras dos, para atravesarlo ardiendo y azotar su cuerpo con un fuego que no cesaba de retorcerse.

El olor de esta descarga asaltó inmediatamente al público. Lo respiré al igual que los demás, estaba atónito intentando adivinar qué podía llegar a contener. Tenía una cualidad sobrenatural, atómica, como la liberación de una fuerza hasta entonces prohibida para el hombre, y ahora, liberada, despedía el fuerte olor de una energía pura y desenfrenada.

Mientras los arcos de electricidad lo atacaban sin cuartel, atropelladamente, por todos sus flancos, Angier se dirigió hacia el trípode que estaba en el corazón del infierno, directamente debajo de la fuente. Una vez aquí, parecía que estaba a salvo.

Aparentemente imposibilitados o incapaces de doblarse sobre sí mismos, los arcos de luz brillantes se alejaron de él de repente, y con golpes feroces se estrellaron contra los listones más grandes, los exteriores. En pocos segundos, cada uno de ellos era atravesado por un arco, que chispeaba con inquieto entusiasmo, contenido en su lugar.

Entonces, estas ocho deslumbrantes serpentinas formaron una especie de dosel sobre el área en la que se encontraba Angier, solo. La luz del foco se apagó de repente, y todas las otras luces del escenario habían sido atenuadas. Angier estaba iluminado únicamente por la luz de la descarga incandescente que caía sobre él.

Estaba de pie, inmóvil, su brazo sano en alto, su cabeza sólo aproximadamente veinticinco milímetros por debajo del cilindro metálico desde donde emanaba toda la electricidad. Dijo algo, una declaración dirigida al público, pero yo me la perdí debido a la ruidosa conmoción que quemaba el aire sobre él.

Bajó los brazos, y durante dos o tres segundos permaneció de pie en silencio, sometido al espantoso espectáculo que había provocado.

Luego desapareció.

Hacia un momento Angier estaba allí; al siguiente ya no estaba. Su artefacto produjo un ruido chillón y desgarrador, y pareció temblar, pero cuando se retiró, la brillante saeta de energía murió instantáneamente. Los zarcillos chispeaban y explotaban como pequeños fuegos artificiales, y luego desaparecieron. El escenario quedó inmerso en la oscuridad.

Yo estaba de pie; sin darme cuenta había estado de pie durante un largo rato. Yo, y el resto del público, estábamos ahí de pie horrorizados. Aquel hombre había desaparecido delante de nuestros propios ojos, sin dejar rastro alguno.

Oí una conmoción que procedía del pasillo que estaba a mis espaldas, y como el resto del público me di la vuelta para ver lo que estaba sucediendo. Había demasiadas cabezas y cuerpos, no podía ver claramente, ¡una especie de movimiento en el oscuro auditorio! Afortunadamente, las luces de la sala se encendieron, uno de los focos móviles cambió su posición y un rayo de luz apuntó hacia

un punto concreto.

¡Angier estaba allí!

Algunos miembros de la plantilla de empleados del teatro bajaban apresuradamente por el pasillo hacia él, y gente del público intentaba alcanzarlo, pero él estaba de pie y empujándolos lejos de sí.

Bajaba tambaleándose por el pasillo, dirigiéndose nuevamente al escenario.

Intenté recuperarme de la sorpresa, e hice cálculos rápidamente. No podían haber transcurrido más de uno o dos segundos entre su desaparición del escenario y su reaparición en el pasillo. Miré desde una punta hasta la otra del escenario, intentando calcular la distancia en juego. Mi butaca estaba al menos a dieciocho metros de la parte de delante del escenario, y Angier había aparecido al fondo del pasillo, cerca de una de las salidas para el público. Estaba bastante lejos de mí, al menos otros doce metros.

¿Acaso podía haber recorrido doce metros en un solo segundo, mientras la oscuridad del escenario ocultaba sus movimientos?

En aquel momento, como ahora, era una pregunta retórica. Es evidente que no podría haberlo hecho sin el uso de técnicas de magia. ¿Pero cuáles?

Su avance a lo largo del pasillo hacia el escenario lo trajo momentáneamente hasta donde yo me encontraba, y allí tropezó con uno de los escalones antes de seguir adelante. Estaba seguro de que no me había visto, ya que evidentemente no tenía ojos para nadie del público. Su comportamiento era el de un hombre completamente absorto en su propia angustia; su rostro estaba atormentado, todo su cuerpo se movía como si estuviera transido de dolor. Caminaba arrastrando los pies como un borracho o un inválido, o como un hombre finalmente exhausto de la vida. Vi su brazo izquierdo colgando lánguidamente, y la mano manchada de gris por la harina, la tinta roja vertida en un oscuro desorden. En la parte posterior de su chaqueta, todavía podía verse el estallido de harina, con la caótica forma que el voluntario había creado cuando explotó la bolsa contra él, hacía sólo unos pocos segundos, y a veinte metros de distancia.

Todos aplaudíamos, y mucha gente aclamaba y silbaba a modo de aprobación. Y cuando se acercó al escenario, un segundo foco lo iluminó y lo acompañó hasta que subió la rampa. Caminó de forma extraña hasta el centro del escenario, donde por fin pareció recuperarse. Una vez más, bajo el destello de las luces, recibió su ovación, inclinándose ante el público, agradeciéndole, tirando besos, sonriendo y triunfante.

Me puse de pie con el resto del público, maravillado por lo que había visto. Tras él, el telón bajaba discretamente para ocultar el artefacto.

¡No sabía cómo se había realizado el truco! Lo había visto con mis propios ojos, y lo había observado sabiendo cómo observar a un mago trabajando, y había buscado en todos los lugares desde y hacia donde un mago tradicionalmente distrae la atención de su público. Dejé el Hackney Empire ciego de ira. Estaba furioso porque mi mejor truco había sido copiado; estaba aún más furioso porque había sido mejorado. Y lo peor de todo, sin embargo, era que no podía descifrar cómo se había hecho.

Era un solo hombre. Estaba en un solo lugar. Apareció en otro. No podría tener un doble; no

podría haberse trasladado tan rápidamente de una posición hasta la otra.

Los celos empeoraron mi ira. «En un abrir y cerrar de ojos», el barato título de Angier para su versión de su detestable *mejora* de «El nuevo hombre transportado», era sin lugar a dudas una ilusión suprema, que introducía un nuevo referente en nuestro frecuentemente ridiculizado y generalmente incomprendido arte interpretativo. Tenía que admirarlo por esto, sin importar cuáles pudieran ser mis otros sentimientos hacia él. Sospecho que junto con muchos de los miembros del público, sentí que había tenido el privilegio de ser testigo del truco. Cuando me alejaba de la fachada del teatro, pasé junto a la estrecha callejuela que llevaba hasta la entrada de los artistas, y por un momento incluso deseé tener la posibilidad de enviar mi tarjeta al camerino de Angier, para poder visitarlo allí y felicitarlo en persona.

Reprimí mis deseos. Después de tantos años de amarga rivalidad, no podía permitir que la esmerada presentación de un truco escénico me llevara a humillarme ante él.

Regresé a mi piso en Hornsey, donde casualmente estaba viviendo en esa época, y pasé una noche en vela, dando, con desasosiego, vueltas en la cama junto a Olive.

Al día siguiente me puse a pensar en serio y de forma práctica en su versión de mi truco para ver qué podía sacar de ello. Lo confieso una vez más: no sé cómo lo hizo. No pude descifrar el secreto cuando vi el número, y después, sin importar qué principios mágicos aplicara, no pude desentrañar la solución.

En el corazón del misterio había tres, posiblemente cuatro, de las seis categorías fundamentales de la ilusión: se había hecho *desaparecer* a sí mismo, luego se había *producido* en otro lugar, de alguna manera parecía haber un elemento de *transposición*, y todo se había conseguido con un aparente *desafío de las leyes naturales*.

Una desaparición en el escenario es relativamente fácil de realizar, con la colocación de espejos o medios espejos, una iluminación adecuada, de las persianas o «arte negro» de los magos, de la distracción, de los escotillones, etcétera. Aparecer en cualquier otra parte consiste generalmente en colocar el objeto con anticipación, o una copia similar del mismo..., o si es una persona, colocar un doble convincente de la persona. Realizar estos dos efectos a la vez produce por lo tanto un tercero; en su desconcierto, el público cree que ha asistido a un desafío de algunas leyes naturales. Leyes que yo sentí que se habían desafiado aquella noche en Hackney.

Todos mis intentos por resolver el misterio basándome en principios de magia convencionales fueron un fracaso, y a pesar de que reflexioné y trabajé obsesivamente, ni siquiera me acerqué a una solución satisfactoria.

Me distraía constantemente el saber que este magnífico truco se reducía en el fondo a un secreto de una simplicidad exasperante. La clave de la magia siempre es válida: lo que se *ve* no es lo que *realmente se está haciendo*.

El secreto continuaba eludiéndome. Tenía solamente dos satisfacciones menores.

La primera era que no importaba cuán brillante fuera su efecto, mi propio secreto aún permanecía intacto y era desconocido para Angier. No llevó a cabo el truco a mi manera, como de hecho nunca podría haberlo realizado.

La segunda era la velocidad. No importaba cuál fuera su secreto, el efecto del número de Angier

aún no era tan rápido como el mío. Mi cuerpo se transporta de una caja a la otra en un instante. No es, y lo enfatizo, que suceda rápidamente; el truco se realiza en un *instante*. No hay demora de ningún tipo. El número de Angier era notablemente más lento. La noche en que vi su espectáculo estimé que habían transcurrido uno o a lo sumo dos segundos, lo que para mí significaba que él era uno o a lo sumo dos segundos más lento que yo.

En una ocasión en la que parecía acercarme a la solución, intenté comprobar los tiempos y las distancias en juego. Aquella noche, debido a que no tenía idea de lo que estaba por suceder, y no tenía medios científicos de medición, todas mis estimaciones eran subjetivas.

Esto es parte del método del ilusionista; al no preparar a su público, el mago puede utilizar la sorpresa para no dejar rastro. La gran mayoría de la gente, al ver la ejecución de un truco, cuando se les pregunta la duración del mismo, sería incapaz de dar una estimación precisa. Muchos trucos están basados en el principio de que el ilusionista hará algo tan rápidamente que un público desprevenido jurará más tarde que no pudo haber sucedido, *porque no hubo tiempo suficiente*.

Sabedor de esto, me obligué a pensar nuevamente en lo que había visto, representando el truco en mi mente, y tratando de estimar cuánto tiempo había transcurrido realmente entre la supuesta desaparición de Angier y su materialización en otro sitio. Al final llegué a la conclusión de que seguramente no habían sido menos de uno o dos segundos, como había creído la primera vez, y que realmente tal vez habían pasado hasta cinco segundos. ¡En cinco segundos de completa e inesperada oscuridad, un mago cualificado puede completar una gran ilusión!

Este corto período de tiempo era evidentemente la clave del misterio, pero aun así no parecía ser suficiente para que Angier pudiera ir corriendo casi hasta el final de la platea.

Dos semanas después del incidente, gracias a un arreglo con el director del teatro, me dirigí al Hackney Empire con el pretexto de tomar medidas con antelación para una representación propia. Es algo bastante habitual, pues el ilusionista suele adaptar su actuación a las limitaciones físicas del teatro. Así, mi petición fue considerada normal, y el asistente del director me recibió con cortesía y me ayudó en mis investigaciones.

Encontré la butaca donde me había sentado, y establecí que estaba a poco más de quince metros de distancia del escenario. Descubrir el punto preciso del pasillo en el que Angier se había rematerializado era más difícil, y en realidad todo lo que tenía era mi propio recuerdo del suceso. Me puse de pie junto a la butaca donde había estado sentado, y traté de calcular su posición, en función del ángulo hacia el que había girado mi cabeza para mirarlo. Al final, lo mejor que pude hacer fue estimar que estaba situado en un punto del largo tramo del pasillo escalonado; el área más cercana al escenario estaba a más de veintitrés metros, y el extremo más lejano estaba a más de treinta metros.

Estuve un rato de pie en el centro del escenario, aproximadamente donde había estado el vértice del trípode, y miré a lo largo del pasillo central, preguntándome cómo me las arreglaría yo mismo para ir de una posición hasta la otra, en un auditorio repleto de gente, en la oscuridad, en menos de cinco segundos.

Hice una visita a Tommy Elbourne, que en esa época vivía jubilado en Woking para discutir el problema. Después de describirle el truco, le pregunté cómo pensaba que podría explicarse.

—Tendría que verlo yo mismo, señor —dijo después de pensar mucho y hacerme varias preguntas.

Lo intenté con un enfoque diferente. Le insinué que podría ser un truco que yo querría diseñar para mí. Él y yo habíamos trabajado muchas veces de esta manera en el pasado; yo describía el efecto deseado, y ambos, por así decirlo, diseñábamos el funcionamiento de atrás hacia adelante.

—Pero eso no sería ningún problema para usted, ¿no es cierto, señor Borden?

—¡Sí, pero yo soy diferente! ¿Cómo lo diseñaríamos para otro ilusionista?

—No sabría cómo hacerlo —me dijo—. La mejor manera sería utilizar un doble, alguien que ya estuviera colocado entre el público, pero usted dice...

—Angier no lo hizo así. Estaba solo.

—Entonces no tengo ni idea, señor.

Tracé nuevos planes. Asistiría a la nueva temporada de actuaciones de Angier, visitando su espectáculo cada noche si era necesario, hasta haber resuelto el misterio.

Tommy Elbourne estaría conmigo. Me aferraría a mi orgullo tanto como pudiera, y si era capaz de arrebatarme su secreto, sin que él sospechara nada, entonces alcanzaría el resultado ideal. Pero si, al final de la temporada, no lográbamos desarrollar una teoría factible, abandonaría toda la rivalidad y los celos del pasado, y me acercaría a él directamente, suplicándole, si era necesario, para que me proporcionara su explicación. Tal era el enloquecedor efecto que este misterio había producido en mí.

Escribo sin vergüenza. Los misterios son la moneda común de los magos, y yo estaba convencido de que mi obligación profesional era averiguar cómo se realizaba el truco. Si esto significaba que debía humillarme, si tenía que reconocer que Angier era un mago superior, que así fuera.

Sin embargo, nada de esto sucedió. Después de un extenso descanso por Navidad, Angier salió de gira por Estados Unidos a finales de enero, dejándome irritado de frustración.

Una semana después de su regreso en abril (anunciado en el *Times*) le llamé por teléfono, decidido a hacer las paces con él, pero no se encontraba allí. La casa, un edificio grande pero modesto en una hilera de casas adosadas no muy lejos de Highgate Fields, tenía las puertas y los postigos cerrados. Hablé con algunos vecinos, pero me dijeron repetidas veces que no sabían nada de la gente que vivía allí. Angier evidentemente mantenía su vida tan protegida del mundo exterior como yo.

Me puse en contacto con Hesketh Unwin, su representante, el cual no quiso darme explicaciones. Le dejé un mensaje a través de Unwin, suplicándole que se pusiera en contacto conmigo urgentemente. A pesar de que el representante me prometió que el mensaje llegaría a Angier en persona, éste nunca me respondió.

Escribí directamente a Angier, personalmente, proponiéndole el final de toda la rivalidad, todo el resentimiento, ofreciéndome a darle cualquier disculpa o explicación que se le ocurriera para aceptar una reconciliación entre nosotros.

No me respondió. Y finalmente sentí que había ido hasta un punto que estaba más allá de la razón.

Mi respuesta a su silencio, me temo, fue insensible.

Durante la tercera semana de mayo cogí un tren desde Londres hasta la ciudad costera y puerto pescador de Lowestoft, en Suffolk. Allí, Angier tendría su espectáculo en cartelera durante una semana. Fui con una única intención: infiltrarme entre bastidores y descubrir el secreto yo mismo.

Normalmente, el acceso a los bastidores de un teatro está controlado por el personal empleado de vigilancia, pero para cualquiera familiarizado ya sea con la vida teatral o con un edificio en particular, siempre hay formas de entrar. Angier estaba actuando en el Pavilion, un teatro sólido y bien equipado situado en el paseo marítimo, uno en el que yo mismo había actuado en el pasado. No preveía ninguna dificultad.

Fui rechazado. Era inútil intentarlo por la entrada de los artistas, porque habían colgado una ostensible nota escrita a mano que anunciaba que todos los que desearan entrar debían obtener una autorización anticipada, antes de ser autorizados para ir incluso hasta la puerta del despacho del director. Como no quería llamar la atención, me retiré sin insistir.

Encontré dificultades similares en la zona de carga y descarga del escenario. Una vez más se confirma que existen formas y medios de entrar si uno sabe cómo, pero Angier estaba tomando muchas precauciones, como no tardé en descubrir.

Me crucé con un joven carpintero en la parte de atrás de la zona de carga y descarga, que estaba preparando una escenografía. Le enseñé mi tarjeta, y me saludó de forma bastante amigable. Tras una breve conversación con él sobre temas generales, le dije: —No me importaría poder ver el espectáculo entre bastidores.

—¡Ni a ninguno de nosotros!

—¿Crees que podrías ayudarme a entrar una noche?

—No se haga ilusiones, señor; tampoco tendría ningún sentido. El número principal no se hará esta semana, y se le ha puesto una caja encima. ¡No se puede ver nada!

—¿Y qué opinas de eso?

—No está mal, ya que me pasó un fajo...

Me retiré una vez más. Poner cajas por el escenario es una medida extrema utilizada por una minoría de magos, nerviosos ante la posibilidad de que sus secretos sean descubiertos por tramoyistas y otros trabajadores que se mueven entre bastidores. Generalmente no es una medida muy popular y, a menos que se paguen sustanciosas propinas, trae consigo una notable falta de cooperación por parte de los colaboradores del artista durante su función. El mero hecho de que Angier se haya tomado tanto trabajo era una evidencia más que clara de que su secreto requería defensas elaboradas.

Sólo quedaban tres posibilidades de infiltrarse en el teatro, todas ellas repletas de dificultades.

La primera consistía en entrar por delante del auditorio y utilizar una de las puertas de acceso para llegar a los bastidores. (Las puertas al auditorio del Pavilion desde el vestíbulo estaban cerradas con llave, y el personal estaba vigilando a todos los visitantes).

La segunda era tratar de obtener un trabajo temporal entre bastidores. (Esa semana no contrataban

a nadie).

La tercera sería asistir a una función como público, e intentar subir al escenario desde allí. Como ya no había ninguna alternativa, me dirigí hacia la taquilla y adquirí un asiento en la platea para todas las funciones disponibles de la temporada de Angier. (Fue igualmente indignante descubrir que el espectáculo de Angier tenía tanto éxito que casi todas las funciones estaban agotadas, con listas de espera para posibles cancelaciones, y únicamente quedaban los asientos más caros).

Mi butaca, en el segundo espectáculo de Angier al que asistí, estaba en la primera fila de la platea. Angier me miró brevemente poco después de aparecer en el escenario, pero yo me había disfrazado hábilmente y estaba seguro de que no me había reconocido. Sabía por experiencia propia que a veces es posible sentir de antemano qué miembros del público serán voluntarios para ayudar, y que es muy habitual en los magos echar un vistazo discretamente a la gente en las primeras dos o tres filas.

Cuando Angier comenzó su rutina de juegos de cartas y pidió voluntarios, me puse de pie, dudoso, y por supuesto fui invitado a subir al escenario. Tan pronto como estuve junto a Angier, me di cuenta de lo nervioso que él estaba, y apenas me miró mientras llevábamos a cabo el divertido proceso de la elección y ocultación de las cartas. No hice trampas, ya que no deseaba acabar con su espectáculo.

Cuando terminó, su asistente femenina vino rápidamente tras de mí, me cogió el brazo amable pero firmemente y me condujo entre los bastidores. En la función anterior, el voluntario había bajado por la rampa él solo mientras la asistente regresaba rápidamente al centro del escenario, donde se la necesitaba para el próximo truco.

No dudé en aprovechar mi oportunidad. Entre el ruido de los aplausos, le dije a la asistente con el acento rústico que estaba utilizando como parte de mi disfraz:

—Está bien, querida. Puedo encontrar mi butaca.

Sonrió agradecida, me palmeó el brazo y luego se dirigió nuevamente hacia donde estaba Angier. Él estaba empujando su mesa de accesorios cuando los aplausos cesaron. Ninguno de los dos me miraba a mí y gran parte del público miraba a Angier.

Di un paso hacia atrás y me escabullí entre los bastidores. Tuve que hacerme lugar a empujones por una estrecha portezuela de la pesada pantalla de lona de la caja.

Inmediatamente, un tramoyista se puso delante de mí para bloquear mi camino.

—Lo siento, señor —dijo en voz muy alta—. No puede estar entre los bastidores.

Angier estaba a sólo unos metros de distancia de nosotros, a punto de iniciar su próximo truco. Si discutía con el hombre, Angier sin duda nos oiría y se daría cuenta de que algo estaba sucediendo. En un momento de inspiración, cogí el sombrero y la peluca que había estado utilizando y me los quité.

—Es parte de la actuación, ¡idiota! —dije apresurada pero tranquilamente, utilizando mi voz normal—. ¡Fuera de mi camino!

El tramoyista parecía desconcertado, pero tartamudeó una disculpa y dio un paso hacia atrás. Pasé corriendo a su lado. Había perdido mucho tiempo planeando cuál podría ser el mejor lugar para buscar pistas. Con el escenario lleno de cajas, era más probable encontrar lo que buscaba en el entresuelo. Atravesé un largo pasillo hasta llegar a la escalera que conducía al área de debajo del

escenario.

Con su resonante entretecho y sus moscas, el entresuelo es una de las áreas técnicas principales del teatro; aquí había varias trampas y mecanismos de puentes, así como los tornos utilizados para dar corriente eléctrica a los controles del escenario. Había guardados varios bastidores largos, seguramente para una próxima producción. Avancé con soltura y eficacia entre las numerosas piezas de maquinaria.

Si el espectáculo hubiera sido una producción teatral importante, con numerosos cambios de escena y de escenografía, el entresuelo habría estado lleno de varios técnicos que estarían operando la maquinaria, pero puesto que un espectáculo de magia depende mayormente de los accesorios que el propio mago trae consigo, los requerimientos técnicos se reducen principalmente a los telones y a la iluminación.

Me sentí aliviado, pero no sorprendido, al encontrar el área desierta. Cerca de la parte de atrás del entresuelo encontré lo que estaba buscando, casi sin darme cuenta al principio de lo que era. Me encontré con dos cajas de embalaje grandes y fuertes, equipadas con muchos avisos de manejo y claramente etiquetadas: «Privado - *El gran Danton*».

A su lado había un voluminoso convertidor de voltaje, de un tipo que no me era familiar. En mi propia actuación se utilizaba un dispositivo parecido para proporcionar energía a la mesa de controles eléctricos, pero era un aparato pequeño con no muchas complicaciones. Pero el de Angier denotaba la presencia de energía pura. Al acercarme sentí que despedía un notable calor, y desde su interior surgía un zumbido grave y poderoso.

Me incliné sobre el convertidor, tratando de comprender sus mecanismos. Sobre mi cabeza, podía oír los pasos de Angier en el escenario, y el sonido de su voz, proyectándose para ser oída a lo largo de todo el auditorio. Podía imaginármelo andando a zancadas de un lado para otro mientras daba su discurso acerca de las maravillas de la ciencia.

De repente, el convertidor emitió un fuerte ruido parecido a golpes, y me alarmé cuando observé que una tenue nube de humo tóxico de color azul emergía con cierta intensidad de una rejilla que estaba en el panel superior. El zumbido se intensificó. Al principio me eché hacia atrás, pero una creciente sensación de alarma hizo que me adelantara otra vez.

Podía oír las calculadas pisadas de Angier continuar a unos pocos metros por encima de mi cabeza, claramente ajeno a lo que sucedía allí abajo.

Una vez más, sonó el ruido de golpes desde dentro del dispositivo, esta vez acompañado por un chirrido bastante siniestro, como si se estuviera cortando metal fino con una sierra. El humo salía más rápidamente que antes, y cuando di la vuelta para ir hacia el otro lado del objeto, descubrí que había varias gruesas bobinas de metal que brillaban al rojo vivo.

A mi alrededor estaba el desorden de un entresuelo. Había un montón de madera seca, tornos llenos de lubricante, metros de cables, numerosos trozos y montones de papel desechado, inmensas escenografías pintadas con óleos. Todo el lugar podía arder como la yesca en cualquier momento, y en el centro había algo que parecía a punto de estallar en llamas. Me quedé de pie allí, sumido en una terrible indecisión: ¿podían Angier o sus asistentes saber lo que estaba ocurriendo?

El convertidor hacía más ruidos, y una vez más brotó el humo de la rejilla. Se estaba

introduciendo en mis pulmones, y empecé a toser. Desesperado, busqué a mi alrededor algún tipo de extintor.

Entonces vi que el convertidor obtenía su energía de un grueso cable aislado que salía desde una gran caja de empalmes eléctricos aferrada a la pared del fondo. Corrí hasta ella. En su interior había una palanca donde ponía «Emergencia encendido/apagado», y sin pensarlo una vez más la cogí y tiré hacia abajo.

La actividad infernal del convertidor cesó instantáneamente. Solamente el ácido humo azul seguía brotando por la rejilla, pero iba perdiendo densidad poco a poco.

Sobre mi cabeza se oyó un pesado ruido sordo, y luego silencio.

Pasaron uno o dos segundos, durante los cuales miraba arrepentido fijamente el suelo del escenario que se encontraba encima de mí.

Oí pasos que iban rápidamente de un lado hacia otro, y la voz de Angier gritando furiosamente. También pude escuchar al público, un ruido confuso, ni de ovaciones ni de aplausos. El barullo de pies apresurados y voces fuertes que provenía de arriba iba en aumento. Lo que fuera que había hecho, había causado estragos en el truco de Angier.

Había venido a este teatro a resolver un misterio, no a interrumpir la actuación, pero había fracasado en lo primero, e inadvertidamente había logrado lo segundo. Lo único que había logrado descubrir era que utilizaba un convertidor de voltaje más potente que el mío, y que corría peligro de incendio.

Me di cuenta de que sería descubierto si me quedaba donde estaba, por lo que me alejé del convertidor, el cual se estaba enfriando con rapidez, y recorrí nuevamente el camino por donde había venido. Comenzaban a dolerme los pulmones a causa del humo que había inhalado, y la cabeza me daba vueltas. Arriba, en el escenario y entre los bastidores, podía oír a mucha gente moviéndose rápidamente de aquí para allá y haciendo mucho ruido, un hecho que pensé jugaría a mi favor. En alguna parte del edificio, no muy lejos de donde yo me encontraba, oí que alguien gritaba. Seguramente podría escaparme en medio de la confusión.

Cuando iba por las escaleras, subiendo los escalones de dos en dos, e intentando no parar en ninguno, sin importar el obstáculo, ¡vi algo sorprendente!

Mi mente estaba trastornada por el humo, o por la agitación de lo que acababa de hacer, o por el miedo a ser atrapado. No podía pensar claramente. Angier en persona se hallaba en lo alto de las escaleras, esperándome, sus brazos furiosamente levantados. ¡Pero a mis ojos había asumido la forma de una aparición! Alcancé a ver luces detrás de él, que gracias a algún truco parecían atravesarlo. Inmediatamente, varios pensamientos se cruzaron por mi mente; ¡ésta debe de ser alguna prenda especial que usa para ayudarle a realizar aquel truco! ¡Un tejido tratado especialmente! ¡Algo que se vuelve transparente! ¡Lo hace invisible! ¿Es *éste* su secreto?

Pero en el preciso instante en el que mi momentánea ascensión por la escalera me conducía hacia él, los dos caímos al suelo. Intentó agarrarme, pero resbaló con lo que fuera que se había untado y no pudo asirme. Logré liberarme y deslizarme, escapándome de él.

—¡Borden! —Su voz estaba afónica de rabia, no era más que un terrible susurro—. ¡Detente!

—¡Fue un accidente! —grité—. ¡Aléjate de mí!

Me puse nuevamente de pie y me alejé de él corriendo, dejándolo allí tirado sobre el duro suelo. Bajé apresurado por un corto pasillo, el ruido de mis zapatos haciendo eco contra los ladrillos desnudos brillantemente pintados, giré en una esquina, bajé con rapidez unos pocos escalones, atravesé otro pasillo vacío, y entonces me topé con la puerta del cubículo del portero. Me miró sorprendido mientras pasaba corriendo, pero no tenía esperanzas de desafiarme o detenerme.

Momentos más tarde estaba fuera de la entrada de los artistas, y corrí a lo largo del callejón poco iluminado que conducía al paseo marítimo.

Allí me detuve un momento, mirando hacia el mar, inclinándome hacia adelante y descansando las manos sobre las rodillas. Tosí unas cuantas veces, dolorosamente, tratando de limpiar los restos de humo que quedaban en mis pulmones. Era una agradable noche despejada de principios del verano. El sol acababa de ponerse, y las luces de colores empezaban a encenderse a lo largo del malecón. La marea estaba alta y las olas rompían suavemente contra el espigón.

El público salía desordenadamente del Teatro Pavilion y se dispersaba por la ciudad. Muchas personas tenían expresiones de desconcierto pintadas en el rostro, probablemente debido a la brusca manera en la que había terminado el espectáculo.

Caminé a lo largo del malecón con la multitud, luego, cuando llegué a la calle comercial más importante, doblé hacia el centro de la ciudad y me dirigí hacia la estación de ferrocarril.

Mucho más tarde, pasada la medianoche, estaba de vuelta en mi casa de Londres. Los niños estaban dormidos en sus habitaciones, Sarah estaba acurrucada a mi lado, y me acosté allí en la oscuridad preguntándome qué era lo que había logrado aquella noche.

Luego, siete semanas más tarde, Rupert Angier murió.

Me quedaría corto con decir que me consumieron sentimientos de culpa, especialmente debido a que los dos periódicos que dejaron constancia de su muerte hicieron referencia a las «heridas» que había sufrido durante la realización de su truco. No dijeron que el accidente se había producido el día que yo estaba en Lowestoft, pero yo sabía que debía ser ése.

Había dado por hecho que Angier había cancelado lo que quedaba de su temporada en el Pavilion, y por lo que yo sabía, desde entonces no había actuado ante el público en ningún otro lugar. No tenía idea de por qué.

Ahora resultaba que había sido herido mortalmente aquella noche. Lo que yo no entendía era mi encuentro con Angier menos de un minuto después de mi intervención accidental. No parecía estar mortalmente herido en ese momento, ni tan sólo lastimado. Todo lo contrario, hacía gala de una salud vigorosa, y estaba decidido a atraparme. Nos habíamos peleado momentáneamente en el suelo antes de que yo lograra escapar de él. La única cosa inusual en él era el grasiento compuesto que se había untado sobre la piel o sobre el traje, supuestamente para realizar el truco o para lograr de alguna forma desaparecer. Era un verdadero misterio, porque después de haberme recuperado de los efectos de la inhalación del humo, mis recuerdos de aquellos pocos segundos estaban intactos. Podría decirse que definitivamente, durante una milésima de segundo, había «visto a través» de él, como si algunas partes de él fueran transparentes, o todo él fuera casi transparente.

Otro aspecto secundario del misterio consistía en que el compuesto no había influido en mí durante nuestra escaramuza. Sus manos habían agarrado definitivamente mis muñecas, y yo había

sentido claramente una sensación resbaladiza, pero no quedaron rastros. Incluso recuerdo estar sentado en el tren de regreso a Londres, levantando mi brazo para que le diera la luz, ¡con el fin de descubrir si podía «ver a través» de mí mismo!

Sin embargo, existían suficientes dudas como para que los sentimientos de culpa y arrepentimiento dominaran mi reacción. De hecho, al enfrentarme con el horror del acontecimiento, supe que no podría descansar hasta haber podido reparar de alguna manera lo que había hecho.

Desgraciadamente, las notas necrológicas del periódico no se publicaron hasta varios días después de que Angier muriera, cuando ya se había realizado el funeral.

La ceremonia habría sido un lugar ideal para intentar una tardía reconciliación con su familia y sus socios. Una corona de flores, una sencilla nota de condolencias me habrían preparado el terreno, pero no fue así.

Después de pensarlo mucho, decidí dirigirme directamente a su viuda, y le escribí una sincera carta de condolencia. En ella le explicaba quién era yo, y cómo, cuando era mucho más joven y para mi eterno arrepentimiento, me había peleado con su esposo. Decía que la noticia de su prematura muerte me había conmocionado y entristecido, y que sabía que toda la comunidad mágica sentiría su pérdida. Rendí tributo a sus dotes de mago y a las de *ingénieur* de maravillosas ilusiones.

Luego pasé a lo que era para mí la esencia misma de la carta; sin embargo intenté que pareciera, a los ojos de la viuda, una simple idea a posteriori. Le conté que cuando moría un mago era costumbre en el mundo de la magia que sus colegas se ofrecieran a comprar cualquier tipo de artefacto que la familia ya no fuera a utilizar.

Agregué que considerando mi larga y turbulenta relación con Rupert a lo largo de su vida, sentía que era un deber y un placer para mí hacer esa oferta ahora que él había muerto, y que tenía medios considerables a mi disposición.

Con la carta ya enviada, y como intuitivamente supuse que no necesariamente podría contar con la cooperación de la viuda, intenté recaudar información a través de mis contactos en el negocio. Tuve que plantear esta alternativa con habilidad, porque no tenía idea de cuántos de mis colegas estarían tan interesados como yo en poner sus manos sobre el equipamiento de Angier. Supuse que muchos de ellos lo estarían; no podía ser el único mago profesional que hubiera presenciado la sorprendente actuación. Por lo tanto dejé que se supiera que si cualquiera de las piezas de Angier aparecía en el mercado, yo estaría interesado.

Dos semanas después de enviar la carta a la viuda de Angier, recibí una contestación, era una carta de cierta firma de abogados en Chancery Lane. Decía, y lo transcribo exactamente:

Herencia de Rupert David Angier Esquire, fallecido.

Mi querido señor:

Conforme a la reciente petición que realizara a nuestro cliente, tengo instrucciones de advertirle que ya se han realizado todos los preparativos necesarios para la disposición de las principales pertenencias y enseres del difunto Rupert David Angier,

y que no hay necesidad de que se embarque en la búsqueda de más información sobre su destino o posesión.

Anticipamos las instrucciones de la herencia de nuestro antiguo cliente concernientes a la disposición de varias piezas menores de su propiedad, y éstas estarán disponibles mediante subasta pública, cuya fecha y lugar serán anunciados en las gacetas habituales.

Le saludamos atentamente, señor, sus obedientes servidores,

Kendal, Kendal & Owen

(Abogados & Notarios autorizados para dar fe de las declaraciones bajo juramento)

Doy un paso hacia adelante para acercarme a los focos, y bajo todo el brillo de su luz les hago frente.

Digo: «Miren mis manos. No hay nada oculto en ellas».

Las mantengo levantadas, alzo las palmas para que las vean, separando los dedos para probar que no hay nada secretamente escondido entre ellos. Ahora realizo mi último truco, y hago aparecer un puñado de flores de papel descolorido de entre las manos que ustedes saben están vacías.

Hoy es 1 de septiembre de 1903, y digo que, prácticamente, mi propia carrera terminó con la muerte de Angier. A pesar de ser razonablemente rico, yo era un hombre casado con hijos y tenía que sufragar una forma de vida cara y complicada.

No podía escapar de mis responsabilidades y, por lo tanto, estaba obligado a aceptar presentaciones siempre y cuando me las ofrecieran. En este sentido no me retiré por completo, pero la ambición que me había motivado los primeros años, el deseo de sorprender o desconcertar, el puro placer de soñar lo imposible, todo aquello me abandonó. Todavía poseía las habilidades técnicas necesarias para realizar magia, mis manos permanecían diestras, y con la ausencia de Angier yo era una vez más el único realizador de «El nuevo hombre transportado», pero nada era suficiente.

Me había invadido una gran soledad, que el Pacto todavía me prohíbe describir minuciosamente, excepto para decir que yo era el único amigo que deseaba para mí mismo. Sin embargo también yo era, por supuesto, el único amigo con quien no podía encontrarme.

Intento formular esto lo más delicadamente posible.

Mi vida está llena de secretos y contradicciones que nunca podré explicar. ¿Con quién se casó Sarah? ¿Fue conmigo, o fue conmigo? Tengo dos hijos, a quienes adoro. ¿Pero puedo adorarlos yo, solamente yo... o, son realmente míos? ¿Cómo lo sabré alguna vez, a no ser por los antojos del instinto? Y ya que vamos a eso, ¿de cuál de mis yos se enamoró Olive, y con quién se mudó al piso de Hornsey?

No fui yo quien primero le hizo el amor, ni fui yo quien la invitó al piso, sin embargo me aproveché de su presencia, sabiendo que también yo estaba haciendo lo mismo.

¿Cuál de mis yos fue quien intentó desenmascarar a Angier? ¿Cuál de mis yos diseñó primero «El nuevo hombre transportado», y cuál de mis yos fue el primero en ser transportado? Hasta a mí me parece estar divagando, pero cada una de estas palabras es coherente y precisa. Es el dilema esencial de mi existencia.

Ayer estaba actuando en un teatro de Balham, en el sudeste de Londres. Realicé la función vespertina, y luego tenía que esperar dos horas antes de la función nocturna. Tal como hice varias veces en tales ocasiones, me dirigí a mi camerino, cerré las cortinas y bajé las luces, cerré la puerta con llave y me tiré a dormir en el sillón.

Me desperté...

¿Me desperté en realidad? ¿Fue una visión? ¿Un sueño? Me desperté para encontrar la figura espectral de Rupert Angier de pie en mi camerino, y tenía en sus manos un cuchillo de hoja larga. Antes de que pudiera moverme o pedir ayuda, intentó saltar sobre mí, aterrizando al costado del sillón, y gateando rápidamente se subió sobre mí hasta quedar a horcajadas sobre mi pecho y mi estómago. Levantó el cuchillo, y lo sostuvo en alto con la punta de la hoja justo encima de mi corazón.

—¡Prepárate para morir, Borden! —me dijo en su áspero y horripilante susurro.

En esta visión infernal me parecía que él apenas pesaba muy poco, que podía lanzarlo fácilmente

por los aires para alejarlo de mí, pero el miedo me estaba debilitando. Levanté mis manos y le agarré por los antebrazos, para intentar evitar que me clavara el cuchillo fatal, pero para mi sorpresa descubrí que todavía estaba usando el compuesto grasiento, lo cual me impedía cogerlo firmemente. Cuanto más lo intentaba, más rápido se deslizaban mis dedos por su asquerosa carne. Estaba respirando su fétido hedor, el olor pestilente de la tumba, de la sepultura.

Horrorizado, ahogué un grito, porque sentí la puntiaguda hoja presionada contra mi pecho.

—¡Ahora! ¡Dime, Borden! ¿Cuál de ellos eres? ¿Cuál?

Apenas podía respirar, tal era mi miedo, tal era el terror de que en cualquier momento la hoja se hundiría a través de mi caja torácica y me atravesaría el corazón.

—¡Dímelo y te perdono! —La presión del cuchillo aumentaba.

—¡No lo sé, Angier! ¡Ya no me conozco!

Y de alguna forma eso acabó con todo, casi tan rápido como había comenzado. Su rostro estaba a unos pocos centímetros del mío, y lo vi gruñir de rabia. Su aliento rancio flotaba sobre mí. ¡El cuchillo comenzaba a perforar mi piel! Mi miedo se transformó en valor. Le pegué una vez, dos veces, mis puños atravesando su cara, golpeándolo hasta alejarlo de mí. La presión mortal sobre mi corazón se suavizó.

Presentí una oportunidad, y rodeé su cuerpo con mis dos brazos, pegando mis puños uno junto al otro. Pegó un alarido, alejándose bruscamente de mí, el cuchillo en alto.

Aún estaba sobre mí, entonces volví a pegarle, y luego levanté el costado de mi cuerpo para derribarlo. Por suerte se vino abajo, soltando el cuchillo al caer al suelo.

La hoja mortal causó un gran estrépito al golpear contra la pared y cayó al suelo, mientras la figura espectral rodaba por los tablones del suelo.

Rápidamente se puso de pie, con cara de castigado y receloso, mirándome por si lo atacaba una vez más. Me senté en el sillón, preparado para otra lucha. Era el fantasma del terror máximo, el espectro de muerte de mi peor enemigo en vida.

Podía ver la lámpara destellando a través de su cuerpo semitransparente.

—Déjame en paz —dije con voz ronca—. ¡Estás muerto! ¡No tienes nada que hacer aquí conmigo!

—Ni tú conmigo, Borden. Matarte no es venganza alguna. Nunca debió haber ocurrido. ¡Nunca!

El fantasma de Rupert Angier se giró y me dio la espalda, caminó hacia la puerta cerrada con llave, y entonces su cuerpo pasó a través de ella. No quedó nada de él, excepto un persistente rastro de su espantoso hedor a carroña.

La aparición del fantasma me había paralizado del miedo, y aún estaba sentado, inmóvil en el sillón, cuando noté que me llamaban. Unos pocos minutos más tarde, mi ayudante vino al camerino y trató de entrar, y fue su insistente forma de golpear la puerta lo que hizo que me levantara finalmente del sillón.

Encontré el cuchillo de Angier en el suelo del camerino, y lo tengo conmigo ahora. Es real. Lo llevaba un fantasma.

Nada tiene sentido. Me duele respirar, moverme; aún siento aquella cortante punta del cuchillo contra mi corazón. Estoy en el piso de Hornsey, y no sé qué hacer o quién soy realmente.

Cada palabra que he escrito aquí es verdad, y cada una de ellas describe la realidad de mi vida. Mis manos están vacías, y los miro a ustedes fijamente con una mirada honesta. Así es como he vivido, y aun así esto no revela nada.

Seguiré solo hasta el final.

TERCERA PARTE

Kate Angier

En aquel entonces tenía solamente tres años, pero no tengo ninguna duda en mi mente de lo que realmente sucedió. Sé que la memoria puede jugarnos una mala pasada, especialmente durante la noche, y más a un niño conmocionado y aterrorizado, y sé que la gente mezcla recuerdos de lo que cree que ha sucedido, o de lo que otra gente le dice más tarde que ha sucedido. Todo esto continuó, y me ha tomado muchos años unir las piezas de la realidad.

Fue algo cruel, violento, inexplicable y casi seguro ilegal. Destrozó las vidas de casi todas las personas implicadas. Ha arruinado mi propia vida.

Ahora puedo contar la historia tal como yo la vi suceder, pero contarla como un adulto.

Mi padre es lord Colderdale, el decimosexto de ese nombre. Nuestro apellido es Angier, y los nombres de pila de mi padre son Victor Edmund; mi padre es el hijo del único hijo de Rupert Angier, Edward. Rupert Angier, *El gran Danton*, era por lo tanto mi bisabuelo y el decimocuarto conde de Colderdale.

El nombre de mi madre era Jennifer, a pesar de que mi padre siempre la llamaba Jenny en casa. Se conocieron cuando mi padre trabajaba para el Ministerio de Asuntos Exteriores de Gran Bretaña donde había estado durante el transcurso de la segunda guerra mundial. No era un diplomático de carrera, pero por razones de salud no había ingresado en la milicia, sino que a cambio se había ofrecido como voluntario para un puesto civil. Había estudiado literatura alemana en la universidad, había pasado algún tiempo en Leipzig durante los años treinta, y por lo tanto era alguien capacitado y útil para el gobierno británico en época de guerra.

Aparentemente esto incluía la traducción de mensajes interceptados desde los altos mandos alemanes. Él y mi madre se conocieron en 1946 en un viaje en tren desde Berlín hasta Londres. Ella era una enfermera que había estado trabajando con las fuerzas de ocupación en la capital alemana, y regresaba a Inglaterra al finalizar su período de servicio.

Se casaron en 1947, y casi al mismo tiempo mi padre fue liberado de su puesto en el Ministerio de Asuntos Exteriores. Vinieron a vivir aquí a Caldlow, donde más tarde nacimos mi hermana y yo. No sé mucho acerca de los años que pasaron antes de que nosotras viniéramos al mundo, o por qué mis padres dejaron pasar tanto tiempo antes de tener una familia. Viajaron mucho, pero creo que la fuerza que les impulsaba buscaba evitar el aburrimiento, en lugar de un auténtico deseo de conocer diferentes lugares. Su matrimonio nunca fue del todo tranquilo. Sé que mi madre se fue por un tiempo durante los últimos años de la década del cincuenta, porque un día, muchos años después, oí por casualidad una conversación entre ella y su hermana, mi tía Caroline. Mi hermana Rosalie nació en 1962, y yo la seguí en 1965. Mi padre tenía entonces casi cincuenta años, y a mi madre le faltaban pocos años para cumplir los cuarenta.

Como mucha gente, apenas puedo recordar acerca de los primeros años de mi vida. Recuerdo que la casa siempre parecía estar fría, y que no importaba cuántas mantas apilara mi madre sobre mi cama, o lo caliente que estuviera mi bolsa de agua caliente, siempre se me congelaban hasta los huesos. Probablemente esté recordando solamente un invierno, o un mes o una semana de un invierno,

pero aún ahora parece como si siempre hubiera sido así. En invierno es imposible calentar la casa completamente; el viento se enrosca a través del valle desde octubre hasta mediados de abril. La nieve nos cubre durante casi tres meses del año. Siempre quemamos mucha madera de los árboles de la finca, pero la madera no es un combustible eficiente, como el carbón o la electricidad. Vivíamos en el ala más pequeña de la casa, por lo tanto, mientras fui creciendo, no tenía mucha idea de la extensión del lugar.

Cuando tenía ocho años me enviaron a un internado para niñas cerca de Congleton, pero mientras era pequeña pasaba gran parte de mi vida en casa con mi madre. Al cumplir los cuatro años, me envió a un parvulario en el pueblo de Caldlow, y más tarde a la escuela primaria de Baldon, el pueblo más próximo siguiendo la carretera hacia Chapel. Me llevaban y me traían de la escuela en el Standard negro de mi padre, conducido cautelosamente por el señor Stimpson, que junto con su esposa representaban todo nuestro personal doméstico. Antes de la segunda guerra mundial, había habido todo un comité de sirvientes, pero eso cambió durante la guerra. Desde 1939 hasta 1940, la casa fue utilizada en parte para proporcionar alojamiento a los evacuados procedentes de Manchester, Sheffield y Leeds, y en parte como una escuela para los niños. Fue tomada por las fuerzas aéreas británicas en 1941, y la familia no ha vivido en la parte principal de la casa desde entonces. La parte de la casa en la que yo vivo es el ala en la que crecí.

Si hubo preparaciones para la visita, a Rosalie y a mí no nos dijeron cuáles eran, y lo primero que supimos de ella fue cuando llegó un coche a la puerta principal y Stimpson bajó para dejarlo entrar. Esto sucedía durante la época en la que el Consejo del Condado de Derbyshire estaba utilizando la casa, y siempre querían tener los portones cerrados con candados los fines de semana.

El coche que había sido conducido hasta la casa era un Mini. La pintura había perdido su brillo, el parachoques delantero estaba doblado como consecuencia de una colisión, y había óxido alrededor de las ventanillas. No era en absoluto el tipo de coche que estábamos acostumbrados a ver de visita en la casa. Gran parte de los amigos de mis padres eran supuestamente adinerados o importantes, incluso durante este período, en que nuestra familia estaba pasando por un momento relativamente difícil.

El hombre que conducía estiró las manos hacia el asiento de atrás del Mini, y sacó a un niño pequeño, que justo en aquel momento se estaba despertando. Acunó al niño contra su hombro. Stimpson los condujo amablemente hacia el interior de la casa. Rosalie y yo estábamos observando cuando Stimpson regresó al Mini para descargar el equipaje que habían traído con ellos, pero se nos dijo que bajáramos del cuarto de los niños para conocer a nuestras visitas. Todos estaban en nuestro salón principal. Mis padres estaban ambos vestidos elegantemente, como si se tratara de una ocasión importante, pero las visitas parecían estar ataviadas más informalmente.

Nos presentaron formalmente, tal como estábamos acostumbradas; mi familia se tomaba los modales sociales con mucha seriedad, y Rosalie y yo estábamos versadas en ellos. El hombre era el señor Clive Borden, y el niño, su hijo, se llamaba Nicholas, o Nicky. Nicky tenía alrededor de dos años, tres años más pequeño que yo y cinco años más pequeño que mi hermana. No parecía haber una señora Borden, pero no se nos dio ninguna explicación sobre esto.

Gracias a mis propias investigaciones, posteriormente he descubierto un poco más acerca de esta

familia. Sé, por ejemplo, que la esposa de Clive Borden había muerto poco después del nacimiento de su hijo. Su nombre de soltera era Diana Ruth Ellington, y venía de Hatfeld, en Hertfordshire. Nicholas era su único hijo. El propio Clive Borden era el hijo de Graham, el hijo de Alfred Borden el mago. Clive Borden era por lo tanto el nieto del mayor enemigo de Rupert Angier, y Nicky era su bisnieto, mi contemporáneo.

Obviamente, Rosalie y yo no sabíamos nada de todo esto en aquel entonces, y pasados unos minutos mamá sugirió que podríamos llevar a Nicky al cuarto de los niños y mostrarle algunos de nuestros juguetes. Obedecimos sumisamente, como se nos había educado para hacer, acompañados por la familiar figura de la señora Stimpson para cuidarnos a todos.

Únicamente puedo intentar adivinar lo que pasó entonces entre los tres adultos, pero duró toda la tarde. Clive Borden y su hijo habían llegado poco después de la hora del almuerzo, y nosotros, los tres niños, jugamos juntos, ininterrumpidamente, toda la tarde, hasta que casi se hizo de noche. La señora Stimpson nos mantuvo ocupados, dejándonos jugar juntos cuando nos apetecía, pero leyéndonos o animándonos a que probáramos nuevos juegos cuando mostrábamos signos de decaimiento. Supervisaba las visitas al lavabo, y nos trajo refrescos y bocadillos.

Rosalie y yo crecimos rodeadas de juguetes caros, y para nosotras, incluso siendo pequeñas, estaba claro que Nicky no estaba acostumbrado a tales excesos. Con la mirada vigilante de un adulto, me imagino que los juguetes de dos niñas no eran tan interesantes para un niño de dos años. Sin embargo, sobrevivimos a la larga tarde, y no recuerdo que se produjera ninguna riña.

¿De qué hablaban abajo?

Creo que este encuentro debió comenzar como uno de los intentos ocasionales que nuestras dos familias habían realizado para enmendar la pelea entre nuestros ancestros. Por qué no podíamos, ni ellos ni nosotros, dejar que el pasado se enconara y muriera, no lo sé, pero la necesidad de seguir preocupándose por el tema parece estar muy arraigada en el perfil psicológico de ambas partes. ¿Qué puede importar ahora, o entonces, que dos magos profesionales se atacaran constantemente? Fuera cual fuera el rencor, el odio o la envidia que amargaba la existencia de aquellos dos ancianos, seguramente no podía concernir a los descendientes distantes que tenían sus propias vidas y asuntos. Bueno, esto parecería totalmente lógico, pero las pasiones de la sangre son irracionales.

En el caso de Clive Borden, la irracionalidad parecía formar parte de él, sin importar qué pudo haberle ocurrido a su ancestro. Su vida ha sido difícil de investigar, pero sé que nació en el Oeste de Londres. Tuvo una infancia normal y poseía un considerable talento para los deportes. Fue a la Universidad de Loughborough después de terminar el colegio, pero abandonó después del primer año. En la década siguiente estuvo frecuentemente sin casa, y pareció haberse alojado en las casas de un cierto número de amigos y parientes. Fue arrestado varias veces por embriaguez y disturbios, pero de alguna manera se las arregló para evitar tener antecedentes penales. Se describía a sí mismo como a un actor, y se ganaba precariamente la vida en la industria del cine, realizando trabajos de extra y sustitución cuando podía conseguirlos, intercalándolos con períodos de paro. El único breve período de estabilidad emocional y física en su vida fue cuando conoció y se casó con Diana Ellington. Se instalaron juntos en Twickenham, Middlesex, pero el matrimonio resultó tener una trágica y corta vida. Después de la muerte de Diana, Clive Borden se quedó en el piso en el que vivían de alquiler y

se las arregló para convencer a una hermana casada, que vivía en la misma zona, para que le ayudara a educar al niño. Continuó trabajando en películas, y a pesar de que nuevamente comenzó a ir socialmente a la deriva, parece que fue capaz de mantener al niño. Ésta era su situación general cuando vino a visitar a mis padres.

(Después de esta visita dejó su piso de Twickenham, al parecer se mudó una vez más al centro de Londres, y en el invierno de 1971 viajó al exterior. Primero fue a Estados Unidos, y después de eso viajó a Canadá o a Australia. Según su hermana, cambió de nombre, y rompió deliberadamente todos los lazos con su pasado. He realizado todas las investigaciones que he podido, pero ni siquiera he sido capaz de establecer si aún está vivo o no).

Pero ahora regreso a aquella tarde y a la noche de la visita de Clive Borden a la Casa Caldlow, e intento reconstruir lo que sucedió mientras nosotros, los niños, jugábamos arriba.

Mi padre debió de hacer gala de un gran despliegue de hospitalidad, ofreciendo bebidas y abriendo un vino excepcional para celebrar la ocasión. La cena tuvo que ser suntuosa. Astutamente preguntaría acerca del viaje en coche del señor Borden, o acerca de lo que pensaba sobre algún tema que podría estar en las noticias, o tal vez incluso acerca de su bienestar. Ésta era la forma en que mi padre se comportaba invariablemente cuando se encontraba inmerso en una situación social cuyo resultado no podía predecir o controlar. Era la simpática y agradable fachada que levantaba un decente caballero inglés, carente de connotaciones cínicas pero completamente inapropiada para la ocasión. Imagino que incluso hizo más difícil cualquier reconciliación posible.

Mi madre, mientras tanto, estaría desempeñando un papel mucho más sutil. Ella sería más sensible a las tensiones que existieran entre los dos hombres, pero se sentiría coartada por ser, en este asunto, relativamente un tercero. Creo que no debió de hablar mucho, al menos durante la primera hora aproximadamente, pero sería consciente de la necesidad de concentrarse en el único tema que incumbía a todos.

Debió intentar todo el tiempo, sutil y discretamente, dirigir la conversación en esa dirección.

Me resulta más difícil hablar de Clive Borden, porque apenas lo conocí, pero probablemente el encuentro se produjera a petición suya. Estoy segura de que mis padres no hubieran hecho tal cosa. Sin duda debió de existir en un pasado reciente un intercambio de cartas que originaron la invitación. Ahora sé cuál era su situación financiera en aquel momento; tal vez esperaba obtener algún beneficio como resultado de la reconciliación. O tal vez finalmente había encontrado unas memorias de su familia que podrían explicar o excusar el comportamiento de Alfred Borden. (El libro de Border existía en aquel entonces, por supuesto, pero había pocas personas ajenas al mundo de la magia que lo conocieran). Por otro lado, podría haber descubierto la existencia del diario personal de Rupert Angier. Es casi un hecho que debía tener uno, debido a su obsesión con las fechas y los detalles, pero o bien lo escondió, o lo destruyó antes de morir.

Estoy segura de que detrás del encuentro les animaba la intención de hacer las paces, no importa de quién fuera la sugerencia. Lo que vi en aquel entonces y puedo recordar ahora era bastante cordial, al menos al principio. Después de todo fue un encuentro cara a cara, que fue más de lo que la propia generación de sus padres logró.

Fuera como fuera, detrás de aquel encuentro estaba la vieja disputa. Ningún otro tema unía a

nuestras familias tan firmemente, ni las separaba tan inevitablemente. Lo anodino de mi padre y el nerviosismo de Borden se habrían acabado en algún momento. Uno de ellos habría dicho: «Bueno, ¿puedes decirnos algo nuevo acerca de lo que sucedió?».

La idiotez del callejón sin salida me invade al volver la mente atrás. Cualquier vestigio de secreto profesional que coartara alguna vez a nuestros bisabuelos debería de haber muerto con ellos. Ninguno de los que vinieron después de ellos en nuestras dos familias era un mago, ni mostraba ningún interés por la magia. Si existe alguien que tiene un remoto interés por el tema, soy yo, y es simplemente porque estoy llevando a cabo algunas investigaciones acerca de lo que sucedió. He leído varios libros sobre magia escénica y algunas biografías de grandes magos. La mayoría de ellos eran obras modernas, y lo más antiguo que leí era el de Alfred Borden. Sé que el arte de la magia ha progresado desde finales del siglo pasado, y lo que en aquel entonces eran trucos admirados, hace tiempo que ya no están de moda, y han sido reemplazados por trucos más modernos. En la época de nuestro bisabuelo, por ejemplo, nadie había oído hablar del truco en el cual alguien es cortado por la mitad.

Ese truco tan conocido no fue inventado hasta la década de los años veinte, mucho después de que ambos, Danton y el *Professeur*, estuvieran muertos. El hecho de que los ilusionistas tengan que seguir ideando más formas desconcertantes de trabajar con sus trucos es algo que está en la naturaleza de ese arte. La magia de *Le Professeur* hoy en día parecería extraña, sin la más mínima gracia, lenta y sobre todo poco misteriosa. El truco que lo hizo famoso y rico parecería una pieza de museo, y cualquier ilusionista que se precie de ser un rival sería capaz de reproducirlo sin ningún problema y hacerlo parecer más desconcertante.

A pesar de esto, la disputa ha continuado durante casi un siglo.

El día de la visita de Clive Borden, a nosotros, los niños, nos trajeron más tarde del cuarto de los niños y nos llevaron al salón para comer con los adultos. Nicky nos caía bien, y los tres estábamos contentos, sentados juntos en un lado de la mesa. Recuerdo claramente la cena, pero únicamente porque Nicky estaba allí con nosotros. Mi hermana y yo pensamos que daba guerra para divertirnos, pero me doy cuenta ahora de que nunca antes se había sentado a una mesa puesta formalmente, ni había sido servido por otra gente. Sencillamente no sabía cómo comportarse. Su padre le habló un par de veces con severidad, tratando de corregirlo o de calmarlo, pero Rosalie y yo incitábamos al pequeño. Nuestros padres no nos dijeron nada, porque casi nunca nos decían nada. La disciplina no era algo que los padres como los míos persiguieran, y nunca soñarían con reprendernos frente a un extraño.

Sin saberlo, nuestro comportamiento alborotador indudablemente contribuyó a la tensión entre los adultos. La voz en alto de Clive Borden se convirtió en un sonido intimidante y chirriante, que comenzó a desagradarme. Mis padres le respondían ambos de mala manera, y se dejó a un lado todo tipo de cortesía. Comenzaron a discutir, y mi padre se dirigía a él con la voz que generalmente le oíamos utilizar en los restaurantes en que el servicio era lento. Cuando terminó la cena, mi padre estaba medio borracho y medio enfurecido; mi madre estaba pálida y en silencio, y Clive Borden (seguramente también más que borracho) hablaba incansablemente de sus desgracias. La señora Stimpson nos condujo a nosotros tres hasta la habitación contigua, nuestra sala de estar.

Por alguna razón, Nicky comenzó a llorar. Decía que quería irse a casa, y cuando Rosalie y yo intentamos calmarlo arremetió contra nosotras, pateándonos y pegándonos.

Ya habíamos visto a mi padre con este tipo de humor.

—Tengo miedo —le dije a Rosalie.

—Yo también —me dijo.

Fuimos a escuchar detrás de la doble puerta que conectaba los dos salones. Oímos voces alteradas, luego largos silencios. Mi padre estaba caminando de un lado a otro, haciendo sonar impacientemente sus zapatos contra el lustrado suelo de parqué.

Había una parte de la casa a la que a los niños nunca se nos permitía ir. El acceso a la misma era a través de una puerta poco atractiva pintada de marrón, colocada en la zona triangular de pared debajo de la escalera del fondo. Esta puerta estaba invariablemente cerrada, y hasta el día de la visita de Clive Borden nunca vi a nadie de la casa, familia o sirvientes, pasar por ella.

Rosalie me había dicho que había un lugar embrujado ahí detrás. Inventaba imágenes horripilantes, algunas que me describía, y otras que insinuaba vagamente para que yo misma las visualizara. Me habló de víctimas mutiladas que se encontraban prisioneras allí abajo, de trágicas almas perdidas en busca de paz, de manos y garras expectantes que yacían en la oscuridad a unos pocos centímetros detrás de la puerta, en espera de nuestros brazos y tobillos, de cambiantes y estruendosos y forzados intentos de escapar de planes ideados con vistas a una venganza horrorosa contra aquellos de nosotros que vivíamos arriba a la luz del día.

Rosalie me llevaba tres años de ventaja, y sabía lo que me asustaría.

De niña, estaba constantemente asustada. Nuestra casa no es un buen lugar para la gente nerviosa. En invierno, en las noches tranquilas, su aislamiento establece un silencio alrededor de las paredes. Se oyen pequeños e inexplicables sonidos; animales, pájaros congelados en sus sitios ocultos, moviéndose de repente en busca de calor; árboles y arbustos sin hojas rozando unos contra otros en el viento; ruidos procedentes de la parte lejana del valle se amplifican y se distorsionan por la forma de embudo del fondo del valle; gente del pueblo que camina a lo largo de la carretera y que pasa por el borde de nuestros jardines. En otras ocasiones, el viento viene bajando por el valle desde el norte, rugiendo después de atravesar las llanuras, bramando a causa de las rocas y los irregulares prados que cubren el fondo del valle, silbando a través de la carpintería ornamentada, alrededor del alero y las tejas de la casa. Y todo el lugar es viejo, lleno de recuerdos de las vidas de otras personas, marcado por los restos de sus muertes. No es un buen lugar para un niño con imaginación.

Dentro de la casa, los lúgubres pasillos y huecos de escaleras, los nichos y otros lugares ocultos, los tapices oscuros y los retratos sombríos y antiguos, todo provocaba una sensación de amenaza agobiante. Las habitaciones en las que vivíamos estaban bien iluminadas y llenas de muebles modernos, pero gran parte de nuestro interior doméstico inmediato era un amenazante recordatorio de antepasados muertos, antiguas tragedias, noches silenciosas. Aprendí a darme prisa cuando pasaba por ciertas partes de la casa, con la mirada totalmente fija hacia delante para no distraerme con nada que perteneciera a aquel macabro pasado que podía hacerme daño. El pasillo de abajo junto a las escaleras del fondo, en donde se encontraba la puerta pintada de marrón, era una de estas partes de la casa. A veces, accidentalmente, veía la puerta moverse de un lado a otro de su marco, como si se estuviese ejerciendo presión desde atrás. Sin duda la causa eran corrientes de aire, pero si alguna vez veía esa puerta en movimiento, imaginaba invariablemente a un ser enorme y silencioso, de pie detrás de ella, intentando ver silenciosamente si al fin podía abrirla.

A lo largo de toda mi niñez, tanto antes como después del día en que Clive Borden viniera a visitarnos, pasé por delante de la puerta andando por el otro extremo del pasillo, y nunca la miré a

menos que lo hiciera por equivocación. Nunca me detuve para escuchar si había movimiento detrás de ella. Siempre pasé apresuradamente, tratando de ignorarla para mantenerla fuera de mi vida.

A nosotros tres —a Rosalie, al niño Borden, Nicky, y a mí— se nos había hecho esperar en la sala de estar, que estaba junto al comedor donde los adultos dirimían su incomprensible conflicto. Ambos salones daban al pasillo donde estaba situada la puerta marrón.

Levantaron las voces una vez más. Alguien pasó por la puerta que conectaba los dos salones. Escuché la voz de mi madre y parecía estar perturbada.

Luego Stimpson cruzó enérgicamente la sala de estar y atravesó rápidamente la puerta que conectaba los dos salones hacia el comedor. La abrió y la cerró con destreza, pero pudimos ver brevemente por detrás a los tres adultos; aún se encontraban en sus respectivos puestos en la mesa, pero estaban de pie. Alcancé a ver el rostro de mi madre, y parecía estar deformado por el dolor y la furia. La puerta se cerró de inmediato antes de que pudiéramos seguir a Stimpson dentro del salón, y él debió colocarse del otro lado, para evitar que pudiéramos entrar empujando.

Oímos que mi padre hablaba, lanzando una orden. Aquel tono de voz siempre significaba que habría problemas. Clive Borden dijo algo, y mi padre le contestó furioso, con un tono de voz tan alto que pudimos escuchar cada palabra.

—¡Lo hará, señor Borden! —dijo, y en su nerviosismo su voz se quebró momentáneamente en un falsete—. ¡Lo hará ahora! ¡Maldita sea, claro que lo hará!

Escuchamos que se abría la puerta que daba del comedor al pasillo. Otra vez, Borden dijo algo, nuevamente ininteligible.

Entonces Rosalie me susurró al oído:

—¡Creo que papá va a *abrir la puerta marrón*!

Las dos contuvimos la respiración, y yo me pegué a Rosalie presa del pánico.

Nicky, contagiado de nuestro miedo, lanzó un gemido. Yo también comencé a hacer un ruido de aullido para no escuchar lo que estaban haciendo los adultos.

Rosalie me susurró:

—¡Silencio!

—¡No quiero que abran la puerta! —grité.

Luego Clive Borden irrumpió en la sala de estar desde el pasillo y nos encontró a los tres allí encogidos. Lo que le habría parecido nuestra pequeña escena, no puedo imaginármelo, pero en cierto modo él también había sentido el terror que simbolizaba la puerta. Dio un paso hacia delante y se agachó, apoyándose en una rodilla flexionada, y cogió a Nicky entre sus brazos.

Escuché que le decía algo al niño, pero no era un sonido tranquilizador. Estaba demasiado concentrada en mis propios miedos como para prestar atención. Pudo haber sido cualquier cosa. Detrás de él, al otro lado del pasillo, debajo de las escaleras, vi el rectángulo abierto donde había estado la puerta marrón. Había una luz encendida en la parte de atrás y pude ver dos escalones que conducían hacia abajo, y luego una media vuelta con más escalones que bajaban.

Miré a Nicky mientras lo sacaban fuera del salón. Su padre lo tenía alzado, así que podía rodear con los brazos el cuello de su padre, mirando hacia atrás. Su padre estiró y colocó una mano protectora sobre la cabeza del niño mientras se agachaba para atravesar la puerta y bajaba las

escaleras.

Rosalie y yo nos habíamos quedado solas y enfrentadas a una elección de terrores.

Uno era quedarnos solas en las familiares inmediaciones de nuestra sala de estar, el otro era seguir a los adultos bajando las escaleras. Yo estaba agarrada a mi hermana mayor, mis dos brazos rodeando una de sus piernas. No veíamos por ninguna parte a la señora Stimpson.

—¿Vas a ir con ellos? —dijo Rosalie.

—¡No! ¡Ve tú! ¡Mira y dime lo que están haciendo!

—Yo me voy al cuarto de los niños —dijo.

—¡No me dejes! —grité—. No quiero estar aquí sola. ¡No te vayas!

—Puedes venir conmigo.

—No. ¿Qué van a hacer con Nicky?

Pero Rosalie quería librarse de mí, golpeando su mano brutalmente contra mi hombro y empujándome para alejarme de ella. Su rostro estaba pálido, y sus ojos a medio cerrar. Estaba temblando.

—¡Puedes hacer lo que quieras! —dijo, y a pesar de que intenté agarrarla una vez más, me eludió y salió corriendo del salón. Atravesó el pasillo, pasó junto a la puerta abierta, luego giró sobre las lozas que estaban al comienzo de la escalera y corrió hacia arriba. En ese momento pensé que estaba desdenando mi miedo, pero desde la perspectiva de un adulto sospecho que se había asustado más que yo.

Fuera cual fuera la razón, me encontré verdaderamente sola, pero puesto que Rosalie me había obligado a que así fuera, la siguiente decisión era más fácil. Me invadió una sensación de calma, paralizando mi imaginación. Era solamente otra forma de miedo, pero me permitía moverme. Sabía que no podía quedarme sola donde estaba, y sabía que no tenía las fuerzas para seguir a Rosalie y subir aquellas lejanas escaleras. Únicamente quedaba un lugar hacia donde ir. Crucé la corta distancia que había hasta llegar a la puerta abierta de color marrón y miré hacia abajo.

Había dos bombillas en el techo que iluminaban el tramo descendiente de la escalera, pero abajo de todo, donde había otra puerta que daba a un lado, los escalones estaban iluminados por una luz mucho más brillante. El hueco de la escalera parecía estar vacío y su aspecto era normal, sorprendentemente limpio, con ningún indicio de peligro, sobrenatural o no. Pude escuchar voces que provenían de abajo.

Bajé las escaleras en silencio, deseando no ser descubierta, pero cuando llegué hasta el fondo y miré en el sótano principal, me di cuenta de que no había necesidad de esconderme. Los adultos estaban preocupados por lo que estaban haciendo.

Era suficientemente mayor como para entender lo que estaba sucediendo, pero no como para poder recordar en este instante lo que estaban diciendo los adultos.

Apenas llegué al final de las escaleras, mi padre y Clive Borden estaban discutiendo otra vez, aunque esta vez casi únicamente hablaba Borden. Mi madre aún estaba de pie a un lado, al igual que el sirviente, Stimpson. Nicky todavía estaba abrazado al pecho de su padre.

Fue una gran sorpresa para mí comprobar el tamaño y la extensión del sótano, y lo limpio que estaba. No tenía idea de que esa parte de la casa tuviera tanto espacio por debajo. Desde mi

perspectiva infantil, el sótano parecía tener un techo alto, extendiéndose hacia los lados hasta las paredes pintadas de blanco, y estas paredes eran el límite de mi campo visual. (A pesar de que la mayoría de los adultos puede moverse por el sótano sin agachar la cabeza, el techo no es ni mucho menos tan alto como los de las habitaciones principales de arriba, y por supuesto la extensión del sótano no es más grande que la superficie de la propia casa). Gran parte del sótano estaba llena de cosas bajadas de la casa principal para ser guardadas allí: muchos de los muebles retirados durante la guerra aún estaban allí, cubiertos con sábanas blancas. A lo largo de una de las paredes había un montón de pinturas enmarcadas, con los lados pintados mirando hacia adentro para que no pudieran verse. Un área cerca de los escalones, dividida por una pared de ladrillos, había sido habilitada para ser utilizada como bodega. En la parte más alejada del sótano principal, difícil de ver desde donde yo estaba, había otro montón de cajas de embalaje, colocadas ordenadamente.

La impresión general del sótano era un lugar espacioso, fresco, limpio. Era un lugar que estaba en uso pero también se mantenía ordenado. Sin embargo, nada de esto me causó ninguna impresión en aquel momento. Todo lo que he descrito hasta ahora son recuerdos modificados, basados en lo que sé.

Aquel día, lo que me llamó la atención desde el momento en que llegué al final de las escaleras fue el artefacto construido en el centro del sótano.

Mi primera idea fue que era alguna clase de jaula poco profunda, porque era un círculo de ocho firmes listones de madera. Enseguida me di cuenta de que había sido construida en un hoyo que había en el suelo. Para entrar en ella, uno tenía que bajar un peldaño, por lo tanto, era en realidad más grande de lo que parecía a primera vista. A mi padre, que estaba de pie en el centro del círculo, sólo podía vérselo aproximadamente de la cintura para arriba. También había una disposición de cables por encima y algo, cuya forma no pude deducir claramente, que giraba sobre un vértice central, brillando y destellando en las luces del sótano. Mi padre estaba trabajando arduamente, evidentemente había algún tipo de panel de control por debajo de mi campo visual, y él estaba inclinado, bombeando algo con el brazo.

Mi madre estaba de pie alejada, mirando atentamente con Stimpson a su lado. Estos dos estaban en silencio.

Clive Borden estaba de pie junto a uno de los barrotes de madera, observando a mi padre mientras trabajaba. Su hijo Nicky estaba erguido en sus brazos, y se había dado la vuelta para mirar también hacia abajo. Borden estaba diciendo algo, y mi padre, mientras continuaba bombeando, le contestó en voz muy alta y gesticulando con un brazo. Sé que mi padre estaba de un humor peligroso, la clase de humor que Rosalie y yo sufríamos cuando lo habíamos hecho enfurecer hasta tal punto que sentía que tenía que demostrarnos algo, sin importar lo ridículo que fuera.

Me di cuenta de que era Borden el que le estaba provocando este tipo de ira, tal vez deliberadamente. Di un paso hacia adelante, no hacia ninguno de los adultos, sino hacia Nicky. Aquel niño pequeño estaba atrapado en algo que de ninguna manera podría entender, y mi instinto era correr hacia él, tomar su mano y tal vez alejarlo del peligroso juego de los adultos.

Ya había caminado la mitad de la distancia que me separaba del grupo, sin que ninguno se percatara en lo más mínimo de mi presencia, cuando mi padre gritó:

—¡Retrocedan, todos!

Mi madre y Stimpson, que evidentemente sabían lo que iba a suceder, inmediatamente dieron unos pasos hacia atrás. Mi madre dijo algo en lo que para ella era una voz alta, pero sus palabras fueron ahogadas por un creciente estrépito que provenía del dispositivo. Zumbaba y chispeaba, incansablemente, peligrosamente.

Clive Borden no se había movido, y estaba a tan sólo cuarenta o cincuenta centímetros de distancia del borde del hoyo. Todavía nadie me miraba.

Una serie de fuertes estruendos estallaron de repente desde la cima del aparato, y con cada uno de ellos apareció un largo y serpenteante zarcillo de descarga eléctrica blanca. A medida que cada uno salía disparado, merodeaba como el tentáculo extendido de alguna terrible criatura del fondo del océano en busca de su presa. El ruido era tremendo; cada destello, cada ondulante tentáculo de energía pura, estaba acompañado de un silbido chirriante, lo suficientemente fuerte como para lastimar mis oídos. Mi padre levantó la vista para mirar a Borden, y pude ver una familiar expresión de triunfo en su rostro.

—¡Ahora lo sabes! —le gritó.

—¡Apágalo, Víctor! —gritó mi madre.

—¡Pero si el señor Borden insistió! ¡Bien, aquí está, señor Borden! ¿Satisface esto su insistencia?

Borden seguía de pie como si estuviera petrificado, a apenas una corta distancia de la serpenteante descarga eléctrica. Tenía al pequeño niño entre sus brazos. Pude ver la expresión del rostro de Nicky, y supe que estaba tan asustado como yo.

—¡Esto no prueba nada! —gritó Borden.

La respuesta de mi padre fue cerrar una gran palanca de metal pegada a uno de los pilares que estaban dentro del artilugio. Los zigzagueantes rayos de energía inmediatamente se doblaron en tamaño, y serpenteaban con más agilidad que nunca alrededor de los barrotes de madera de la jaula. El ruido era ensordecedor.

—¡Entra, Borden! —gritó mi padre—. ¡Entra y míralo tú mismo!

Para mi sorpresa, mi padre salió entonces del hoyo, pisando el suelo del sótano principal entre dos de los barrotes de madera. Instantáneamente, algunos de los rayos eléctricos se dirigieron hacia él, silbando horriblemente alrededor de su cuerpo.

Por un instante estuvo rodeado por ellos, consumido por el fuego. Parecía fundirse con la electricidad, iluminado desde su interior, una figura espantosamente amenazadora. Luego dio otro paso hacia adelante y se libró de todo.

—¿No estarás *asustado*, verdad, Borden? —gritó violentamente.

Estaba lo suficientemente cerca como para ver que el cabello de mi padre estaba erizado desde la raíz, y los vellos que asomaban de sus mangas estaban de punta. La ropa pendía extrañamente de su cuerpo, como si se estuviera inflando, separándose de él, y su piel parecía, ante mis mortificados ojos, estar brillando permanentemente de un color azul como resultado de los escasos segundos en que estuvo bañado por la electricidad.

—¡Maldito seas, maldito seas! —gritó Borden.

Se dirigió hacia donde estaba mi padre, y le arrojó bruscamente al horrorizado niño. Nicky trató de mantenerse pegado a su padre, pero Borden lo empujó para alejarlo de él. Mi padre aceptó al niño con desgana, agarrándolo torpemente. Nicky gritaba aterrorizado y luchaba para ser liberado.

—¡Salta ahora! —le gritó mi padre a Borden—. ¡Se irá en los próximos segundos!

Borden dio un paso hacia adelante hasta quedar en el borde de la zona de electricidad. Mi padre estaba junto a él, mientras Nicky intentaba alcanzarlo con sus brazos, gritando una y otra vez que quería a su papá. Azules víboras serpenteantes de descarga se movían disparatadamente a unos pocos milímetros de distancia de Borden. Sus cabellos se erizaron, y pude verlo apretando y soltando los puños. Su cabeza se inclinó brevemente hacia adelante, y al hacer esto uno de los zarcillos lo encontró instantáneamente, serpenteando por debajo de su cuello, alrededor de sus hombros y de su espalda, y estallando ruidosamente contra el suelo entre sus zapatos.

Saltó hacia atrás aterrorizado, y sentí pena por él.

—¡No puedo hacerlo! —dijo jadeando—. ¡Apaga la maldita cosa!

—Esto es lo que querías, ¿no es así?

Mi padre estaba lleno de locura. Dio un paso hacia delante, alejándose de Clive Borden, y metiéndose en medio del mortal bombardeo de electricidad. Media docena de tentáculos les rodearon instantáneamente a él y al niño, empapándolos a ambos con el letal brillo azul verdoso. Todos los pelos de su cabeza estaban de punta, parecía más terrible que nunca.

Arrojó a Nicky dentro del hoyo.

Mi padre dio un paso hacia atrás, alejándose del bombardeo mortal.

Cuando Nicky cayó, sus brazos y piernas moviéndose frenéticamente en el aire, gritó de nuevo, un alarido desesperado. Fue una única y sostenida explosión de puro terror, soledad y miedo a ser abandonado.

Antes de chocar contra el suelo, el aparato explotó en cientos de luces. Las llamas se disparaban desde los cables aéreos, y un estruendo sonó violentamente. Los puntales de madera parecían hincharse hacia afuera por la presión que venía desde adentro, y mientras los tentáculos de luz se retiraban sobre ellos mismos, lo hacían con un chirrido como el de un afilador deslizándose contra el acero.

Todo había terminado. En el aire quedaba un denso humo azul, que se esparcía hacia afuera a través del techo del sótano. El aparato por fin estaba en silencio, quieto; Nicky yacía inmóvil sobre el duro suelo debajo de la estructura.

En algún lugar a lo lejos, parecía, todavía podía escucharse el eco de su terrible grito resonando en nuestros oídos.

Mis ojos estaban casi ennegrecidos por el brillante resplandor de las bengalas eléctricas; los oídos me zumbaban a causa del ataque de los ruidos; mi mente funcionaba delirantemente por el impacto que había significado lo que había presenciado.

Caminé hacia adelante, atraída por la visión de aquel hoyo humeante. Incluso ahora, y en principio inactivo, era muy amenazador. Sin embargo, a pesar de ello, me sentí impulsada inexorablemente hacia él. Enseguida estaba de pie en el borde, al lado de mi madre. Mi mano se levantó, como tantas otras veces, y se acurrucó entre sus dedos. Ella también estaba mirando hacia abajo con repulsión e incredulidad.

Nicky estaba muerto. Su rostro se había congelado en el momento de su muerte mientras gritaba, y sus brazos y piernas estaban retorcidos, una fotografía de la violenta sacudida que le provocó mi padre al lanzarlo dentro del hoyo. Yacía con la espalda contra el suelo. Sus cabellos se habían erizado horripilantemente al pasar a través del campo eléctrico y se alzaban alrededor de su petrificado rostro.

Clive Borden emitió un terrible alarido de tristeza, furia y desesperación, y saltó dentro del hoyo. Se tiró al suelo, envolvió el cuerpo de su hijo con los brazos, trató tiernamente de colocar las extremidades del niño otra vez en su posición normal, acercó la cabeza del niño a su pecho con una mano, presionó su rostro contra la mejilla del niño, temblando todo el tiempo con terribles sollozos que venían desde el fondo de su ser.

Y mi madre, como si se diera cuenta por primera vez de que yo estaba allí a su lado, de repente me rodeó con sus brazos, presionó mi cara contra su falda y luego me alzó. Caminó rápidamente hacia el otro lado del sótano, alejándose de la escena del desastre.

Yo miraba hacia atrás por encima de su hombro, y mientras íbamos rápidamente hacia la escalera, lo último que vi fue a mi padre. Estaba mirando fijamente dentro del hoyo, y su rostro tenía tal expresión de macabra satisfacción que más de dos décadas más tarde aún puedo recordarla únicamente con un escalofrío de repulsión.

Mi padre sabía lo que ocurriría, había permitido que ocurriera, había hecho que ocurriera. Tanto su postura como su expresión decían: *He demostrado que tenía razón.*

También noté que Stimpson, el sirviente, estaba agachado sobre el suelo, balanceándose con las manos. Su cabeza estaba inclinada hacia delante.

En el período posterior inmediato perdí, o reprimí, todos los recuerdos de lo que sucedió. Únicamente recuerdo haber ido al colegio durante el año siguiente, y luego cambiar de colegio, hacer nuevos amigos y crecer gradualmente a lo largo de mi infancia. Había un torrente de normalidad a mi alrededor, casi como una inundación de avergonzada compensación por la escena de la que había sido testigo.

Tampoco puedo recordar el momento en que mi padre nos abandonó. Sé la fecha en que sucedió, porque la encontré en el diario en el cual mi madre escribió durante los últimos años de su vida, pero mis propios recuerdos de aquella época están perdidos. Gracias a su diario, también conozco muchos

de sus sentimientos acerca de la separación, y algunas de sus circunstancias. Por mi parte recuerdo una sensación general de que él estaba allí cuando yo era pequeña, una figura desconcertante e impredecible, afortunadamente alejado de las vidas de sus dos jóvenes hijas.

También recuerdo la vida posterior sin él, una intensa sensación de ausencia, una paz a la que Rosalie y yo le sacamos el mejor provecho posible y que ha continuado desde entonces.

Al principio estaba contenta de que se hubiera ido. Comencé a extrañarlo en cuanto fui creciendo, tal como lo hago ahora. Creo que todavía debe de estar vivo, porque de lo contrario nos habríamos enterado. Nuestra finca es difícil de administrar, y mi padre todavía carga con esa responsabilidad. Hay un fideicomiso de familia, administrado por abogados y notarios en Derby, y al parecer están en contacto con él. La casa, las tierras y los títulos de propiedad todavía están a su nombre. Muchos de los costes directos, como por ejemplo los impuestos, son manejados y pagados por el fideicomiso, y todavía se nos entrega dinero a Rosalie y a mí.

Nuestro último contacto directo con él fue hace aproximadamente cinco años, cuando escribió una carta desde Sudáfrica. Dijo que pasaba por ahí, aunque sin mencionar desde dónde o hacia dónde. Ahora tiene más de setenta años, y estará sin duda pasando el rato en alguna parte con otros exiliados ingleses, sin hablar acerca de su pasado. Inofensivo, un poco chiflado, impreciso en los detalles, un antiguo empleado del Ministerio de Asuntos Exteriores de Gran Bretaña. No puedo olvidarlo.

No importa cuánto tiempo pase, siempre lo recuerdo como al hombre de rostro cruel que arrojó a un niño pequeño dentro de una máquina que seguramente sabía que lo mataría.

Clive Borden abandonó la casa esa misma noche. No tengo idea de lo que sucedió con el cuerpo de Nicky, a pesar de que siempre supuse que Borden se lo llevó con él.

Debido a mi juventud, acepté la autoridad de mis padres como definitiva, y cuando me dijeron que la policía no estaría interesada en la muerte del niño, les creí.

En aquel momento, parecían tener razón.

Años más tarde, cuando era lo suficientemente mayor como para darme cuenta de lo mal que estaba, traté de preguntarle a mi madre lo que había sucedido. Esto fue después de que mi padre hubiera abandonado el hogar, y alrededor de dos años antes de que ella muriera.

Me parecía que había llegado el momento de aclarar los misterios del pasado, de dejar atrás parte de la oscuridad. También lo veía como un símbolo de mi crecimiento. Quería que fuera honesta conmigo y que me tratara como a un adulto.

Sabía que ella había recibido una carta de mi padre a principios de aquella semana, y me dio una excusa para sacar el tema.

—¿Por qué nunca vino la policía por aquí a hacer preguntas? —le pregunté, cuando dejé claro que quería hablar acerca de aquella noche.

—Nunca hablamos de eso, Katherine —me dijo.

—Querrás decir que tú nunca lo haces —dije—. Pero ¿por qué nos abandonó papá?

—Eso tendrías que preguntárselo a él.

—Sabes que no puedo —le dije—. Tú eres la única que lo sabe. Hizo algo malo aquella noche, pero no estoy segura de por qué, y ni siquiera estoy segura de cómo lo hizo. ¿La policía lo está

buscando?

—La policía no está involucrada en nuestras vidas.

—¿Por qué no? —pregunté—. ¿Acaso no mató papá a ese niño? ¿No fue eso un asesinato?

—Fue resuelto en aquel entonces. No hay nada que ocultar, nada por lo que sentirse culpable. Ya pagamos el precio de lo que pasó aquella noche. El señor Borden fue el que más sufrió, por supuesto, pero mira lo que ha hecho con nuestras vidas. No puedo decirte nada que quieras saber. Tú misma viste lo que ocurrió.

—No puedo creer que ahí se termine todo —dije.

—Katherine, sabes muy bien que no deberías hacer estas preguntas. Tú también estuviste allí. Eres tan culpable como el resto de nosotros.

—¡Tenía solamente cinco años! —dije—. ¿Cómo puede eso hacerme culpable de algo?

—Si tienes alguna duda podrías comprobarlo yendo tú misma a la policía.

Mi valor flaqueó frente a su frío e insensible comportamiento. El señor y la señora Stimpson aún trabajaban para nosotros en aquel entonces, y más tarde le hice a Stimpson las mismas preguntas. Amable, rígida, secamente, negó todo conocimiento de cualquier cosa que pudiera haber sucedido.

Mi madre murió cuando yo tenía dieciocho años. Rosalie y yo esperábamos en parte la noticia para obligar a nuestro padre a que regresara al fin de su exilio, pero no lo hizo. Continuamos viviendo en la casa, y poco a poco fuimos cayendo en la cuenta de que el lugar era nuestro. Reaccionamos de maneras distintas. Rosalie se libró gradualmente del lugar, y al final se mudó. Yo comencé a sentirme atrapada por él, y todavía estoy aquí. Gran parte de lo que me retenía era un sentimiento de culpa del que no pude deshacerme, por lo que había ocurrido allí abajo en el sótano. Todo giraba alrededor de aquellos acontecimientos, y al final me di cuenta de que tendría que hacer algo para superar lo que había sucedido.

Finalmente me armé de valor y bajé al sótano para descubrir si todavía había algo allí de lo que yo había visto.

Me decidí a hacerlo un día de verano, cuando habían venido de visita desde Sheffield algunos amigos y la casa estaba llena de los sonidos de la música rock, de las voces y las risas de gente joven. No le dije a nadie lo que estaba planeando, y simplemente me escapé de una conversación en el jardín y entré en la casa. Me había tomado tres copas de vino, para darme cierta seguridad.

La cerradura de la puerta había sido cambiada poco después de la visita de los Borden, y cuando mi madre murió la hice cambiar nuevamente, aunque en realidad nunca me había atrevido a entrar. El señor Stimpson y su esposa se habían ido hacía tiempo, pero ellos y los que vinieron después utilizaban el sótano para guardar cosas.

El mero hecho de llegar al primer escalón de las escaleras siempre me había dado mucho miedo.

Ese día, sin embargo, no iba a dejar que nada me detuviera. Me había estado preparando mentalmente hacía tiempo. Una vez atravesada la puerta, la cerré desde dentro (uno de los cambios que había realizado), encendí las luces eléctricas y bajé al sótano.

Inmediatamente, busqué el artefacto que había matado a Nicky Borden, pero ya no estaba allí, lo cual no me resultó sorprendente. Sin embargo, el hoyo circular todavía estaba en el centro del suelo del sótano; fui hasta allí y lo inspeccioné. Parecía haber sido construido más recientemente que el resto de la capa de cemento del suelo; había sido excavado claramente con un plan en mente, porque había varios cabos de acero incrustados en los bordes del hormigón a intervalos regulares, seguramente para actuar como soportes de los barrotes de madera del artefacto. Arriba, en el techo, directamente sobre el centro del hoyo, había una gran caja de empalmes eléctricos. Un grueso cable iba hasta un convertidor de voltaje que estaba en un lado del sótano, pero la caja estaba sucia y oxidada.

Noté que había varias marcas de quemaduras superficiales en el techo que irradiaban desde la caja, y a pesar de que alguien había puesto una capa de pintura mate blanca sobre ellas, todavía podían verse claramente.

Aparte de esto, no había indicio alguno de que el artefacto hubiera estado alguna vez allí.

Lo encontré unos segundos más tarde, cuando fui a investigar la colección de cajas de embalaje, maletas y los grandes y misteriosos objetos acomodados ordenadamente a lo largo de casi toda la

extensión de una de las paredes. Enseguida me di cuenta de que era allí donde se había guardado la parafernalia mágica de mi bisabuelo, seguramente después de su muerte. Cerca del frente, pero apiladas de manera que no obstruían el paso, había dos cajas de madera fuertemente construidas, cada una de ellas tan pesada que no fui capaz de moverlas, mucho menos sacarlas del sótano yo sola. Escritos en negro sobre una de ellas, pero considerablemente descoloridos por el tiempo, había nombres de rutas: «Denver, Chicago, Boston, Liverpool (Inglaterra)».

Todavía había pegado en un costado un manifesto de Aduana, pero estaba tan envejecido que se quedó en mi mano apenas lo toqué. Colocándolo bajo la luz más cercana, vi que alguien había escrito a mano: «Contenido: Instrumentos científicos».

Aros de metal habían sido colocados en los cuatro lados de ambas cajas, para facilitar su cargamento, y había claramente varios sitios desde donde asir las cajas.

Intentaba abrir la que estaba más cerca de las dos, buscando con las manos a lo largo de todo el borde una forma de forzarla y abrirla, cuando, para mi sorpresa, la tapa se abrió suavemente hacia arriba, sosteniéndose en equilibrio. Inmediatamente supe que había encontrado el mecanismo del artefacto eléctrico que había visto aquella noche, pero que había sido desmontado, y ya no había ningún peligro.

Pegadas en el lado interior de la tapa, había varias hojas de papel de recambio grandes, que todavía no se habían curvado ni tornado amarillas, a pesar de ser tan antiguas, y había instrucciones escritas en una letra clara pero muy pequeña y maniática. Les eché un vistazo a las primeras:

1. Localizar, verificar y probar la conexión a tierra local. Si es insuficiente, no proceder. Véase (27) más abajo para los detalles de cómo instalar, verificar y probar una conexión a tierra. Verificar siempre los colores de los cables; ver cuadro adjunto.
2. [Si no se utiliza en Estados Unidos o Gran Bretaña]. Localizar, verificar y probar el suministro de electricidad local. Utilizar el instrumento ubicado en Maleta 4.5.1 para determinar la naturaleza, el voltaje y el ciclo de la corriente.
Consultar (15) más abajo para la colocación de la unidad de transformación principal.
3. Probar la fiabilidad del suministro de electricidad local al montar el artefacto. Si hay divergencia de + o — de 25V, no intentar hacer funcionar el artefacto.
4. Al trabajar con los componentes, utilizar siempre los guantes protectores ubicados en Maleta 3.19.1 (recambios en 3.19.2).

Y así sucesivamente, una exhaustiva lista de instrucciones de montaje, muchas de ellas utilizando palabras y frases técnicas o científicas. (No hace mucho que dispuse lo necesario para que se realizara una copia, la cual guardo en la casa). Toda la lista estaba firmada con las iniciales «F.K.A.».

En el lado interior de la tapa de la segunda caja había una lista de instrucciones similar, que versaban sobre cómo desconectar el artefacto sin peligro, desmontándolo y guardando los componentes dentro de las cajas en sus sitios correctos.

Fue en aquel momento cuando caí en la cuenta de quién había sido en realidad mi bisabuelo. Lo

que quiero decir con esto es el sentido de lo que había hecho, de lo que había sido capaz, lo que había conseguido en su vida. Hasta ese momento era tan sólo un ancestro, el abuelo que tenía sus cosas por toda la casa. Aquélla fue mi primera visión de la persona que debió haber sido. Esas cajas, con sus meticulosas instrucciones, habían sido suyas, y las instrucciones habían sido escritas por o más bien para él. Estuve allí de pie un largo rato, imaginándomelo desempaquetando el artefacto con sus asistentes, corriendo contrarreloj para instalarlo a tiempo para la primera función. Aún no sabía casi nada sobre él, pero por fin tenía una idea de lo que hacía, y de cómo lo hacía.

(Más tarde, aquel mismo año revisé el resto de sus cosas y esto también me ayudó a darme cuenta de cómo era. La habitación que había sido su estudio estaba llena de papeles archivados ordenadamente: correspondencia, facturas, revistas, solicitudes de presentaciones, documentos para viajar, carteles, programas teatrales. Una gran parte de su vida estaba allí archivada, y había más en el sótano, trajes y parafernalia de sus espectáculos. Muchos de los trajes se habían hecho trizas con el tiempo, y los tiré, pero los trucos con cajas estaban en condiciones de ser reparados, y puesto que necesitaba el dinero vendí los mejores ejemplares a coleccionistas de magia. También me deshice de la colección de libros de magia de Rupert Angier. Por la gente que venía a comprar, me enteré de que gran parte de su material era valioso, pero únicamente en términos de dinero. Pocas cosas tenían más que un valor de curiosidad para los magos modernos. Muchos de los trucos que realizaba *El gran Danton* eran comunes y corrientes, y para el experto o el coleccionista no contenían ninguna sorpresa. No vendí el artefacto eléctrico, y todavía está abajo en el sótano dentro de sus cajas).

De alguna manera que no había planeado, bajar al sótano me ayudó a dejar atrás los miedos infantiles que ese lugar me provocaba. Tal vez era tan simple como el hecho de que en los años transcurridos había crecido hasta convertirme en una adulta, o de que en la ausencia del resto de la familia, me había convertido en la verdadera cabeza del hogar. Fuera cual fuera la razón, cuando emergí de la vieja puerta marrón, cerrándola tras de mí, creí que me había librado de algo que me había perseguido durante toda mi vida hasta ese momento.

Sin embargo, no fue suficiente. Nada podía excusar el hecho de haber visto a un pequeño niño cruelmente asesinado aquella noche, y por mi propio padre.

Este secreto ha entrado profundamente en mi vida, influenciando indirectamente todo lo que hago, inhibiéndome emocionalmente e inmovilizándome socialmente.

Estoy aquí aislada. Raras veces hago amigos, no quiero tener amantes, no me interesa tener una carrera. Desde que Rosalie se mudó para casarse, he vivido aquí sola, tan víctima como lo eran mis padres.

Quiero distanciarme de la locura que la disputa ha traído a mi familia en el pasado, pero a medida que voy haciéndome mayor creo más fervientemente que la única salida es enfrentarla. No puedo seguir con mi vida hasta entender cómo y por qué murió Nicky Borden.

Su muerte me consume. La obsesión se terminaría si supiera más acerca del niño, y lo que realmente le sucedió aquella noche. Así como me enteré de cosas del pasado de mi familia, me enteré inevitablemente de cosas del pasado de los Borden. Te rastreeé, Andrew, porque creo que tú y yo somos la clave de todo el asunto; tú eres el único superviviente de los Borden, mientras yo soy el último Angier con vida.

En contraste con toda lógica, sé que Nicky Borden eras *tú*, Andrew, y que de alguna manera sobreviviste a aquella terrible experiencia.

La lluvia se había convertido en nieve a lo largo de la noche, y continuaba cayendo mientras Andrew Westley y Kate Angier estaban sentados juntos frente a las sobras de la cena. Al principio su historia pareció no provocar respuesta alguna de parte de él, porque simplemente miraba en silencio su taza de café vacía, acariciando la cuchara y el platillo con los dedos. Luego dijo que necesitaba estirarse. Atravesó el salón hasta la ventana para mirar el jardín y cruzó las manos alrededor de su cuello, meneando la cabeza de un lado a otro. Afuera en los jardines todo estaba negro como boca de lobo, y ella sabía que no había nada que él pudiera ver. La calle principal estaba detrás de la casa y a un nivel más bajo; en este lado de la casa solamente había césped, el bosque, la creciente colina y, detrás de todo eso, el peñasco rocoso de Curbar Edge. Estuvo un rato sin cambiar de posición, y, sin poder ver su rostro, Kate sintió que o bien sus ojos debían estar cerrados o estaba con la mirada perdida en la oscuridad.

Al final dijo: —Te diré todo lo que sé. Perdí contacto con mi hermano gemelo cuando tenía más o menos la misma edad que tú describes. Tal vez lo que me contaste podría explicar eso. Pero su nacimiento no fue registrado, por lo tanto, no puedo probar que existe. Pero yo *sé* que él es real. ¿Has oído hablar alguna vez acerca de que los gemelos tienen una especie de compenetración? Por eso estoy seguro. La otra cosa que sé es que está conectado de alguna manera con esta casa. Desde el primer momento en que llegué hoy aquí lo he estado sintiendo. No sé cómo, y no puedo explicarlo.

—Yo también busqué en los registros —dijo—. No tienes un hermano gemelo.

—¿Podría alguien haber falseado los registros oficiales? ¿Es eso posible?

—Eso es lo que me pregunto. Si el niño fue asesinado, ¿no le daría eso motivos suficientes a alguien para hallar una forma de falsificar los registros?

—Tal vez sí. Todo lo que puedo asegurar es que no recuerdo nada de todo aquello. Está todo en blanco. Ni siquiera recuerdo a mi padre, Clive Borden. Aquel niño evidentemente no pude haber sido yo, y es absurdo pensar lo contrario. Debíó haber sido otra persona.

—Pero era tu padre... y Nicky era su único hijo.

Se alejó de la ventana y regresó a su silla. La de ella estaba al otro lado de la ancha mesa.

—Mira, hay solamente dos o tres posibilidades —dijo él—. El niño era yo, y fui asesinado y ahora estoy vivo otra vez. Eso no tiene ningún sentido, lo mires por donde lo mires. O el niño que murió era mi hermano gemelo, y la persona que lo mató, supuestamente tu padre, se las arregló más tarde para cambiar los registros oficiales. Eso tampoco me lo creo, sinceramente. O tú te equivocaste, el niño sobrevivió, y pude o no haber sido yo. O... supongo que pudiste haberte imaginado todo.

—No, no me lo imaginé. Sé lo que vi. De todas maneras mi madre prácticamente lo admitió. —Cogió su copia del libro de Borden y lo abrió en una página que había marcado previamente con un papelito—. Hay otra explicación, pero es tan ilógica como las otras. Si en realidad no fuiste asesinado aquella noche, entonces pudo haber sido alguna clase de truco. Lo que yo vi aquella noche era un artefacto construido para un truco escénico.

Dio la vuelta al libro y se lo entregó, pero él lo rechazó.

—Todo esto es ridículo —dijo.

—Yo vi lo que ocurrió.

—Creo que o bien te equivocaste acerca de lo que viste o le sucedió a otra persona. —Miró otra vez hacia las ventanas con las cortinas descorridas, luego miró su reloj distraídamente—. ¿Te importa si uso mi móvil? Debo decirles a mis padres que llegaré tarde. Y me gustaría telefonar a mi piso en Londres.

—Creo que deberías pasar la noche aquí. —Entonces él esbozó una breve sonrisa burlona, y Kate supo que lo había formulado de un modo incorrecto. Lo encontraba bastante atractivo, de una manera inofensiva y poco elegante, aunque al parecer era la clase de hombre que nunca decía que no al sexo—. Quiero decir que la señora Makin preparará la habitación que está libre para ti.

—Si debe hacerlo.

Algo había ocurrido en aquel momento, antes de que entraran a cenar. Tal vez habían bebido demasiado whisky de centeno, o hablado en exceso de las diferencias irreconciliables entre su familia y la de él. O tal vez fue la combinación de ambas cosas. Hasta ese momento le había gustado bastante la lasciva forma en que él la miraba, abiertamente y sin vergüenza, durante toda la tarde. Sin embargo, hacía una hora y media, justo antes de que empezaran a cenar, él había dejado claro que le gustaría intentar algún tipo de reconciliación entre las familias. Solamente ellos dos, la última generación. Una parte de ella se había sentido halagada, pero lo que él tenía en mente no era lo que ella esperaba. Lo alejó de ella, tan gentilmente como supo.

—¿Puedes conducir en la nieve, habiendo bebido? —le dijo ahora.

—Sí.

Pero no se movió de la silla. Apoyó el libro de Borden sobre la mesa entre los dos, mirando las páginas abiertas.

—¿Qué quieres de mí, Kate? —le preguntó.

—Ya no lo sé. Tal vez nunca lo supe. Creo que esto fue lo que sucedió cuando Clive Borden vino a ver a mi padre. Los dos sintieron que debían resolverlo de alguna manera, hicieron todo lo que pudieron, pero las antiguas diferencias todavía persistían.

—Únicamente hay una cosa que me interesa. Mi hermano gemelo está aquí en alguna parte, en esta casa. Desde que me enseñaste las cosas de tu bisabuelo esta tarde, lo he sentido aquí. Me dice que no me vaya, que venga, que lo encuentre. Nunca sentí su presencia en mí tan intensamente. Digas lo que digas tú, digan lo que digan los registros de nacimientos, creo que fue mi hermano quien vino aquí a esta casa en 1970, y creo que de alguna manera todavía está aquí.

—A pesar de que no existe.

—Sí, a pesar de eso. Al mismo tiempo, los dos sabemos que hay algo extraño acerca de lo que sucedió aquella noche. O al menos tú lo sabes.

Ella no pudo responderle nada, porque se sintió atrapada en un callejón sin salida. Era el mismo de siempre; la certera muerte de un niño pequeño, que más tarde descubrió que había sobrevivido. Encontrarse con el hombre que había sido el niño no había cambiado nada. Era él, no había sido él.

Se sirvió otro trago de brandy, y Andrew dijo:

—¿Hay algún lugar desde donde pueda realizar esas llamadas?

—Quédate aquí. Este es el lugar más cálido de la casa en invierno. Hay algo que quiere comprobar.

Mientras se iba del salón le oyó pulsar los botones de su teléfono móvil. Bajó al vestíbulo principal y miró a través de la puerta de entrada. Había una sólida capa de nieve, de quince o veinte centímetros de altura. Siempre se instalaba aquí sin problemas, en el camino protegido, pero sabía que más abajo en el valle, donde estaba la calle principal, la nieve ya estaría amontonándose contra los setos y a los lados de la carretera. No había ruido de tráfico, que generalmente podía oírse desde aquí. Fue hacia la parte de atrás de la casa, y vio que se estaba formando un ventisquero contra la leñera. La señora Makin estaba en la cocina, así que habló con ella y le pidió que preparara la habitación que estaba libre.

Ella y Andrew se quedaron en el comedor después de que la señora Makin hubiera retirado la comida, sentados a ambos lados de la chimenea, hablando de varios temas generales; los problemas de él con la chica con quien vivía, los de ella con la diputación local, que quería parte de sus tierras para construir. Pero ella estaba cansada, y en realidad no tenía ganas de todo esto. A las once sugirió que continuaran por la mañana.

Le enseñó dónde estaba la habitación de invitados y qué lavabo podría utilizar. Y para su sorpresa, no se hizo una segunda proposición. Él le agradeció gentilmente su hospitalidad, le dio las buenas noches y eso fue todo.

Kate regresó al comedor, donde había dejado algunos de los papeles de su bisabuelo. Ya estaban apilados ordenadamente; cierta característica hereditaria, tal vez, que le impedía desparramar papeles por todas partes. Siempre había habido una parte de ella que quería ser desordenada, informal, libre, pero estaba en su naturaleza no serlo.

Se sentó en la silla que estaba más cerca del fuego y sintió el calor contra sus piernas. Echó otro tronco. Ahora que Andrew se había ido a la cama, se sentía menos soñolienta. No había sido él lo que la había agotado, sino la conversación, el sacar a la luz todos aquellos recuerdos de la infancia. Hablar sobre ellos había sido una especie de terapia, una liberación de venenos acumulados, y se sentía mejor.

Se sentó junto al fuego, pensando en aquel antiguo incidente, intentando, como lo había hecho durante un cuarto de siglo, hacerle frente. Todavía le llenaba de miedo hasta el último rincón de su alma. Y el niño Andrew decía que su hermano se encontraba en el corazón de todo el asunto, un rehén del pasado.

En ese preciso instante entró la señora Makin, y Kate le preguntó si podría prepararle un poco de café descafeinado antes de irse a la cama. Escuchó las noticias de la medianoche en Radio 4 mientras se tomaba el café a sorbos, y más tarde vino el Servicio Mundial de la BBC. Todavía seguía estando bastante despierta. La habitación de invitados en la que se encontraba Andrew estaba justo arriba de la suya, y podía oírle dando vueltas frecuentemente en la antigua cama. Sabía lo fría que podía ser aquella habitación. Había sido su dormitorio cuando era pequeña.

CUARTA PARTE

Rupert Angier

1866-1877

21 de septiembre de 1866

La historia de mi vida

1. Mi historia: mi nombre es ROBBIE (Rupert) DAVID ANGIER y hoy cumpla nueve años. Escribiré en este libro todos los días hasta que sea viejo.
2. Mis antepasados, tengo muchos pero papá y mamá son los primeros. Tengo un hermano: HENRY RICHARD ANGUS ST JOHN ANGIER, y tiene 15 años va a la escuela y es pelmazo.
3. Vivo en la Casa Caldlow, Derbyshire. He tenido problemas con mi garganta esta semana.
4. El personal, tengo una niñera, Nan, y está Grierson y una criada que se cambia con la otra criada por las tardes, pero no sé su nombre.
5. Tengo que mostrarle esto a papá cuando haya terminado de escribirlo. Fin.

Firmado: Rupert David Angier.

22 de septiembre de 1866

1. Hoy vino una vez más a verme el doctor y estoy bien. Recibí hoy una carta de mi hermano Henry que dice que debo llamarlo señor de ahora en adelante porque ahora es prefecto.
2. Papá se ha ido a Londres a trabajar en el Congreso. Dijo que yo soy el cabeza de familia hasta que él vuelva. Esto significa que Henry me llamaría señor a mí pero no está aquí.
3. Le dije esto a Henry cuando le escribí.
4. Salí a caminar, hablé con Nan, Grierson me leyó y se quedó dormido como siempre.

No tengo que mostrarle más esto a papá, siempre y cuando siga escribiéndolo.

23 de septiembre de 1866

La garganta mucho mejor. Hoy salí a dar una vuelta en coche con Grierson, que no dijo mucha cosa pero me dijo que Henry dice que cuando tome control de la casa se irá. Grierson se irá cuando Henry tome control de la casa, quiero decir. Grierson dijo que pensaba que todo había sido decidido pero no pasará hasta dentro de muchos años si Dios quiere.

Estoy esperando que mamá llegue y venga a verme, se le hizo tarde esta noche.

22 de diciembre de 1867

Ayer por la noche hubo una fiesta para mí y varios niños y niñas del pueblo; en Navidad se les permite venir aquí. Henry también estaba aquí pero no quiso venir a la fiesta por los demás. ¡Se perdió una gran sorpresa porque hubo un hechicero en la fiesta!

Este hombre, que se llamaba señor A. Presto, realizó los trucos más maravillosos que jamás haya visto. Comenzó haciendo aparecer de la nada todo tipo de estandartes y banderas y paraguas, con muchos globos y cintas. Después hizo algunos trucos con cartas, haciéndonos elegir cartas que él era capaz de adivinar. Era muy listo. Hizo salir bolas de billar de la nariz de uno de los niños, y un montón de monedas cayeron de la oreja de una niña cuando se la agitó. Había un trozo de cordel que cortó por la mitad y luego volvió a unirlo, y al final hizo aparecer un pájaro blanco dentro de una pequeña caja de cristal ¡que habíamos podido *ver* que estaba vacía antes de empezar!

Rogué y rogué que se me dijera cómo se realizaban estos trucos, pero el señor Presto no quiso decírmelo. Incluso después, cuando los otros se habían ido, pero nada de lo que pudiera decir le haría cambiar de opinión.

Esta mañana tuve una idea, e hice que Grierson condujera hasta Sheffield para mí y comprara todos los trucos de magia que pudiera encontrar, y que buscara algunos libros que explicaran cómo hacerlo. Grierson estuvo fuera prácticamente durante todo el día, pero al final regresó con casi todo lo que yo quería. Entre ello, una caja de cristal especial que esconde un pájaro dentro para que yo pueda hacerlo aparecer como por arte de magia. (Suelo especial de la caja, algo que no había pensado). Los otros trucos son un poco más difíciles, porque tengo que practicar. Pero ya aprendí un truco en el que puedo adivinar qué carta ha elegido otra persona y lo he probado varias veces con Grierson.

17 de febrero de 1871

Me las arreglé para ver a papá a solas esta tarde por primera vez en muchos meses, y descubrí que la situación era muy parecida a como ya la había descrito Henry. Por lo visto no puede hacerse nada al respecto, excepto seguir adelante y buscar un mal trabajo, y seguir de la mejor manera posible. Podría matar a Henry con mucho gusto.

31 de marzo de 1873

Hoy arranqué y destruí todas las anotaciones de los últimos dos años. Fue lo primero que hice al volver de la escuela.

1 de abril de 1873

A casa desde la escuela. Ahora tengo intimidad suficiente como para escribir en este libro.

Mi padre, el 12.º conde de Colderdale, murió hace tres días, 29 de marzo de 1873.

Mi hermano Henry hereda su título, tierras y propiedades. Mi propio futuro, el de mi madre y el de todos los demás miembros de la finca, no importa si fueran poderosos o humildes, es ahora incierto. Ni siquiera se sabe cuál será el futuro de la propia casa, ya que Henry solía hablar de realizar cambios drásticos. Solamente nos queda esperar, pero por ahora la casa está ocupada con los preparativos del funeral.

Papá será enterrado mañana en la cripta.

Esta mañana me siento más resignado con respecto a mi porvenir. Esta mañana la he pasado en mi habitación, practicando mi magia. Mi progreso en este campo ha sido una de las víctimas de la reciente supresión de páginas de este diario, porque desde el principio he llevado un registro detallado de lo que me costó alcanzar una cierta habilidad en los juegos de manos... Pero todo esto desapareció cuando decidí arrancar el resto. Es suficiente decir que creo que he alcanzado un nivel estándar, y a pesar de que todavía no lo he puesto a prueba completamente, he practicado nuevos trucos para los compañeros de la escuela. Ellos fingen falta de interés por la magia, y de hecho algunos sostienen que conocen mis secretos; sin embargo, yo he logrado uno o dos momentos en que, para mi satisfacción, he visto el desconcierto en sus expresiones.

No hay necesidad de apresurarse. Todos los libros de magia aconsejan a los novatos que no se apresuren, sino que se preparen concienzudamente, y que la actuación sea sorprendente y hábil. Si no saben quién eres, intensifica el misterio de qué eres, y de lo que estás a punto de hacer.

Eso es lo que se suele decir.

Deseo, y es mi único deseo en estas semanas más tristes, utilizar mi magia para traer a papá de regreso. Un deseo egoísta, porque indudablemente ayudaría a restablecer mi propia vida al punto de hace tres días, pero también es un deseo de amor ferviente, porque yo amaba a mi papá y ya lo echo de menos, y lamento su muerte. Tenía cuarenta y nueve años, y creo que es una edad demasiado temprana para ser víctima de un ataque al corazón.

2 de abril de 1873

Se ha realizado el funeral, y mi padre ha sido enterrado. Después de la ceremonia en la capilla, su cuerpo fue llevado al panteón familiar, situado debajo de la colina del Este. Todos los que acompañaban el féretro caminaron en hilera hasta la entrada del panteón, y luego Henry y yo, junto con el director de pompas fúnebres y su plantilla, colocamos el ataúd bajo tierra.

Nada me había preparado para lo que sucedió después. La cripta tiene la apariencia de una inmensa caverna natural que se extiende en el interior de la colina, y ha sido ampliada y alargada para utilizarse como tumba de la familia. Está completamente oscuro, el suelo es desigual y rocoso, el aire es fétido, había varias ratas, y los numerosos anaqueles empotrados y camas de roca salientes

dentro del pasadizo eran causa de dolorosas colisiones en la oscuridad. Cada uno de nosotros llevaba una linterna, pero una vez que llegamos al final de las escaleras y nos alejamos de la luz del día no nos sirvieron de mucho. La funeraria fue muy profesional, a pesar de que cargar el ataúd debió de ser extremadamente difícil en esas circunstancias, pero para mi hermano y para mí fue un calvario corto aunque muy significativo. Una vez hallamos una cama de roca adecuada y depositamos el ataúd, el miembro de la funeraria de más alto rango salmodió unas breves palabras bíblicas y regresamos sin demora a la superficie. Emergimos en la clara mañana de primavera que habíamos abandonado hacía unos pocos minutos, donde la pradera del Este estaba engalanada con narcisos y los brotes de los árboles a nuestro alrededor estaban a punto de florecer. Sin embargo, para mí nuestro viaje al fondo de aquel túnel oscuro proyectó una sombra sobre el resto del día. Me estremecí mientras se cerraba la gran puerta maciza de madera, y no pude deshacerme del recuerdo de aquellos antiguos ataúdes rotos, del polvo, del olor y de la desesperación sin vida del lugar.

Noche.

Hace una hora se llevó a cabo la ceremonia, y utilizo precisamente esa palabra con toda la intención, la *ceremonia* alrededor de la cual ha pivotado el día, la lectura del testamento de mi padre, para la cual el entierro fue un simple preámbulo.

Todos estábamos allí, reunidos en el vestíbulo bajo la escalera principal. Sir Geoffrey Fusel-Hunt, el abogado de mi padre, nos hizo permanecer en silencio, y con manos lentas y pausadas abrió el abultado sobre marrón que contenía el temido documento y sacó las hojas de vitela dobladas. Miré a las otras personas que estaban a mi alrededor. Los hermanos y hermanas de mi padre estaban allí, acompañados de sus cónyuges y, en algunos casos, con sus hijos. Los hombres que administraban la finca y vigilaban los negocios, patrullaban el brezal, protegían las granjas y el caladero, estaban de pie en grupo, a un lado. A continuación, también agrupados, los arrendatarios de las granjas, con los ojos llenos de esperanza. En el centro del grupo semicircular, enfrentados directamente a Sir Geoffrey con su escritorio de por medio, yo y mamá, con los sirvientes detrás de nosotros. Frente a todos nosotros, de pie, con los brazos cruzados, protagonista del momento, Henry dominaba el acontecimiento.

No hubo sorpresas. La herencia principal de Henry, por supuesto, no dependía del testamento de mi padre, ni tampoco los derechos hereditarios de propiedad. Pero aún quedaban bienes raíces de los cuales disponer, portafolios de acciones, cantidades de dinero y de objetos de valor y, lo más importante, derechos de posesión, de ocupación.

A mamá se le ofreció entre ocupar el ala más importante de la casa principal por el resto de su vida, o bien ocupar toda la casa entera. A mí se me permitía permanecer en mis habitaciones actuales hasta que terminara mi educación o alcanzara la mayoría de edad, después de lo cual mi destino sería decidido por Henry. El destino de nuestros sirvientes personales está sujeto al nuestro; el resto del personal del hogar se quedará o será despedido, según Henry lo considere necesario.

Nuestras vidas van a quedar destrozadas.

Unos pocos legados de dinero han ido a parar a algunos criados privilegiados, pero la mayor parte de la fortuna es ahora de Henry. No hizo movimiento alguno, ni mostró indicio de sentir nada, cuando se anunciaron estas disposiciones. Besé a mamá, luego me di la mano con varios de los administradores de la herencia y varios de los granjeros.

Mañana intentaré decidir cómo voy a vivir mi vida, y trataré de tomar esta decisión antes de que Henry la tome por mí.

3 de abril de 1873

¿Qué es lo que debo hacer? Queda más de una semana antes de que regrese a la escuela, para mi último curso.

3 de abril de 1874

Parece apropiado regresar a este diario después de la pausa de un año. Todavía sigo en la Casa Caldlow, en parte porque hasta que tenga veintiún años estoy a cargo de Henry, mi tutor legal, pero principalmente porque mamá así lo desea.

Grierson se ocupa de mí. Henry ha tomado una residencia en Londres, desde donde se dice que recibe informes de la casa diariamente. Mamá goza de buena salud, y yo camino todas las mañanas hasta la casa que le ha sido asignada, para pasar juntos lo que son los mejores momentos del día, y especulamos inútilmente acerca de lo que podré hacer una vez tenga la mayoría de edad.

Tras la muerte de papá desatendí hasta cierto punto mis prácticas de magia, pero hace aproximadamente nueve meses las reemprendí. Desde entonces he estado practicando intensamente, y aprovechando cada oportunidad a mi alcance de observar una actuación de magia escénica. Con este propósito viajo a los teatros de variedades y otros teatros de Sheffield o Manchester, donde, a pesar de la diversidad de niveles, veo una variedad suficiente de números como para estimular mi interés.

Ya conozco muchos de los trucos, pero al menos una vez en cada actuación veo algo que me emociona o me desconcierta. Después, comienza la caza del secreto. Ahora Grierson y yo sabemos cuáles son los numerosos comerciantes y proveedores de magia, donde, con insistencia, finalmente tenemos acceso a lo que yo necesito.

Grierson es el único de nuestro menguado hogar que sabe acerca de mi interés y mi ambición por la magia. Cuando mamá habla con tono pesimista de mi futuro, no me atrevo a hablarle de mis planes, pero muy en el fondo siento rebosar en mí la confianza, y sé que cuando finalmente se me arroje a la deriva, lejos de esta media-vida en Derbyshire, tendré una carrera. Las revistas de magia a las cuales estoy suscrito escriben acerca de los inmensos honorarios que un ilusionista importante puede llegar a cobrar hoy en día por una única actuación, por no mencionar el prestigio social que conlleva una brillante carrera en el escenario.

Ya estoy interpretando un papel. Soy el desheredado joven hermano de un par, con poca suerte,

sometido a las exigencias de un tutor, y voy caminando con dificultad a través de mi deprimente vida en estas lluviosas colinas de Derbyshire.

Sin embargo, estoy esperando entre bastidores, ¡porque una vez que tenga edad suficiente mi vida real comenzará!

31 de diciembre de 1876

Idmiston Villas, N. de Londres.

Finalmente he podido conseguir sacar mis cajas y estuches de donde estaban guardados. Y pasé una Navidad deprimente registrando mis antiguas pertenencias, clasificando las que ya no quiero, y las que me alegra volver a encontrar. Este diario es una de las últimas, y lo he estado leyendo durante algunos minutos.

Recuerdo que una vez decidí dejar registrados los detalles de mi carrera de mago, y a medida que escribo ahora tengo la misma intención. Sin embargo, ya existen demasiados espacios en blanco. Arranqué todas las páginas en las que describía mis peleas con Henry, y con ellas se fueron los registros que llevaba de mi progreso. No tengo ganas de recordar ni de resumir todos aquellos trucos, fuerzas y movimientos que aprendía y practicaba en aquella época.

También veo en mi última anotación, hace más de dos años y medio, que estaba esperando, sumido en un aletargamiento abatido, alcanzar la edad de veintiún años para que Henry pudiera echarme de la casa. De hecho, no esperé tanto tiempo, y yo mismo tomé la decisión.

Así que aquí estoy, a los diecinueve años, viviendo en una habitación alquilada en una respetable calle de un barrio residencial de Londres, un hombre libre de su pasado y, al menos durante los próximos dos años (porque independientemente de dónde esté viviendo, Henry continúa pasándome dinero), libre de preocupaciones financieras. Ya he actuado en público una vez, pero no cobré nada por ello. (Cuanto menos se diga acerca de aquel humillante acontecimiento, mejor). Me he convertido, y seguiré siendo, simplemente, el señor Rupert Angier. Le he dado la espalda a mi pasado. Nadie en esta nueva vida mía sabrá nunca la verdad acerca de mi cuna.

Mañana, el primer día del nuevo año, resumiré mis aspiraciones como mago y tal vez deje constancia de mis propósitos.

1 de enero de 1877

El correo de la mañana ha traído consigo un pequeño paquete de libros procedentes de Nueva York, los cuales he estado esperando durante varias semanas, y he estado ojeándolos para encontrar ideas.

Me encanta actuar. Estudio el arte de utilizar un escenario, de presentar un espectáculo, de entretener a un público con una serie de ocurrentes y graciosos comentarios... y sueño con risas,

momentos de sorpresa y voleadas de aplauso. Sé que puedo alcanzar la cúspide de mi profesión simplemente con una excelente presentación.

Mi debilidad es que nunca entiendo el mecanismo de un truco hasta que me lo explican. Cuando veo un truco por primera vez, me quedo tan desconcertado frente a él como cualquier otro miembro del público. Tengo una imaginación mágica muy pobre, y me resulta difícil aplicar los principios generales conocidos con el fin de producir un efecto determinado. Cuando veo una magnífica actuación, me desconcierta el número y me confunde lo que no se ve.

Una vez, durante una actuación escénica en el Hipódromo de Manchester, un mago presentó una garrafa de cristal para que todos la vieran. La sostuvo delante de su rostro, de manera que pudiéramos entrever sus facciones a través de ella; la golpeó suavemente con una barra de metal, de manera que, por su sutil sonido, pudiéramos darnos cuenta de que estaba simétrica y perfectamente fabricada; finalmente, la puso boca abajo un momento para que pudiéramos ver por nosotros mismos que estaba vacía. Luego se dio la vuelta y se dirigió hacia su mesa de accesorios, donde había un jarrón de metal. Vertió casi doscientos centilitros de agua clara del jarrón a la garrafa. Luego, sin más preámbulos, fue hasta una bandeja de copas de vino que estaba colocada a un lado del escenario y vertió dentro de cada una de ellas una determinada cantidad de vino tinto!

La cuestión es que yo ya tenía en mi posesión el dispositivo necesario para fingir verter agua dentro de un periódico doblado, y luego *volver* a verterla en un vaso de leche (la hoja de papel permanece inexplicablemente seca).

El principio era más o menos el mismo, el número era diferente, y al admirar el último perdí de vista al primero.

He gastado una gran cantidad de mi asignación mensual en tiendas de magia, en las cuales he adquirido un secreto o un dispositivo que me permite agregar un truco u otro a mi repertorio, en constante expansión. ¡Es endemoniadamente difícil descubrir secretos cuando no pueden ser adquiridos con dinero! Y aun cuando puedo, no siempre es la respuesta, porque a medida que aumenta la competencia, los ilusionistas se ven obligados a inventar sus propios trucos. Ver cómo se realizan tales trucos es para mí simultáneamente un tormento y un desafío.

Aquí, la profesión de mago cierra filas contra el recién llegado. Un día, me atrevo a decir, yo me uniré a esas filas y trataré de excluir a los recién llegados, pero de momento me parece irritante que los magos más viejos protejan sus secretos tan celosamente. Esta tarde escribí una carta al *Prestidigitators' Panel*, una revista mensual vendida únicamente por suscripción, dejando constancia de mis pensamientos acerca de la generalizada y absurda obsesión con los secretos.

3 de febrero de 1877

Cada día de la semana por la mañana, desde las nueve hasta el mediodía, patrullo lo que se ha convertido en un muy transitado camino, el que recorre las oficinas de las cuatro agencias teatrales más importantes especializadas en magia o en espectáculos novedosos. Desde el otro lado de la puerta de cada una de ellas, me preparo para la inevitable negativa, luego entro con mi rostro más

valiente, comunico mi presencia al encargado del área de recepción y pregunto amablemente si podría haber algún encargo disponible para mí.

Invariablemente, hasta ahora, la respuesta ha sido negativa. El humor de estos encargados parece variar, pero la mayoría de las veces son amables conmigo mientras me dicen bruscamente que no.

Sé que son molestados incansablemente por gente como yo, porque una verdadera procesión de magos desempleados recorre diariamente con dificultades el mismo camino que yo. Naturalmente, veo a los otros cuando me ocupo de mis asuntos, y naturalmente, he entablado amistad con algunos. A diferencia de muchos de ellos, no me faltan uno o dos chelines (o al menos no me faltarán mientras continúe recibiendo mi entrada mensual), y así, cuando hacemos pausas a la hora de almorzar en alguna taberna en Holborn o Soho, estoy en condiciones de invitarlos a algunos tragos. Soy popular por esto, por supuesto, pero no me engaño; sé que no es por ninguna otra razón. Me alegra la compañía, y también la sutil esperanza de que a través de cualquiera de estos joviales compañeros algún día podré contactar con alguien que podría ofrecerme algún trabajo.

Es una vida bastante amena, y por las tardes y las noches tengo abundante tiempo libre para mí, durante el cual puedo continuar con mis prácticas.

Y tengo tiempo suficiente para escribir cartas. Me he convertido en un persistente y, me temo, polémico escritor de cartas al director acerca del tema de la magia. Me empeño en mandar mis cartas a cada revista de magia que encuentro, y siempre trato de ser perspicaz, provocativo y discutiendo. En parte, me motiva la sincera creencia de que hay muchas cosas en el mundo de oropel de la magia que deberían ser más justas, pero también la sensación de que mi nombre no será conocido a menos que lo difunda de una manera digna de ser recordada.

Algunas cartas las firmo con mi propio nombre; otras con el nombre que elegí para mi carrera profesional: Danton. La utilización de los dos nombres me otorga un poco de flexibilidad con respecto a lo que digo.

Estos días son tan sólo el principio, y pocas de mis cartas han sido publicadas hasta ahora. Imagino que a medida que vayan apareciendo, mi nombre estará pronto en boca de mucha gente.

16 de abril de 1877

Mi sentencia de muerte financiera ha sido pronunciada, ¡oficialmente! Henry me ha informado, a través de sus abogados, de que mi asignación mensual se acabará, de acuerdo con lo esperado, el día de mi vigésimo primer cumpleaños. Todavía tengo derecho a residir en la Mansión Caldlow, pero únicamente en mis habitaciones habituales.

Por un lado me alegro de que al fin haya pronunciado tales palabras. La incertidumbre ya no me persigue. Tengo tiempo hasta septiembre del año que viene.

Diecisiete meses para romper este círculo vicioso de fracasos; conseguir trabajo, de ahí al fracaso en darme a conocer; de nuevo el fracaso de no tener público y crear otro para mis habilidades, finalmente el fracaso de no encontrar trabajo.

He seguido buscando pelea por todas las agencias teatrales, y ahora, a partir de mañana, debo

hacerlo con renovada resolución.

13 de junio de 1877

El clima veraniego ya está aquí, ¡pero la primavera ha llegado tardíamente para mí! ¡Al fin me han ofrecido algo de trabajo!

No es mucho, debo realizar algunos trucos de cartas en una conferencia de hombres de negocios de Brummagem en un hotel de Londres, y los honorarios son solamente media guinea, ¡pero éste es un día muy especial!

¡Diez chelines y seis peniques! ¡Más de una semana del alquiler de esta habitación! ¡Ciertamente riquezas!

19 de junio 1877

Uno de los libros que he estudiado fue escrito por un mago hindú llamado Gupta Hilel. En el mismo da consejos al ilusionista al que le fallan los trucos. Hilel ofrece varios recursos, y la mayoría de ellos trata los métodos disponibles para distraer al público. También ofrece el consejo del fatalismo. La carrera de un mago está llena de desilusión y fracaso, los cuales deben ser esperados y enfrentados estoicamente.

Tanto es así que con estoicismo dejo constancia del lanzamiento de la carrera profesional de mago de Danton. Informo simplemente de que el primer truco que intenté realizar (un simple cambio de cartas) salió mal, paralizándome de puro terror y arruinando el resto de mi actuación.

Me abonaron la mitad de los honorarios, cinco chelines y tres peniques, y el organizador me aconsejó practicar más antes de intentarlo nuevamente. El señor Hilel también aconseja esto.

20 de junio de 1877

Desesperado, he decidido abandonar mi carrera de mago.

14 de julio de 1877

He estado nuevamente en Derbyshire para ver a mamá, y ahora he regresado en un estado de melancolía aun más profundo que el que anunciaba antes de irme.

También hay noticias con respecto a mi alquiler: aumentará a diez chelines por semana a partir del mes que viene.

Todavía me queda poco más de un año antes de verme obligado a mantenerme a mí mismo.

10 de octubre de 1877

¡Estoy enamorado! Su nombre es Drusilla MacAvoy.

15 de octubre de 1877

¡Demasiado precipitado! La MacAvoy no era para mí. Estoy planeando suicidarme, y si el resto de estas páginas están en blanco, cualquiera que encuentre este diario sabrá que lo he conseguido.

22 de diciembre de 1877

¡Ahora, por fin, he encontrado a la verdadera mujer de mi vida! Nunca he sido tan feliz. Su nombre es Julia Fensell, es tan sólo dos meses más joven que yo, sus cabellos son de un brillante marrón rojizo y descienden como una cascada alrededor de su rostro. Tiene ojos azules, una nariz larga y recta, una barbilla con un pequeño hoyuelo, una boca que siempre parece estar a punto de sonreír, ¡y unos tobillos cuya esbelta forma me vuelve loco de amor y de pasión! Es sin lugar a dudas la mujer más hermosa que jamás haya visto, y dice que me ama tanto como yo la amo a ella.

Es imposible de creer, no consigo dar crédito a mi buena suerte. Aparta de mi cabeza todas las preocupaciones, todos los miedos, toda la furia y la desesperación y las ambiciones. Llena completamente mi vida. Casi no puedo soportar escribir sobre ella, ¡para evitar maldecirme nuevamente a mí mismo con la mala suerte!

31 de diciembre de 1877

Todavía no puedo escribir sobre Julia, o sobre mi vida en general, sin temblar. El año está terminando, y esta noche, a las once, voy a encontrarme con Julia para que podamos estar juntos cuando comience el nuevo año.

Total de ingresos en 1877: 5 chelines, 3 peniques.

3 de enero de 1878

He estado viendo a Julia todos los días desde mediados del mes pasado. Se ha convertido en mi más querida y más íntima amiga. Debo escribir sobre ella lo más objetivamente posible, porque el mero hecho de haberla conocido ya ha cambiado totalmente mi suerte.

Primero, he de decir que desde mi nefasta actuación en el hotel de la calle Langham hace algunos meses no he conseguido ninguna otra presentación. La confianza en mí mismo estaba por los suelos, y durante uno o dos días no pude ni siquiera fingir falso optimismo al visitar las oficinas de las agencias. Fue durante uno de estos melancólicos recorridos cuando conocí a Julia. La había visto antes, al igual que los veía a todos en aquel circuito, pero su delicada belleza me había intimidado.

Finalmente entablamos conversación mientras esperábamos juntos en la oficina externa de uno de los agentes de la calle Great Portland. La oficina estaba sin climatizar, sin alfombrar, sosamente pintada y amueblada con los asientos de madera más duros que haya visto. A solas con ella no podía fingir que no notaba su presencia, así que me armé de valor y le hablé. Ella me dijo que era actriz; y yo le dije que era ilusionista. Por las pocas presentaciones que había obtenido recientemente, según me enteré más tarde, la descripción que me hizo de ella misma era tan teórica como la mía. Nos pareció divertida nuestra similar duplicidad y nos hicimos amigos.

Julia es la primera persona, aparte de Grierson, a quien le he enseñado mis trucos en privado. A diferencia de Grierson, que siempre aplaudía cualquier cosa que yo hacía, sin importar lo torpe o desastrosa que fuera, Julia fue crítica y elogiosa en más o menos igual medida. Me alentaba, pero también me criticaba y me hería cuando se daba cuenta de que no lograba hacer algo. Viniendo de cualquier otra persona, me lo habría tomado mal, pero siempre que sus críticas eran demasiado despiadadas, pronto las suavizaba con palabras de amor o de apoyo, o con sugerencias constructivas.

Comencé a partir de simples juegos de manos con monedas, algunos de los primeros trucos que había aprendido. Les siguieron trucos de cartas, luego trucos con pañuelos, con chistera, con bolas de billar. Su interés me animaba a seguir.

Gradualmente fui abriéndome camino a través de casi todo mi repertorio, incluso los trucos que todavía no dominaba completamente.

A veces, por su parte, Julia me recitaba versos de los grandes poetas y dramaturgos, obras que eran siempre nuevas para mí. Me sorprendió que pudiera recordar tanto, pero ella dijo que había técnicas de memorización que podían aprenderse fácilmente. Ésta era Julia: mitad artista, mitad artesana. Arte y técnica.

Pronto Julia comenzó a hablarme de la representación, un tema que llevo en el corazón. Nuestro romance comenzó a hacerse más profundo.

Durante las fiestas de Navidad, mientras el resto de Londres estaba de celebraciones, Julia y yo estábamos solos, castamente, en mi habitación de alquiler, enseñándonos mutuamente las disciplinas

por las que cada cual sentía afición. Venía a verme por las mañanas, se quedaba conmigo durante las cortas horas de luz que tenía el día, y luego, poco después del anochecer, la acompañaba de regreso a su propia habitación de alquiler en Kilburn. Pasaba las últimas horas de las tardes y las noches a solas, pensando en ella, en la emoción que me provocaba, en los misterios del escenario a los que me estaba introduciendo.

Julia está, gradual e inexorablemente, extrayendo de mí el verdadero talento que creo haber poseído siempre.

12 de enero de 1878

—¿Por qué no diseñamos, entre los dos, un número de magia que nunca nadie haya realizado antes?

Esto fue lo que dijo Julia, el día después de que yo escribiera la anotación anterior.

¡Palabras tan simples! Tal caos en mi vida, un ciclo permanente de desesperación y depresión, ¡porque estamos construyendo un número mentalista! Julia me ha estado enseñando sus técnicas para la memoria. Estoy aprendiendo la ciencia de la mnemotécnica, la utilización de recursos que ayudan a la memoria.

La memoria de Julia siempre me ha parecido extraordinaria. Cuando la conocí, y le mostré algunos de mis trucos de cartas aprendidos con gran dificultad, me desafió a que le dijera todos los números de dos dígitos que se me ocurrieran, en cualquier orden, y que los escribiera ocultándolos. Cuando terminé de llenar toda una página completa de mi cuaderno, me recitó tranquilamente los números, sin pausa ni error... y mientras aún me estaba maravillando, los recitó una vez más, ¡esta vez en orden inverso!

Supuse que era magia, que de alguna manera me había obligado a decir números que ella había memorizado previamente, o que había tenido acceso a las anotaciones que yo creía guardar en secreto. Nada de esto era verdad, me aseguró. No era un truco, y no había ningún subterfugio. Totalmente opuesto a los métodos de un mago, el secreto de su actuación era exactamente lo que parecía: ¡estaba memorizando los números!

Ahora me había revelado el secreto de la mnemotécnica. Todavía no soy tan experto como ella, pero ya soy capaz de realizar proezas de memoria, de las cuales siempre había dudado.

26 de enero de 1878

¡Ahora estamos preparados! Imaginen que estoy sentado en un escenario, con los ojos vendados. Voluntarios del público han supervisado la colocación de la venda y han quedado satisfechos de que no puedo ver a través de ella. Julia se mueve entre el público, pidiéndoles objetos personales y sosteniéndolos en el aire para que todos, excepto yo, puedan verlos.

—¿Qué tengo en mis manos? —grita.

—Es la billetera de un caballero —contesto.

El público ahoga un grito de sorpresa.

—¿Ahora qué tengo en mis manos...? —dice Julia.

—Es un anillo de boda de oro.

—¿Y pertenece a...?

—Una dama —declaro.

(Si ella dijera: «¿*Que* pertenece a...?», yo debería contestar, con la misma convicción: «Un caballero»).

—¿Aquí estoy sosteniendo?

—El reloj de un caballero.

Y así sucesivamente. Una letanía de preguntas y respuestas previamente concertadas, pero que presentada con suficiente aplomo ante un público que no está preparado para el espectáculo, sugerirá claramente un contacto mental entre los dos artistas.

El principio es sencillo, pero el aprendizaje es difícil. Todavía soy nuevo en la mnemotécnica, y, como en toda magia, la práctica debe conseguir la perfección.

Mientras continúe la práctica, podemos permitirnos evitar pensar en la parte más difícil, conseguir una actuación.

1 de febrero de 1878

¡Mañana por la noche empezamos! Hemos perdido dos semanas intentando conseguir una actuación segura en un teatro o en un salón, pero esta tarde, mientras caminábamos desconsoladamente por Hampstead Heath, Julia sugirió que nosotros mismos debíamos ocuparnos de todo.

Ahora es medianoche, y estoy de regreso después de una tarde de reconocimiento preliminar de la zona. Julia y yo visitamos un total de seis tabernas dentro de un área razonable recorrida a pie, y seleccionamos la que nos pareció mejor. Es el Lamb and Child, en la calle Kilburn High, en la esquina con Mill Lane. El bar principal es un salón grande y bien iluminado, con una pequeña plataforma elevada en un extremo (actualmente aloja un piano, el cual permaneció silencioso mientras estuvimos allí).

Las mesas están distribuidas de manera que hay espacio suficiente para que Julia se mueva entre ellas mientras habla con los miembros del público. No comunicamos nuestras intenciones ni al dueño ni a su personal.

Julia ha regresado a su habitación, y yo pronto me meteré en la cama. Mañana ensayamos todo el día, ¡y luego a aventurarse a salir por la noche!

3 de febrero de 1878

Entre los dos, Julia y yo hemos contado 2 libras, 4 chelines y 9 peniques, que nos han arrojado en el Lamb and Child. Había más, pero me temo que parte de él fue robado, y otra parte pudo haberse perdido cuando al dueño se le agotó la paciencia con nosotros y nos echó a la calle.

¡Pero no fracasamos! Y hemos aprendido una docena de lecciones sobre cómo prepararnos, cómo anunciarnos, cómo llamar la atención e incluso, creemos, cómo congraciarnos con el dueño.

Esta noche planeamos visitar la Taberna de Marnier en Islington, a una considerable distancia de Kilburn, donde lo intentaremos nuevamente. Ya hemos realizado cambios en nuestra actuación, basándonos en la experiencia del sábado por la noche.

4 de febrero de 1878

Solamente 15 chelines y 9 peniques entre los dos, pero una vez más lo que nos falta en recompensa financiera lo hemos ganado en experiencia.

28 de febrero de 1878

A medida que nos vamos acercando a fin de mes, puedo dejar registrado que Julia y yo nos hemos ganado hasta ahora un total de 11 libras, 18 chelines y 3 peniques con nuestra actuación mentalista, que estamos exhaustos a causa de nuestros esfuerzos, eufóricos por nuestro éxito, que hemos cometido bastantes errores y creemos que sabemos cómo proceder en el futuro, y que ya hemos oído algo (¡indicio seguro de éxito!) acerca de un dúo rival que está actuando en las pensiones del Sur de Londres.

Además de esto, el próximo día 3, realizaré una verdadera actuación de magia en el teatro de variedades de Hasker en Ponders End; Danton aparece séptimo en la programación, después de un trío de cantantes. Julia y yo hemos suspendido temporalmente nuestras actuaciones mentalistas para que yo pueda ensayar para este gran acontecimiento. Seguramente será un número algo conservador pero estable, después de nuestros inciertos comienzos por las calles para presentar nuestra actuación en los palacios de ginebra de Londres, pero es un trabajo de verdad, en un teatro de verdad, y es para lo que he trabajado durante todos estos años.

4 de marzo de 1878

Recibido: 3 libras, 3 chelines, 0 peniques de parte del señor Hasker; dijo que le gustaría que actuara nuevamente en abril. Mi truco con las serpentinas de colores tuvo especialmente mucho éxito.

12 de julio de 1878

Un cambio. Mi esposa (hace bastante tiempo que no escribo en este diario, pero Julia y yo nos casamos el 11 de mayo, y ahora vivimos felizmente juntos en mi habitación de alquiler en Idmiston Villas) está pensando que deberíamos ampliar horizontes una vez más. Estoy de acuerdo. Nuestro número, a pesar de ser impresionante para aquellos que no lo han visto antes, es repetitivo y agotador, y el comportamiento del público es impredecible. Estoy con los ojos vendados durante la mayor parte del número, por lo tanto, Julia está, en gran medida, sola en medio de una multitud generalmente borracha y pendenciera; una vez, al sentarme en la silla con los ojos vendados, me robaron lo que tenía en el bolsillo.

Ambos sentimos que ya es tiempo de cambiar, a pesar de que hemos estado ganando dinero regularmente. Sin embargo, todavía no puedo mantenerme con lo que ganamos sobre el escenario, y en tan sólo dos meses recibiré la última de mis asignaciones mensuales.

Los números teatrales de hecho han mostrado una tendencia a mejorar, y tengo seis contratos entre ahora y Navidad. Por ahora, y mientras sea relativamente solvente, he estado invirtiendo en algunos trucos a gran escala. Mi taller (el cual adquirí el mes pasado) está abastecido con dispositivos de magia, con los cuales podré, casi sin previo aviso, crear un número nuevo y estimulante.

El verdadero problema de las actuaciones teatrales es que a pesar de estar bastante bien pagadas, no existe continuidad. Al final de cada una hay un callejón oscuro.

Ejecuto mi actuación, agradezco mi aplauso, recojo mis honorarios, pero nada de esto me asegura un nuevo contrato, e incluso las reseñas de la prensa son pequeñas y tacañas. Por ejemplo, después de una actuación en el Clapham Empire, una de mis mejores hasta ahora, el *Evening Star* comentó: «... y un mago llamado Dartford actuó después del *soubrette*». ¿Con semejantes migajas formales de aliento, es de suponer que me abriré camino en mi carrera?

La idea de un nuevo cambio se me ocurrió (o debería en realidad decir que se le ocurrió a Julia) mientras estaba hojeando un periódico. Vi un reportaje que trataba de la reciente aparición de nuevas evidencias que demuestran que la vida, o una forma de ella, continúa después de la muerte. Ciertos expertos psíquicos fueron capaces de establecer contacto con personas recientemente fallecidas, y comunicarse nuevamente desde el más allá con sus familiares más allegados. Le leí en voz alta una parte del reportaje a Julia. Me miró fijamente durante un segundo, y pude ver que su mente estaba pensando en ello.

—No *crees* en eso, ¿no es cierto? —dijo finalmente.

—Me lo tomo en serio —confirmé—. Después de todo, hay un número de personas cada vez más elevado que dice haber establecido contacto. Me tomo las evidencias tal como van surgiendo. No debes ignorar lo que dice la gente.

—Rupert, ¡no puedes estar hablando en serio! —gritó.

Proseguí torpemente: —Pero estas sesiones de espiritismo han sido investigadas por científicos con los títulos académicos más importantes.

—¿Se supone que tengo que creer que te estoy entendiendo bien? ¡A ti, cuya mismísima profesión es el engaño! —En ese momento empecé a comprender lo que decía, pero aun así no podía olvidar el testimonio de (por ejemplo) Sir Angus Johns, cuya aseveración acerca de la existencia del mundo

espiritual acababa de leer en el periódico—. Siempre estás diciendo —continuó mi adorada Julia— que las personas a las que se puede engañar más fácilmente son aquellas que están mejor educadas. ¡Su inteligencia no les permite ver la simplicidad de los trucos de magia!

Al fin lo había conseguido.

—Entonces, estás diciendo que estas sesiones de espiritismo son... ¿trucos normales y corrientes?

—¿Qué otra cosa podrían ser? —dijo triunfante—. Ésta es una nueva empresa, mi querido. Debemos ser parte de ella.

Y así, creo, nuestro cambio tendrá como destino el mundo del espiritismo. Ahora que escribo cómo fue mi conversación con Julia, me doy cuenta de que debo parecer estúpido, pues fui muy lento al darme cuenta de lo que me estaba diciendo. Sin embargo, ilustra mi perpetuo punto flaco. Siempre he tenido dificultades para entender la magia hasta que se me revela el secreto.

15 de julio de 1878

Dos de las cartas que escribí a las revistas de magia a finales del año pasado han aparecido esta semana. ¡Estoy un poco desconcertado al verlas! Desde entonces, en mi vida han cambiado muchas cosas. Recuerdo cuando redacté una de las cartas, por ejemplo, el día después de descubrir la verdad acerca de Drusilla MacAvoy; al leer mis palabras ahora recuerdo aquel triste día de diciembre en mi habitación sin calefacción, sentado delante de mi escritorio y descargando mis sentimientos contra algún mago infeliz que había sido entrevistado a la ligera en la revista, por crear cierta clase de banco en el que los secretos de la magia serían almacenados y protegidos. Ahora me doy cuenta de que fue un comentario hecho medio en broma, pero allí está mi carta, como una avalancha de tediosa seriedad, castigando al pobre tipo por aquello.

Y la otra carta, igualmente vergonzosa de contemplar ahora, y una de la que ni siquiera puedo recordar las atenuantes circunstancias bajo las cuales la pude haber escrito.

Todo esto me ha recordado el estado de amargura emocional en el que había vivido antes de conocer a mi querida Julia.

31 de agosto de 1878

Hemos asistido a un total de cuatro sesiones de espiritismo, y ya sabemos de qué se trata. El fraude es generalmente de un nivel bastante bajo. Tal vez los destinatarios se encuentran en tal estado de dolor que serían receptivos a casi cualquier cosa. De hecho, en una de estas desafortunadas ocasiones los efectos fueron tan claramente fallidos que únicamente la credulidad puede ser la explicación.

Julia y yo hemos pasado mucho tiempo discutiendo cómo realizaremos esto, y hemos decidido que la mejor y la única manera es pensar en nuestros esfuerzos como magia profesional, realizada

con los criterios más elevados. Ya hay demasiados charlatanes realizando sesiones de espiritismo, y no tengo deseos de convertirme en uno más de ellos.

Este esfuerzo es para mí un medio para un fin, una manera de hacer y tal vez acumular un poco de dinero hasta que pueda mantenerme con una carrera teatral.

Los trucos que se realizan en una sesión de espiritismo son de una naturaleza bastante simple, pero ya hemos estudiado algunas formas para elaborarlos un poco, con el fin de que sus efectos parezcan más sobrenaturales. Tal como nos sucedió con nuestro número mentalista, aprenderemos con la experiencia, y por lo tanto ya hemos redactado y pagado nuestro primer anuncio en una de las gacetas de Londres.

Al principio cobraremos tarifas modestas, en parte porque podemos permitírnoslo a medida que vamos aprendiendo, y en parte para asegurarnos tantos números como sean posibles.

Ya he recibido, y por lo tanto gastado mi última asignación mensual. Dentro de tres semanas debo ser totalmente autosuficiente, me guste o no.

9 de septiembre de 1878

¡Nuestro anuncio nos ha reportado catorce citas para otras tantas sesiones!

Ofrecimos nuestros servicios a dos guineas por sesión, y el anuncio me costó 3 chelines y 6 peniques, ¡por lo que ya estamos obteniendo beneficios!

Mientras escribo esto, Julia está redactando cartas de respuesta, tratando de organizar para nosotros un programa de citas firmes.

Hoy, durante toda la mañana, he estado practicando una técnica conocida como «La cuerda Jacoby». En esta técnica el mago está atado a una simple silla de madera con una cuerda común y corriente, que sin embargo todavía permite una fuga. Con un mínimo de supervisión por parte del asistente del ilusionista (Julia, en mi caso), cualquier número de voluntarios puede atar, anudar e incluso sellar la cuerda, y sin embargo todavía podrá realizarse la fuga. El mago, una vez escondido dentro de una caja, no solamente puede liberarse lo suficiente como para realizar supuestos prodigios desde el interior de la caja, sino que después recupera sus ataduras y es hallado nuevamente, liberado por los mismos voluntarios que lo ataron.

Esta mañana fui incapaz por dos veces de liberar uno de mis brazos. Nada debe dejarse librado al azar, así que dedicaré el resto de la tarde y de la noche a ensayar aún más.

20 de septiembre de 1878

Tenemos nuestras dos guineas, el cliente estaba literalmente sollozando de agradecimiento, y debo decir modestamente que establecimos breve contacto con el mundo de los muertos.

Sin embargo, mañana, que resulta ser también mi vigésimo primer cumpleaños, y el día en que mi vida adulta comienza en todos los sentidos, tenemos que realizar una sesión de espiritismo en

Deptford, ¡y tenemos mucho que preparar!

Ayer nuestro primer error fue ser puntuales. Nuestra clienta y sus amigas nos estaban *esperando*, y mientras entramos en la casa e intentamos montar nuestros equipos, nos estaban *observando*. No puedo permitir que vuelva a ocurrir esto.

Necesitamos ayuda física. Ayer alquilamos un vehículo para que nos transportara hasta el domicilio, pero el chófer no estaba dispuesto en absoluto a ayudarnos a cargar nuestras máquinas hasta el interior de la casa (lo que significaba que Julia y yo teníamos que hacerlo solos, y algunas de las cosas son pesadas y la gran mayoría voluminosas). Cuando nos fuimos de la casa del cliente el maldito chófer no nos había esperado tal y como le habíamos dicho, y me vi obligado a quedarme de pie con todos nuestros aparatos de magia en la calle, fuera de la casa de la que habíamos salido, mientras Julia iba a buscar otro vehículo.

Y nunca más deberemos depender del mobiliario de la casa para hallar los muebles necesarios para algunos de nuestros efectos. Hoy tuvimos suerte; había una mesa que pudimos utilizar, ¡pero no podemos arriesgarnos así otra vez!

Muchas de estas mejoras ya han sido realizadas. ¡Hoy he comprado un caballo y un transporte! (El caballo tendrá que permanecer temporalmente en el pequeño patio que está detrás de mi taller hasta que pueda alquilar un establo de verdad). Y he contratado a un hombre para que conduzca y para que nos ayude a transportar todas nuestras cosas. El señor Appleby puede resultar, a la larga, no ser el indicado (esperaba encontrar a un hombre de aproximadamente mi misma edad, que fuera físicamente fuerte), pero por ahora es una gran mejora comparado con aquel pálido y maleducado chófer que nos falló ayer.

Nuestros gastos están aumentando. Para un número mentalista únicamente nos necesitábamos a nosotros mismos, dos buenas memorias y una venda; convertirnos en espiritistas nos obliga a realizar desembolsos que amenazan con superar nuestros ingresos potenciales. Anoche estuve acostado despierto durante largo rato, pensando en esto, y preguntándome cuántos más gastos quedan por venir.

¡Ahora debemos viajar hasta Deptford para nuestra próxima sesión! Deptford es una de las partes más inaccesibles de Londres desde aquí, ya que se encuentra no solamente más allá de la zona Este de Londres, sino en el lado más alejado del río.

Para llegar a una buena hora debemos partir al amanecer. Julia y yo hemos acordado que en el futuro únicamente aceptaremos presentaciones de gente que viva a una distancia razonable de donde vivimos nosotros, de lo contrario, el trabajo es, considerándolo todo, demasiado arduo, el día demasiado largo y las recompensas financieras demasiado pequeñas para lo que tenemos que hacer.

2 de noviembre de 1878

¡Julia está embarazada! Se espera la llegada del bebé para el próximo junio. Con toda la excitación que esto ha causado hemos cancelado algunas de nuestras citas, y mañana partimos hacia Southampton, para llevarle la noticia a la madre de Julia.

15 de noviembre de 1878

Ayer y anteayer nos dedicamos a sesiones de espiritismo; no hubo problema alguno, y los clientes quedaron satisfechos. Sin embargo, cada vez estoy más preocupado por las posibles consecuencias de los esfuerzos que Julia tiene que hacer, y estoy pensando en encontrar y contratar urgentemente a una asistente femenina para que trabaje conmigo.

El señor Appleby, tal como sospechaba, entregó su dimisión después de unos días.

Lo he reemplazado por un tal Ernest Nugent, un hombre de una fuerte constitución física de más de veinticinco años que hasta el año pasado era cabo voluntario en el Ejército de Su Majestad. Crec que es algo parecido a un diamante en bruto, pero no es estúpido; trabaja todo el día sin quejarse, y ya ha demostrado ser una persona leal.

En la sesión de hace dos días (la primera desde que regresamos de Sothampton), descubrí demasiado tarde que una de las personas que yo pensaba era familiar del difunto, era de hecho el reportero de un periódico. Este hombre tenía el propósito de denunciarme como a un charlatán, pero una vez que nos dimos cuenta de cuál era su propósito, Nugent y yo lo sacamos rápidamente (pero con gentileza) de la casa.

Por lo tanto, debe añadirse otra precaución a este trabajo: debo estar en guardia contra los escépticos activos.

Porque de hecho soy el tipo de charlatán que buscan desprestigiar. No soy lo que digo ser, pero mis engaños son inofensivos y, sinceramente creo, útiles en un momento de pérdida personal. En lo que respecta al dinero que cambia de manos, las cantidades son modestas, y hasta ahora ni un solo cliente se ha quejado de nada.

El resto de este mes está lleno de citas, pero hay un período tranquilo antes de la Navidad. Ya sabemos que estos acontecimientos son generalmente el resultado de una tormentosa decisión repentina, no de un prolongado cálculo, por lo que tendremos que seguir anunciándonos en los diarios.

20 de noviembre de 1878

Hoy Julia y yo hemos entrevistado a cinco jóvenes muchachas, todas deseosas de reemplazar a Julia como mi asistente. Ninguna servía.

Julia se ha sentido continuamente mal durante dos semanas, pero ahora dice que está empezando a mejorar. La idea de la llegada de un bebé, niño o niña, a nuestras vidas, ilumina nuestros días.

23 de noviembre de 1878

Ha ocurrido un incidente particularmente desagradable, y estoy tan lleno de furia que he tenido

que esperar hasta ahora (once y veinticinco de la noche, cuando Julia está por fin dormida) antes de poder confiar en mí mismo para dejarlo escrito con algo de ecuanimidad.

Hemos ido a un domicilio cerca del Ángel, en Islington. El cliente era un hombre bastante joven recientemente desconsolado por la muerte de su esposa, y a cargo de una familia de tres niños pequeños, uno de ellos casi un bebé. Este caballero, cuyo nombre cambiaré por el de señor L, fue el primero de nuestros clientes espiritistas que se dirigió hacia nosotros recomendado por otro. Por esta razón, habíamos planeado la cita con particular cuidado y tacto, porque a estas alturas ya nos damos cuenta de que si queremos prosperar como espiritistas, entonces tendrá que ser mediante una espiral de honorarios gradualmente en aumento, garantizados por la agradecida recomendación de clientes satisfechos.

Estábamos justo a punto de comenzar cuando alguien llegó con retraso. Inmediatamente sospeché de él, y lo digo sin tener en cuenta lo que sucedió después.

Nadie de la familia parecía conocerlo, y su llegada provocó una sensación de nerviosismo en la habitación. Ya me he vuelto susceptible a tales impresiones al comienzo de una de estas presentaciones.

Le indiqué a Julia, en nuestro código privado no verbal, que sospechaba que estaba presente el reportero de un periódico, y vi por su expresión que había llegado a una conclusión similar. Nugent estaba de pie junto a una de las ventanas cubiertas, no ajeno al lenguaje silencioso que Julia y yo utilizamos entre nosotros. Tuve que tomar rápidamente una decisión sobre qué hacer. Si yo insistía en que el hombre se retirara antes de que comenzara la sesión de espiritismo, seguramente se armaría un desagradable jaleo, con los cuales ya tengo algo de experiencia; por otro lado, si hacía algo sin duda quedaría expuesto como un charlatán al final de la presentación, y por consiguiente probablemente no cobraría honorarios y mi cliente no conseguiría el anhelado consuelo.

Todavía estaba intentando decidir qué hacer cuando me di cuenta de que había visto antes a aquel hombre. Había estado presente en una sesión anterior, y me acordé de él porque en aquel momento me había desconcertado mucho el hecho de que me mirara fijamente durante todo mi trabajo. ¿Era su presencia otra vez una coincidencia? Si así era, ¿cuáles eran las probabilidades de que perdiera a dos seres queridos en un corto período de tiempo, y cuáles eran las probabilidades adicionales de que yo hubiera sido llamado para realizar dos sesiones con su presencia? Si no era una coincidencia, tal como yo sospechaba, ¿cuál era su juego?

Evidentemente estaba allí para perjudicarme, pero ya había tenido su oportunidad antes y no la había aprovechado. ¿Por qué?

Éstos eran mis pensamientos en la desesperación del momento. Apenas si podía concentrarme, tal era la necesidad de mantener la apariencia de tranquila preparación para la comunión con el fallecido. Pero mi conclusión apresurada fue que, considerando las probabilidades, debía empezar la sesión, y así lo hice. Al escribir esto ahora me doy cuenta de que tomé la decisión equivocada.

En primer lugar, sin siquiera levantar una mano contra mí, estuvo a punto de arruinar mi presentación. Yo estaba tan nervioso que casi no podía concentrarme en lo que estaba haciendo, hasta tal punto que cuando Julia y uno de los hombres que estaban allí me ataron con «La cuerda Jacoby», permití que una de mis manos quedara sujeta más fuertemente de lo deseable. Dentro de

la caja, afortunadamente apartado de la siniestra mirada fija y silenciosa de mi adversario, tuve que forcejear largamente antes de poder liberarme las manos.

Una vez terminado el truco de la caja, mi enemigo soltó su trampa. Se alejó de la mesa, empujó hacia un costado con un hombro al pobre Nugent, y arrancó una de las persianas que tapaban las ventanas. Sobrevinieron muchos gritos, causando intenso e incontrolable dolor en mi cliente y sus hijos. Nugent estaba luchando con el hombre, y Julia estaba intentando consolar a los niños del señor L, cuando sobrevino el desastre.

El hombre, preso de su locura, ¡cogió a Julia por los hombros, la tiró hacia atrás, le dio la vuelta y la empujó al suelo! Cayó pesadamente sobre los desnudos tablones del suelo, mientras yo, inmerso en la más profunda de las angustias, me levanté de la mesa sobre la cual había estado actuando e intenté alcanzarla. El atacante estaba entre nosotros.

Nugent lo cogió nuevamente, esta vez inmovilizándolo desde atrás, cruzándole los brazos en la espalda.

—¿Qué hago con él, señor? —gritó Nugent con valor.

—¡Arrójalos a la calle! —grité—. ¡No, espera!

La luz que entraba por la ventana caía directamente sobre su rostro. Detrás de él vi la imagen que más deseaba ver en aquel momento; mi querida Julia se estaba poniendo de pie una vez más. Enseguida me indicó que no estaba lastimada, por lo tanto desvié mi atención hacia el hombre.

—¿Quién es usted, señor? —le pregunté—. ¿Qué interés tiene por mis asuntos?

—¡Dile a tu rufán que me suelte! —masculló, respirando estentóreamente—. Luego me iré.

—¡Te irás cuando yo lo decida! —le dije. Di un paso para acercarme hacia él, y entonces lo reconocí—. Eres Borden, ¿no es cierto? ¡Borden!

—¡Eso no es cierto!

—¡Alfred Borden, el mismo! ¡He visto tu trabajo! ¿Qué haces aquí?

—¡Déjame ir!

—¿Qué problema tienes conmigo, Borden?

No me contestó, pero en cambio luchó violentamente contra Nugent, que lo tenía inmovilizado.

—¡Deshazte de él! —le ordené—. ¡Arrójalos a donde pertenece, a la cuneta!

Así fue hecho, y admirablemente, Nugent sacó arrastrando al infeliz de la habitación, y regresó solo unos minutos más tarde.

Para aquel entonces había cogido a Julia entre mis brazos y la tenía cerca de mí, tratando de asegurarme de que realmente no estaba lastimada, incluso después de haber sido arrojada al suelo tan brutalmente.

—Si te ha lastimado a ti o al bebé... —le susurré.

—No estoy herida —me contestó Julia—. ¿Quién era?

—Más tarde, mi querida —dije suavemente, porque tenía muy presente que todavía estábamos en medio de la arruinada sesión de espiritismo, con un cliente furioso o humillado, sus pobres niños, sus cuatro familiares y amigos adultos ahora visiblemente conmocionados.

Me dirigí a todos y les dije con la mayor dignidad y gravedad que pude reunir: —

Entienden que no puedo continuar, ¿verdad?

Mostraron su consentimiento.

Los niños fueron conducidos a otro sitio, y el señor L y yo nos reunimos en privado. Era realmente un hombre comprensivo e inteligente, y nos propuso inmediatamente que dejáramos todo tal como estaba en aquel momento, y que nos encontráramos nuevamente dentro de uno o dos días para decidir lo que haríamos.

Asentí agradecido, y después de que Nugent y yo hubiéramos transportado nuestros artefactos de regreso hasta el carro, nos pusimos en camino hacia nuestro hogar.

Mientras Nugent conducía, Julia y yo nos acurrucábamos juntos detrás de él en un estado de angustia e introspección.

Expresé mis sospechas mientras avanzábamos lentamente bajo la luz del creciente crepúsculo.

—Ése era Alfred Borden —expliqué—. Sé poco acerca de él, únicamente que es un mago, apenas distinguido en el negocio. Desde su interrupción he estado intentando acordarme de cómo lo conozco. Creo que debo haberlo visto actuar sobre algún escenario. No es una figura muy importante en nuestro campo. Tal vez estaba actuando en representación de otro.

Estaba hablando tanto para mí mismo como para Julia, intentando comprender al agresor, de manera que pudiera reconocerlo. Únicamente podía explicar su ataque contra mí en términos de celos profesionales. ¿Qué otro motivo podía existir? Éramos prácticamente extraños el uno para el otro, y a menos que hubiera un considerable agujero en mi memoria, nuestros caminos no se habían cruzado. Sin embargo, su comportamiento era el de un hombre embarcado en una misión de venganza.

Julia estaba encorvada a mi lado en el aire brumoso del atardecer. La interrogué muchas veces acerca de su salud, tratando de asegurarme de que no había sido lastimada a causa de la caída, pero ella simplemente dijo que estaba ansiosa por regresar a casa.

Al poco tiempo estábamos en Idmiston Villas, y la hice ir directamente a la cama.

Se la veía exhausta y preocupada, pero continuaba afirmando que todo lo que necesitaba era descansar. Me senté con ella hasta que se quedó dormida, y después de beberme un tazón de sopa preparado apresuradamente, y dar un ligero y energético paseo por las calles laterales locales para tratar de aclarar mi mente, regresé para escribir este informe del día.

Me he interrumpido dos veces para ver a Julia, y está durmiendo tranquilamente.

24 de noviembre de 1878

El peor día de mi vida.

27 de noviembre de 1878

Julia ha regresado ya del hospital y está en nuestro hogar, una vez más ella está durmiendo, y una vez más yo recurro a este diario, que es una fuente de distracción y consuelo temporal pobre e inadecuada.

En pocas palabras, Julia se despertó en las primeras horas del día 24. Estaba sangrando mucho y transida de dolor. Esto le provocaba una serie de punzadas, que la hacían gritar y retorcerse en agonía antes de darle un descanso temporal, y luego comenzaban nuevamente.

Me vestí de inmediato, desperté a mis vecinos, y le rogué a la señora Janson que abandonara su propia cama y se sentara con Julia mientras yo iba en busca de ayuda.

Accedió sin quejarse, y salí corriendo en medio de la noche. La suerte, si es que ésa es la palabra, estuvo brevemente conmigo. Me encontré con un taxista en su coche, aparentemente de regreso a su casa al final de una noche de trabajo, y le supliqué que me ayudara. Así lo hizo. En una hora Julia estaba en el Hospital St. Mary en Paddington, y los cirujanos realizaron el trabajo necesario.

Nuestro bebé se perdió; y yo casi pierdo a Julia también. Permaneció en la sala pública del hospital durante el resto del día, y los dos días siguientes hasta esta mañana, cuando por fin se me permitió recogerla.

Hay un único nombre que ha entrado ahora inesperadamente en mi vida, y es uno que nunca olvidaré. Es el de Alfred Borden.

3 de diciembre de 1878

Julia todavía está débil, pero dice que espera poder ayudarme con mis sesiones de espiritismo a partir de la semana que viene. Todavía no se lo he dicho, pero ya he decidido que nunca más correrá ningún riesgo. He puesto un anuncio una vez más para conseguir una asistente femenina. Mientras tanto, esta noche tengo una actuación escénica que llevar a cabo, y he tenido que revisar mi repertorio para organizar una presentación que no requiera de ninguna clase de asistencia.

11 de diciembre de 1878

Hoy me crucé con el nombre de Borden. Se anuncia como mago invitado en un espectáculo de variedades en Brentford. He comprobado eso con Hesketh Unwin, el hombre a quien he nombrado recientemente como mi agente, y me enteré, para mi satisfacción, de que Borden era el reemplazo de otro ilusionista que había caído enfermo de repente, y lo que motivó que la actuación de magia fuera desplazada desde el segundo lugar del programa hasta la tumba de todos los magos: ¡la primera presentación después del intervalo! Se lo enseñé a Julia.

31 de diciembre de 1878

Total de ingresos con la magia en 1878: 326 libras, 19 chelines y 3 peniques. De esto deben deducirse los gastos, incluyendo la contratación de Appleby y la de Nugent, la compra y el

mantenimiento del caballo, la adquisición de trajes y de muchos de los artefactos.

12 de enero de 1879

Mi primera sesión de espiritismo del nuevo año, y la primera en la que fui asistido por Leticia Swinton. Leticia perteneció al coro del Alexandria y tiene mucho que aprender acerca de la profesión de la magia, pero tengo esperanzas de que mejore.

Cuando finalizó la sesión le pedí a Nugent que me llevara rápidamente de regreso a Idmistor Villas, donde he estado con Julia, contándole mi día.

Había una carta esperándome aquí. El señor L ha decidido, por ahora, que ya no necesita una sesión de espiritismo en su casa, pero que, tras considerar cuidadosamente lo que sucedió, ha decidido que debo cobrar todos los honorarios, tal como se había convenido. Su pago estaba adjunto.

13 de enero de 1879

Hoy Julia se encerró en el dormitorio, ignoró todas mis llamadas y todos mis ruegos y únicamente admitió a la criada, que le llevó un té y algo de pan. Hoy no tenía que trabajar, y había estado planeando estar en el taller, pero en vista del extraño humor de Julia sentí que debía quedarme en casa. Julia apareció después de las ocho de la noche, y no dijo nada acerca de lo que había hecho o por qué lo había hecho. Todo esto me ha dejado perplejo. Dice que ya no siente dolor, pero aparte de esto se niega a hablar acerca de lo que sucedió.

15 de enero de 1879

Nugent, Leticia Swinton y yo realizamos una sesión de espiritismo esta tarde. Ya se ha convertido en algo rutinario para mí, siendo las únicas novedades: primero, la inevitable necesidad de trabajar con una asistente nueva en el mundo de la magia, segundo, las particulares circunstancias de cualquier pérdida a la que esté asistiendo, y, tercero, la disposición física de la habitación en la que tiene lugar la sesión. Estas dos últimas generalmente no presentan ningún tipo de problema para mí, e incluso Leticia está demostrando ser una alumna rápida.

Cuando regresábamos después de finalizar la sesión, le pedí a Nugent que me dejara en la zona Oeste de Londres. Caminé hasta el Teatro Empress en High Holborn, compré una entrada y me senté en los profundos escondrijos de la platea de atrás.

La presentación de Borden estaba en la primera mitad del programa, y observé atentamente lo que hacía. Realizó siete trucos de distintas clases, y, de entre éstos, hay tres de los cuales desconozco su explicación. (¡Para mañana a la noche las tendré!). Es un mago bastante bueno, y realizó sus trucos

sin ningún problema, pero por alguna razón se dirige al público con un acento francés muy poco convincente.

¡Me hizo desear zaherirlo como a un impostor!

Sin embargo, debo esperar el momento oportuno. Quiero que mi venganza sea dulce.

Cuando regresé Julia estuvo muy poco comunicativa conmigo, y aun después de que le contara lo que había estado haciendo permaneció comportándose fríamente.

¡Oh, Julia! ¡Tú no eras así antes de aquel día!

19 de enero de 1879

Los dos lloramos la pérdida del niño que nunca conocimos. El dolor de Julia es tan profundo, está tan en el fondo de su ser, que a veces hasta parece no darse cuenta de que estoy con ella en la misma habitación. Yo soy igual de infeliz, pero tengo mi trabajo para distraerme. Ésta es la única diferencia entre nosotros.

La última semana me he dedicado a perfeccionar mi magia, intentando, a través de un esfuerzo intensivo, lanzarme nuevamente en mi pretendida profesión. Para esto:

He ordenado mi taller, he tirado un montón de trastos a la basura, he reparado y pintado nuevamente varias de las ilusiones, y en general he convertido al taller en un lugar práctico donde puedo prepararme y ensayar correctamente.

He comenzado una discreta investigación a través de la oficina de Hesketh Unwin, y a través de otros contactos que tengo en el mundo de la magia, para que un *ingénieur* trabaje conmigo. Necesito asistencia experta; de esto no cabe ninguna duda.

Me he organizado un programa de prácticas, el cual respeto absolutamente: dos horas cada mañana, dos horas cada tarde y (si el tiempo con Julia me lo permite) una hora cada noche. Los únicos descansos que me permito son aquellos que debo realizar forzosamente cuando realmente estoy trabajando.

He encargado nuevos trajes para mí y para Leticia, para darle a la presentación un refinamiento profesional.

Finalmente, me he prometido a mí mismo abandonar las sesiones de espiritismo tan pronto como pueda permitírmelo. Mientras tanto, estoy aceptando tantas como tiempo pueda encontrar para realizarlas, porque son mi único medio seguro para ganarme la vida. Mis responsabilidades financieras son inmensas. Tengo que pagar el alquiler, conseguir la renta del taller y la del establo, pagar los sueldos de Nugent y Leticia, y pronto el de mi nuevo *ingénieur* también..., así como mantener la casa y alimentarnos a Julia y a mí.

¡Todo esto debe ser pagado por los crédulos desconsolados!

(Esta noche, sin embargo, otra representación teatral).

31 de diciembre de 1879

Total de ingresos de la magia en 1879: 637 libras, 12 chelines y 6 peniques.
Antes de deducir los gastos.

31 de diciembre de 1880

Total de ingresos de la magia en 1880: 1.142 libras, 7 chelines y 9 peniques.
Antes de deducir gastos.

31 de diciembre de 1881

Total de los ingresos de la magia en 1881: 4.777 libras, 10 chelines y 0 peniques.

Antes de deducir los gastos. 1881 es el último año en el cual dejo constancia aquí de mis ganancias. Estos doce últimos meses han sido bastante exitosos para mí, y me han permitido comprar la casa en la cual, hasta ahora, habíamos simplemente alquilado nuestra habitación. Ahora ocupamos todo el edificio, y contamos con personal doméstico compuesto por tres personas. El desasosiego que me acosaba cuando era más joven está dirigido fructíferamente hacia la energía de la actuación, y puedo decir en alto que soy probablemente el ilusionista más buscado de Gran Bretaña. Mis representaciones diarias para el año que viene ya están completas.

2 de febrero de 1891

Hace diez años dejé este diario a un lado, con la intención de no reabrirlo nunca más, pero los humillantes acontecimientos que sucedieron durante las primeras horas de esta noche en el Teatro de variedades Sefton en Liverpool (desde donde estoy regresando a Londres *en train* mientras escribo esto) deben quedar registrados.

Como hace tanto tiempo que no escribo en mi diario, estas hojas sueltas tendrán que ser suficiente esta noche ya que me encuentro sin mi cuaderno y mi sistema de archivos.

Estaba en la segunda parte de mi presentación, aproximándome hacia lo que es actualmente el clímax de mi actuación. Éste es la «Fuga bajo el agua», un efecto que combina fuerza física, una cierta cantidad de riesgo controlado y un poco de magia.

El truco comienza cuando me atan a una sólida silla de metal, aparentemente sin posibilidad alguna de escapar. Para llevar esto a cabo invito a un comité de seis voluntarios a subirse al escenario; éstos son auténticos miembros del público, no han sido previamente colocados, pero Ernest Nugent y mi *ingénieur* Harry Cutter sí que vigilan todo lo que se hace.

Con el comité sobre el escenario, entablo con ellos una conversación humorística, llena de bromas, en parte para relajarlos, y en parte para distraer al público mientras Ellen Tremayne (mi actual asistente; hace mucho que no escribo aquí) comienza «La cuerda Jacoby».

Esta noche, sin embargo, apenas acababa de sentarme en la silla, ¡cuando me di cuenta de que Alfred Borden era uno de los del comité! ¡Era el sexto hombre! (Harry Cutter y yo utilizamos códigos para identificar y colocar a los voluntarios sobre el escenario. El sexto hombre es colocado lo más lejos posible de mí durante estas etapas de preparación, y su tarea es la de sostener un extremo de la cuerda). Esta noche Borden era el sexto hombre, ¡a tan sólo uno o dos metros de distancia de mí!

¡El público nos estaba observando a todos! ¡El truco ya había comenzado!

Borden representó bien su papel, moviéndose torpemente y con una vergüenza bien fingida, por la pequeña parte del escenario que le había sido asignada. Nadie del público hubiera podido adivinar que es un mago casi tan experto como yo. Cutter, aparentemente sin darse cuenta de quién era, colocó a Borden en su sitio. Mientras tanto, Ellen Tremayne estaba rodeando mis dos manos con la cuerda y atando mis muñecas a los brazos de la silla. En aquel momento mis preparaciones salieron mal, porque mi atención estaba centrada en Borden. Para cuando se les habían dado los extremos de la cuerda a otros dos voluntarios y se les habían dado instrucciones de atarme a la silla tan fuertemente como fuera posible, ya era demasiado tarde. Bajo la potente luz de los focos, me encontré atado sin poder hacer nada.

En medio de un redoble de tambores fui izado por la polea hacia el espacio vacío que había sobre el tanque de cristal, y quedé colgando y girando al final de la cadena como si fuera una indefensa víctima de la tortura. En realidad esta noche lo era, pero durante una representación normal, en esta etapa ya hubiera liberado mis muñecas, y colocado mis manos hacia una posición desde la que pudiera liberarlas instantáneamente. (El hecho de girar con la cadena es una tapadera efectiva para los necesariamente rápidos movimientos que debo realizar con los brazos mientras me libero). Esta noche, con los brazos atados a la silla sin poder moverlos, lo único que podía hacer era mirar fijamente hacia abajo, preso del horror, a la fría y expectante agua.

Unos segundos más tarde, de acuerdo con el plan, fui sumergido dentro de ella provocando un desbordamiento del agua cuyas gotas rociaron el escenario. Mientras el agua me tapaba la cabeza intenté, por medio de expresiones faciales, hacerle señas a Cutter para que entendiera que me encontraba en un aprieto, pero él ya estaba ocupado bajando el telón que ocultaba el tanque.

Inmerso en una semioscuridad, medio girado en la silla, atado de manos y pies, y completamente sumergido en el agua fría, comencé a ahogarme...

Mi única esperanza era que el agua aflojara un poco la cuerda (parte de mis preparaciones secretas, en caso de que los voluntarios hayan atado los nudos secundarios demasiado ajustados para una fuga oportuna), a pesar de que yo sabía que el mínimo movimiento extra que esto permitiría no sería suficiente para salvarme esta noche.

Tiré insistentemente de las cuerdas, sintiendo ya la presión del aire en mis pulmones, desesperado por salir de mi interior y dejar que el agua mortal me inundara y me llevara...

Sin embargo, aquí estoy escribiendo esto. Evidentemente escapé.

No estaría vivo para escribir si no fuera, irónicamente, por la propia intervención de Borden. Se le fue la mano, no pudo resistir regodearse conmigo.

Ésta es una reconstrucción de lo que debe haber ocurrido en el escenario, oculto para mí detrás del telón.

En una actuación normal, todo lo que puede verse sobre el escenario es el comité de seis personas de pie reunidas alrededor del telón que rodea al tanque. Ellos, al igual que el público, no pueden ver lo que yo estoy haciendo. La orquesta toca un popurrí animado, en parte para hacer tiempo, y en parte para disfrazar cualquier sonido que yo no pueda reprimir mientras realizo mi fuga. Pero el tiempo pasa, y pronto ambos, el comité y el público, comienzan a sentirse inquietos por todo el tiempo que ha transcurrido.

La orquesta también se distrae, y la música desaparece. Se hace un silencio anticlimático. Harry Cutter y Ellen Tremayne suben corriendo ansiosamente al escenario, como en respuesta a la emergencia, y el público realiza un alboroto de preocupación. Con la ayuda del comité, Cutter y Ellen arrancan el telón que ocultaba al tanque, para dejar ver...

... ¡La silla todavía se encuentra en el agua! ¡Las cuerdas todavía se encuentran atadas a su alrededor! ¡Pero yo no estoy allí!

Mientras el público ahoga un grito de sorpresa yo aparezco espectacularmente. En general salgo desde los bastidores, pero si tengo tiempo prefiero anunciarme en el medio del auditorio. Corro hacia el centro del escenario, hago una reverencia y me aseguro de que todos noten que mis ropas y mis cabellos están absolutamente secos...

Esta noche Borden estaba allí para arruinarlo todo y, tal vez sin darse cuenta, para salvarme de un final mortal. Mucho antes de que el truco estuviera llegando a su fin, afortunadamente mucho antes, y mientras la orquesta todavía tocaba, abandonó la posición sobre el escenario donde lo había colocado Cutter, ¡y fue a zancadas hasta el telón y lo arrancó!

Fui consciente de esto por primera vez cuando me bañó un rayo de luz brillante.

Miré hacia arriba con inmensa e inesperada esperanza, ¡mientras lo último que quedaba de aire en mis pulmones subía burbujeando hasta mis ojos! Entonces sentí que mis plegarias habían sido escuchadas, que Cutter había interrumpido la actuación para salvarme la vida. No importaba nada más en aquel segundo de rebotante esperanza. Lo que vi, a través de las horrorosas distorsiones del agua arremolinada y el cristal reforzado, ¡fue el semblante burlón del más temido de mis enemigos! Se inclinó hacia delante, presionando su rostro triunfalmente contra el tanque.

Sentí que perdía el conocimiento, creí que estaba al borde de la muerte.

Después hay un espacio en blanco. Cuando volví a estar consciente estaba acostado sobre un duro suelo de madera, sumido en una semioscuridad, congelándome, y había rostros a mi alrededor que me observaban. Estaban tocando música cerca de donde yo me encontraba, dejándome sordo mientras el agua salía a borbotones por mis orejas. Podía sentir el suelo moverse hacia arriba y hacia abajo rítmicamente. Estaba entre bastidores, sobre el suelo de uno de los huecos en donde están las cuerdas junto al escenario. Cuando levanté la cabeza vi, desenfocado y borroso, el escenario bien iluminado a unos pocos centímetros de distancia, donde el coro estaba pisoteando los tablones, mientras el *coryphée* andaba pavoneándose al compás de la picante melodía que provenía del foso de la orquesta. Gemí aliviado, cerré los ojos y dejé que mi cabeza se apoyara nuevamente sobre el suelo. Cutter me había arrastrado hasta ponerme a salvo, de alguna manera me había devuelto la respiración, y había concluido el humillante espectáculo.

Poco después fui llevado hasta el salón verde, donde empecé a recuperarme.

Durante media hora me sentí tan miserable como nunca me había sentido en mi vida, pero en general soy fuerte y tan pronto como pude respirar sin ahogarme con el agua que había en mis pulmones, rápidamente me sentí mucho mejor. Todavía eran horas razonablemente tempranas de la noche, y yo creía fervientemente (y aún creo, mientras escribo) que tenía tiempo de sobra para regresar al escenario e intentar realizar mi truco una vez más, antes de que terminara el espectáculo. No se me permitió hacerlo.

En lugar de eso, al realizar un triste análisis de la arruinada actuación, convoqué a Ellen, Cutter y Nugent en mi camerino. Acordamos encontrarnos dentro de dos días en mi taller de Londres para mejorar el método de la fuga, para que mi vida nunca más corriera peligro. Finalmente mis tres partidarios incondicionales me condujeron hasta la estación, quedaron satisfechos de mi bienestar mental y físico, y luego regresaron al hotel donde todos habíamos planeado quedarnos.

Por mi parte, únicamente ansío un rápido regreso a Londres para ver a Julia y a los niños, ya que el incidente, cuyo enfrentamiento me hizo sentir una muerte segura, me ha dado muchas ganas de estar con ellos. Este tren no llegará a Euston hasta justo antes del amanecer, pero tendré la oportunidad de verlos antes de lo que sería posible de cualquier otra manera.

Irónicamente, lo que no me ha permitido continuar escribiendo en este diario ha sido la satisfacción doméstica a la que ahora me apresuro a regresar, y acerca de la cual podría haber escrito volúmenes o (tal como ocurrió) nada. Durante gran parte de la década pasada, he sido no solamente exitoso en mi carrera, sino sorprendentemente feliz en casa.

A principios de 1884, Julia, por fin y después de mucho tiempo, se quedó embarazada una vez más, y a su debido tiempo tuvo sin problemas a nuestro hijo Edward. Dos años después llegó la primera de mis hijas, Lydia, y, el año pasado, tardíamente pero para nuestro regocijo, nació nuestra bebé Florence.

Comparado con todo esto, la disputa con Borden ha adoptado proporciones triviales. Es cierto, nos hemos gastado bromas pesadas el uno al otro durante todos estos años. Es cierto, el espíritu oculto detrás de ellas muchas veces ha sido malicioso.

Es cierto, yo he demostrado poseer tanta malicia como él, y de esto no estoy para nada orgulloso. No es ninguna coincidencia que ninguna de estas hazañas me hiciera pensar que valía la pena reabrir el diario.

Hasta esta noche, sin embargo, Borden y yo no habíamos puesto en peligro la vida de ninguno de los dos.

Una vez, hace años, Borden fue directamente responsable de la pérdida de mi primer hijo. A pesar de que mi instinto en aquel entonces era uno de venganza, al pasar los meses mi furia murió lentamente, y en cambio me satisface a mí mismo con un número de represalias en su contra, diseñadas únicamente para avergonzarlo o para confundirlo al realizar un truco justo en el momento en el que menos lo disfrutaba.

Por su parte, ha tenido unos pocos momentos de inesperada venganza para conmigo, aunque ninguno, puedo asegurar, tan astutamente diseñado como los míos para con él.

Lo que sucedió esta noche ha subido forzosamente nuestra disputa a un nuevo nivel. Intentó matarme; es tan simple como eso. Es un mago; sabe cómo deben atarse las cuerdas para asegurar una

liberación rápida y segura.

Ahora quiero vengarme nuevamente. Espero y rezo para que el tiempo pase rápido, para que calme mis sentimientos, para que me traiga sentido común y cordura y calma, ¡y para que no actúe tal como me siento esta noche!

4 de febrero de 1892

Anoche vi algo extraordinario. Hay un científico llamado Nikola Tesla de visita en Londres, y las extravagantes declaraciones que realiza fueron la comidilla de la ciudad la semana pasada. Se estuvo hablando de verdaderos milagros y varios periódicos informados reportaron que el futuro del mundo estaba en las manos de Tesla. Las entrevistas que concedió, y los artículos que se han escrito acerca de su trabajo, son incapaces de explicar por qué debería ser así. Se insiste en que su trabajo debe verse demostrado para comprender su importancia.

Por lo tanto ayer, arrastrados por la curiosidad, yo y varios cientos de personas más exigimos a voces en las puertas de la Institución de Ingenieros Eléctricos poder ver al gran hombre en acción.

Lo que presencié fue un emocionante, alarmante y más que nada incomprensible despliegue de poderes eléctricos. El señor Tesla (quien habló un excelente inglés americano, casi sin rastro alguno de sus raíces europeas) es socio del inventor Thomas Edison. Para los londinenses de ideas más avanzadas la utilización de la energía eléctrica para la iluminación se está convirtiendo en algo de todos los días, pero Tesla fue capaz de mostrar que tiene muchos otros usos.

Observé sus sensacionales experimentos sin cuestionar absolutamente nada, deslumbrado e impresionado. Muchos de sus efectos son asombrosos, y muchos más resultan ser profundamente misteriosos para un profano en la materia como yo.

Cuando Tesla hablaba, lo hacía con el tono que utiliza un evangelista. Más que sus brillantes y chispeantes explosiones de luz, sus palabras visionarias me entusiasmaron más que nada de lo que había escuchado hasta aquel momento. Es verdaderamente un profeta de lo que el siglo que viene nos depara. Una red mundial de estaciones eléctricas generadoras, la energía eléctrica a disposición tanto de los humildes como de los poderosos, transmisiones instantáneas de energías y materia desde una parte del mundo hasta la otra, ¡el propio aire vibrando con la esencia del éter!

Extraje una importante verdad de la presentación del señor Tesla. Su espectáculo (porque no fue nada más que esto) tuvo un extraño parecido con el de cualquier buen ilusionista; el público no necesitaba entender los medios para disfrutar de los efectos.

En pocas palabras, el señor Tesla describió muchas teorías científicas. Mientras que pocos de los que se encontraban entre aquel público entendían algo más que los conceptos más básicos, a todos nosotros se nos ofreció una convincente visión del futuro.

He escrito a la dirección que Tesla suministró, y he solicitado copias de sus apuntes explicativos.

4 de abril de 1892

He estado ocupado preparándome para mi gira europea, la cual comienza en la segunda mitad de

este verano, y no he tenido mucho tiempo para otras cosas. Para completar la anotación anterior de febrero, sin embargo, quisiera agregar que después de un tiempo recibí los apuntes explicativos del señor Tesla, pero no pude entender nada de ellos.

15 de septiembre de 1892

En París.

Me han aclamado en Viena, en Roma, en París, en Estambul, en Marsella, en Madrid, en Mont Carlo..., sin embargo, ahora que todo esto queda atrás, únicamente ansío ver a mi amada Julia una vez más, y a Edward y a Lydia, y por supuesto a mi pequeña Florence. Desde que pasamos nuestro fin de semana juntos aquí en París hace dos meses, solamente he tenido cartas para animarme con noticias de mi preciosa familia. Dentro de dos días, si el barco sale a tiempo, y los trenes son puntuales, debería estar en casa y poder descansar finalmente.

Todos estamos exhaustos, aunque principalmente debido a los interminables recorridos del viaje y a la vida en los hoteles, más que por las exigencias de vida sobre el escenario europeo. Pero en general ha sido un éxito con mucha repercusión.

Planeamos estar de regreso en casa para mediados de julio, pero nuestra recepción fue tan masiva que una docena de teatros nos pidieron a gritos que hiciéramos una visita adicional, y que los bendijéramos con nuestra magia. Nos alegró el hecho de poder hacerlo cuando nos dimos cuenta de cuál era la dimensión del interés, y en consecuencia cuáles serían los honorarios que podríamos exigir por estas representaciones extras. Sería poco aconsejable dejar constancia del total de mis ganancias hasta que hayan sido calculados todos los gastos, y las pagas extras acordadas que debo entregar a mis asistentes, pero puedo decir con toda confianza que por primera vez en mi vida siento que soy un hombre rico.

21 de septiembre de 1892

En Londres.

Había esperado estar disfrutando del éxito de la gira, pero en cambio descubro que mientras he estado ausente, Borden ha estado ganando mucha atención. Parece que finalmente el público se ha encaprichado con uno de los trucos que ha estado realizando durante años, y es tremendamente solicitado.

A pesar de que he observado su actuación varias veces, nunca lo he visto hacer algo fuera de lo común. ¡Esto podría ser, por supuesto, que por varias razones raras veces me he quedado hasta el final de su actuación!

Cutter sabe tan poco como yo acerca de su aplaudido truco, por la evidente razón de que ha

estado en Europa conmigo. Estuve a punto de quitarle importancia como si fuera algo irrelevante, hasta que leí parte de la correspondencia que me estaba esperando aquí. Dominic Brawton, uno de mis exploradores dentro del mundo de la magia, había enviado una nota muy escueta.

Mago: Alfred Borden (Le Professeur de la Magie) . Truco: «El nuevo hombre transportado». Efecto: brillante, para no perderselo. Adaptabilidad: difícil, pero ya que Borden se las arregla de alguna manera, imagino que usted también podrá.

Le enseñé esto a Julia.

Más tarde le enseñé otra carta. ¡Me han invitado a llevar mi espectáculo de magia al Nuevo Mundo! ¡Si acepto comenzaremos la gira en febrero con una residencia de una semana larga en Chicago! ¡Y luego una gira por las doce ciudades estadounidenses más importantes!

La idea simultáneamente me entusiasma y me agota.

Julia me dijo: —Olvídate de Borden. Debes llevar tu espectáculo a Estados Unidos.

Y yo también pienso que debo hacerlo.

14 de octubre de 1892

He visto el nuevo truco de Borden, y es bueno. Es endiabladamente bueno. Es mejor aún por ser simple. Me indigna decirlo, pero tengo que ser justo.

Comienza por subir arrastrando al escenario una caja de madera, de la clase habitual para todos los magos. Es lo suficientemente alta como para contener a un hombre o a una mujer, tiene tres paredes sólidas (la de atrás y las de ambos lados) y una puerta en la parte de adelante que se abre lo suficiente como para dejar al descubierto todo el interior. Está montada sobre ruedas, y éstas elevan el artefacto y muestran que no es posible ninguna fuga o entrada a través de la base, sin ser vista por el público.

Después de demostrar, como se suele hacer, que la caja se encuentra en ese momento vacía, Borden cierra la puerta de la caja y luego mueve el artefacto hacia el lado izquierdo del escenario.

De pie bajo la luz de los focos pronuncia entonces, con su poco convincente acento francés, un breve sermón acerca de los grandes peligros que conlleva lo que está a punto de realizar.

Detrás de él, una mujer extraordinariamente hermosa sube al escenario arrastrando una segunda caja, idéntica a la primera. Abre la puerta, para que el público pueda ver que ésta también está vacía. Con un movimiento de su capa negra, Borden entonces se da vuelta y entra con soltura y eficacia en la caja.

Justo en aquel instante, el tambor comienza un redoble.

Lo que sucede después ocurre en un instante. De hecho, lleva más tiempo escribirlo que verlo realizarse.

A medida que el tambor va subiendo el volumen de su redoble, Borden se quita el sombrero de copa, vuelve a entrar en los escondrijos de su caja, luego lanza su sombrero por el aire. Su asistente

cierra la puerta de la caja de un portazo. *En ese preciso instante*, la puerta de la primera cabina que vimos se abre de golpe, ¡y ahora Borden se encuentra allí por increíble que parezca! La caja en la que se introdujo tan sólo unos momentos antes se derrumba, y se desploma vacía sobre el suelo del escenario. Borden alza la mirada hacia el entretecho de cordaje, ve su sombrero cayendo en picado hacia él, lo coge, se lo pone sobre la cabeza, le da un golpecito para acomodarlo... ¡y luego sonriendo resplandecientemente camina hacia la luz de los focos para hacer su reverencia!

Los aplausos fueron roncós y estridentes, y admito que me uní a ellos.

¡Que me cuelguen si sé cómo hizo eso!

16 de octubre de 1892

Anoche llevé a Cutter al Watford Regal, donde estaba actuando Borden. El truco con las dos cajas no era un número de su actuación.

Durante el largo viaje de regreso a Londres, le describí a Cutter una vez más lo que había visto. Su veredicto fue el mismo que me dio cuando se lo conté por primera vez, hace dos días. Dice que Borden está utilizando un doble. Me habla de un número similar que vio representado hace veinte años, que utilizaba a una mujer.

No estoy seguro. A mí no me pareció que hubiera un doble. El hombre que se metió en una de las cajas y el hombre que salió de la otra era uno y el mismo. Yo estuve allí, y eso fue lo que vi.

25 de octubre de 1892

Debido a mis propios compromisos, me ha sido imposible ver la actuación de Borden todas las noches, pero Cutter y yo hemos asistido a su número dos veces esta semana. Aún no ha repetido el truco con las dos cajas. Cutter rehúsa especular hasta haberlo visto con sus propios ojos, pero dice que estoy haciéndole perder su tiempo y el mío. Se está convirtiendo en una fuente de tensión entre nosotros.

13 de noviembre de 1892

Por fin he visto a Borden realizar el truco de las dos cajas otra vez, y esta vez Cutter estaba conmigo. Sucedió en el Teatro Lewisham World, como parte de un programa de variedades por lo demás bastante sencillo.

Mientras Borden hacía aparecer la primera de sus dos cajas, y llevaba a cabo su rutina para demostrar que se encontraba vacía, sentí un estremecimiento de expectación. Cutter, a mi lado, levantó diestramente sus gemelos de teatro. (Lo miré de reojo para tratar de ver hacia dónde estaba mirando, y me llamó la atención notar que no estaba observando al mago para nada. Moviendo

rápidamente los gemelos, parecía estar inspeccionando el resto del área del escenario; los bastidores, las bambalinas, el telón de fondo. Me maldije por no haber pensado en esto, y lo dejé para que continuara).

Seguí mirando a Borden. El truco fue conducido exactamente de la misma forma en que yo lo había observado la vez anterior, incluso repitió palabra por palabra el discurso con acento francés acerca del peligro. Cuando entró en la segunda caja, sin embargo, noté un par de diferencias con respecto a la ocasión anterior. La más insignificante era que había dejado la primera caja más cerca de la parte de atrás del escenario, y por lo tanto quedaba sumida en la oscuridad. (Una vez más miré rápidamente a Cutter, y me di cuenta de que no le estaba prestando ni la más mínima atención al mago, sino que en cambio tenía los gemelos apuntando fijamente hacia la caja que se encontraba sobre el escenario).

El otro cambio me interesó, y de hecho me divirtió un poco. Cuando Borden se quitó el sombrero y lo echó por los aires, yo estaba inclinado hacia delante, listo para ver cuál sería el próximo y sorprendente paso. En cambio, el sombrero se elevó rápidamente hacia las bambalinas, ¡y no volvió a aparecer! (Era evidente que había un tramoyista allí arriba, a quien le habían pasado un billete de diez chelines para que lo pescara al vuelo). Borden se dio la vuelta, miró al público con una sonrisa irónica y consiguió que se rieran. Mientras aún se oían las risas, extendió tranquilamente su mano izquierda... y el sombrero bajó suavemente desde las bambalinas, para que él pudiera alcanzarlo con un movimiento natural y nada forzado. Fue una técnica escénica excelente, y se merecía las renovadas risas del público.

Luego, sin esperar a que se apagaran las risas, y a una velocidad impresionante:

¡El sombrero volvió a elevarse! ¡La puerta de la caja se cerró de un portazo! ¡La puerta de la caja que se encontraba sobre el escenario se abrió de golpe! ¡Borden saltó fuera de allí, sin el sombrero! ¡La segunda caja se derrumbó! Borden atravesó el escenario dando ágiles brincos, tomó el sombrero ¡y se lo encajó en la cabeza!

Sonriendo resplandeciente, haciendo reverencias, saludando con la mano, recibió su bien merecido aplauso. Cutter y yo nos unimos a él.

En el ruidoso taxi que nos llevaba de regreso a Londres le pregunté a Cutter:

—Y bien, ¿qué me dices de eso!

—¡Brillante, señor Angier! —declaró—. ¡Verdaderamente brillante! Uno no tiene muchas oportunidades de ver un truco completamente nuevo.

Este elogio no me resultó muy agradable, debo decir.

—¿Sabes cómo lo hizo? —insistí.

—Sí, señor, lo sé —me contestó—. Y me imagino que usted también lo sabe.

—Yo estoy desconcertado como nunca lo he estado. ¿Cómo demonios puede estar en dos lugares al mismo tiempo? ¡No entiendo cómo puede ser posible!

—La verdad es que a veces me sorprende, señor Angier —dijo Cutter mordazmente—. Es un acertijo de lógica, que únicamente puede resolverse aplicando nuestra propia lógica. ¿Qué fue lo que vimos?

—A un hombre que se autotransportó en un instante desde una parte del escenario hasta la otra.

—Eso es lo que creemos haber visto, lo que se suponía que teníamos que ver. ¿Qué pasó realmente?

—¿Todavía sostienes que utiliza a un doble? —le pregunté.

—¿De qué otra forma podría realizarse?

—Pero tú lo viste igual que yo. ¡Ése no era ningún doble! Lo vimos claramente antes y después. ¡Era el mismo hombre! ¡El mismo!

Cutter me guiñó un ojo, luego se dio la vuelta y se quedó mirando fijamente hacia fuera, a las casas tenuemente iluminadas de Waterloo que estábamos pasando en aquel momento con el coche.

—¿Y bien? —le pregunté exigiendo una respuesta—. ¿Qué me dices?

—Le digo lo que ya le he dicho, señor Angier.

—Te pago para que me expliques lo inexplicable, Cutter. ¡No me faltes al respeto con esto! ¡Es un asunto de gran importancia profesional!

En aquel momento se percató de la gravedad de mi humor, justo a tiempo, pues la admiración rebosante de envidia que provocaba en mí la actuación de Borden se estaba convirtiendo en frustración y furia.

—Señor —dijo con tranquilidad—. Usted seguramente debe de saber algo acerca de la existencia de gemelos idénticos. ¡Allí tiene su respuesta!

—¡No! —exclamé.

—¿De qué otra forma podría realizarse?

—Pero la primera caja estaba vacía...

—Eso pareció —dijo Cutter.

—Y la segunda caja se derrumbó en el preciso instante en que salió de ella...

—También me pareció muy convincente.

Sabía lo que estaba diciendo; aquéllos eran efectos escénicos estándares cuyo fin es simular que un espacio que contiene a alguien está vacío. Varios de mis propios trucos resultan ser engaños similares. Mi dificultad era la misma que había sufrido siempre; cuando veo el truco de otra persona desde el auditorio, estoy tan confundido como cualquier otro. ¡Pero gemelos idénticos! ¡No había pensado en eso!

Cutter me había dado mucho en qué pensar, y después de dejarle en su habitación de alquiler, y de regresar aquí, estuve pensando. Ahora he escrito este informe en el que resumo esta noche, y creo que tengo que darle la razón. El misterio está resuelto.

¡Maldito Borden! ¡No un hombre, sino dos! ¡Maldito sea!

14 de noviembre de 1892

Le he contado a Julia lo que sugirió Cutter anoche, y para mi sorpresa se rió encantada.

—¡Brillante! —exclamó—. No habíamos pensado en eso, ¿verdad?

—¿Entonces tú también piensas que es posible?

—No solamente es posible, mi querido... es la *única* forma en que lo que has visto podría

realizarse sobre un escenario.

—Supongo que tienes razón.

Ahora, irracionalmente, me siento enfadado con Julia. Ella no vio cómo se hacía el truco.

30 de noviembre de 1892

Ayer obtuve una opinión sumamente interesante de Borden, y además, algunos datos excepcionales sobre él.

Debería mencionar que toda esta semana no tuve la oportunidad de escribir en este diario porque he estado apareciendo como cabeza de cartel en el programa del Hipódromo de Londres. Éste es un inmenso honor, que ha cobrado importancia no solamente porque se han agotado las entradas en todas las representaciones (excepto una función de tarde), sino también por las reacciones del público. Otra consecuencia es que los caballeros de la prensa me están prestando algo de atención, y ayer un joven reportero del *Evening Star* vino a entrevistarme. Su nombre era señor Arthur Koeing, ¡y resultó ser tanto un informador como un reportero!

Durante el transcurso de una sesión de preguntas y respuestas me preguntó si tenía alguna opinión acerca de mis contemporáneos en el mundo de la magia. Como era de esperar me lancé a realizar un resumen apreciativo sobre lo mejor de mis colegas.

—No ha mencionado a *Le Professeur* —dijo mi interlocutor, cuando hice una pausa

—. ¿Tiene alguna opinión acerca de su trabajo?

—Me temo que no he estado presente en ninguna de sus actuaciones —objeté.

—¡Entonces debe ir a ver su trabajo! —exclamó el señor Koeing—. ¡Es el mejor espectáculo de Londres!

—¿Ah, sí?

—He visto su número varias veces —prosiguió el reportero—. Hay un truco que realiza, no todas las noches porque dice que lo agota demasiado, pero este truco...

—He oído algo acerca de él —dije, fingiendo no tener interés—. Algo que tiene que ver con dos cajas.

—¡Ese mismo, señor Danton! ¡Desaparece y reaparece en un segundo! Nadie sabe cómo lo hace.

—Nadie, es decir, nadie excepto sus colegas de profesión —le corregí—. Está utilizando procedimientos mágicos estándares.

—¿Entonces usted sabe cómo lo hace?

—Por supuesto que lo sé —dije—. Pero naturalmente no esperará que divulgue el método exacto...

Aquí confieso que no pude seguir. Durante las últimas dos semanas he estado reflexionando acerca de la teoría de los gemelos de Cutter, y me he convencido de que tiene razón. He aquí mi oportunidad para desvelar el secreto. Tenía frente a mí a alguien que me escuchaba atentamente, un periodista con acceso a uno de los periódicos más importantes de nuestra ciudad, un hombre cuya curiosidad ya estaba intrigada por el misterio de las actuaciones mágicas. Sentí el ansia de venganza

que normalmente reprimía, el cual me había dicho a mí mismo veinte veces que era una debilidad a la que nunca más debía sucumbir. Naturalmente, Koeing no sabía nada acerca del resentimiento que hay entre Borden y yo.

Una vez más el sentido común dominó la situación. Ningún mago revela el secreto de otro.

Finalmente dije: —Hay maneras y medios. Una ilusión no es lo que parece. Mucha práctica y mucho ensayo...

Con lo que el juvenil reportero prácticamente saltó de su asiento.

—Señor, ¿usted cree que utiliza un doble gemelo! ¡Todos los magos de Londres piensan lo mismo! Yo también pensé eso cuando lo vi por primera vez.

—Sí, ése es su método —me sentí aliviado al descubrir cuán abierto estaba siendo el reportero.

—¡Entonces, señor! —gritó el joven—. ¡Usted se equivoca igual que todos los demás, señor! No hay ningún doble. ¡Esto es lo que es tan sorprendente!

—Él tiene un hermano gemelo —dije—. No hay otra forma.

—No es verdad. Alfred Borden no tiene ni un hermano gemelo ni un doble que pueda hacerse pasar por él. He investigado personalmente su vida, y sé la verdad. Trabaja solo, excepto por la asistente femenina que aparece en el escenario con él, y una persona encargada de la parte técnica que construye sus artefactos. En esto no es distinto a ningún otro en su profesión. Usted también...

—Yo tengo un *ingénieur* —me apresuré a confirmar—. Pero cuénteme más. Me interesa enormemente. ¿Está seguro de la veracidad de esta información?

—Lo estoy.

—¿Puede demostrármelo?

—Como usted sabe, señor —me contestó el señor Koeing—, no es posible demostrar aquello que no existe. Todo lo que puedo decir es que durante las últimas semanas he aplicado numerosos métodos periodísticos a la investigación, y no he hallado el más mínimo indicio de evidencia para confirmar lo que usted asume.

En aquel momento sacó un delgado fajo de papeles y me los enseñó. Contenían cierta información acerca del señor Borden que me pareció, sin dudarlo, interesante, y le supliqué al reportero que me los dejara.

Entonces se produjo algo así como una tensión entre nuestras dos profesiones. Él sostenía que como periodista no podía divulgar el fruto de sus investigaciones a una tercera parte. Yo contraataqué diciendo que incluso si él fuera a descubrir la verdad absoluta y definitiva acerca de Borden, nunca podría publicarla mientras el tema siguiera candente.

Por otro lado, le dije, si *yo* fuera a comenzar mis propias investigaciones, entonces podría en algún momento del futuro guiarlo hacia una historia verdaderamente poco común.

El resultado fue que Koeing accedió a dejarme ver los fragmentos escritos a mano de sus notas, y fui copiándolos, resumidos, mientras él me los dictaba. Sus conclusiones no me dijeron nada, y para ser sincero, no me resultaron muy interesantes. Al final le di cinco soberanos.

Cuando terminé, el señor Koeing me dijo: —¿Puedo preguntarle qué espera aprender de todo esto, señor?

—Únicamente deseo mejorar mi arte mágica —afirmé.

—Entiendo. —Se puso de pie para marcharse, y cogió su sombrero y su bastón—. Y entonces, cuando haya *mejorado*, ¿supone que usted también será capaz de realizar el truco de *Le Professeur*?

—Se lo aseguro, señor Koeing —dije con frío desprecio, mientras lo acompañaba hasta la puerta—. Le aseguro que si llegara a presentarse la oportunidad, ¡podría coger esa baratija de truco y hacerlo mío esta misma noche!

Luego se fue.

Hoy no he trabajado, por eso he escrito este informe acerca de la reunión. A lo largo de todo el relato, tenía en mi cabeza la pulla final de Koeing. Es apremiante para mí descubrir el secreto del truco de Borden. No se me ocurre una venganza más dulce que eclipsarlo con su propio truco, ser mejor mago que él, superarlo de todas las maneras posibles.

Y, por cortesía del señor Koeing, los datos que poseo acerca del señor Borden demostrarán ser de inmenso valor. Primero, sin embargo, debo comprobar que son ciertos.

9 de diciembre de 1892

De hecho, hasta ahora, nunca he hecho nada con respecto a Borden. La gira estadounidense ha sido confirmada como definitiva, y Cutter y yo estamos en plenos preparativos. Se supone que estaré viajando durante más de dos meses enteros, y estar separado de Julia y de los niños por tal cantidad de tiempo es casi impensable.

Sin embargo, no puedo perderme la gira. Dejando a un lado el asunto de los generosos honorarios, soy probablemente el mago más joven de Gran Bretaña o de Europa que haya sido invitado a seguir los pasos de los magos más extraordinarios que actúan hoy en día, y ser invitado a realizar esta gira es un magnífico cumplido.

¡Y hasta ahora Borden no ha visitado Estados Unidos!

10 de diciembre de 1892

He estado esperando ansiosamente una Navidad tranquila en casa. Sin magia, sin ensayos, sin viajes. Quería sumergirme en la familia, y dejar todo lo demás a un lado.

Sin embargo, a raíz de una cancelación me han ofrecido una lucrativa e irresistible actuación de dos semanas en Eastbourne, y es de tal calibre que podré llevar a toda mi familia conmigo. ¡Mi familia pasará la Navidad en el Gran Hotel, mirando al mar!

11 de diciembre de 1892

Un descubrimiento propicio. Mirando un índice geográfico esta tarde no pude evitar notar que Eastbourne está a tan sólo unos pocos kilómetros de Hastings, y que las dos ciudades están unidas

por una línea directa de ferrocarril. Pienso que debería pasar uno o dos días en Hastings. He oído decir que es un agradable lugar para visitar.

17 de enero de 1893

De repente mi vida está siendo eclipsada por la inmensidad del viaje que me espera. Dentro de dos días parto para Southampton, y me embarco hacia la ciudad de Nueva York, desde allí hasta Boston y más allá, hasta el corazón de Estados Unidos. La última semana ha sido una pesadilla de equipajes y preparativos, y hemos hecho lo necesario para que el artefacto que debo llevar conmigo pueda ser desmontado y colocado en cajas de embalaje, y posteriormente enviado antes de que yo partiera. Nada puede dejarse al azar, porque sin mi equipamiento no tengo espectáculo. ¡Hay muchas cosas que dependen de esta aventura transatlántica!

Pero ahora tengo uno o dos días de descanso para prepararme mentalmente y relajarme en casa durante un tiempo. Hoy he visitado el zoológico de Londres con Julia y los niños, sintiendo de antemano el vacío de saber que estaré alejado de ellos durante tanto tiempo. Los niños están durmiendo, Julia está leyendo en su sala de estar, y yo, sumido en la tranquilidad de esta oscura noche de enero, silenciosamente, en mi estudio, finalmente puedo escribir, gracias al diligente señor Koeing, cuáles son los frutos de mis investigaciones sobre el señor Alfred Borden.

He comprobado personalmente los siguientes datos:

Nació el 8 de mayo de 1856, en el Hospital Royal Sussex de la calle Bohemia, en Hastings. Tres días después de su nacimiento él y su madre, Betsy Mary Borden, regresaron a su hogar de la calle Manor n.º 105, donde el padre trabajaba como carpintero. El nombre completo del niño era Frederick Andrew Borden, y según los registros oficiales del hospital fue el único fruto de ese nacimiento. No hubo hermanos gemelos en el nacimiento de Frederick Andrew Borden, por lo tanto, es imposible que los tenga en el futuro.

Luego investigué la posibilidad de que Frederick Borden tuviera hermanos de una edad próxima a la suya, y de que se parecieran mucho. Frederick fue el sexto niño de la familia. Tenía tres hermanas y dos hermanos mayores, pero de éstos uno de los hermanos era ocho años mayor, y el otro había muerto cuando apenas tenía dos semanas.

Utilizando los archivos del *Hastings & Bexhill Announcer*, obtuve una descripción del hermano mayor de Frederick, Julius (quien según el periódico había ganado un premio en el colegio). Cuando tenía quince años, se dice que Julius tenía los cabellos rubios y lisos. Frederick Borden tiene el cabello oscuro, pero existía la posibilidad de que Julius fuera su doble en el escenario, tiñéndose el cabello. Esta línea de investigación no me condujo a nada, pues descubrí más tarde que Julius había muerto de tuberculosis en 1870, cuando Frederick tenía catorce años.

También había un hermano menor. Era Albert Joseph Borden, el séptimo de la familia, nacido el 18 de mayo de 1858. (Albert + Frederick = ¿Alfred? ¿Es así como Frederick escogió su primernom de théâtre?)

Una vez más, la existencia de un hermano cuya edad era razonablemente cercana a la de

Frederick aumentó las probabilidades de que se tratara de un doble.

Desempolvé y examiné los registros del nacimiento de Albert en el hospital, pero me resultó difícil poder determinar más acerca de él. Sin embargo, el emprendedor señor Koeing había sugerido que visitáramos a un fotógrafo, artista de retratos llamado Charles Simpkins, que tiene su estudio en la calle Hastings Hingh.

El señor Simpkins me saludó cordialmente y, complacido, me mostró una selección de sus daguerrotipos. Entre ellos, tal como me había sugerido el señor Koeing, había un retrato de estudio de Frederick Borden y su hermano pequeño.

Había sido hecho en el año 1874, cuando Frederick tenía dieciocho años y su hermano dieciséis.

Los dos tienen claramente un aspecto muy distinto. Frederick es alto, tiene la clase de rasgos generalmente considerados «nobles» y su porte es arrogante (todo esto lo he observado frecuentemente yo mismo), mientras que Albert es mucho menos atractivo. Tiene una expresión como de mandíbula foja; sus facciones están hinchadas, y sus mejillas son redondas; sus cabellos son más ondulados que los de su hermano y parecen de un color más pálido; y teniendo en cuenta su postura diría que era por lo menos diez o doce centímetros más bajo que su hermano.

Este retrato me convenció de que Koeing tenía razón: Frederick Borden no tenía ningún familiar cercano que pudiera utilizar como doble.

Todavía existe la posibilidad de que haya buscado por las calles de Londres para encontrar a un hombre lo suficientemente parecido a él como para poder hacerse pasar por un doble, con la ayuda de maquillaje teatral, pero no importa lo que diga Cutter, yo mismo he *visto* la actuación de Borden. La gran mayoría de los dobles de ilusionistas sólo aparecen durante unos instantes, o confunden al público utilizando trajes idénticos, para que durante los pocos segundos en los que el doble es visible, parezca ser el original.

Borden, después de la transformación, permite que le vean, y que le vean claramente. Camina hacia adelante y se coloca bajo la luz de los focos, hace una reverencia, sonríe, toma la mano de su asistente femenina, hace otra reverencia, se pasea de un lado a otro del escenario. No hay duda de que el hombre que emerge de la segunda caja es el hombre que entró en la primera.

Por lo tanto, con una cierta ecuanimidad frustrada, estoy listo para prepararme para mi largo viaje al Nuevo Mundo.

Todavía no sé cómo logra ejecutar Borden ese detestable truco, pero por lo menos sé que lo hace solo.

Voy a ir a lo que se está convirtiendo rápidamente en el centro del mundo de la magia, y durante dos meses veré, e incluso tal vez conoceré, a los magos más extraordinarios de Estados Unidos de América. Habrá muchos allí que podrán descubrir cómo se realiza. Voy a Estados Unidos para construir mi reputación, y para acumular lo que ciertamente debe ser reconocido como una pequeña fortuna en honorarios, pero ahora tengo una búsqueda adicional.

Juro que cuando regrese dentro de dos meses habré descubierto el secreto de Borden. También juro que un mes después de regresar estaré realizando una versión superior del mismo truco sobre los escenarios de Londres.

21 de enero de 1893

A bordo del barco a vapor «Saturnia».

Un día fuera de Southampton, un día de perros en el canal de la Mancha detrás nuestro, una corta estadía en Cherbourg, y ahora estamos avanzando con tranquilidad hacia América. El barco es una nave magnífica, de carbón, con tres cañones de chimenea, equipado para albergar y entretener a lo más selecto de Europa y América. Mi camarote está en la segunda cubierta, y lo comparto con un arquitecto de Chichester. No le he dicho cuál es mi profesión, a pesar de las educadas e inquisitivas preguntas. Ya siento dolor... el dolor de estar lejos de mi familia.

Todavía puedo verlos en mi mente, en el muelle azotado por la lluvia, diciéndome adiós una y otra vez con la mano. En momentos como éste desearía, por medio de la mágica realidad de mi profesión, hacerlos aparecer de la nada: ¡Oh, si pudiera agitar mi varita mágica, pronunciar unas palabras mágicas y tenerlos aquí conmigo!

24 de enero de 1893

Todavía a bordo del barco a vapor «Saturnia».

He estado padeciendo el *mal de mer*, pero ni mucho menos tan gravemente como mi amigo de Chichester, quien anoche vomitó asquerosamente sobre el suelo de nuestro camarote. El pobre tipo se vio abrumado por el bochorno y se deshizo en disculpas, pero el mal ya estaba hecho. En parte fruto de esta desagradable experiencia, no he comido nada en dos días.

27 de enero de 1893

Al escribir estas líneas, la ciudad de Nueva York se vislumbra claramente sobre el horizonte. He acordado una reunión con Cutter dentro de media hora para verificar que él ha hecho todos preparativos para el desembarco. ¡No tendré más tiempo para escribir diarios! ¡La aventura ya comienza!

13 de septiembre de 1893

No me sorprende descubrir que han transcurrido casi ocho meses desde que escribí por última vez en este diario para dejar constancia de lo que sucedía en mi vida. Al regresar a él estoy tentado, como ya me ha sucedido otras veces, simplemente de destruirlo por completo.

Eso sería un resumen de mis propias acciones, ya que he destruido, eliminado o abandonado

todos los aspectos de mi vida que existían cuando escribí aquí por última vez.

Sin embargo, todavía queda una pequeña cosa. Cuando comencé este diario lo hice con un sincero deseo infantil de escribir toda mi vida, sin importar cómo pudiera resultar. Ya no puedo recordar en lo que pensaba que me convertiría realmente a los treinta y seis años de mi vida, pero seguramente no me imaginé esto.

Julia y los niños han desaparecido. Cutter ha desaparecido. Gran parte de mis riquezas ha desaparecido. Mi carrera se ha marchitado y ha desaparecido, a causa de la apatía.

Lo he perdido todo.

Pero he ganado a Olivia Svenson.

Escribiré muy poco aquí acerca de Olivia, ya que al repasar nuevamente las páginas anteriores, veo que describía mi amor por Julia con tal entusiasmo, que ahora únicamente puedo retroceder con vergüenza. Soy bastante mayor, y he viajado lo suficientemente lejos en los asuntos del corazón, como para saber que ya no debo confiar más en mis emociones.

Basta con decir que he abandonado a Julia para poder estar con Olivia, después de conocerla y enamorarme de ella este año, durante mi gira estadounidense. Conocí a Olivia en una recepción ofrecida en mi honor en la ciudad de Boston, Massachusetts.

Ella se acercó a mí y me hizo saber de su admiración, como muchas mujeres se habían acercado a mí en el pasado. (Digo esto sin vanidad alguna). Tal vez fue porque estaba tan lejos de casa e, irónicamente, tan sólo sin mi familia, que por una vez no pude resistir tan franca acometida. Olivia, que entonces trabajaba como *danseuse*, se unió a mi grupo. Cuando abandoné Boston se quedó con nosotros, y de allí en adelante viajamos juntos. Más que eso, en el término de una o dos semanas estaba trabajando sobre el escenario conmigo como mi asistente, y ha regresado conmigo a Londres.

A Cutter esto no le importó, y se quedó conmigo durante toda la gira, aunque nos separamos inmediatamente después de regresar.

También, inevitablemente, lo hicimos Julia y yo. A veces, incluso ahora, me quedo acostado, despierto durante la noche maravillándome de la locura de mi sacrificio.

Una vez Julia fue el mundo para mí, y de hecho me ayudó a construir el mundo en el que ahora habito. Mis hijos, mis tres indefensos e inocentes hijos, no son nada menos que víctimas del mismo sacrificio. Todo lo que puedo decir es que mi locura es la locura del amor; Olivia me deja ciego ante cualquier otro sentimiento que no sea pasión por ella.

Por lo tanto, soy incapaz de escribir, incluso en la intimidad de este diario, lo que se dijo, se hizo y se sufrió en aquel momento. Gran parte de lo que se dijo y de lo que se hizo fue de mi parte, mientras que todo lo que se sufrió fue de parte de Julia.

Ahora mantengo a Julia en una casa que es suya, donde para salvar las apariencias vive la vida de una viuda. Tiene a los niños con ella, tiene resueltas todas sus necesidades materiales y la posibilidad de no verme nunca más si eso es lo que quiere. De hecho, si yo fuera visto en su casa, las apariencias se verían traicionadas, así que me he convertido inevitablemente en un hombre muerto. Nunca más puedo encontrarme con los niños en su propia casa, y debo conformarme con las ocasionales excursiones que realizo con ellos. Naturalmente, la culpa de todo este aprieto es únicamente mía.

Julia y yo nos encontramos brevemente en tales ocasiones, y su dulzura innata me destroza el corazón. Pero no hay vuelta atrás. Yo mismo he hecho mi mala cama y ahora sobre ella yazco. Cuando consiga quitar de mi mente a la familia que he perdido, seré un hombre feliz. No espero ninguna sentencia favorable para mí. Sé que he arruinado mi vida.

Siempre he tratado de no lastimar a la gente que me rodea. Incluso en mis encuentros con Border he evitado causarle dolor o ponerlo en peligro, prefiriendo vengarme, irritándolo o avergonzándolo. Pero ahora me doy cuenta de que soy la causa del más grande de los dolores de las cuatro personas más importantes de mi vida. A riesgo de ser considerado un hipócrita, lo único que puedo asegurar es que nunca más haré algo así.

14 de septiembre de 1893

Mi carrera pugna por llegar a una nueva versión de estabilidad. En la agitación de las semanas posteriores a mi regreso de Estados Unidos, rechacé muchas de las presentaciones que Unwin había contratado mientras yo no estaba. Después de todo, había vuelto de la gira con una considerable suma en mis manos, así que pensé que podría sobrevivir durante algún tiempo sin necesidad de trabajar.

Esta anotación en el diario es para dejar claro, sin embargo, que finalmente siento que soy capaz de salir del agujero de miseria y letargo en el que he caído, y estoy preparado para regresar al escenario. Le he dado instrucciones a Unwin para que me consiga actuaciones, y podré reanudar mi carrera.

Para celebrar esta decisión, Olivia y yo fuimos esta tarde al local del diseñador de vestuario teatral, donde ella escogió, y donde se le tomaron las medidas, para el nuevo traje que utilizará en el escenario.

1 de diciembre de 1893

En mi cuaderno de compromisos tengo un espectáculo de Navidad de treinta minutos en un orfanato. Aparte de eso, mi cuaderno está vacío. 1894 se acerca amenazador, ayuno de trabajo. Desde finales de septiembre he ganado solamente 18 libras y 18 chelines.

Hesketh Unwin habla de una campaña de difamación en mi contra. Me advierte que haga caso omiso de ella, porque el éxito de mi gira por Estados Unidos es bien conocido y fácilmente podría provocar celos.

Estoy preocupado a causa de esta noticia. ¿Estará Borden detrás de esto?

Olivia y yo hemos estado discutiendo un posible regreso al espiritismo, para mantener el cuerpo y el alma unidos, pero hasta ahora únicamente pienso en ello como un último y desesperado recurso.

Mientras tanto, lleno mis días con prácticas y ensayos. Un mago nunca practica demasiado, porque cada instante utilizado mejorará su actuación. Por lo tanto, trabajo sin descanso en mi taller, generalmente solo, pero a veces con Olivia, y ensayo hasta hartarme de los preparativos. A pesar de

que mis habilidades de prestidigitador mejoran, a veces, en mis momentos más oscuros, me pregunto para qué sigo ensayando.

¡Al menos los huérfanos verán un maravilloso entretenimiento!

14 de diciembre de 1893

Nos han encargado actuaciones para enero y febrero. No son números muy importantes, pero han contribuido a mejorar nuestros ánimos.

20 de diciembre de 1893

Se han concertado más actuaciones para enero, una de ellas, tengo que declararlo, ¡quedó vacante por un tal *Professeur de la Magie*! Me alegra apoderarme de sus guineas.

23 de diciembre de 1893

¡Una feliz Navidad! Se me ha ocurrido una idea muy divertida, que me apresuraré a anotar antes de cambiar de opinión. (Una vez comprometida con el papel y la pluma, ¡mis acciones se pondrán en marcha!). Unwin me ha enviado el contrato para mi actuación del 19 de enero en el Teatro Princess Royal de Streatham, que resultó ser una representación incumplida de Borden. Estaba leyendo el contrato (¡los contratos han sido últimamente tan pocos y tan espaciados entre sí que tranquilamente podría haber firmado cualquier cosa!) cuando mi mirada se detuvo fijamente en una de las cláusulas que estaba casi al final. Contenía una provisión de financiamiento bastante común en caso de que una actuación sustituyera a otra; decía que mi número debería poseer el mismo nivel de excelencia que la actuación que estaba siendo reemplazada.

Mi primera reacción fue soltar un resoplido sardónico. La idea de que yo debería estar a la altura de Borden era realmente irónica. Luego lo pensé mejor. Si yo iba a reemplazar a Borden, ¿por qué no podría realizar una réplica de la actuación que ya no volverían a ver? En pocas palabras, ¿por qué no realizaba por fin el truco de Borden para él?

Estoy tan entusiasmado con la idea que he estado todo el día corriendo desde una punta hasta la otra de Londres, tratando de encontrar a alguien que actúe como mi doble. Éste no es el momento más indicado del año para buscar todos los actores desempleados a los que generalmente uno puede encontrar en cualquier bar público de la zona Oeste de Londres, están trabajando en las numerosas pantomimas y espectáculos de Navidad por toda la ciudad.

Tengo poco más de tres semanas para prepararme. ¡Mañana comenzaré a construir las cajas!

4 de enero de 1894

Faltan dos semanas, ¡y por fin tengo a mi hombre! Su nombre es Gerald William Root, un actor que recita poesía declamatoria, realiza monólogos... y, según todo el mundo, es un asiduo borracho y camorrista. El señor Root está sin embargo desesperado por ganar dinero, y he conseguido hacerle prometer que mientras trabaje conmigo únicamente probará las bebidas alcohólicas después de cada representación. Está ansioso por complacerme, y el dinero que incluso yo estoy en condiciones de ofrecerle es tan generoso, comparado con las cantidades a las que está habituado, que creo poder comprar su confianza.

Es de la misma estatura que yo, y su actitud y su figura generales son parecidas a las mías. Es un poco más robusto que yo, pero o bien perderá esos pliegues de carne extras, o yo deberé utilizar relleno. No es importante. El color de su piel es un poco más claro que el mío, pero una vez más éste es otro asunto de poca importancia que puede ser resuelto con maquillaje teatral. A pesar de que sus ojos son de un azul impuro, mientras que los míos son del color generalmente descrito como de almendra, la diferencia no se nota, y una vez más podemos utilizar maquillaje teatral para dirigir la atención del público hacia otro lado.

Ninguno de los detalles es importante. El problema de su forma de caminar es potencialmente más delicado, ya que es claramente más relajada que la mía, con zancadas más largas, y provoca que sus pies se vayan ligeramente hacia afuera.

Olivia se ha hecho cargo del problema, y cree que puede entrenarlo a tiempo. Como cualquier actor sabe, uno transmite más acerca de un personaje con su forma de caminar o con su porte que con cualquier número de características faciales, acentos o gestos. Si mi doble camina de una forma diferente a la mía cuando se encuentra sobre el escenario, no lo confundirán conmigo. Es así de sencillo.

Root, totalmente informado acerca del engaño en el que está involucrado, dice que entiende el problema. Intenta quitarles importancia a mis preocupaciones sobre este tema haciendo alardes de su reputación profesional, pero a mí eso no me importa para nada. Siempre y cuando esa noche sea confundido conmigo, se habrá ganado su dinero.

Quedan quince días para ensayar.

6 de enero de 1894

Root realiza todos los movimientos que yo le indico cuando ensayamos, pero no puedo evitar sentir que no disfruta de la *ilusión*. Los actores interpretan su papel, pero el público está al tanto del engaño a lo largo de toda la actuación; saben que detrás de la apariencia del príncipe Hamlet hay un

hombre que simplemente representa un papel. ¡Mi público debe abandonar el teatro perplejo por lo que ha visto! ¡Deben tanto creer como dudar de la evidencia que le ofrecen sus ojos!

10 de enero de 1894

Le he dado el día de mañana libre al señor Root, para poder pensar. ¡No lo hace bien, no lo hace bien en absoluto! Olivia también piensa que todo es un error, y me recomienda encarecidamente que excluya el truco de Borden de mi actuación.

Pero Root es un desastre.

12 de enero de 1894

¡Root es una maravilla! Los dos necesitábamos tiempo para pensar. Me dijo que pasó el día con amigos, pero sospecho por el olor que tenía que pasó el tiempo con una botella pegada a los labios.

¡No importa! Sus movimientos son los correctos, su tiempo es casi el correcto, y tan pronto como nos vistamos con trajes idénticos, el engaño será lo suficientemente bueno como para funcionar.

Mañana voy con Root y Olivia a Streatham, donde inspeccionaremos el escenario y realizaremos los últimos preparativos.

18 de enero de 1894

Estoy inconmensurablemente nervioso por la actuación de mañana, a pesar de que Root y yo la hemos ensayado hasta hartarnos de ella. La perfección tiene un riesgo; si mañana realizo el truco de Borden, y lo mejoro, lo cual haré, la noticia tardará solamente días en llegarle.

En estas tranquilas horas alrededor de la medianoche, con Olivia en la cama, la casa en silencio y mis pensamientos rondándome por la cabeza, sé que aún queda una terrible verdad a la que no me he enfrentado. Y es que Borden sabrá instantáneamente cómo he conseguido llevar a cabo el truco, pero yo todavía no sé el suyo.

20 de enero de 1894

¡Fue un triunfo! ¡Los aplausos resonaron hasta en las vigas del techo! Hoy, en su última edición, el *Morning Post* me describe como «probablemente el mejor ilusionista contemporáneo de Gran Bretaña». (Allí hay dos pequeñas calificaciones sin las que podría vivir alegremente, ¡pero será suficiente para hacerle perder la calma al señor Borden!).

Es dulce. ¡Pero también tiene un lado agrio que no había previsto! ¿Cómo pude no haber pensado

en esto? Al finalizar el truco, en el clímax de mi número, me veo forzado a acurrucarme ignominiosamente en los paneles de mi caja ingeniosamente derrumbados. Mientras los aplausos invaden el salón, es el borracho de Root el que sale a zancadas para colocarse debajo de la luz de los focos. Es él quien recibe la ovación, quien coge la mano de Olivia con la suya, quien hace reverencias y saluda con la mano y tira besos, quien saluda al director de la orquesta y a la alta burguesía que se encuentra en los palcos, quien se quita el sombrero y hace una reverencia y otra y otra más...

Y tan sólo me queda esperar que la oscuridad invada el escenario cuando se baja el telón, para poder escapar.

Esto tendrá que cambiar. Tenemos que arreglarlo todo como para que sea *yo* quien emerja de la caja inesperada, por lo tanto, el cambio con Root deberá realizarse antes de que comience el truco. Tendré que pensar en una forma para hacerlo.

21 de enero de 1894

La noticia de ayer en el *Post* ha causado impacto, y ya hoy mi agente ha recibido varias preguntas y tres reservas firmes para mi actuación. Cada una de ellas exige mi milagroso cambio ilusorio.

He recompensado a Root con una pequeña paga extra.

30 de junio de 1895

Los acontecimientos sucedidos hace dos años parecen ya una pesadilla que comienza a desvanecerse. Regreso a este diario a mitad del año simplemente para dejar registrado que estoy una vez más en equilibrio estable. Olivia y yo coexistimos armoniosamente, y a pesar de que nunca podrá ser el estímulo impulsor que una vez fue Julia, su silencioso apoyo se ha convertido en el baluarte sobre el cual construyo mi vida y mi carrera.

Tengo intenciones de tener otra discusión con Root, ya que la última surtió poco efecto. A pesar de lo bien que lo hace, se ha convertido en un problema para mí, y otra razón por la cual he regresado a este diario es para dejar constancia de que él y yo terminaremos peleándonos.

7 de julio de 1895

Hay una regla primordial en el mundo de la magia (y si no la hay, permítanme formularla), y es que uno no debe provocar hostilidad en sus asistentes. Esto es porque saben muchos de tus secretos, y por lo tanto tienen un poder particular sobre ti.

Si despido a Root estaré a su merced.

El problema procede en parte de su adicción al alcohol, y en parte de su arrogancia.

Varias veces ha actuado embriagado durante el número, hecho que él no niega.

Dice que puede controlarse. El problema es que no se puede controlar el comportamiento de un alcohólico, y me aterroriza pensar que una noche estará demasiado borracho como para participar. Un mago nunca debería dejar ningún aspecto de su actuación al azar, y sin embargo aquí estoy yo, jugándomela cada vez que hago el cambio con él.

Su arrogancia es, si acaso, el peor de los problemas. Está convencido de que no soy capaz de funcionar eficazmente sin él, y siempre que está a mi lado, ya sea durante los ensayos, entre los bastidores de los teatros, o incluso en mi propio taller, tengo que aguantar un constante torrente de consejos basado en sus años de experiencia en el arte dramático.

Anoche tuvimos nuestra tan planeada «discusión», sin embargo llegado el momento fue él quien habló más. Tengo que decir que gran parte de lo que dijo fue malintencionado y ciertamente amenazador. Dijo las palabras que yo más temía escuchar, que él podía desvelar mis secretos y arruinar mi carrera.

Y lo que es peor, se ha enterado de alguna manera de mi relación con Sheila Macpherson, un asunto que pensaba que estaba guardado estrictamente en secreto.

Me chantajea, por supuesto. Lo necesito, y él lo sabe. Él tiene poder sobre mí, y yo lo sé.

Me vi obligado incluso a ofrecerle un aumento en los honorarios de sus actuaciones, lo cual, por supuesto, aceptó inmediatamente.

19 de agosto de 1895

Esta noche regresé temprano de mi taller porque había algo (se me olvidó qué) que había dejado en casa. Primero llamé a Olivia, y me sorprendió, por no decir otra cosa, descubrir a Root con ella en su salón.

Debería explicar que después de comprar mi casa en el número 45 de Idmiston Villas, lo dejé con su distribución original de dos apartamentos independientes.

Durante nuestro matrimonio, Julia y yo nos movíamos libremente entre uno y otro, pero desde que Olivia ha estado conmigo hemos vivido separados bajo el mismo techo. Esto es en parte para conservar en buen estado las propiedades, pero también refleja la naturaleza más informal de nuestra asociación. A pesar de que mantenemos nuestras casas separadas, Olivia y yo nos llamamos mutuamente sin ceremonia alguna siempre que se nos antoja.

Escuché risas mientras subía las escaleras. Cuando abrí la puerta de su apartamento, que da directamente a su salón, Olivia y Root todavía estaban muy concentrados riéndose alegremente. El sonido se desvaneció rápidamente cuando me vieron allí de pie. Olivia parecía estar enfadada. Root intentó ponerse de pie, pero perdió el equilibrio, se tambaleó y volvió a sentarse. Me di cuenta, lo cual intensificó mi irritación, de que había una botella de ginebra medio vacía en un extremo de la mesa, y de que había otra, completamente vacía, justo al lado. Ambos, Olivia y Root, tenían en la mano vasos que contenían dicha bebida.

—¿Qué significa esto? —les pregunté.

—Llamé a la puerta para verlo a usted, señor Angier —contestó Root.

—Tú sabías que yo estaba ensayando en mi taller esta noche —respondí—. ¿Por qué no fuiste a buscarme allí?

—Mi amor, Gerry pasó por aquí tan sólo para tomar un trago —dijo Olivia.

—¡Entonces es hora de que se vaya!

Mantuve la puerta abierta con mi brazo, indicándole que debía irse, y esto fue lo que hizo, rápidamente, a pesar de su embriaguez, pero tambaleándose a causa de ella. Su aliento empapado de ginebra me envolvió cuando pasó a mi lado.

Esto originó una tensa conversación entre Olivia y yo, la cual no describiré aquí detalladamente. Lo dejamos allí, y yo me retiré para escribir este informe. Tengo muchos sentimientos que no he escrito aquí.

24 de agosto de 1895

Hoy me enteré de que Borden va a presentar su espectáculo de magia en una gira por Europa y el Levante, y que estará fuera de Inglaterra hasta final de año.

Curiosamente, no realizará su propia versión del truco de las dos cajas.

Hesketh Unwin fue quien me informó de esto cuando lo vi hoy más temprano.

Comenté jocosamente que esperaba que, para cuando llegara a París, ¡el francés hablado de Borden fuera mejor que cuando lo oí por última vez!

25 de agosto de 1895

Tardé veinticuatro horas en conseguirlo, ¡pero Borden me acaba de hacer un favor!

Acabo de darme cuenta de que con Borden fuera del país no tengo necesidad de seguir realizando el truco del cambio, ¡así que sin demora ni escrúpulos he despedido a Root!

Para cuando Borden regrese de su gira por el exterior, o bien habré reemplazado al señor Root, o no realizaré nunca más el truco.

14 de noviembre de 1895

Esta noche, Olivia y yo trabajamos juntos sobre el escenario por última vez, en una presentación en el Teatro Phoenix en la calle Charing Cross. Más tarde, nos fuimos juntos a casa en coche, alegremente cogidos de la mano en la parte de atrás del taxi.

Desde que se fue el señor Root, hemos sido notablemente más felices. (He estado viendo cada vez menos a la señorita Macpherson).

La semana que viene, cuando estrene una corta temporada en el teatro Royal County de Reading

mi asistente será una joven dama a la que he estado entrenando durante las últimas dos semanas. Su nombre es Gertrude, tiene un flexible y precioso cuerpo, tiene tanto la hermosura como la capacidad mental de un adorno chino, y es la prometida de mi otro nuevo empleado, un carpintero y técnico de artefactos llamado Adam Wilson. Les pago a los dos muy bien, y estoy satisfecho con las contribuciones que han realizado hasta ahora.

Adam, debo decirlo, es casi un doble exacto para mí en términos de físico, y a pesar de que todavía no se lo he mencionado, lo tendré en cuenta como reemplazo de Root.

12 de febrero de 1896

Esta noche he aprendido el significado de la frase: «Se me heló la sangre».

Estaba realizando uno de mis trucos habituales con cartas de juego en la primera mitad de mi espectáculo. En éste, le pido a un miembro del público que seleccione una carta y luego que escriba su nombre sobre ella de forma que pueda verlo todo el público. Cuando esto ya está hecho, le quito la carta y la rompo ante sus ojos, esparciendo los pedazos por todas partes. Después de unos segundos, muestro un canario vivo dentro de una jaula de metal. Cuando mi voluntario toma la jaula, ésta se desploma inexplicablemente entre sus manos (el pájaro se pierde de vista), y se queda sosteniendo los que parecen ser los restos de la jaula entre los cuales puede verse una única carta de juego. Cuando la saca, descubre que es precisamente la misma en la cual está escrito su nombre. El truco termina, y el voluntario regresa a su butaca.

Esta noche, al finalizar el truco, cuando le agradecía al público con una sonrisa resplandeciente anticipándome a los aplausos, le oí decir al tipo:

—¡Eh, ésta no es mi carta!

Me di vuelta y lo miré. El tonto estaba ahí de pie con los restos de la jaula colgándole de una mano, y la carta en la otra. Estaba tratando de leerla.

—¡Déjeme verla, señor! —grité teatralmente, intuyendo que algo podía haber salido mal en la aparición de la carta, y preparándome para disimular el error con la repentina aparición de una multitud de serpentinas de colores que tengo a mano justamente para eventualidades como ésta.

Traté de arrebatársela la carta de la mano, pero la calamidad se convirtió en desastre.

De golpe se alejó de mí, gritando con una voz triunfante:

—¡Miren, tiene a otro escrito en ella!

El hombre estaba actuando para el público, sacándole el máximo provecho posible al hecho de que, de alguna manera, le había ganado al mago en su propio juego. Para salvar aquel momento tenía que tomar posesión de la carta, y así lo hice, arrancándosela de la mano. Lo bañé con serpentinas de colores, le di la entrada al director de la orquesta con una señal, y le hice señas al público para que aplaudiera, para llevar delicadamente al atroz tipo de regreso a su butaca.

En medio de la música *in crescendo*, y de los míseros aplausos, me quedé de pie paralizado, leyendo las palabras que habían sido escritas allí.

Decían: «Sé a qué dirección vas con Sheila Macpherson —¡Abracadabra!— Alfred Borden».

La carta era el tres de tréboles, la misma que le había hecho escoger al voluntario para el truco.

Simplemente, no sé cómo me las arreglé para continuar durante el resto de la actuación, pero de alguna manera debo haberlo hecho.

18 de febrero de 1896

Anoche viajé solo hasta el teatro Empire de Cambridge donde Borden estaba actuando. Mientras realizaba el ritual de los preparativos para un truco convencional con una caja, me puse de pie sobre mi butaca en el auditorio y lo denuncié. Tan claramente como pude le informé al público que ya había una asistente escondida dentro de la caja. Inmediatamente me fui del teatro, mirando hacia atrás únicamente cuando salía del auditorio, para ser recompensado con la imagen de las cortinas a la italiana descendiendo antes de tiempo.

Luego, inesperadamente, me di cuenta de que tenía que pagar un precio por lo que había hecho. Me entraron remordimientos de conciencia durante el largo, frío y solitario viaje en tren de regreso a Londres. Durante aquella oscura noche tuve numerosas oportunidades para reflexionar acerca de mis acciones. Me arrepentí amargamente de lo que había hecho. La facilidad con la que destruí su magia me horrorizó. La magia es ilusión, una suspensión temporal de la realidad para beneficio y entretenimiento del público. ¿Qué derecho tenía yo (o él, cuando le tocaba su turno) de destruir esa ilusión?

Una vez, hace mucho tiempo, después de que Julia perdiera a nuestro primer bebé, Borden me escribió y se disculpó por lo que había hecho. Tontamente, ¡oh, qué tontamente!, lo rechacé. Ahora ha llegado el momento en el cual yo deseo ansiosamente terminar con la desavenencia que existe entre nosotros. ¿Durante cuánto tiempo más tienen que continuar dos hombres adultos disparándose mutuamente en público, para saldar una cuenta de la cual nadie, salvo ellos, siquiera sabe de su existencia, y una que ni siquiera ellos acaban de entender? Sí, una vez, cuando Julia fue lastimada por la intervención del bufón, yo tenía un argumento válido en su contra, pero han pasado muchas cosas desde entonces.

A lo largo de todo aquel frío viaje de regreso a la estación de la calle Liverpool, me pregunté cómo podría lograrlo. Ahora, veinticuatro horas después, todavía pienso en ello. Me prepararé, le escribiré, le pediré que terminemos con esto y sugeriré una reunión en privado para discutir acerca de cualquier cuenta que él sienta deba ser saldada.

20 de febrero de 1896

Hoy, después de haber abierto sus cartas, Olivia vino hacia mí y me dijo: —¡O sea que lo que me dijo Gerry Root es verdad!

Le pregunté que a qué demonios se refería.

—Todavía sigues viéndote con Sheila Macpherson, ¿verdad?

Más tarde, me enseñó la nota que había recibido, en un sobre dirigido al «Inquilino, apartamento B, número 45 de Idmiston Villas». ¡Era de Borden!

27 de febrero de 1896

Estoy en paz conmigo, con Olivia, ¡incluso con Borden!

Permítanme simplemente dejar constancia de que le he prometido a Olivia que nunca más veré a la señorita Macpherson (y no lo haré), y que mi amor por ella es eterno.

Y he decidido que nunca más daré lugar a una disputa con Alfred Borden, sin importar lo provocado que me sienta. Todavía espero una represalia pública por su parte por mi desacertado arrebató en Cambridge, pero lo ignoraré.

5 de marzo de 1896

Antes incluso de lo que yo me esperaba, Borden intentó, y lo consiguió, humillarme mientras estaba realizando un conocido pero exitoso truco llamado «Trilby». (Es uno en el cual la asistente se recuesta sobre una tabla en equilibrio sobre los respaldos de dos sillas, y luego se levanta en el aire, aparentemente sin ayuda alguna, cuando se quitan las sillas). Borden había logrado esconderse de alguna forma entre los bastidores.

Cuando quité la segunda silla bajo la tabla donde reposaba Gertrude, el telón de fondo que ocultaba la parte de atrás del escenario se levantó de repente y descubrió a Adam Wilson agachado allí detrás, operando el mecanismo.

Bajé el telón principal e interrumpí mi actuación.

No tomaré represalias.

31 de marzo de 1896

Otro incidente de Borden. ¡Tan pronto después del último!

17 de mayo de 1896

Un nuevo incidente de Borden.

Éste me desconcierta, porque ya he comprobado que él también estaba actuando esta misma noche, pero de algún modo cruzó todo Londres hasta el Hotel Great Western para sabotear mi actuación.

Una vez más, no tomaré represalias.

16 de julio de 1896

No pienso siquiera dejar constancia aquí de ningún otro incidente de Borden, tal es mi desprecio por él. (Otro esta tarde, sí, pero no planeo desquitarme).

4 de agosto de 1896

Anoche estaba llevando a cabo un truco relativamente nuevo para mi número, en el cual utilizo una pizarra giratoria sobre la que escribo con tiza mensajes sencillos que me dictan miembros del público. Cuando ya se han escrito un cierto número de mensajes de forma que todos puedan verlos, de repente le doy vuelta la pizarra... para revelar que, gracias a lo que parece un milagro, ¡los mismos mensajes están escritos allí también!

Esta noche cuando giré la pizarra me encontré con que mis mensajes preparados habían sido borrados. En su lugar había el siguiente mensaje:

VEO QUE HAS RENUNCIADO A INTENTAR TRANSPORTARTE A TI MISMO.
¿ESTO SIGNIFICA QUE TODAVÍA NO SABES EL SECRETO?
¡VEN Y OBSERVA A UN EXPERTO!

Todavía sostengo que no me desquitaré. Olivia, que forzosamente conoce todos los datos referentes a nuestra disputa, está de acuerdo con que un solemne desprecio es la única respuesta que debería dar.

3 de febrero de 1897

Otro incidente de Borden. ¡Qué agotador es abrir este diario únicamente para registrar esto!

Se está volviendo cada vez más atrevido. A pesar de que Adam y yo verificamos cuidadosamente las máquinas antes y después de cada actuación, y registramos todos los bastidores del teatro inmediatamente antes de comenzar, de alguna manera esta noche Borden se las arregló para entrar en el entresuelo, debajo del escenario.

Yo estaba realizando un truco conocido simplemente como «La dama que desaparece». Este es un truco atractivo, tanto para el mago como para el espectador, y el mecanismo es extremadamente sencillo. Mi asistente se sienta sobre una simple silla de madera colocada en el centro del escenario, y yo arrojo sobre ella una gran sábana de algodón. La estiro suavemente a su alrededor. Puede verse claramente su figura aún sentada en la silla, delicadamente cubierta por la fina sábana. Su cabeza y sus hombros, particularmente, se distinguen fácilmente, prueba de su presencia.

De repente, deslizo la sábana, la aparto con un movimiento continuo... ¡y la silla está vacía!

Todo lo que queda sobre el escenario desnudo es la silla, la sábana y yo.

Esta noche, cuando quité la sábana, descubrí, para mi sorpresa, que Gertrude todavía estaba sentada en la silla, su rostro era un tormento de confusión y de terror.

Me quedé allí de pie, horrorizado.

Luego, para empeorar el momento, uno de los escotillones del escenario se abrió de golpe, y desde abajo apareció un hombre ante nuestros ojos. Llevaba un traje de etiqueta completo, con un sombrero, un par de guantes y una capa de seda. Tan tranquilo como el diablo, Borden (porque era él) se quitó el sombrero ante el público, luego con calma caminó a zancadas hasta los bastidores, dejando tras de sí una nube de humo de tabaco en forma de remolino. Salí corriendo tras él, decidido finalmente a enfrentarme a él, cuando mi atención se desvió debido a una inmensa descarga de luz brillante, ¡encima de mi cabeza!

¡Alguien estaba bajando un cartel eléctrico de las bambalinas! En letras azul claras, iluminadas por algún dispositivo eléctrico, decía:

**LE PROFESSEUR DE LA MAGIE
EN ESTE TEATRO ¡DURANTE TODA LA SEMANA PRÓXIMA!**

Una espantosa palidez azul verdosa invadió el escenario. Le hice señas al director de escena y por fin se bajó el telón, ocultando mi desesperación, mi humillación, mi furia.

Cuando llegué a casa y le conté lo que había ocurrido, Olivia dijo: —Tienes que vengarte, Robbie. ¡Y más vale que lo hagas bien!

Finalmente estoy de acuerdo con ella.

18 de abril de 1897

Esta noche, por primera vez en público, Adam y yo realizamos el truco del cambio. Estuvimos ensayándolo durante más de una semana, y técnicamente el número fue impecable.

Sin embargo, el aplauso del final fue más por cortesía que por entusiasmo.

13 de mayo de 1897

Después de muchas y largas horas de trabajo y ensayo, Adam y yo hemos desarrollado nuestra rutina de cambio de caja y hemos logrado un nivel imposible de mejorar. Adam, después de haber trabajado intensamente conmigo durante dieciocho meses, es capaz de imitar mis movimientos y mis ademanes con una asombrosa precisión. Con dos trajes idénticos, unos toques de maquillaje teatral y un (bastante caro) peluquín, es mi doble hasta el último detalle.

Sin embargo, cada vez que llevamos a cabo el número y alcanzamos lo que, a nuestros ojos, es un éxito arrollador, el público revela, a través de sus desapasionados murmullos de aplauso, que no están en absoluto impresionados.

No sé qué debo hacer para mejorar el truco. Hace dos años la mera insinuación de lograr incluirlo en la actuación era suficiente para doblar mis honorarios. Hoy, es algo casi irrelevante. Estoy muy preocupado.

1 de junio de 1897

He estado oyendo rumores desde hace algún tiempo acerca de que Borden ha «mejorado» su truco del cambio, pero como no tenía más información no le he prestado demasiada atención. Han pasado años desde la última vez que le vi actuar, y por lo tanto ayer por la noche yo y Adam nos trasladamos a un teatro de Nottingham, donde el espectáculo de Borden ha estado en cartel durante la última semana. (Esta noche tengo un espectáculo en Sheffield, pero me fui de Londres un día antes para poder visitar a Borden *en route* en su trabajo). Me disfracé con cabellos grisáceos, almohadillas en las mejillas, ropas desarregladas, un par de innecesarias gafas, y me senté en una butaca a tan sólo dos filas del escenario. Me encontraba a tan sólo unos metros de distancia de Borden mientras realizaba todos sus trucos.

¡De repente, todo se explica! Borden ha mejorado considerablemente su versión del truco. Ya no se esconde dentro de cajas. Ya no hace ninguna bobada o tontería transportando algún objeto de una punta a otra del escenario (lo que yo he seguido trabajando hasta esta semana). Y no utiliza ningún doble.

Digo con certeza: *Borden no utiliza un doble*. Sé todo lo que hay que saber acerca de los dobles. Puedo reconocer uno con la misma facilidad con la que puedo reconocer una nube en el cielo. Estoy totalmente seguro de que Borden trabaja solo.

La primera parte de su actuación se desarrolló ante un telón a medio bajar, que únicamente dejaba ver el decorado del escenario completo cuando se llegó al truco más espectacular. En éste, el telón a medio bajar fue levantado y el público vio un surtido de tarros de los que salían humos de sustancias químicas, cajas adornadas con cables enroscados, tubos de cristal y pipetas, y sobre todo aquello, un montón de brillantes cables eléctricos. Era la imagen del laboratorio de un fanático científico.

Borden, en su embarazosa imitación de un académico francés, se paseaba alrededor de los aparatos, sermoneando al público acerca de los peligros de trabajar con energía eléctrica. En ciertos momentos tocaba un cable contra otro, o contra un matraz de gas, y entonces se producía un alarmante destello de luz, o un ruido estruendoso. Había chispas volando a su alrededor, y una bruma de humo azul comenzó a cernirse sobre su cabeza.

Cuando estaba preparado para empezar el truco, indicó por señas que se tocara un redoble de tambor desde el hoyo de la orquesta. Cogió dos cables pesados, los aproximó con mucha teatralidad y realizó una conexión eléctrica.

Durante el brillante destello de luz que prosiguió, tuvo lugar el cambio. Ante nuestros propios ojos, Borden desapareció del lugar donde se encontraba de pie (los dos gruesos cables cayeron sobre el suelo del escenario, despidiendo una ráfaga de peligrosas chispas), e instantáneamente

reapareció en el otro lado del escenario... ¡a seis metros de distancia por lo menos de donde había estado!

Era imposible que él se hubiera desplazado esa distancia por medios normales. El cambio fue demasiado rápido, demasiado perfecto. Llegó al otro lado con las manos todavía flexionadas como si aún estuviera apretando los cables, que en aquel momento continuaban zigzagueando espectacularmente por todo el escenario.

Borden caminó hacia adelante en medio de un tumultuoso aplauso para hacer su reverencia. Detrás de él, el artefacto científico todavía echaba chispas y humo, un mortal telón de fondo que parecía, perversamente, intensificar su sencillez.

Mientras los aplausos seguían resonando, alargó la mano para introducirla adentro del bolsillo interior de la chaqueta como para hacer aparecer algo. Sonrió modestamente, invitando al público a que le instara a realizar un último truco de magia. Los aplausos se incrementaron en consecuencia y, ampliando aún más una sonrisa ya radiante, Borden metió la mano en el bolsillo e hizo aparecer... una rosa de papel, de un color rosa brillante.

Era una referencia a un truco que había realizado anteriormente. En éste, una dama del público escogía una flor de todo un ramo, y Borden la hacía desaparecer maravillosamente. La aparición de la flor nuevamente dejó a su público completamente encantado. Sostuvo la pequeña flor en el aire: era sin duda alguna la que había elegido la dama. Cuando consideró que la había expuesto durante el tiempo necesario, le dio vuelta con los dedos: parte de ella se había ennegrecido, ¡como a causa de alguna fuerza infernal! Mirando ostensiblemente el artefacto que estaba detrás de él, Borden hizo una gran reverencia más, y luego se retiró del escenario.

Los aplausos continuaron durante un largo rato, y debo decir que mis manos estaban aplaudiendo tan fuerte como las de cualquiera.

¿Por qué este compañero mago, con tanto talento, tan hábil y profesional, perseguiría un sórdido enfrentamiento conmigo?

5 de marzo de 1898

He estado trabajando mucho, con poco tiempo para el diario. Una vez más, han pasado varios meses desde la última anotación. Hoy (fin de semana) no tengo ninguna representación, así que puedo realizar una breve entrada.

Sólo decir que Adam y yo no hemos incluido nuestro truco del cambio en mi actuación desde aquella noche en Nottingham.

Incluso sin esta pequeña provocación, el *supuesto* mejor mago contemporáneo me ha honrado, entre tanto, con dos ataques más, sin provocación alguna, mientras estaba actuando. Ambos consistieron en interrupciones potencialmente peligrosas de mi número. Una de ellas pude disimularla con un chiste, pero la otra fue durante unos escasos minutos un desastre insostenible.

Como consecuencia he abandonado mi apariencia de desprecio.

Me quedan entonces dos ambiciosos objetivos, aparentemente inalcanzables. El primero es forjar

algún tipo de reconciliación justa con Julia y con los niños. Sé que la he perdido para siempre, pero la distancia que ella pone entre nosotros es imposible de soportar. La segunda es, en comparación, menos importante. Y es que, ahora que mi tregua unilateral con Borden ha terminado, por supuesto deseo descubrir el secreto de su truco para poder superarlo otra vez sobre el escenario.

31 de julio de 1898

¡Olivia ha propuesto una idea!

Antes de describirla debería decir que a lo largo de los últimos meses la pasión entre Olivia y yo se ha ido enfriando notablemente. No hay rencor ni celos entre nosotros, sino que parece como si una inmensa indiferencia esté flotando como una nube sobre la casa. Seguimos viviendo juntos pacíficamente, ella en su apartamento, yo en el mío, y a veces nos hemos comportado como marido y mujer, pero en general ya no actuamos como si nos amáramos o nos quisiéramos. Sin embargo, nos aferramos el uno al otro.

El primer indicio que tuve se produjo después de la cena. Habíamos comido juntos en mi apartamento, pero al final ella se retiró con cierta prisa, llevándose una botella de ginebra. Ya me he acostumbrado a su afición a la bebida en solitario, y no digo nada al respecto.

Unos minutos más tarde, sin embargo, su criada, Lucy, vino a preguntarme si me importaría bajar unos minutos.

Encontré a Olivia sentada en su mesa de cartas cubierta con un tapete verde, con dos o tres botellas y dos vasos sobre él, y una silla vacía colocada frente a ella. Me hizo señas para que me sentara, y luego me sirvió un trago. Yo le agregué un poco de almíbar de naranja a la ginebra, para quitarle el sabor.

—Robbie —me dijo con esa franqueza que ya me resulta tan familiar—. Voy a dejarte.

Masculé algo en respuesta. Había esperado algún desenlace de este tipo durante meses, aunque no tenía idea de cómo me enfrentaría a él si, como en este momento, sucedía.

—Voy a dejarte —dijo otra vez—, y luego voy a regresar. ¿Quieres saber por qué?

Le dije que sí.

—Porque hay algo que quieres más de lo que me quieres a mí. Supongo que si voy y lo encuentro por ti, entonces tengo la oportunidad de hacer que me quieras otra vez.

Le aseguré que la quería tanto como siempre, pero me cortó en seco.

—Sé lo que está pasando —me aseguró—. Tú y este tal Alfred Borden sois como dos amantes que no consiguen llevarse bien. ¿No es así?

Traté de esquivarla con evasivas, pero cuando vi la determinación en sus ojos asentí rápidamente.

—¡Mira esto! —dijo, y agitó la edición de esta semana de *The Stage*—. Mira aquí. —

Dobló el periódico por la mitad y me lo pasó. Había marcado con un círculo uno de los avisos clasificados de la primera plana.

—Ése es tu amigo Borden —me dijo—. ¿Ves lo que dice?

Se requiere una atractiva y joven asistente femenina para empleo de tiempo completo. Debe ser una experta coreógrafa, conservarse bien y mantenerse en forma, y debe también estar dispuesta a viajar y a trabajar durante largas horas, tanto en el escenario como fuera de él. Es esencial que posea una apariencia agradable, así como también la disposición para participar en emocionantes y exigentes rutinas ante públicos muy numerosos.

Por favor enviar solicitudes, adjuntando referencias adecuadas, a...

Lo que seguía era la dirección de la sala de ensayo de Alfred Borden.

—Ha estado publicando anuncios en busca de una asistente desde hace un par de semanas, así que supongo le debe estar resultando difícil contratar a una. Imagino que yo podría ayudarle.

—Quieres decir que tú...

—Siempre dices que soy la mejor asistente que nunca has tenido.

—¿Pero tú...? ¿Vas a trabajar para él? —Negué con la cabeza tristemente—. ¿Cómo puedes hacerme esto, Olivia?

—Tú quieres averiguar cómo realiza ese truco, ¿no es así? —me preguntó.

Cuando caí en la cuenta de lo que me estaba diciendo, me senté silenciosamente ante ella, mirándola fijamente y maravillándome. Si ella podía ganarse su confianza, trabajar con él durante los ensayos y sobre el escenario, moverse libremente en su taller, no pasaría mucho tiempo antes de que el secreto de Borden llegara a ser mío.

Enseguida nos pusimos a ultimar los detalles.

Estaba preocupado por el hecho de que podría reconocerla, pero Olivia no lo creía posible. —¿Crees que se me hubiera ocurrido esto si pensara que sabe mi nombre? —dijo arrastrando las palabras. Me recordó que había tenido que dirigirse a ella como «inquilina». Encontrar referencias fiables pareció ser durante un tiempo un problema sin solución, porque Olivia no había trabajado para nadie excepto para mí, pero me hizo ver que yo era perfectamente capaz de falsificar cartas.

Y yo tenía dudas, no me importa admitirlo aquí. La idea de esta hermosa y joven mujer, que había causado estragos tan excitantes y emocionantes en mí, y renunciado a su propia vida para estar conmigo, y que, en fin, lo había compartido prácticamente todo conmigo durante cinco años, la idea de ella preparándose para entrar en el bando de mi peor enemigo era casi pedir demasiado.

Pasaron dos horas o más mientras discutíamos su idea, y comenzábamos a trazar nuestros planes. Vaciamos la botella de ginebra, mientras Olivia seguía diciendo:

—Te conseguiré el secreto, Robbie. Eso es lo que quieres que haga, ¿verdad? —Y yo dije que sí, pero que no quería perderla.

El fantasma de la crueldad de Borden pendía amenazante sobre nosotros. Yo estaba desgarrado entre la euforia de realizar un ataque definitivo contra él y la posibilidad de que él preparara una venganza aún más grande si llegara a darse cuenta de que Olivia era mía. Le hice saber de mis dudas y miedos. Y ella me contestó: —Volveré contigo, Robbie, y te traeré el secreto de Borden... — Pronto estábamos los dos embriagados, los dos juguetones y cariñosos, ¡y yo no regresé a mi propio

apartamento hasta esta mañana después del desayuno!

En este momento ella se encuentra en su propio apartamento, redactando el borrador de una carta de solicitud de empleo para Alfred Borden. Debo ir a falsificar una o dos recomendaciones para ella. Estamos utilizando la dirección de su criada para la lista de correos; y como un subterfugio adicional utilizará el nombre de soltera de su madre.

7 de agosto de 1898

Hace una semana que Olivia le envió la solicitud a Borden para el empleo, y no hemos recibido ninguna respuesta. En cierto sentido esto es casi irrelevante, porque desde que surgió esta idea, Olivia y yo hemos sido tan dulces y afectuosos el uno con el otro como lo estuvimos durante aquellas excitantes semanas de mi gira estadounidense. Está más hermosa que nunca, y ha abandonado completamente la ginebra.

14 de agosto de 1898

Borden ha contestado (al menos, un asistente llamado T. Elbourne contestó en representación de él), sugiriendo una entrevista a principios de la semana que viene.

De repente la idea se me hace repugnante, pues en estos últimos días he disfrutado de una renovada felicidad con Olivia, y estoy menos dispuesto que nunca a verla caer en las garras de Borden..., incluso si fuera a causa de un ardid originado por nosotros mismos.

Olivia aún quiere seguir adelante con todo esto. Alego razones contra sus propósitos. Minimizo la importancia de su truco, le quito importancia a la seriedad de la disputa, intento descartar todo el asunto riéndome de él.

Sin embargo, me temo que en el pasado le di a Olivia muchos meses y muchos años para pensar a solas.

18 de agosto de 1898

Olivia ha ido a la entrevista y ha regresado, y dice que el puesto es suyo.

Mientras estuvo ausente me sentí preso de la ansiedad, el miedo y el arrepentimiento. Las sospechas que Borden despierta en mi ánimo casi me llevaron, un segundo después de que se fuera, a pensar que había colocado el anuncio con la intención de hacerla caer en la trampa, y tuve que controlarme para no salir corriendo detrás de ella. Fui a mi taller y traté de distraerme con prácticas de espejo, pero al final vine a casa y de nuevo empecé a pasearme de una punta a otra de mi habitación.

Olivia estuvo fuera durante mucho tiempo, más del que cualquiera de los dos había esperado, y

estaba pensando seriamente qué debía hacer, cuando de repente llegó de regreso. Estaba sana y salva, eufórica y emocionada.

Sí, el empleo es suyo. Sí, Borden leyó las referencias que yo había escrito y las aceptó como genuinas. No, aparentemente no sospechaba de mí ni de que existiera ningún tipo de conexión entre nosotros.

Me habló de algunos artefactos que había visto en su taller, pero todo era tan común y corriente que resultaba decepcionante.

—¿Mencionó algo acerca del truco del cambio? —le pregunté.

—Ni una sola palabra. Pero me dijo que había algunos trucos que realizaba solo, y para los cuales no necesitaba a una asistente en el escenario.

Más tarde, aduciendo que estaba cansada, se fue a dormir a su apartamento, y aquí estoy una vez más, solo. Debo tratar de ser comprensivo; es agotador pasar una audición, cualesquiera que sean las circunstancias.

19 de agosto de 1898

Resulta que Olivia ha comenzado a trabajar con Borden inmediatamente. Cuando fui hasta la puerta de su apartamento esta mañana, la criada me dijo que Olivia se había levantado temprano, y no volvería a casa hasta esta tarde.

20 de agosto de 1898

Olivia llegó ayer a las cinco de la tarde, y a pesar de que se fue directamente a su apartamento, me recibió cuando llamé a su puerta. Otra vez parecía estar cansada. Yo ansiaba noticias, pero todo lo que me dijo fue que Borden se había pasado el día enseñándole trucos en los que ella participaría, y que los había estado ensayando intensamente.

Más tarde cenamos juntos, pero evidentemente estaba cansada y se fue otra vez a dormir sola a su apartamento. Esta mañana salió de casa muy temprano.

21 de agosto de 1898

Un domingo, y ni siquiera Borden trabaja. En casa conmigo durante todo el día, Olivia mantiene completo silencio en lo que respecta a sus actividades en el taller de Borden, y esto me tiene desconcertado. Le pregunté si se sentía atada por la ética profesional, que tal vez sintiera que no debe revelarme los mecanismos de su magia, pero me dijo que no. Durante unos pocos segundos vislumbré a la Olivia de hace dos semanas. Se rió y me dijo que por supuesto sabía cuáles eran sus lealtades.

Sé que puedo confiar en ella, por muy difícil que sea probarlo, así que no he mencionado el tema en todo el día. Como consecuencia, hoy hemos disfrutado juntos de un día inocente y común, mientras dábamos un largo paseo por Hampstead Heath bajo los tibios rayos del sol.

27 de agosto de 1898

El final de otra semana, y Olivia todavía no tiene ninguna información para mí.

Parece no estar dispuesta a hablarme sobre eso.

Esta noche me dio un pase gratis para la próxima serie de presentaciones de Borden. Con un programa que describe al espectáculo como «una obra extravagante y fantástica», éste estará en cartelera en el Teatro Leicester Square durante dos semanas.

Olivia estará con él sobre el escenario en todas las funciones.

3 de septiembre de 1898

Olivia no ha regresado a casa esta noche. Estoy desconcertado, alarmado y lleno de malos presentimientos.

4 de septiembre de 1898

Envié a un chico al taller de Borden con un mensaje para ella, pero regresó para decirme que el lugar estaba cerrado con llave y aparentemente no había nadie dentro.

6 de septiembre de 1898

Sin importarme descubrirla, salí en busca de Olivia. Primero fui al taller de Borden, que estaba vacío tal como me lo habían descrito, luego a su casa en St. Johns Wood, y por fortuna descubrí un café desde el cual podía observar la fachada del edificio. Estuve allí sentado todo el tiempo que pude, pero sin ser recompensado con algún indicio, algo significativo. Sin embargo, sí vi a Borden en persona, abandonando su casa con una mujer que supuse era su esposa. Un carruaje se detuvo frente a la casa a las dos de la tarde, y después de una breve pausa, Borden y la mujer aparecieron, y luego se subieron al carruaje. Poco después salió en dirección a la zona Oeste de Londres.

Tras esperar unos largos diez minutos para asegurarme de que estaban ya lejos de la casa, caminé nerviosamente hasta la puerta y toqué el timbre. Me atendió un sirviente.

Dije directamente:

—¿Se encuentra aquí la señorita Olivia Svenson?

El hombre pareció sorprenderse.

—Creo que debe estar buscando en el sitio equivocado, señor —me dijo—. Aquí no hay nadie con ese nombre.

—Lo siento —dije, recordando justo a tiempo que habíamos utilizado el nombre de soltera de su madre—. Mi intención era preguntar por la señorita Wenscombe. ¿Se encuentra por casualidad ella aquí?

Una vez más el hombre negó con la cabeza, educada y correctamente.

—Aquí no hay ninguna señorita Wescombe, señor. Tal vez debería preguntar en la Oficina de Correos de la calle High.

—Sí, de hecho eso es lo que haré —contesté, y, para evitar seguir llamando la atención, emprendí la retirada.

Regresé a mi puesto de vigilancia desde el café y esperé allí durante una hora más, al final de la cual Borden y su esposa regresaron a la casa.

12 de septiembre de 1898

Al no tener indicio alguno de que Olivia regresara a casa, tomé el pase que me había dado y fui a la taquilla del Teatro Leicester Square. Allí pedí una entrada para el espectáculo de Borden. Deliberadamente escogí una butaca cerca del fondo de la platea, para que mi presencia no fuera vista desde el escenario.

Después de su habitual comienzo con «Los eslabones chinos», Borden hizo aparecer rápida y eficazmente a su asistente dentro de una caja. Por supuesto, era mi Olivia, resplandeciente con un vestido cubierto de lentejuelas que brillaba y lanzaba destellos bajo la luz de los focos eléctricos. Caminó con elegancia hasta los bastidores, desde donde emergió unos segundos después, ahora vestida con un atractivo traje tipo malla. La descarada voluptuosidad de su apariencia me aceleró el pulso, incluso a pesar de mis intensos y desesperados sentimientos de pérdida.

Borden llegó al punto álgido de su espectáculo con el truco eléctrico del cambio, y lo llevó a cabo con un don que me hundió aún más profundamente en mi depresión.

Cuando Olivia regresó al escenario para hacer la reverencia final con él, mi tristeza era total. Estaba hermosa, feliz y emocionada, y ante mi perturbada mirada, me pareció que cuando Borden tomaba su mano durante los aplausos, lo hacía con un cariño innecesario.

Decidido a terminar de verlo todo, salí corriendo del auditorio y me apresuré a llegar a la entrada de artistas. Aunque esperé hasta que los demás artistas salieran en fila y se adentraran en la noche, y hasta que el portero hubiera cerrado la puerta con llave y apagado las luces, no vi ni a Borden ni a Olivia abandonar el edificio.

18 de septiembre de 1898

Hoy la criada de Olivia, a quien retuve en la casa hasta que ella regresara, me trajo una carta que había recibido de su antigua ama.

La leí ansiosamente, aferrándome a la esperanza de que contuviera una pista de lo que había ocurrido, pero simplemente decía:

Lucy:

Por favor, si eres tan amable, prepara las maletas y cajas con todas mis pertenencias, y envíalas lo antes posible a la entrada de artistas del Teatro Strand. Por favor, asegúrate de que todo quede etiquetado indicando claramente que es para mí, y yo me ocuparé de recogerlo.

Aquí te envío una suma de dinero para cubrir los gastos, y lo que sobre puedes quedártelo tú. Si necesitas referencias para tu próximo empleo, el señor Angier por supuesto escribirá una carta para ti.

Gracias,

Olivia Svenson

Tuve que leerle esta carta en voz alta a la pobre chica, y explicarle lo que tenía que hacer con el billete de cinco libras que Olivia le había enviado.

4 de diciembre de 1898

Actualmente estoy ocupado actuando en una temporada de espectáculos en el Teatro Plaza de Richmond, a orillas del río Támesis. Esta noche estaba relajándome en mi camerino entre la primera y la segunda función, momentos antes de salir a buscar un bocadillo para cenar con Adam y Gertrude, cuando alguien llamó a la puerta.

Era Olivia. La dejé entrar en el camerino casi sin pensar lo que estaba haciendo. Se la veía hermosa pero muy cansada, y me dijo que había estado tratando de localizarme durante todo el día.

—Robbie, te he conseguido la información que deseas. —Me dijo, y sacó un sobre cerrado para enseñármelo—. Te he traído esto, a pesar de que debes entender que no voy a volver contigo. Tienes que prometerme que vuestro odio mutuo terminará inmediatamente. Si lo haces, te dejaré el sobre.

Le dije que en lo que a mí respectaba, la disputa ya había terminado.

—¿Entonces por qué necesitas todavía este secreto?

—Tú sabes muy bien por qué —le dije.

—¡Únicamente para proseguir con vuestro enfrentamiento!

Sabía que estaba cerca de la verdad, pero le dije: —Siento curiosidad.

Tenía prisa y debía irse, y me dijo que Borden ya sospecharía de su prolongada ausencia. No le recordé la espera similar que yo había tenido que soportar cuando comenzó este engaño.

Le pregunté por qué había escrito el mensaje, cuando podría habérmelo dicho fácilmente con palabras. Dijo que era demasiado complicado, que se trataba de un diseño demasiado intrincado, y que había copiado la información de las anotaciones del propio Borden. Finalmente, me entregó el sobre.

Mientras lo tomaba, le dije:

—¿Realmente éste es el final del misterio para mí?

—Creo que lo es, sí.

Se dio vuelta para irse y abrió la puerta.

—¿Puedo preguntarte otra cosa más, Olivia?

—¿Qué?

—¿Es Borden un hombre, o dos?

Sonrió, y desesperadamente vislumbré la sonrisa de una mujer pensando en su amante.

—Es solamente *un* hombre, te lo aseguro.

La acompañé hasta el pasillo, donde podía oírse al personal técnico holgazaneando por ahí.

—¿Eres feliz ahora? —le pregunté.

—Sí, lo soy. Siento haberte lastimado, Robbie.

Entonces me dejó, sin un abrazo, ni siquiera una sonrisa o una caricia en las manos. Durante las últimas semanas me había armado de entereza para hacerle frente, pero aun así fue doloroso estar con ella de ese modo.

Regresé al camerino, cerré la puerta y apoyé todo mi peso contra ella. Abrí el sobre de inmediato. Contenía una hoja de papel, y en ella Olivia había escrito solamente una palabra.

Tesla.

1900

3 de julio de 1900

En algún lugar de Illinois.

Salimos de la Estación de la calle Chicago Union a las nueve de la mañana, y después de un lento viaje a través del yermo industrial que rodea a la más animada y emocionante de las ciudades, nos hemos estado desplazando, desde entonces, a una velocidad considerable, atravesando las llanuras agrícolas hacia el oeste.

Tengo una espléndida litera en donde dormir, y un asiento reservado permanentemente para mí en el salón de primera clase. Los trenes estadounidenses están equipados suntuosamente y son de lo más confortables para viajar. Las comidas, preparadas en un vagón exclusivamente dedicado a la cocina, son generosas, nutritivas y servidas de forma atractiva. He estado viajando durante cinco semanas en las líneas de ferrocarril de Estados Unidos, y raras veces he sido tan feliz o tan bien alimentado. ¡No me atrevo a pesarme! Siento que estoy arrellanado con firmeza en el gran mundo estadounidense de la comodidad, la abundancia y la cortesía, mientras el enorme campo de Estados Unidos se desliza por detrás de las ventanillas.

Mis compañeros de viaje son todos estadounidenses, aparentemente, un grupo muy variado, son amistosos conmigo y curiosos en igual medida. Alrededor de un tercio de ellos, me atrevería a decir, son viajeros de comercio de alto rango, y algunos más parecen ser empleados de algún tipo de negocio. Además, hay dos jugadores profesionales, un pastor presbiteriano, cuatro jóvenes regresando a Denver desde la universidad en Chicago, varios granjeros y terratenientes adinerados, y uno o dos más que todavía no he logrado identificar con precisión. Siguiendo las costumbres estadounidenses, nos hemos tuteado desde el momento en que nos conocimos. Ya hace mucho tiempo que me he dado cuenta de que mi nombre, Rupert, provoca una curiosidad exagerada y da lugar a bromas, por lo tanto, mientras estoy en Estados Unidos siempre soy Rob o Robbie.

4 de julio de 1900

El tren se detuvo anoche en Galesburg, Illinois. Debido a que hoy se celebra el día de la Independencia de Estados Unidos, la compañía de ferrocarriles nos ofreció, a todos los pasajeros de primera clase, elegir entre quedarnos a bordo del tren dentro de nuestros compartimientos o pasar la noche en el hotel más grande de la ciudad.

Como he estado durmiendo en muchos trenes durante las últimas semanas, opté por el hotel.

Tuve la oportunidad de dar un pequeño paseo por la ciudad antes de irme a dormir. Es un lugar muy atractivo, y tiene un gran teatro. Da la casualidad de que esta semana hay una obra en cartelera,

pero me han dicho que los espectáculos de variedades («vodevil») son muy frecuentes y populares. A menudo aparecen números de magia. Le dejé mi tarjeta al director, con la esperanza de que me contacte algún día para un número.

Debo decir que el teatro, el hotel y las calles de Galesburg están iluminadas con electricidad. En el hotel me enteré de que la mayoría de las ciudades y los pueblos estadounidenses de cierta importancia se están equipando de la misma manera. Solo en la habitación del hotel viví la experiencia de encender y apagar personalmente la lámpara eléctrica incandescente que está en el centro del techo. Me atrevo a decir que como novedad pasará rápidamente a convertirse en algo común, pero la luz que da la electricidad es brillante, firme y alegre. Además de la iluminación, he visto muchas máquinas electrodomésticas distintas a la venta: ventiladores, planchas, calefactores, ¡hasta un cepillo para el pelo eléctrico! Tan pronto como regrese a Londres realizaré una investigación para averiguar cómo puedo lograr que me instalen corriente eléctrica en casa.

5 de julio de 1900

Cruzando Iowa.

Me quedo durante largo rato mirando fijamente a través de la ventanilla del vagón, esperando que algo rompa la monotonía, pero la tierra agrícola se extiende llana y extensa en todas las direcciones. El cielo es de un color celeste brillante, y los ojos comienzan a doler si se mira durante más de unos segundos. Algunas nubes se amontonan en alguna parte hacia el sur de donde estamos, pero parecen no cambiar nunca su posición o su forma, sin importar lo lejos que viajemos.

Un tal señor Bob Tannhouse, un compañero de viaje, es casualmente el vicepresidente de ventas de una compañía que fabrica la clase de máquinas electrodomésticas que me han llamado la atención. Asegura que a medida que nos adentramos en el siglo veinte, ya no hay límites, no hay barreras, de lo que podemos esperar que la electricidad haga en beneficio de nuestras vidas. Predice que los hombres navegarán los mares en barcos eléctricos, dormirán en camas eléctricas, volarán en máquinas eléctricas más pesadas que el aire, comerán comida cocinada eléctricamente... ¡incluso que afeitaremos nuestras barbas con hojas de afeitar eléctricas! Bob es un fantasioso y un vendedor, pero me llena de magníficas esperanzas. Creo que en este cautivante país, en el nacimiento del nuevo siglo, realmente cualquier cosa es posible, puede hacerse realidad. Mi búsqueda actual dentro del corazón desconocido de esta tierra me revelará los secretos que ansío conocer.

7 de julio de 1900

Denver, Colorado.

A pesar de los lujos de los viajes en ferrocarril, no viajar es indudablemente una bendición.

Tengo planeado descansar en esta ciudad durante uno o dos días antes de continuar con mi viaje. Éste es el descanso de la magia ininterrumpido más largo que he hecho: sin representaciones, sin practicar, sin conferencias con mi *ingénieur*, sin audiciones ni ensayos.

10 de julio de 1900

Denver, Colorado.

Al este de Denver se extiende la Gran Llanura, que crucé parcialmente cuando venía desde Chicago. He visto lo suficiente de Nebraska como para que me baste durante el resto de mi vida; los recuerdos de su aburrido paisaje todavía me persiguen. Ayer durante todo el día sopló un viento del sudeste, caliente y seco, y aparentemente cargado de arena. El personal del hotel se queja diciendo que procede de los áridos estados vecinos, como Oklahoma, pero no importa cuál sea su causa, significaba que mis exploraciones de la ciudad fueron calurosas y desagradables. Las suspendí y regresé al hotel. Sin embargo, antes de hacerlo, y cuando finalmente se despejó la neblina, vi con mis propios ojos lo que se extiende inmediatamente al oeste de Denver: la gran muralla dentada de las Montañas Rocosas. Más tarde, mientras aún era de día y estaba más fresco, salí al balcón de mi habitación y vi cómo se ponía el sol por detrás de estos imponentes picos. Calculo que el crepúsculo debe durar media hora más aquí que en cualquier otro sitio, debido a la inmensa sombra que proyectan las Rocosas.

10 de julio de 1900

Colorado Springs, Colorado.

Este pueblo se encuentra alrededor de 115 kilómetros al sur de Denver, pero el viaje en una caravana tirada por caballos ha durado todo el día. Realizó frecuentes paradas para recoger y dejar pasajeros, para cambiar de caballos y de conductores.

Me sentí incómodo, pesado y cansado por el viaje. Mi apariencia probablemente era ridícula, a juzgar por las expresiones en los rostros de los granjeros que viajaban conmigo. Sin embargo, he llegado sano y salvo, y el lugar en el que me encuentro me ha dejado encantado inmediatamente. No es ni por asomo tan grande como Denver, pero refleja claramente el cuidado y el afecto que los estadounidenses prodigan a sus pueblos pequeños.

He encontrado un hotel modesto pero atractivo, indicado para mis necesidades, y debido a que me gustó la habitación apenas la vi, me he registrado para una estancia de una semana con la opción de extenderla en caso que fuera necesario.

Desde la ventana de mi habitación puedo ver dos de las tres particularidades de Colorado Springs que me han traído hasta aquí.

Todo el pueblo baila al compás de las luces eléctricas después de que el sol se ha puesto; las calles están iluminadas por altas lámparas, todas las casas tienen las ventanas alegremente iluminadas, y en la parte del centro del pueblo, la cual puedo ver desde mi habitación, muchas de las tiendas, los negocios y los restaurantes tienen deslumbrantes letreros que brillan y parpadean en la cálida noche.

Detrás de ellos, contra el cielo nocturno, está la masa negra de la famosa montaña que se encuentra junto al pueblo: «El pico de Pike», de casi 4.500 metros de altura.

Mañana realizaré mi primera ascensión de las pendientes más bajas de «El pico de Pike», y buscaré la tercera particularidad singular que me ha traído hasta este pueblo.

12 de julio de 1900

Ayer por la noche estaba demasiado cansado para escribir en mi diario, y forzosamente he tenido que pasar el día solo aquí en el pueblo, así que tengo mucho tiempo libre para narrar lo sucedido.

Me desperté muy temprano por la mañana, tomé mi desayuno en el hotel y caminé rápidamente hasta la plaza del centro del pueblo, en donde se suponía que mi carruaje me estaría esperando. Esto fue algo que acordé por carta antes de irme de Londres, y a pesar de que en aquel momento todo había sido confirmado, no tenía manera alguna de saber con certeza si mi hombre estaría allí para encontrarse conmigo. Asombrosamente, estaba allí.

Siguiendo las costumbres estadounidenses, enseguida nos hicimos grandes amigos. Su nombre es Randall D. Gilpin, un hombre nacido y criado en Colorado. Lo llamo Randy, y él me llama Robbie. Es bajo y redondo, con un gran par de patillas grises a ambos lados de su alegre rostro. Sus ojos son azules, su rostro es de color rojo ocre a causa del sol y sus cabellos, como las patillas, son de un gris metalizado. Lleva un sombrero de cuero y los pantalones más mugrientos que jamás haya visto en mi vida. Le falta un dedo de la mano izquierda. Lleva un rife debajo del asiento desde el cual conduce a los caballos, y me dijo que lo tiene siempre cargado.

A pesar de ser educado, y efusivamente amistoso, Randy demostró tener ciertas reservas para conmigo, que únicamente fui capaz de detectar gracias al hecho de haber pasado yo varias semanas en Estados Unidos. Me tomó gran parte del viaje en ascensión hasta «El pico de Pike» dilucidar la probable causa. Parecía ser producto de la combinación de varias cosas. Por mis cartas había asumido que yo, como mucha de la gente que viene a esta región, era un buscador de oro (a partir de esto descubrí que la montaña tiene muchas vetas ricas en este metal).

Sin embargo, a medida que comenzó a hablar un poco más, me dijo que cuando me vio cruzando la plaza supuso, por mis vestimentas y mi comportamiento general, que era un pastor de la Iglesia. Él podía entender lo del oro, también podía concederle un lugar en el diseño divino a un pastor de Dios, pero no podía entender en cambio la combinación de las dos cosas. Que este extraño británico le indicara entonces que condujera hasta el conocido laboratorio, que se encuentra en la montaña, sólo terminó agravando el misterio.

Así fue entonces como nació la precaución de Randy para conmigo. No había mucho que yo

pudiera hacer para aliviarla, ¡ya que mi identidad y mi propósito verdaderos probablemente le habrían parecido igual de incomprensibles!

La ruta que conduce al laboratorio de Nikola Tesla es una escalada constante a través de la cara oriental de la gran montaña; la tierra está densamente poblada por un bosque durante el primer medio kilómetro o a medida que la ruta se va abriendo camino, alejándose del pueblo, pero pronto comienza a perder esta densidad hasta convertirse en un terreno rocoso sobre el cual se sostienen abetos inmensamente altos y bastante espaciados unos de otros. Las vistas hacia el Este son inmensas, pero el paisaje en esta región es tan llano y está explotado de un modo tan uniforme, que no había prácticamente nada pintoresco con que maravillarse.

Después de una hora y media llegamos a una meseta, sobre la cara nordeste de la montaña, y allí no había ni un solo árbol. Noté que había muchos tocones frescos, los cuales indicaban que los pocos árboles que alguna vez crecieron allí habían sido recientemente talados.

En el centro de esta pequeña meseta, no tan grande como me habían hecho creer que sería, está el laboratorio de Tesla.

—¿Tienes negocios aquí, Robbie? —me preguntó Randy—. Ten mucho cuidado. Puede resultar condenadamente peligroso estar aquí arriba, eso dice la gente.

—Conozco los riesgos —le aseguré. Negocié con él brevemente, inseguro de cuáles serían los preparativos, si es que habría alguno, que el propio Tesla tendría que realizar para descender al pueblo, y queriendo asegurarme de que más tarde podría regresar a mi hotel sin problemas. Randy me dijo que él también tenía asuntos que atender, pero que regresaría al laboratorio por la tarde y me esperaría hasta que apareciera.

Me di cuenta de que no quería acercarse demasiado al edificio, y tuve que caminar solo los últimos cuatrocientos o quinientos metros.

El laboratorio era una construcción cuadrada con techos inclinados, construida con madera sin teñir o sin pintar, que revelaba las decisiones improvisadas que habían marcado su diseño. Parecía que diversas pequeñas extensiones habían sido agregadas después de haber construido la estructura principal, porque los techos no estaban a la misma altura, y en algunos sitios se unían en ángulos desiguales. Una gran torre de madera había sido construida sobre (o atravesando) el techo principal, y otra, más pequeña, había sido construida encima de uno de los techos inclinados laterales.

En el centro del edificio, elevándose verticalmente, había un alto palo de metal que se iba afinando gradualmente hacia lo que era seguramente una punta, aunque no había ningún vértice a la vista porque en la cima había una gran esfera de metal. Ésta destellaba bajo los rayos del sol de la mañana, y se movía suavemente de un lado a otro debido a la fresca brisa que soplaba de aquel lado de la montaña.

A ambos lados del camino algunos instrumentos técnicos, cuya finalidad era incierta, se habían dispuesto sobre el suelo. Había muchos palos de metal clavados en el suelo pedregoso, y la mayoría de ellos estaban conectados mediante cables aislantes. Al lado del edificio principal, había un marco de madera con un muro de cristal, en el cual podían verse numerosos paneles o registros de medidores.

Se produjo un inesperado y violento crujido, y desde el interior del edificio salieron una serie de

destellos brillantes y horrendos: blancos, celestes, rosas claro, que se repetían errática pero rápidamente. Aquellas explosiones de luz eran tan feroces que no sólo alcanzaban a verse las escasas ventanas que había allí a la vista, sino que revelaban las grietas y pequeñas aberturas de la trama de las paredes.

Confieso que en aquel momento dudé por un instante de mi resolución, e incluso miré hacia atrás para ver si todavía estaban Randy y su carruaje. (¡No había rastro de él!). Mi aterrorizado corazón se encogió aun más cuando, después de dar dos o tres pasos más, me encontré con un cartel pintado a mano colgado sobre la pared junto a la puerta principal. Decía:

MUY PELIGROSO
¡Manténgase alejado de aquí!

En ese mismo momento, las descargas eléctricas que provenían del interior del edificio desaparecieron tan rápidamente como habían comenzado, y esto pareció ser un presagio positivo. Golpeé la puerta.

Después de transcurridos varios segundos, Nikola Tesla en persona abrió la puerta. Su expresión de abstracción era la de un hombre ocupado que ha sido, de forma irritante, interrumpido. No era un buen comienzo, pero traté de sacarle el mejor partido posible.

—¿Señor Tesla? —pregunté—. Mi nombre es Rupert Angier. ¿Se acuerda de nuestra correspondencia? Le he estado escribiendo desde Inglaterra.

—¡No conozco a nadie en Inglaterra! —Miraba fijamente detrás de mí, por encima de mi hombro, como si se preguntara cuántos ingleses más había traído conmigo—.

¿Podría repetirme su nombre, buen señor?

—Mi nombre es Rupert Angier. Estuve presente en su demostración en Londres, y me interesé mucho...

—¡Usted es el mago! ¿Acerca del cual el señor Alley lo sabe todo?

—Soy el mago —confirmé, a pesar de que el significado de su segunda pregunta por el momento no tenía sentido para mí.

—¡Puede pasar!

Me produjo tantas sensaciones distintas, sin duda reforzadas por el transcurso de las horas y la duración de nuestro encuentro, después de nuestra primera conversación. En aquel momento, lo primero que noté fue su rostro. Era enjuto, inteligente y atractivo, con prominentes pómulos esclavos. Llevaba un bigote fino, y sus larguiruchos cabellos estaban peinados con una raya al medio. Su apariencia era en general descuidada, la de un hombre que trabaja durante largas horas y duerme únicamente cuando no existe otra alternativa para vencer el agotamiento.

Tesla está dotado de una mente extraordinaria. Una vez quedó clara mi identidad, él recordó no solamente de qué trataba la breve correspondencia que había tenido lugar entre nosotros, sino también mi carta de ocho años atrás, en la que le solicitaba una copia de sus anotaciones.

Una vez en el laboratorio me presentó a su asistente, un tal señor Alley. Un hombre interesante, que parecía desempeñar muchos papeles en la vida de Tesla, desde asistente científico y

colaborador, hasta empleado doméstico y compañero. ¡El señor Alley se declaró un admirador de mi trabajo! Había estado entre el público durante mi espectáculo en la ciudad de Kansas en 1893, y habló sobre magia, brevemente pero con conocimiento de causa.

Por lo que parece los dos hombres trabajan solos en el laboratorio, tan sólo acompañados del equipamiento necesario para sus investigaciones. Le otorgo esta cualidad casi humana a la máquina porque el propio Tesla tiene la costumbre de referirse a ella como si tuviera pensamientos e instintos. Ayer, en una ocasión, oí que le decía a Alley: —Sabe que se avecina una tormenta —y en otro momento, dijo—: Creo que está esperando a que comencemos una vez más.

Tesla parecía estar relajado en mi compañía, y la breve hostilidad que había experimentado en la puerta desapareció por completo durante el resto del tiempo que estuve con él. Declaró que él y Alley habían estado a punto de hacer una pausa para almorzar, y los tres nos sentamos a disfrutar de una simple pero nutritiva comida, que Alley trajo rápidamente de una de las habitaciones laterales. Tesla se sentó un poco separado de nosotros, y me di cuenta de que era un comensal melindroso, pues sostenía cada bocado en el aire para someterlo a una intensiva inspección antes de metérselo en la boca, y descartando en igual medida tantos como los que se comía. Se limpiaba las manos y le daba ligeros toques a sus labios con un pequeño trapo después de cada bocado. Antes de unirse nuevamente a nosotros, tiró la comida que no había consumido en un cubo para la basura situado fuera del edificio, después lavó y secó cuidadosamente sus utensilios antes de colocarlos dentro de un cajón, el cual cerró con llave.

En cuanto se unió nuevamente a Alley y a mí, Tesla me interrogó acerca del uso de la electricidad en Gran Bretaña, y me preguntó en qué grado se estaba expandiendo, cuál era el compromiso del gobierno británico respecto de la generación y la transmisión de energía a largo plazo, los sistemas de distribución previstos y los usos a los que se destinaba. Afortunadamente, debido a que había planeado este encuentro con Tesla, había hecho mis deberes antes de irme de Inglaterra, y pude conversar con él armado de un razonable nivel de información, hecho que pareció apreciar. Se sintió especialmente gratificado al enterarse de que muchas instalaciones británicas parecían decantarse por su sistema polifásico, lo cual no sucedía aquí en Estados Unidos.

—La mayoría de las ciudades todavía prefiere el sistema Edison —dijo gruñendo, y pasó a realizar una explicación técnica de los fallos del método de su rival. Tuve la sensación de que había expresado estas opiniones muchas veces en el pasado, y para oyentes más expertos que yo. La conclusión de su queja era que al final la gente acudiría a su sistema de corriente alterna, pero que mientras tanto estaban perdiendo mucho tiempo y muchas oportunidades. Cuando hablaba de este tema, y de muchos otros relacionados con su trabajo, parecía una persona severa y sin sentido del humor, pero en otros momentos demostró ser una compañía agradable y divertida.

Finalmente, centró sus preguntas en mí, en mi carrera, en mi interés por la electricidad, y en cómo desearía utilizarla.

Yo había decidido antes de irme de Inglaterra, que si Tesla quisiera investigar los secretos de mis trucos, sería el único con el que haría una excepción y le revelaría todo lo que quisiera saber. Simplemente me parecía lo correcto. Cuando vi su conferencia en Londres, me había parecido que tenía todo el aspecto de un miembro de mi profesión, disfrutando igualmente al sorprender y

desconcertar al público, pero sin embargo, a diferencia de los magos, más que deseoso, incluso ansioso, por desvelar y compartir sus secretos.

Sin embargo, no resultó ser curioso en absoluto. Tuve la sensación de que no ganaría nada con volver otra vez al tema. En cambio, dejé que llevara el peso de nuestra conversación, y durante una o dos horas divagó de un modo ameno acerca de sus conflictos con Edison, de sus peleas en contra de la burocracia y del sistema científico, y sobre todo acerca de sus triunfos. Su actual laboratorio había sido financiado, en realidad, gracias al trabajo de los últimos años. Había logrado instalar el primer generador de electricidad en el mundo que tenía el tamaño de una ciudad y cuya fuente de energía era el agua; la estación generadora estaba en las cataratas del Niágara, y la ciudad beneficiada era Buffalo. Ciertamente, Tesla había hecho su fortuna en el Niágara, pero al igual que muchos que se hacen ricos de la noche a la mañana, se preguntaba durante cuánto tiempo disfrutaría de sus riquezas.

Intenté mantener la conversación centrada en el tema del dinero lo más delicadamente que pude, pues es uno de los pocos temas en el cual nuestros intereses verdaderamente convergen. Por supuesto, no pensaba en que me confiara los detalles de sus finanzas a mí, casi un extraño para él, pero el dinero es claramente algo por lo que preocuparse. Mencionó muchas veces a J. Pierpont Morgan, su actual patrocinador.

Ninguno de los temas sobre los cuales hablamos estaba directamente relacionado con el motivo de mi visita aquí, pero habrá tiempo suficiente para eso en los días por venir. Ayer simplemente empezábamos a conocernos y descubríamos los intereses de cada uno.

He dicho muy poco acerca de la característica principal de su laboratorio. Durante todo el almuerzo, y a lo largo de nuestra conversación, la sombra de su voluminosa «Bobina experimental» nos acompañó. De hecho, puede decirse que el laboratorio entero *es* la Bobina, ya que hay poca cosa más allí aparte de algunos aparatos cuyo fin es registrar y calibrar datos.

La Bobina es inmensa. Tesla dijo que tiene un diámetro que supera los quince metros y treinta centímetros, de lo cual no me cabe ninguna duda. Debido a que el interior del laboratorio no está muy iluminado, la Bobina tiene un aspecto oscuro y misterioso, al menos mientras no se utiliza. Construida alrededor de un núcleo central (la base del alto palo de metal que había visto sobresalir a través del techo), la Bobina está enrollada alrededor de numerosos listones de madera y de metal, en una complejidad que va en aumento a medida que uno se va acercando para explorar el núcleo. Con mis ojos de lego en la materia, no pude entender su diseño. Su apariencia era similar a la de una extravagante jaula. Todo lo que la rodeaba parecía estar desordenado. Por ejemplo, había varias sillas comunes y corrientes en el laboratorio, y varias de ellas estaban colocadas cerca de la Bobina. También había muchas otras cosas: papeles, herramientas, trozos de comida abandonados y olvidados, y hasta un pañuelo de aspecto mugriento. Como era de esperar, me maravillé con la Bobina cuando Tesla me condujo alrededor de ella, pero en aquel momento me resultó imposible comprender su funcionamiento. Todo lo que entendí fue que tenía la capacidad de utilizar o transformar enormes cantidades de electricidad. La energía necesaria se transmite desde Colorado Springs hasta el laboratorio situado en lo alto de la montaña. ¡Tesla ha pagado todo esto instalando él mismo los generadores del pueblo!

—¡Tengo toda la electricidad que quiero! —dijo en ese preciso momento—. Tal como

probablemente lo comprobarás durante las noches.

Le pregunté qué quería decir con eso.

—Notarás que de vez en cuando las luces del pueblo se atenúan momentáneamente. A veces incluso se apagan del todo durante unos segundos. ¡Significa que estamos trabajando aquí arriba! Déjame que te enseñe.

Me condujo hacia el exterior del edificio y a través del suelo desigual que lo rodea.

Después de recorrer una corta distancia llegamos a un lugar en el cual la ladera de la montaña descendía vertiginosamente, y allí, bastante más abajo, se extendía todo el pueblo de Colorado Springs, brillando en pleno calor estival.

—Si subes aquí una de estas noches te lo demostraré —me prometió—. Tan sólo con mover una palanca puedo sumergir a todo el pueblo en la oscuridad.

Mientras regresábamos, dijo:

—Realmente debes visitarme una noche de éstas. La noche es la mejor hora en las montañas. Como sin duda has observado tú mismo, el paisaje aquí es a gran escala pero carece de interés intrínseco. Hacia un lado, únicamente picos rocosos; hacia el otro, tierras tan llanas como la superficie de una mesa. Mirar hacia abajo o hacia los lados es un error. ¡Lo que es verdaderamente interesante se encuentra sobre nosotros! —Hizo un gesto señalando hacia el cielo—. Nunca he visto tal claridad en el aire, y en ningún sitio existe la luz de la luna como aquí. ¡Ni tampoco he visto tormentas como las que se desatan aquí! Elegí este sitio debido a la frecuencia de las tormentas. Da la casualidad de que hay una que se está acercando en este preciso momento.

Eché un vistazo a mi alrededor, buscando en la distancia la familiar imagen de las nubes, en forma de yunque, o, en caso de que estuviera más cerca, la mole negra cargada de lluvia que oscurece el cielo en los minutos previos a que la tormenta se desate, pero el cielo ostentaba un color azul límpido en todas las direcciones. El aire, también, era fresco y despejado, sin indicio alguno del bochorno que siempre precede un chaparrón.

—La tormenta llegará esta tarde después de las siete. De hecho, vamos a examinar mi cohesor, desde el cual podemos determinar la hora exacta.

Caminamos de regreso hasta el laboratorio. Cuando íbamos andando noté que Randy Gilpin y su carruaje habían llegado, y estaban aparcados bastante lejos de donde estábamos nosotros. Randy me saludó con la mano, y yo le devolví el saludo.

Tesla señaló uno de los instrumentos en el que yo había reparado antes.

—Esto indica que actualmente hay una tormenta en la región de Central City, aproximadamente a ciento treinta kilómetros de distancia al norte de donde estamos nosotros. ¡Observa!

Señaló una parte del dispositivo que podía ser vista a través de una lente de aumento, y varias veces la golpeó con un dedo. Después de observar con atención durante un rato vi lo que intentaba enseñarme —una pequeña chispa eléctrica estaba llenando el espacio visible entre dos tachones de metal.

—Cada vez que chispea es porque está registrando un relámpago —me explicó Tesla—. A veces noto la descarga aquí, y más de una hora después se oye el trueno resonando desde lejos.

Estaba a punto de expresar mi incredulidad cuando recordé la profunda seriedad del hombre. Se

había desplazado hasta otro de los instrumentos, que estaba junto al cohesor, y apuntó dos o tres lecturas. Lo seguí atentamente.

—Sí —dijo—, señor Angier, ¿sería usted tan amable de mirar su reloj esta tarde, y apuntar el momento exacto en el cual vea el primer relámpago? Según mis cálculos debería ser entre las siete y cuarto y las siete y veinte de la tarde.

—¿Puede predecir el momento exacto? —pregunté.

—Con un margen de aproximadamente cinco minutos.

—¡Entonces podría hacer fortuna únicamente con esto! —exclamé.

No pareció demasiado interesado.

—Eso es secundario —dijo—. Mi trabajo es exclusivamente experimental, y lo que más me interesa es saber cuándo se desatará una tormenta, para poder aprovecharla al máximo. —Eché un vistazo hacia donde Gilpin estaba esperando—. Veo que su carruaje ha regresado, señor Angier. ¿Planea hacerme otra visita?

—Vine a Colorado Springs con tan sólo un propósito —le dije—. Tanto es así que podría llegar a proponerle un negocio.

—La mejor clase de proposición, según mi experiencia —dijo Tesla solemnemente—. Lo espero entonces pasado mañana.

Me explicó que hoy tenía previsto ir hasta la estación de ferrocarriles para recoger algunos artefactos más.

Entonces me fui, y regresé con Gilpin al pueblo.

Debo aclarar que exactamente a las siete y diecinueve de la tarde hubo un relámpago visible desde el pueblo, seguido poco después por el sonido de un trueno.

Entonces, en aquel preciso momento, comenzó una de las tormentas más espectaculares que nunca tuve la suerte de poder presenciar. Durante su curso, me atreví a asomarme al balcón de la habitación del hotel, y levanté la vista para mirar la cima de «El pico de Pike» y ver si podía verse algo del laboratorio de Tesla. Todo era oscuridad.

13 de julio de 1900

Hoy Tesla me ofreció una demostración de su Bobina en funcionamiento. Al comenzar me preguntó si me ponía nervioso con facilidad, y le dije que no.

Entonces, me dio una barra de hierro para que la sostuviera. Estaba conectada al suelo a través de una larga cadena. Trajo una gran bóveda de cristal, aparentemente llena de humo o de gas, y la colocó encima de la mesa frente a mí. Mientras yo sostenía la barra de hierro con la mano izquierda, coloqué, siguiendo sus instrucciones, la palma de mi mano derecha contra la cámara de cristal.

Instantáneamente, una luz brillante estalló de repente dentro de la bóveda, y sentí el vello de mi brazo erizarse. Retrocedí alarmado, y la luz se extinguió inmediatamente.

Al ver la sonrisa de Tesla, coloqué una vez más la mano contra el cristal y la mantuve allí firmemente mientras el extraño resplandor estallaba una vez más.

Luego siguieron varios experimentos similares, algunos de los cuales había visto realizar al propio Tesla en Londres. Decidido a no dejar entrever mi nerviosismo, soporté estoicamente la descarga eléctrica de cada uno de los artefactos. Finalmente, Tesla me preguntó si me importaría sentarme dentro del campo principal de su «Bobina experimental» ¡mientras él subía la potencia a veinte millones de voltios!

—¿Es totalmente seguro? —pregunté, al tiempo que adelantaba mi barbilla, con la mandíbula firme, como si estuviera acostumbrado a arriesgarme.

—Le doy mi palabra, señor. ¿Acaso no ha venido a verme para esto?

—Por supuesto que sí —confirmé.

Tesla me indicó que debía sentarme en una de las sillas de madera, y así lo hice. El señor Alley también se acercó hasta donde estábamos nosotros. Estaba arrastrando una de las otras sillas, la colocó a mi lado y se sentó. Me entregó una hoja de periódico.

—¡A ver si puede leer con esta luz sobrenatural! —me dijo, y tanto él como Tesla se rieron entre dientes.

Estaba sonriendo con ellos cuando Tesla tiró hacia abajo una palanca de metal, y junto con un ruido estruendoso que desgarraba los oídos, se produjo una repentina descarga de corriente eléctrica. El estallido procedía de los rollos de cables que había sobre mi cabeza, desplegándose como pétalos de algún inmenso y mortal crisantemo.

Observé estupefacto el modo en que estas descontroladas y chispeantes flechas eléctricas se arqueaban primero hacia arriba y alrededor de la cabeza de la bobina, y luego comenzaban a descender hacia donde nos encontrábamos Alley y yo, como si estuvieran buscando una víctima. Alley permaneció inmóvil a mi lado, así que me obligué a no moverme. De repente, una de las flechas me tocó y recorrió todo mi cuerpo de arriba a abajo como si estuviera tratando de reconocer y trazar mi contorno. Una vez más, mi piel se erizó, y mis ojos quedaron cegados por la luz, pero por lo demás no hubo dolor alguno, ni sensación de quemazón o de descarga eléctrica.

Alley señaló el periódico que todavía tenía cogido con las manos, así que lo sostuve delante de mí y descubrí, efectivamente, que el resplandor de la electricidad era más que suficiente para permitirme leer. Mientras sostenía la página delante de mí, dos chispas resbalaron por su superficie, casi como si estuvieran intentando incendiar el papel. Maravillosamente, milagrosamente, la página no se quemó.

Más tarde, Tesla me sugirió que tal vez querría dar otro corto paseo con él, y apenas estuvimos fuera, al aire libre, me dijo:

—Señor, permítame felicitarlo. Es usted muy valiente.

—Estaba decidido a no dejar traslucir mis verdaderos sentimientos —objeté.

Tesla me dijo que a muchos de los que visitaban su laboratorio se les ofrecía la misma demostración que yo acababa de ver, pero que pocos de ellos parecían preparados para someterse a los supuestos estragos de la descarga eléctrica.

—Tal vez ellos no han visto sus demostraciones —sugerí—. Sé que usted no pondría en peligro su propia vida, y por supuesto tampoco la de alguien que ha realizado un largo viaje desde Gran Bretaña para hacerle una proposición de negocios.

—Por supuesto que no —respondió Tesla—. Tal vez éste sea el momento oportuno para que hablemos tranquilamente de negocios. ¿Puedo preguntarle a usted, si no le importa, lo que tiene en mente?

—Justamente eso es lo que no sé... —empecé a decir, y luego hice una pausa, intentando encontrar las palabras adecuadas.

—¿Quiere usted proponerme invertir en mis investigaciones?

—No, señor, no es ésa mi intención —pude decir—. Sé que ha tenido muchas experiencias con inversores.

—Ciertamente, sí que las he tenido. Algunos piensan que soy un hombre difícil, y que muy poco de lo que tengo en mente es susceptible de convertirse en una ganancia a corto plazo para un inversor. Es algo que en el pasado ha dado lugar a relaciones muy controvertidas.

—¿Y actualmente también, me atrevo a decir? El señor Morgan estaba claramente presente en su cabeza mientras hablábamos el otro día.

—El señor J. P. Morgan es ciertamente una preocupación para mí en este momento.

—Permítame que le diga con sinceridad que yo soy un hombre rico, señor Tesla. Y espero poder ayudarlo.

—Pero no realizando ninguna inversión, dice usted.

—Realizando una compra —le contesté—. Deseo que construya para mí un artefacto eléctrico, y si podemos ponernos de acuerdo en un precio, yo se lo pagaré con mucho gusto.

Habíamos estado paseando alrededor de la circunferencia de la desnuda meseta sobre la cual se encuentra el laboratorio, pero en ese momento Tesla se detuvo inesperadamente. De repente adoptó una postura, mirando fija y pensativamente hacia los árboles que cubrían la ladera ascendente de la montaña que estaba frente a nosotros.

—¿Qué tipo de artefacto necesita? —me preguntó—. Como usted ya ha visto, mi trabajo es teórico, experimental. Nada de eso está a la venta, y el valor de todo lo que estoy utilizando actualmente es incalculable para mí.

—Antes de salir de Inglaterra —le dije—, leí un nuevo artículo acerca de su trabajo en el *Times*. En el artículo se decía que usted había descubierto que, en teoría, la electricidad podía ser transmitida a través del aire, y que planeaba demostrar este principio en un futuro cercano. —Tesla me observaba fijamente mientras hablaba, pero habiendo declarado mi interés hasta tal punto, tuve que continuar—. Muchos de sus colegas científicos han dicho aparentemente que es imposible, pero usted está seguro de lo que está haciendo. ¿No es cierto?

Miré a Tesla directamente a los ojos mientras le hacía esta última pregunta, y vi que sus facciones habían sufrido otro gran cambio. Ahora sus expresiones y sus gestos eran animados y expresivos.

—Sí, ¡es totalmente cierto! —gritó, e inmediatamente se enfrascó en un frenético y (para mí) bastante incomprensible informe acerca de lo que planeaba hacer.

¡Una vez que comenzó, era imparable! Aceleró sus pasos, hablando rápidamente y muy entusiasmado, obligándome así a caminar con rapidez para poder seguirle el ritmo. Estábamos dando vueltas a una cierta distancia alrededor del laboratorio, con la gran aguja de fondo constantemente a

la vista. Tesla gesticulaba señalándola varias veces mientras hablaba.

La esencia de sus palabras era que hacía mucho tiempo que había verificado que la forma más eficiente de transmitir su corriente eléctrica polifásica era elevarla a altos voltajes y conducirla a través de cables de alta tensión. Ahora estaba en condiciones de demostrar que si la corriente era elevada a un voltaje aún más alto entonces se convertiría en una corriente con una frecuencia extremadamente alta, y no se necesitaría ni un solo cable. La corriente sería *enviada*, irradiada, lanzada ampliamente dentro del éter, y mediante una serie de detectores o receptores, la electricidad podría ser capturada una vez más y volver a ser utilizada.

—¡Imagínese las posibilidades, señor Angier! —declaró Tesla—. ¡Cada aplicación, cada utilidad, cada comodidad conocida o imaginada por el hombre será propulsada por la electricidad que emana del aire!

Luego, de una manera que me recordó curiosamente a mi compañero de viaje Bob Tannhouse, Tesla se lanzó a enumerar una letanía de posibilidades: luz, calor, baños de agua caliente, comida, casas, entretenimientos, automóviles... Todas funcionarían de alguna manera misteriosa e indescriptible gracias a la energía eléctrica.

—¿Usted tiene esto en funcionamiento? —le pregunté.

—¡Sin duda alguna! Experimentalmente, se entiende, pero dichos experimentos pueden ser repetidos por otras personas, en caso de que se molestaran en intentarlo, y debidamente controlados. ¡Esto no es ningún fantasma! ¡Dentro de pocos años estaré generando energía eléctrica para el mundo entero, del mismo modo que actualmente alimento con mi electricidad a la ciudad de Buffalo!

Habíamos dado ya dos vueltas alrededor de la gran parcela de terreno mientras él desgranaba su explicación, y yo mantuve el ritmo de mi andar para permanecer a su lado, decidido a permitir que su arrebatado científico siguiera su curso. Sabía que su gran inteligencia le llevaría de nuevo a mis palabras iniciales. Por fin lo hizo.

—¿Entiendo entonces que usted desea comprar este artefacto, señor Angier? —me preguntó.

—No, señor —le contesté—. Estoy aquí para comprarle otra cosa.

—¡Pero yo estoy completamente dedicado al trabajo que le estoy describiendo!

—Y yo comprendo eso, señor Tesla. Pero yo estoy buscando algo nuevo. Dígame una cosa: si la corriente eléctrica puede ser transmitida, ¿podría la materia física también ser enviada desde un sitio hasta otro?

La rapidez de su respuesta me sorprendió. Dijo:

—La energía y la materia no son más que dos manifestaciones de la misma fuerza. Seguramente se da usted cuenta de esto, ¿verdad?

—Sí, señor —contesté.

—Entonces ya sabe la respuesta. Aunque debo agregar que no entiendo por qué alguien querría transmitir materia.

—¿Pero podría usted fabricar un artefacto que lograra transmitirla?

—¿De qué cantidad de materia estamos hablando? ¿Con cuánto peso tendría que trabajar? ¿De qué tamaño es el objeto?

—Nunca pesaría más de noventa y un kilos —le dije—. Y el tamaño... digamos que un metro con

ochenta y cinco centímetros de altura, como mucho.

Agitó la mano como quitándole importancia con un ademán.

—¿Qué suma me ofrece?

—¿Qué suma pide usted?

—Necesito desesperadamente ocho mil dólares, señor Angier.

No pude evitar reírme en voz alta. Era más de lo que había planeado, pero todavía estaba al alcance de mis posibilidades. Tesla parecía aprensivo, posiblemente pensando que yo estaba loco, y retrocedió un poco para alejarse de mí..., pero tan sólo unos momentos después nos estábamos abrazando en aquella meseta azotada por los vientos, dándonos el uno al otro palmadas en los hombros, dos deseos anhelados, dos deseos concedidos.

Cuando nos separamos, y nos dimos la mano para sellar el contrato, un fuerte trueno se oyó en algún lugar de las montañas que estaban detrás de nosotros, y nos envolvió, retumbando y resonando en los angostos desfiladeros.

14 de julio de 1900

Tesla me presiona para que lleguemos al acuerdo más duro que jamás haya imaginado. Me pide no ocho sino *diez* mil dólares, una pequeña fortuna para cualquiera. Pareciera ser que consulta con su almohada los asuntos importantes al igual que los hombres comunes, y se despertó esta mañana dándose cuenta de que los ocho mil dólares cubrirían únicamente el déficit con el cual estaba cargando antes de que yo llegara. Mi máquina costará más dinero. Aparte de esto, me ha exigido que le pague un buen porcentaje en efectivo, y por adelantado. Tengo tres mil dólares, y puedo conseguir otros tres con los cheques al portador que he traído conmigo, pero el resto tendré que enviarlo desde Inglaterra.

Tesla ha accedido inmediatamente al acuerdo.

Hoy me ha preguntado más detalladamente acerca de mi máquina. No siente curiosidad alguna por el efecto mágico que planeo conseguir, pero en cambio está preocupado por los aspectos prácticos. Por el tamaño del artefacto, por la fuente de energía que deberá utilizar, por el peso que deberá tener, por el grado de movilidad requerido.

Me sorpendo admirando su mente analítica. La movilidad era un aspecto en el cual no había pensado en absoluto, pero por supuesto éste es un factor crítico para un mago que realiza giras.

Ya ha comenzado a trazar los planos a grandes rasgos, y también intenta que me distraiga y disfrute de las ocasiones de ocio de Colorado Springs durante dos días, mientras él realiza una visita a Denver para adquirir los elementos necesarios para la fabricación de la máquina.

La reacción de Tesla frente a mi proyecto me ha convencido finalmente de algo que hasta ahora solamente sospechaba. ¡Borden no ha estado en contacto con Tesla!

Estoy aprendiendo cosas acerca de mi viejo adversario. A través de Olivia, intentó confundirme, orientándome hacia una dirección equivocada. Sus trucos utilizan la clase de efectos ostentosos que la gente piensa que son realizados gracias a la corriente eléctrica, pero de hecho no son más que

efectos. Pensó que yo iba a perder el tiempo en busca de no sé qué tontería, mientras que Tesla y yo estamos realmente acercándonos al verdadero corazón de la energía oculta.

¡Pero Tesla trabaja muy lentamente! Empiezo a preocuparme por el paso del tiempo. Inocentemente, había pensado que una vez encargado, Tesla construiría el mecanismo que yo necesitaba solamente en cuestión de horas. Ahora me doy cuenta, por la expresión de abstracción que veo en su rostro mientras lo escucho refunfuñar, de que se ha iniciado un proceso de invención que tal vez nunca llegue a un final práctico. (En una ocasión en la que nos encontrábamos solos, el señor Alley me confirmó que Tesla a veces puede concentrarse en un problema durante meses). Tengo presentaciones confirmadas en Inglaterra para octubre y noviembre, y debo estar de regreso en casa un tiempo antes.

Tengo dos días libres antes de que regrese Tesla, y por lo tanto supongo que podría aprovechar el tiempo para averiguar los horarios de trenes y barcos. Creo que Estados Unidos, un país estupendo en muchos aspectos, no es bueno suministrando tal información.

21 de julio de 1900

El trabajo de Tesla parece seguir su curso. Me permite visitar su laboratorio cada dos días, y a pesar de que he visto parte del artefacto, todavía no se habla de ninguna demostración. Hoy lo encontré absorto con sus experimentos de investigación.

Parecía estar hipnotizado y se quedó en parte irritado y en parte desconcertado al verme.

4 de agosto de 1900

Ha habido violentas tormentas cerniéndose sobre «El pico de Pike» durante tres días, y me he llenado de pesimismo y de frustración. Sé que Tesla debe estar ocupado con sus propios experimentos, no con los míos.

Los días transcurren rápidamente. ¡Tengo que estar a bordo del tren que va hasta Denver antes de que termine el mes!

8 de agosto de 1900

Apenas llegué al laboratorio esta mañana, Tesla me dijo que mi artefacto estaba preparado para realizar una demostración, y me preparé para verlo embargado por la emoción. Llegado el momento, sin embargo, el aparato se negó a funcionar, y después de ver cómo Tesla manipulaba el cableado durante más de tres horas, he regresado al hotel.

El First Bank de Colorado me ha dicho que dispondré de una nueva cantidad de dinero dentro de uno o dos días. ¡Tal vez eso anime a Tesla a esforzarse más!

12 de agosto de 1900

Hoy, otra demostración frustrada. El resultado me decepcionó mucho. Tesla parecía estar desconcertado, insistía en que sus cálculos no podían ser erróneos.

El fracaso queda registrado. El prototipo del artefacto es una versión más pequeña de su Bobina, con los cables dispuestos de otra manera. Después de una prolongada conferencia acerca de los principios (ninguno de ellos entendí, y la cual, no tardé en darme cuenta, estaba siendo pronunciada por Tesla para pensar en voz alta), sacó una barra de metal que él o el señor Alley habían pintado de un color naranja muy llamativo. La colocó sobre una plataforma, justo debajo de una especie de cono de cables invertido; el vértice del cono apuntaba directamente hacia la barra.

Cuando, siguiendo las instrucciones de Tesla, el señor Alley presionó una gran palanca colocada cerca de la Bobina original, se produjo la ruidosa pero ahora familiar explosión de descarga eléctrica formando una especie de arco. Casi al mismo tiempo, la barra naranja quedó envuelta por un fuego celeste, que serpenteaba a su alrededor amenazadora. (Yo, pensando en el truco que deseaba realizar sobre el escenario, me quedé en silencio, muy satisfecho con la apariencia de la demostración). El ruido y la incandescencia aumentaron rápidamente, y de repente pareció como si partículas fundidas de la propia barra estuvieran salpicando el suelo; aunque era evidente que no era así debido a la inmutable e indemne apariencia de la barra.

Después de unos segundos, Tesla agitó sus manos dramáticamente, el señor Alley colocó la palanca en su posición original, la electricidad desapareció instantáneamente, y la barra todavía estaba en su sitio.

Tesla permaneció absorto por el misterio, y, tal como había ocurrido antes, a partir de aquel momento mi presencia fue ignorada. El señor Alley me ha recomendado que me mantenga alejado del laboratorio durante algunos días, pero yo soy muy consciente de que el tiempo se acaba. Me pregunto si le habré dejado lo suficientemente claro la suma importancia de esto al señor Tesla.

18 de agosto de 1900

Hoy es un día que debo destacar no tanto porque se ha producido un nuevo fracaso, sino porque Tesla y yo hemos discutido con cierto resentimiento. La discusión tuvo lugar inmediatamente después de la demostración fallida, y por lo tanto los dos estábamos alterados, yo con decepción, Tesla con frustración.

Después de que la barra pintada de naranja permaneciera inmóvil una vez más, Tesla la tomó y me la ofreció para que yo la sostuviera. Unos segundos antes, había sido bañada por una luz radiante, con chispas que volaban en todas las direcciones.

La agarré con mucho cuidado, pensando que me quemaría los dedos. En cambio, estaba fría. Esto es lo extraño: no estaba simplemente a temperatura normal, en el sentido de que no había sido calentada, sino completamente fría, como si hubiera estado sumergida en hielo. Sostuve con esfuerzo

la barra en mis manos.

—Más fracasos como éste, señor Angier —dijo Tesla, con una voz bastante simpática—, y me veré obligado a darle eso a modo de recuerdo.

—Lo aceptaré —le contesté—. Aunque preferiría llevarme lo que he venido a comprar.

—Si me da el tiempo suficiente podré mover la Tierra.

—Tiempo es precisamente lo que no tengo —le contesté, arrojando la barra al suelo—. Y no es la Tierra lo que quiero mover. Ni tampoco esta vara de metal.

—Entonces le ruego que me diga cuál es el objeto que prefiere utilizar —dijo Tesla, con sarcasmo—. Me concentraré en él.

En aquel momento di rienda suelta a algunos de los sentimientos que había estado conteniendo desde hacía ya varios días.

—Señor Tesla —dije—, me he quedado aquí de pie a su lado sin hacer nada mientras usted utilizaba un trozo de metal, suponiendo que lo hacía con propósitos experimentales. Tengo la impresión, a estas alturas, de que usted podría utilizar alguna otra cosa en vez de esto, ¿no es así?

—Dentro de lo razonable, sí.

—¿Entonces por qué no construye el aparato para que realice lo que yo necesito?

—Porque, señor, ¡usted no me ha descrito explícitamente sus necesidades!

—No tienen nada que ver con el desplazamiento de cortas varas de hierro —dije con vehemencia—. Incluso si el artificio trabajara de la manera en que yo le especifiqué, a mí me sería de muy poca utilidad. ¡Yo quiero que transmita un cuerpo con vida! ¡Un hombre!

—¿Por lo tanto usted quiere que yo demuestre mis fracasos no con una mísera barra de hierro sino con un ser humano? ¿Y a quién propone usted para este peligroso experimento?

—¿Por qué peligroso? —pregunté.

—Porque cualquier experimento es arriesgado.

—Yo seré el que lo haga.

—¿Desea someterse *usted mismo*? —Tesla soltó una risa ligeramente amenazadora—. Señor, ¡tendré que pedirle el resto de su dinero antes de comenzar a experimentar con usted!

—Es hora de que me vaya —dije entonces, y me di la vuelta para retirarme, sintiéndome furioso y escarmentado. Cuando pasé a su lado los empujé para abrirme paso, y logré salir del laboratorio. No había rastro de Randy Gilpin pero de todas maneras seguí caminando, decidido si fuera necesario a bajar andando todo el camino hasta el pueblo.

—¡Señor Angier! —Tesla estaba de pie en la puerta de su laboratorio.— Vamos, no pronunciemos palabras tan precipitadas, de las que después podamos arrepentirnos. Yo debería habérselo explicado más detalladamente. Si hubiera sabido que usted deseaba transmitir organismos con vida, no me habría enfrentado a semejante desafío. Es muy difícil trabajar con compuestos de masa inorgánicos. Los tejidos con vida no presentan la misma clase de problemas.

—¿Qué es lo que quiere decir, profesor? —le pregunté.

—Si usted desea transportar un organismo vivo, por favor regrese aquí mañana.

—Así será.

Asentí con la cabeza para indicar mi conformidad y luego seguí mi camino sobre la inestable

gravilla del camino que descendía por la ladera de la montaña. Esperaba encontrarme con Gilpin en el camino de bajada, pero incluso si no aparecía, estaba decidido, de todas maneras, a sacarle el mayor provecho posible al ejercicio. La carretera descendía serpenteando por la montaña en una serie de pronunciadas curvas que doblaban una sobre la otra, muchas veces con una precipitada caída hacia uno de los lados.

Después de andar poco menos de un kilómetro vi de repente, en la hierba alta junto al sendero, un destello de color que me llamó la atención, y me detuve para investigar. Era una corta barra de hierro, pintada de color naranja, aparentemente idéntica a la que Tesla había estado utilizando. Pensando que después de todo podría quedarme un recuerdo de este extraordinario encuentro con Tesla, la recogí, la bajé por la montaña y la tengo ahora conmigo.

19 de agosto de 1900

Encontré a Tesla descorazonado cuando Gilpin me dejó en el laboratorio esta mañana.

—Me temo que estoy a punto de defraudarlo —me dijo cuando se acercó a abrirme la puerta—. Todavía queda mucho trabajo por hacer, y sé que le apremia su regreso a Gran Bretaña.

—¿Qué ha sucedido? —le pregunté, contento al ver que la furia que se había desatado entre nosotros ayer era cosa del pasado.

—Pensé que sería un asunto sencillo con organismos con vida. Sus estructuras son mucho más simples que las de los elementos. La vida ya contiene minúsculas cantidades de electricidad. Estaba trabajando suponiendo que todo lo que tenía que hacer era aumentar esa energía. ¡No puedo explicarme por qué no ha funcionado! Los cálculos salieron todos perfectamente bien. Venga y compruébelo usted mismo.

Dentro del laboratorio noté que el señor Alley estaba adoptando una postura nueva en él; estaba de pie de una manera belicosa, los brazos cruzados a modo de protección, la mandíbula amenazadoramente hacia fuera, el hombre más furioso y a la defensiva que jamás haya visto. A su lado, sobre una mesa de trabajo, había una gran jaula de madera, que contenía un diminuto gato negro, con los bigotes y las patas blancos, que en aquel momento estaba durmiendo.

Debido a que sus ojos permanecieron fijos en mí desde el primer instante en que entré en el laboratorio, le dije: —¡Buenos días, señor Alley!

—¡Espero que usted no sea partidario de esto, señor Angier! —gritó Alley—. Traje el gato de mis hijos con la condición, bajo estricta promesa, de que no sería lastimado. ¡El señor Tesla me lo garantizó anoche! ¡Y ahora insiste en que sometamos a la desgraciada criatura a un experimento que sin duda alguna la matará!

—Esto no me gusta nada —le dije a Tesla.

—A mí tampoco. ¿Cree usted que soy inhumano, que soy capaz de torturar a una de las criaturas más hermosas de Dios? Venga y dígame lo que piensa.

Me condujo hasta el artefacto, el cual, saltaba a la vista, había sido completamente reconstruido durante la noche. Cuando estaba a aproximadamente medio metro de distancia de él, ¡retrocedí

horrorizado! Alrededor de media docena de enormes cucarachas, con caparazones negros y brillantes, y largas antenas, estaban esparcidas por todas partes. Eran las criaturas más repulsivas que jamás haya visto.

—Están muertas, Angier —dijo Tesla, al notar mi reacción—. No pueden hacerle daño.

—¡Sí, muertas! —dijo Alley—. ¡Y ése precisamente es el problema! Pretende que yo permita que el gato se enfrente al mismo peligro.

Bajé la mirada para observar a los inmensos y desagradables insectos, receloso de la aparición de cualquier indicio que indicara que regresaban a la vida. Me eché hacia atrás nuevamente cuando Tesla golpeó una con la punta de su bota, y le dio vuelta para que yo la viera.

—Parece que he construido una máquina que asesina cucarachas —murmuró Tesla suavemente—. Ellas también son criaturas de Dios, y me siento descorazonado. Mi intención no era que este dispositivo quitara la vida.

—¿Qué es lo que está saliendo mal? —le pregunté a Tesla—. Ayer parecía usted estar seguro.

—He calculado y recalculado una docena de veces. Alley también ha comprobado mis cálculos. Es la pesadilla de todo científico experimental: una dicotomía inexplicable entre los resultados teóricos y los reales. Confieso que estoy desconcertado. Nunca antes me había sucedido algo como esto.

—¿Puedo ver los cálculos? —pregunté.

—Por supuesto, pero si no es matemático me temo que no tendrán mucho sentido para usted.

Él y Alley me trajeron una gran libreta de hojas sueltas en el cual habían anotado sus cálculos, y los tres juntos los estudiamos esmeradamente durante un largo rato.

Tesla me enseñó, y yo me esforcé todo lo que pude en comprenderlo, el principio oculto detrás de los cálculos, y los resultados a los que había llegado. Asentí con la cabeza pretendiendo que lo entendía, pero únicamente al final, cuando dejé atrás los cálculos y me concentré en los resultados, pude vislumbrar por fin un tenue rayo de comprensión.

—¿Dice usted que esto determina la distancia? —le pregunté.

—Ésa es una variable. He estado utilizando un valor de cien metros con propósitos experimentales, pero es un valor teórico, ya que, como usted puede ver, nada de lo que intento transportar viaja absolutamente a ninguna distancia.

—¿Y este valor de aquí? —pregunté, señalando otra línea con el dedo.

—El ángulo. He estado utilizando puntos cardinales. Se dirigirá hacia cualquier punto de los trescientos sesenta grados desde la cima del vórtice de energía. Una vez más, es de momento un valor asignado a efectos teóricos.

—¿Ha determinado algún lugar para el proceso de materialización? —pregunté.

—No de momento. Hasta que el artefacto no esté completamente en funcionamiento simplemente estoy apuntando al aire despejado al este del laboratorio. ¡Hay que tener cuidado de no provocar la materialización en una posición que ya se encuentre ocupada por otra masa! No quisiera ni pensar en lo que podría llegar a ocurrir.

Miré pensativamente los cálculos apuntados con pulcritud. No comprendo lo que sucedió, ¡pero de repente me invadió la inspiración! Salí corriendo del laboratorio y miré fijamente desde la puerta

hacia el este. Tal como Tesla había dicho, todo lo que podía verse en la distancia era sobre todo aire, porque en aquella dirección era donde la meseta se hacía más y más angosta y el terreno comenzaba a descender unos diez metros del camino. Me acerqué de inmediato y miré hacia abajo. Debajo de mí pude divisar, a través de los árboles, el sendero que bajaba serpenteando la ladera de la montaña.

Cuando regresé al laboratorio me dirigí directamente hacia donde estaba mi baúl de viaje y saqué la barra de hierro que había encontrado junto al camino ayer por la tarde. La sostuve en mis manos para que Tesla la viera.

—Supongo que éste es el objeto de su experimento, ¿verdad?

—Sí, lo es.

Le dije dónde la había encontrado, y cuándo. Se dirigió rápidamente hasta el artefacto, donde se hallaba su gemela, descartada en favor de las desgraciadas cucarachas. Las sostuvo una al lado de otra, y Alley y yo nos pusimos de pie a su lado, maravillados ante su idéntica apariencia.

—¡Estas marcas, señor Angier! —dijo Tesla sorprendido, acariciando suavemente con los dedos una cruz grabada con pulcritud en el metal—. La hice para poder, eventualmente, comprobar por identificación que este objeto había sido transmitido a través del éter. Pero...

—¡Ha hecho un facsímil de ella misma! —dijo Alley.

—¿Dónde me dijo que encontró esto, señor? —me preguntó Tesla.

Conduje a los dos hombres al exterior y se lo expliqué, señalando hacia más abajo de la montaña. Tesla se quedó mirando fijamente y pensando en silencio durante un rato.

Luego dijo: —¡Necesito ver el lugar exacto! ¡Muéstremelo! —Y a Alley le dijo—: ¡Trae el teodolito, y una cinta métrica! ¡Lo más rápido que puedas!

Y entonces empezó a descender por el escarpado sendero, cogiéndome por el antebrazo, implorándome que le enseñara la localización exacta del hallazgo. Supuse que sería capaz de guiarlo hasta allí sin ningún problema, pero a medida que íbamos descendiendo cada vez más por el camino, ya no estaba tan seguro. Los inmensos árboles, las rocas rotas, la vegetación del bosque y el suelo cubierto de maleza, todo se parecía mucho. Con Tesla gesticulándome y farfullándome en la oreja era prácticamente imposible concentrarse.

En determinado momento, llegué a una curva concreta del camino donde la hierba estaba muy alta, y me detuve ante ella. Alley, que había estado trotando detrás de nosotros, nos alcanzó enseguida, y siguiendo las instrucciones de Tesla colocó el teodolito. Unas pocas medidas tomadas cautelosamente fueron suficientes para que Tesla descartara el lugar.

Después de aproximadamente media hora habíamos localizado otro lugar parecido. Estaba exactamente al este del laboratorio, aunque por supuesto a una considerable distancia debajo de él. Teniendo en cuenta la empinada bajada de la ladera, así como el hecho de que la barra de hierro seguramente hubiera podido rebotar y rodar al golpearse con el suelo, podía ser muy probablemente el sitio en el que la barra se había materializado. Era evidente que Tesla se sentía satisfecho, y estuvo sumido en sus pensamientos durante todo el camino en ascensión de la montaña de regreso al laboratorio.

Yo también había estado pensando, y en cuanto estuvimos dentro una vez más dije: —¿Puedo

hacer una sugerencia?

—Ya estoy bastante endeudado con usted, señor —contestó Tesla—. ¡Dígame lo que quiere!

—Ya que tiene la posibilidad de calibrar el dispositivo, en vez de apuntar sus experimentos simplemente al aire, en dirección este, ¿no podría enviarlos a una distancia más corta? ¿Tal vez hasta la otra punta del mismo laboratorio, o al exterior, al área que rodea el edificio?

—¡Evidentemente pensamos igual, señor Angier!

En todas las veces que había estado con él, nunca antes había visto a Tesla tan alegre, y él y Alley se pusieron a trabajar inmediatamente. Una vez más me convertí en alguien que sobraba, y me fui a sentar silenciosamente a la parte de atrás del laboratorio. Hacía mucho ya que había adquirido el hábito de llevarme conmigo algo de comida al laboratorio (Tesla y Alley tienen los hábitos de comida más irregulares que jamás haya visto cuando están muy concentrados en su trabajo) y entonces me comí los bocadillos preparados especialmente para mí por el personal del hotel.

Después de un período más largo y más tedioso de lo que podría aquí describir, Tesla dijo finalmente:

—Señor Angier, creo que estamos preparados.

Y así me dirigí hasta allí para examinar el artefacto, ante el mundo entero, como un miembro del público de un teatro, invitado a subir al escenario para inspeccionar la caja de un mago, y junto con Tesla salimos fuera y determinamos sin lugar a dudas que en el área que había escogido como blanco no había ninguna clase de barra de metal.

Cuando introdujo la barra experimental, y accionó la palanca, un más que satisfactorio estruendo anunció el exitoso fin del experimento. Los tres salimos corriendo hacia el punto de materialización y, efectivamente, allí, sobre la hierba, estaba la ya familiar barra de metal pintada de color naranja.

De regreso en el laboratorio examinamos la pieza «original». Estaba helada, pero indudablemente era idéntica a la gemela que había sido producida a partir de ella a través del vacío del espacio.

—Mañana, señor —me dijo Tesla—, mañana, y con el consentimiento aquí de mi noble asistente, procuraremos transportar sin peligro alguno al gato desde un lugar hasta otro. Si podemos conseguirlo, supongo que estará satisfecho.

—Ciertamente, señor Tesla —dijo con entusiasmo—. Ciertamente.

20 de agosto de 1900

Y ciertamente lo hemos conseguido. ¡El gato ha cruzado el éter totalmente ileso!

Sin embargo, hubo un pequeño percance y Tesla se ha concentrado en los detalles de la investigación, y una vez más me ha enviado al hotel, y una vez más me sorprende a mí mismo preocupado por el tiempo que se escapa.

Tesla me ha prometido otra demostración mañana, y esta vez me ha dicho que no habrá ningún problema. Presiento a un hombre ansioso por cobrar el resto de sus honorarios.

11 de octubre de 1900

Casa Caldlow, Derbyshire.

No esperaba vivir para escribir estas palabras. Tras el accidental fallecimiento de mi hermano mayor Henry, y debido a que no ha dejado ningún testamento, finalmente he heredado el título y las tierras de mi padre.

Ahora resido permanentemente en la casa de la familia, y he abandonado mi carrera de mago de escenario. Mi rutina diaria está ocupada con la administración de la herencia, y la necesidad de resolver los numerosos problemas prácticos originados por los caprichos de Henry, sus deslices y sus estimaciones financieras totalmente equivocadas.

Ahora firmo con mi nombre,
Rupert, 14° conde de Colderdale.

12 de noviembre de 1900

Acabo de regresar de una corta visita a mi antigua casa en Londres. Mi intención era limpiar a fondo el lugar y mi antiguo taller, y vender ambas propiedades en el mercado inmobiliario. La finca de Caldlow está al borde de la bancarrota y necesito reunir algún dinero urgentemente para realizar reparaciones que no pueden esperar, tanto de la casa como de otras fincas que componen la herencia. Naturalmente, me maldigo a mí mismo por haber despilfarrado casi toda la riqueza acumulada durante mi carrera sobre el escenario en Tesla. Prácticamente la última cosa que hice antes de abandonar Colorado, a punto de regresar a Inglaterra urgentemente tras haber recibido la noticia de la muerte de Henry, fue entregarle el resto de los honorarios. En aquel entonces no se me ocurrió lo radicalmente que iba a cambiar mi vida a causa de aquella noticia.

Sin embargo, regresar a Idmiston Villas provocó en mí una sensación imprevista.

Lo encontré lleno de recuerdos, por supuesto, y tan mezclados como lo pueden estar recuerdos de este tipo, pero sobre todo me vinieron a la memoria mis primeros días en Londres. En aquel entonces era poco más que un niño, desheredado, inexperto en las costumbres del mundo, educado de manera incompleta, sin estar cualificado para realizar ningún oficio o profesión. Así y todo me había labrado un porvenir, una vida y un sustento, contra todo pronóstico, y al final me hice moderadamente rico y más conocido de lo habitual. Estaba, y supongo que todavía lo estoy, en lo más alto de la profesión de mago. Y lejos de descansar sobre mis laureles, invertí casi todo mi dinero en ambiciosos e innovadores artefactos de magia, el uso de los cuales le hubiera dado indudablemente un nuevo impulso a mi carrera.

Estuve pensando de esta manera tan melancólica durante dos días, y finalmente envié una nota al domicilio de Julia. Ella estaba presente en mis pensamientos, porque a pesar de habernos separado hace muchos años, todavía identifico mis primeros días en Londres con ella. Ya no puedo distinguir mis primeros planes y mis primeros sueños del período en el cual me enamoré de ella.

Más que para mi sorpresa, para mi intenso placer, accedió a reunirse conmigo, y dos días atrás pasé una tarde con ella y los niños en la casa de una de sus amigas.

Ver nuevamente a mi familia bajo tales circunstancias fue emocionalmente abrumador, y todos los planes que había hecho de antemano para hablar de asuntos prácticos fueron abandonados de inmediato. Julia, al principio fría y distante, se vio evidentemente muy afectada por mis expresiones de sorpresa y de emoción (Edward, con dieciséis años ahora, ¡es tan alto y apuesto!; ¡Lydia y Florence son tan hermosas y dulces!; no pude quitarles los ojos de encima en toda la tarde) y pronto me estaba hablando amable y afectuosamente.

Luego le conté mis noticias. Incluso cuando estuvimos casados y viviendo juntos, nunca le había revelado mi pasado, por lo tanto mis palabras fueron una triple sorpresa para ella. Primero tuve que contarle que una vez había renunciado a una familia y a una herencia de las que ella nunca había sabido nada, segundo, que ahora había regresado a ella, y tercero, que como consecuencia había decidido abandonar mi carrera de mago.

Como debí haberme imaginado, Julia pareció tomarse todo esto con mucha calma.

(Únicamente cuando le dije que de ahora en adelante deberían dirigirse a ella como Lady Julia, su compostura se quebró momentáneamente). Un poco más tarde, me preguntó si estaba seguro de abandonar mi carrera. Le dije que no veía ninguna otra alternativa. Me dijo que, a pesar de que estuviéramos separados, había seguido mi carrera de mago con admiración, lamentando únicamente no seguir siendo parte de ella.

A medida que íbamos hablando, sentía que iba creciendo dentro de mí, o más precisamente que me iba hundiendo en una desesperación por haber abandonado a mi esposa, y aún más imperdonable, a mis espléndidos hijos, y todo por el bien de la mujer estadounidense.

Ayer, antes de abandonar Londres, fui en busca de Julia una segunda vez. Esta vez los niños no estaban con ella.

Me puse a su merced, le supliqué que me perdonara por todos los pecados que había cometido contra ella. Le rogué que volviera conmigo, y que viviera conmigo una vez más como mi esposa. Le prometí que haría todo lo que me pidiera siempre y cuando estuviera a mi alcance, si ella aceptaba.

Me dijo que no, pero me prometió que lo consideraría detenidamente. No merezco nada más.

Más tarde, cogí el tren nocturno a Sheffield. No pensé en otra cosa que no fuera una reconciliación con Julia.

14 de noviembre de 1900

Sin embargo, me veo obligado a no pensar en nada más que no sea en el dinero, enfrentado como estoy nuevamente a las realidades de esta casa en franco deterioro.

Es ridículo tener problemas a causa de la escasez de dinero, tan poco tiempo después de haber despilfarrado aquella inmensa suma, así que le he escrito a Tesla exigiéndole que me reembolse todo lo que le pagué. Hace ya casi tres meses que me fui de Colorado Springs y no he recibido ni una mísera carta de su parte. Tendrá que pagarme, sin importar las circunstancias, porque también he

escrito a la firma de abogados en Nueva York que me ayudó con un pequeño asunto legal durante mi última gira. Les he dado instrucciones para que entablen demandas en su contra a partir del primer día del mes que viene. Si realiza el reintegro inmediatamente, recibirá mi carta anulando la persecución, pero tendrá que enfrentarse con las consecuencias si no lo hace.

15 de noviembre de 1900

Estoy a punto de regresar a Londres.

17 de noviembre de 1900

Ya estoy de regreso en Derbyshire, y cansado de viajar en trenes. No estoy, sin embargo, cansado de vivir.

Julia me ha propuesto una manera en la que podremos estar juntos en el futuro.

Sólo tengo que tomar una simple decisión.

Dice que volverá conmigo, que vivirá conmigo una vez más como mi esposa, pero únicamente si yo reanudo mi carrera de mago. Quiere que abandone la Casa Caldlow y que regrese a Idmistor Villas. Dice que ella y los niños no quieren mudarse a una casa que se encuentra en un lugar tan apartado y, para ellos, desconocido de Derbyshire. Me ha planteado el asunto en términos tan simples que sé que no son negociables.

Para intentar persuadirme de que su propuesta también es para mi propio bien, aduce cuatro argumentos generales.

Primero dice que lleva el escenario en la sangre tanto como yo, y que a pesar de que ahora ve a los niños como su responsabilidad más importante, desearía participar completamente en todas mis futuras empresas. (Me imagino que, en el fondo, quiere decir que no podré partir de gira fuera de Inglaterra sin ella, para que no haya ningún riesgo de que otra Olivia Svenson se interponga entre nosotros). A principios de este año, argumenta después, yo estaba en la cima de mi profesión, pero debido a mi inactividad, el desgraciado de Borden está a punto de ocupar mi lugar. Aparentemente, sigue realizando su versión del truco del cambio.

Julia me recuerda entonces que la única manera estable de ganar dinero que conozco es realizando trucos de magia sobre un escenario, y que tengo la obligación de seguir manteniéndola y también de administrar la herencia de la familia, la existencia de la cual ella ignoraba por completo hasta la semana pasada.

Finalmente, señala que no perderé mi herencia por el hecho de continuar trabajando en Londres, y que la casa y todo lo que incluye la herencia todavía me estarán esperando cuando llegue el momento de retirarme. Los asuntos urgentes, tales como las reparaciones, pueden ser manejados desde Londres casi tan fácilmente como desde la casa.

Por lo tanto, he regresado a Derbyshire, aparentemente para ocuparme de los asuntos desde aquí,

pero de hecho necesito algo de tiempo a solas para poder pensar.

No puedo no hacerme cargo de mis responsabilidades en la Casa Caldlow. Están los aparceros, la servidumbre de la casa, los compromisos que mi familia ha establecido tradicionalmente con la diputación rural, con la iglesia, con los parroquianos, etcétera. Me sorprende tomándome estos asuntos muy seriamente, así que supongo que siempre, hasta el día de hoy, han estado fuyendo, sin que yo lo sospechara siquiera, en mi sangre.

Pero ¿de qué manera puedo ser útil yo en cualquiera de estas funciones si estoy a punto, según parece, de quedarme en bancarrota?

19 de noviembre de 1900

Lo que realmente quiero es estar con Julia y mi familia una vez más, y para conseguirlo tengo que aceptar las condiciones de Julia. Mudarme otra vez a Londres no tiene por qué ser algo complicado, si bien es cierto que me resulta difícil pensar en la idea de regresar a actuar sobre un escenario.

He estado alejado de mi profesión durante solamente unas semanas, pero no me había dado cuenta de la carga en que se había convertido todo aquello. Recuerdo aquel día, allí en Colorado Springs, en el cual recibí tardíamente la noticia de la muerte de Henry. No pensé en absoluto en Henry y su humillante pero apropiado fallecimiento en París. Lo que sentí fue para mí un estallido de alivio, un alivio verdadero y estimulante.

Estaría libre por fin de las tensiones y presiones mentales asociadas con la magia.

Se terminarían, por suerte se terminarían, las horas diarias de práctica. No más estancias nocturnas en horrorosos hoteles provinciales o pensiones junto al mar. No más agotadores viajes en tren. Me liberaría de la interminable atención que deben prestarse a las cuestiones prácticas: asegurarme que los accesorios y los trajes llegaran a los mismos lugares que yo y a la misma hora, comprobar el área de los bastidores de los teatros para poder aprovechar mis accesorios lo mejor posible, emplear y pagarle a mi plantilla de empleados, y otras mil tareas menos importantes.

Todo esto de repente había desaparecido de mi vida.

Y también había pensado en Borden. Allí estaba mi inquebrantable enemigo, al acecho en el mundo de la magia, listo para reanudar su campaña de malignidades en mi contra.

Si no regresara nunca, no me perdería nada. No me había dado cuenta de cómo crecía el resentimiento dentro de mí.

Pero Julia me tienta.

Están las felices risas del público cuando realizo un efecto sorprendente, el resplandor de las luces sobre mí, la amistad de los otros artistas que conozco diariamente, los aplausos al final de mi actuación. También inevitablemente, la fama, las disimuladas miradas de admiración en la calle, la respetuosa estima de mis contemporáneos, el reconocimiento de las esferas más altas de la sociedad. Ningún hombre sincero puede decir que todo esto no significa nada para él.

Y el dinero. ¡Cómo deseo el dinero!

Sin duda ya no se trata de qué voy a decidir, sino de lo rápido que voy a convencerme de que

debo hacerlo.

20 de noviembre de 1900

Una vez más en tren hacia Londres.

21 de noviembre de 1900

Estoy en Idmiston Villas, y he encontrado aquí una carta de Alley, el asistente de Nikola Tesla. Ahora la transcribo:

27 de septiembre de 1900

Señor Angier:

Supongo que usted no se habrá enterado, pero Nikola Tesla ya se ha ido de Colorado, y se rumorea que ha desplazado sus actividades hacia el este, probablemente a Nueva York o a Nueva Jersey. Aquí, sus acreedores han tomado posesión de su laboratorio, y actualmente está buscándose un comprador. A mí me han dejado en la estacada, con una deuda de más de un mes de sueldo.

A usted le interesará saber, sin embargo, que en algunos asuntos el señor Tesla es un hombre de honor, y antes de que finalizáramos aquí nuestro trabajo su aparato fue enviado en barco a su taller, siguiendo sus instrucciones.

Una vez que el artefacto haya sido montado correctamente (yo mismo he escrito las instrucciones de montaje) descubrirá que funciona perfectamente, y que respeta fielmente las especificaciones técnicas acordadas. El artefacto se autorregula, y debería funcionar durante muchos años sin la necesidad de ningún tipo de ajuste o de reparación. Todo lo que debe hacer es mantenerlo limpio, despejar las tomas de corriente en caso de que se apagaran y, en general, asegurarse de que cualquier daño físico que pueda sufrir sea reparado. (El señor Tesla adjunta un juego de piezas de reposición para aquellas partes que seguramente, a medida que vaya pasando el tiempo, necesitarán ser reemplazadas. Todas las otras partes, como por ejemplo los puntales de madera, pueden ser reemplazadas por sus proveedores habituales). A mí, por supuesto, me fascinaría saber los trucos que realizará con esta extraordinaria invención, porque soy, como usted sabe, uno de sus más fervientes admiradores. A pesar de que no estuvo aquí para verlo usted mismo, puedo dar fe de que Pies de Nieve (el nombre del gato de mis hijos) fue transportado mediante el dispositivo varias veces sin ningún problema, y ya está de regreso una vez más con nuestra familia como un animal doméstico.

Permítame decir entonces para concluir, señor, que es un honor para mí haber desempeñado un papel, sin importar lo pequeño haya sido, en la construcción de este artefacto para usted.

Lo saludo atentamente,

Fareham K. Alley,
Ingeniero Diplomado

P.D.: Una vez usted fue lo suficientemente amable como para admirar y fingir desconcierto ante los pequeños trucos que yo temía tanto mostrarle. Ya que puso tanto empeño en obtener una explicación, tal vez le gustaría saber que mi pequeño truco con las cinco cartas de juego y los dólares de plata que desaparecen fue logrado por una combinación de clásicos juegos de manos. Me sentí muy gratificado por su reacción ante este truco, y estaría encantado de enviarle instrucciones más detalladas sobre cada uno de los pasos a seguir, en caso de que usted las necesitara.

F.K.A.

Apenas terminé de leer esto salí corriendo para mi taller. Pregunté a todos mis vecinos si no había llegado recientemente un gran paquete desde Estados Unidos, pero no sabían nada de él.

22 de noviembre de 1900

Le enseñé la carta de Alley a Julia esta mañana, olvidándome por completo de que todavía no le había contado nada acerca de mi reciente viaje a Estados Unidos, y de lo que había hecho allí. Por supuesto, se despertó su curiosidad, y entonces tuve que explicarle.

—¿Así que es allí donde ha ido a parar todo tu dinero?

—Sí.

—¿Y aparentemente Tesla se ha escapado, y lo único que tenemos es esta carta?

Le aseguré que se podía confiar en Alley, y le señalé que él había escrito su carta sin que yo le solicitara nada. Durante un rato discutimos lo que podría haber sucedido con el paquete *en route* hacia mí, dónde podría estar y cómo recuperarlo.

Luego Julia dijo:

—¿Por qué es tan importante este truco?

—No es el truco en sí —le contesté—. Lo que es importante es el medio por el cual se realiza.

—¿Tiene algo que ver el señor Borden con todo esto?

—Veo que no te has olvidado de Borden.

—Querido mío, fue Alfred Borden el causante de nuestro distanciamiento. He tenido muchos

años para reflexionar, y todo se remonta a aquel día en que me atacó y todo salió mal. —Las lágrimas asomaban a los ojos, que brillaban con dolor, pero habló conteniendo la furia y sin indicio alguno de que estuviera sintiendo lástima por ella misma—. Si él no me hubiera empujado, yo no hubiese perdido a nuestro primer hijo, y todo el tiempo que transcurrió después, durante el cual sentí que una gran distancia se abría entre nosotros, hubiera sido distinto. Entonces comenzó tu descontento. Incluso nuestros queridos hijos, que vinieron después, no pudieron compensar la crueldad y la estupidez de lo que hizo Borden aquel día, y el hecho de que vuestro enfrentamiento continúe es prueba de la indignación que seguramente tú también debes sentir todavía.

—Nunca te he hablado de eso —le dije—. ¿Cómo lo sabes?

—Porque no soy tonta, Rupert, y también he leído comentarios ocasionales en las revistas de magia. —Ignoraba que todavía estuviera suscrita a dichas revistas—. Aún eres una de mis preocupaciones principales —dijo—. Simplemente me pregunto por qué nunca me has hablado de sus ataques.

—Porque supongo que me siento un poco avergonzado por nuestra animadversión.

—¿Estás seguro de que él es el agresor?

—He tenido que defenderme —dijo.

Le conté acerca de las investigaciones que había realizado sobre su pasado, y mis intentos de descubrir cómo realizaba el truco. Luego le describí las esperanzas que tenía con el aparato de Tesla.

—Borden cuenta con engaños escénicos estándares —le expliqué—. Utiliza cajas y luces y maquillaje, y cuando se transporta desde una punta a otra del escenario, lo hace ocultándose. Se mete en un artefacto y emerge por otro. Es algo brillante, pero lo cierto es que los accesorios no sólo protegen el misterio, sino que también lo banalizan. La belleza del dispositivo de Tesla es que el truco puede realizarse al aire libre, ¡y para la materialización no se necesita ningún accesorio! Si funciona como lo he planeado me transportaré instantáneamente hasta cualquier lugar que desee: hasta una parte del escenario que se encuentre vacía, hasta el palco real, hasta la parte delantera del grandioso anfiteatro, ¡incluso hasta una butaca vacía en el centro de la platea! Hasta la parte, de hecho, que provoque el mayor impacto en el público.

—Suenas un poco provisional —dijo Julia—. ¿Dices que todavía estás planeándolo?

—Según dice Alley en su carta, me lo ha enviado... ¡pero todavía tengo que recibirlo!

Julia era el público perfecto para mis entusiasmas efusiones acerca del dispositivo de Tesla, y en las siguientes horas discutimos todas las posibilidades que me ofrecía.

Julia identificó rápidamente el objetivo primero que había originado mi idea: si yo llegaba a realizar este truco sobre un escenario público, ¡esto frustraría a Borden para siempre!

Si aún me quedaba alguna duda acerca de lo que debía hacer, Julia la disipó para siempre. De hecho, estaba tan entusiasmada que comenzamos inmediatamente la búsqueda de nuestro paquete.

Yo comenté, con pesimismo, que nos tomaría varias semanas visitar las numerosas oficinas de agentes de envíos de Londres, tratando de localizar una caja que no hubiera sido entregada. Pero Julia dijo, con su habitual forma de cortar el nudo gordiano: ¿Por qué no empezamos nuestra búsqueda en la estafeta? Y así, dos horas después, localizamos dos inmensas cajas de embalaje que

habían sido enviadas a mi nombre, esperando sanas y salvas en el departamento de cartas no reclamadas de la oficina de clasificación de Mount Pleasant.

15 de diciembre de 1900

Gran parte de las tres últimas semanas han transcurrido en una frustrante agonía, porque he estado esperando la instalación de electricidad en mi taller. Me sentía como un niño pequeño con un juguete nuevo con el cual no podía jugar. El artefacto de Tesla ha permanecido, ya montado, en mi taller desde que lo recogí en Mount Pleasant, pero sin una fuente de energía eléctrica no sirve para nada. ¡He leído las claras instrucciones del señor Alley miles de veces! Sin embargo, después de mis cada vez más frecuentes notificaciones recordatorias y de insistente urgencia, la Compañía de Electricidad de Londres ha realizado finalmente el trabajo necesario.

Desde entonces he estado ensayando, inmerso mental y emocionalmente en las demandas que este extraordinario dispositivo me exige. Éste, sin ningún orden en particular, es un resumen de lo que he aprendido.

Funciona a la perfección, y ha sido ingeniosamente diseñado para poder trabajar con todas las versiones que se conocen actualmente de fuentes de energía eléctrica.

Esto significa que puedo viajar con mi espectáculo a Europa, a Estados Unidos y hasta (según asegura Alley en sus instrucciones) al Lejano Oriente.

Sin embargo, no puedo realizar mi espectáculo a menos que el teatro tenga alguna clase de suministro de energía eléctrica. En el futuro tendré que comprobar esto antes de aceptar cualquier nuevo contrato, así como también muchas otras cuestiones (algunas de las cuales paso a detallar).

Movilidad. Sé que Tesla lo ha hecho lo mejor posible, pero el equipo es endemoniadamente pesado. De ahora en adelante, planear el envío, desembalar y montar el artefacto es una prioridad. Esto significa, por ejemplo, que la simple informalidad de un viaje en tren hasta uno de mis espectáculos es algo del pasado, al menos si deseo realizar el truco de Tesla.

Ensayos técnicos. El artefacto tiene que ser montado dos veces. Primero para una comprobación privada durante la mañana previa al espectáculo, luego, mientras el telón está bajado y se está realizando otro número, tiene que ser montado una vez más para la actuación. El admirable Alley ha incluido sugerencias sobre cómo se puede realizar de forma rápida y silenciosa, pero aun así será un trabajo muy duro. Se precisa mucha práctica y más asistentes.

Distribución física de los teatros. Yo o Adam Wilson deberemos hacer siempre un reconocimiento con antelación.

Colocar cajas en el escenario. Esto puede ser muy sencillo, pero en muchos teatros provoca hostilidad con la plantilla de empleados que trabaja entre bastidores, quienes por alguna razón piensan que tienen el derecho automático de exigir que les sean desvelados lo que ellos consideran son secretos del oficio. En este caso, permitir que gente extraña vea lo que hago en realidad en el escenario está fuera de toda discusión. Una vez más, es necesario más trabajo de preparación de lo habitual.

El apagado del artefacto tras la actuación y el posterior proceso de reempaquetado también son procedimientos de mucho riesgo. No puedo aceptar ninguna presentación hasta que estos procedimientos y sus subsiguientes problemas hayan sido elaborados y resueltos.

¡Toda esta preparación especial! Sin embargo, la planificación y los ensayos meticulosos son esenciales para el éxito de la magia practicada sobre un escenario, y yo estoy familiarizado con ambos.

Un pequeño paso hacia adelante. Todos los trucos escénicos son bautizados por sus inventores, y así se hacen conocidos en la profesión. «Las tres gracias», «Decapitación», «Cassadaga propaganda», son ejemplos de tres trucos que son actualmente muy exitosos entre el público de la platea. Borden, el muy aburrido, llama a su mediocre versión del truco «El nuevo hombre transportado» (nombre que nunca he utilizado, ni cuando estaba empleando sus métodos). Después de pensarlo bastante he decidido llamar a la invención de Tesla «En un abrir y cerrar de ojos», y a través de este nombre se hará conocido.

También aprovecho para dejar constancia de que desde el pasado lunes 10 de diciembre, Julia y nuestros hijos han regresado y están viviendo conmigo en Idmiston Villas. Verán la Casa Caldlow por primera vez cuando vayamos allí a pasar las fiestas de Navidad.

29 de diciembre de 1900

En la Casa Caldlow.

Soy un hombre feliz, gracias a mi segunda oportunidad. No puedo soportar pensar en Navidades pasadas cuando estaba separado de mi familia, ni en la idea de perder nuevamente esta felicidad.

Por lo tanto, estoy ocupado preparándome para lo que vendrá, con el fin de prevenir aquello que, de lo contrario, sin duda sucederá. Mis palabras son intencionadamente misteriosas, pues ahora que he ensayado un par de veces «En un abrir y cerrar de ojos», y he comprendido su verdadero funcionamiento, debo ser discreto, incluso aquí.

Cuando los niños están dormidos, y Julia me anima a ocuparme de mis asuntos, reflexiono acerca de los problemas de la herencia. Estoy decidido a hacer lo posible para arreglar la dejadez que se originó en tiempos de mi hermano.

31 de diciembre de 1900

Escribo estas palabras justo cuando el siglo diecinueve llega a su fin. Dentro de una hora bajaré a nuestra sala de estar, donde Julia y los niños me están esperando, y juntos veremos el comienzo del nuevo año y del nuevo siglo. Es una noche repleta de augurios para el futuro, y también de inevitables recuerdos del pasado.

Nuevamente me encuentro prisionero de un secreto, pero debo decir que lo que hemos hecho

Hutton y yo esta noche hace apenas unas horas tenía que hacerse.

Lo que estoy a punto de contar será escrito por una mano que todavía tiembla a causa de los miedos primitivos por los que he pasado. He estado pensando mucho acerca de lo que puedo escribir sobre la experiencia, y he decidido que una sencilla, y aun escueta, descripción de lo que sucedió es la única forma de hacerlo.

Esta noche, poco después de anochecer, mientras los niños estaban durmiendo una temprana siesta para permanecer despiertos más tarde y así poder ver el comienzo del nuevo siglo, le dije a Julia lo que iba a hacer, y la dejé esperando en su salón.

Me reuní con Hutton, y los dos abandonamos la casa y atravesamos juntos el césped que se encuentra hacia el Este de la casa, y llegamos hasta la cripta de la familia. Transportamos el material de prestigio en una carretilla que es utilizada a veces por los jardineros.

Hutton y yo únicamente teníamos faroles para guiarnos, y nos llevó varios minutos abrir la verja cerrada con candado, prácticamente en la oscuridad total. El viejo candado se había oxidado a causa del desuso.

Cuando el pórtico de madera se abrió de golpe, Hutton me confesó su malestar. Sentí una enorme compasión por él. Le dije:

—Hutton, no espero que sigas adelante con esto. Puedes esperarme aquí si eso es lo que quieres. O podrías regresar a la casa, y yo continuaré solo.

—No, mi Lord —me contestó con su habitual sinceridad—. He accedido a hacer esto. Para serle sincero, yo no entraría allí dentro solo, y me atrevo a decir que usted tampoco lo haría. Pero, aparte de nuestra propia imaginación, no hay nada que temer.

Después de dejar la carretilla en la entrada, nos aventuramos a entrar. Sosteníamos los faroles con los brazos estirados. Las vigas que estaban frente a nosotros no se distinguían muy bien, pero nuestras alargadas sombras se proyectaban sobre las paredes laterales. El recuerdo que yo tenía de la cripta era muy vago, porque la única vez que había estado en ella todavía era un niño. El tramo de escalones de piedras cortadas poco profundo nos llevó hacia abajo, hacia el interior de la ladera, y al final de estos escalones, donde había una segunda puerta, la caverna se ensanchaba un poco.

La puerta interior no estaba cerrada con llave, pero era muy dura y pesada de mover. La abrimos, y se produjo un chirrido, y entonces la cruzamos y nos adentramos en el espacio abismalmente oscuro que había detrás de ella. Sentíamos más que veíamos la caverna extendiéndose ante nosotros. La luz de nuestras linternas apenas si rasgaba la penumbra.

Había un olor ácido en el aire, tan penetrante que se podía casi notar su sabor en la boca. Bajé la mía y ajusté la mecha, con la esperanza de conseguir sacar un poco más de luz de ella. Nuestra irrupción en el lugar había liberado un millón de motas de polvo, que ahora daban vueltas a nuestro alrededor.

Hutton habló a mi lado, su voz amortiguada por la sofocante acústica de la cámara subterránea.

—¿Señor, no debería ir en busca de los materiales del prestigio?

Apenas pude distinguir sus rasgos a la luz del farol.

—Sí, supongo que sí. ¿Necesitas que te ayude?

—Si fuese tan amable, podría esperarme al final de las escaleras, señor.

Subió rápidamente el tramo de escalones, y me di cuenta de que quería terminar con aquello lo antes posible. A medida que su luz se iba apagando, comencé a sentirme cada vez más solo, vulnerable a los miedos infantiles a la oscuridad y a los muertos.

Aquí en este lugar reposaban la mayoría de mis antepasados, repartidos ritualmente sobre anaqueles y losas, reducidos a huesos o a fragmentos de huesos, recostados en cajas y envueltos en mortajas, adornados de polvo y prendas deshilachadas. Cuando acerqué la linterna pude distinguir formas difusas en algunas de las losas más cercanas. En alguna parte, hacia el fondo de la cripta, fuera del alcance de la luz de mi linterna, distinguí la huida precipitada de un gran roedor. Me moví hacia la derecha, estirando la mano, y noté una losa de piedra a aproximadamente la altura de mi cintura y puse la mano en ella. Toqué objetos pequeños y afilados, que no pude reconocer bien al principio. El hedor se hizo inmediatamente más intenso, y empecé a tener arcadas. Retrocedí para alejarme, vislumbrando los horrorosos fragmentos de aquella antigua vida a medida que la luz se balanceaba de un lado a otro. Todo el resto era invisible para mí, sin embargo, sin dificultad alguna, pude imaginarme la escena que se extendía ante mí fuera del haz de luz de mi linterna. A pesar de esto, la sostuve en alto, y la balanceé de un lado a otro, con la esperanza de poder ver algo. ¡Sabía que la realidad difícilmente podría llegar a ser tan desagradable como lo que me imaginaba! Tuve la sensación de que estos ancestros, muertos hacía ya mucho tiempo, estaban despertándose por mi presencia, y se desplazaban levantando una horripilante cabeza o una mano esquelética, graznando sus propios terrores oscuros, aquellos que mi presencia les traía.

Uno de estos anaqueles de roca cargaba con el ataúd de mi propio padre.

Estaba paralizado a causa de mi miedo. Quise ir detrás de Hutton y salir al aire libre, pero sin embargo sabía que tenía que sumergirme aun más en las profundidades de la cripta. No podía realizar ningún tipo de movimiento, porque el terror me atenazaba y me mantenía inmóvil, clavado donde estaba. Soy un hombre racional que busca explicaciones para todo, y da la bienvenida al método científico, y sin embargo, durante aquellos escasos segundos en que Hutton estuvo alejado de mí, una cascada de terror irracional se apoderó de mí.

Luego, por fin, oí sus pasos nuevamente, arrastrando el primero de los grandes sacos que contenían los materiales del prestigio. Sencillamente me alegró mucho dirigirme hacia él y poder echarle una mano, a pesar de que parecía ser capaz de cargar él solo con todo el peso. Tuve que depositar mi linterna en el suelo mientras pasábamos el saco por la puerta, y puesto que Hutton había dejado su propia linterna con la carretilla estábamos trabajando prácticamente en una oscuridad total.

Le dije: —Estoy muy contento de que estés aquí para ayudarme, Hutton.

—Lo comprendo, mi Lord. No me hubiera gustado nada hacer esto yo solo.

—Entonces terminémoslo rápidamente.

Esta vez regresamos juntos hasta donde estaba la carretilla, y arrastramos el segundo gran saco.

Mi plan original había sido explorar absolutamente toda la cripta, buscando el mejor lugar en el cual guardar los materiales del prestigio, pero ahora que estaba allí abandoné mi intención. Debido a que nuestras luces eran demasiado débiles como para penetrar la oscuridad, sabía que toda búsqueda tendría que ser realizada palmo a palmo, casi a tientas. Me horrorizaba tener que investigar los anaqueles y las losas que ya tan fácilmente me estaba imaginando. Me rodeaban por completo, y la

caverna se extendía ampliamente hacia el fondo. Estaba llena de muerte, llena de muertos, con olor a final, a vida abandonada a las ratas.

—Dejaremos los sacos aquí —dije—. Lo más lejos posible del suelo. Bajaré aquí otra vez mañana, cuando sea de día. Y con una antorcha mejor.

—Comprendo perfectamente, señor.

Juntos nos acercamos hasta la pared que estaba a nuestra izquierda, y localizamos otra de las losas. Me preparé y extendí la mano para palpar lo que había. Parecía vacía, así que con la ayuda de Hutton levanté los dos sacos llenos con los materiales del prestigio. Después de hacer esto, y sin decirnos ni una sola palabra más, regresamos rápidamente a la superficie, y empujamos la puerta exterior detrás de nosotros hasta cerrarla. Me estremecí.

En el frío aire del jardín, Hutton y yo nos dimos la mano.

—Gracias por ayudarme, Hutton —le dije—. No tenía idea de que sería así allí abajo.

—Yo tampoco, mi Lord. ¿Necesitará que lo ayude con algo más esta noche?

Lo pensé.

—¿Quisieran usted y su esposa reunirse conmigo y con lady Colderdale a medianoche? Planeamos recibir el año nuevo.

—Gracias, señor. Nos sentiremos honrados de hacerlo.

Y así fue como terminó nuestra expedición. Hutton arrastró la carretilla hasta el cobertizo del jardín, y yo atravesé nuevamente la pradera, luego bordeé la periferia de la casa hasta llegar a la entrada principal. Vine directamente hasta esta habitación, para escribir mi informe mientras los acontecimientos todavía estuvieran frescos.

Sin embargo, se produjo un inevitable retraso antes de que pudiera empezar. Cuando entré en la habitación alcancé a verme brevemente en el espejo del vestidor, y me detuve a observarme. Un espeso polvo blanco se aferraba a mis botas y a mis tobillos. Había telarañas desparramadas por mis hombros y por el pecho. Mis cabellos se habían convertido en una maraña sobre mi cabeza, aparentemente fijados por una gruesa capa de tierra gris, y esta misma suciedad cubría mi rostro. Mis ojos, colorados, sobresalían de la hueca máscara que ahora era mi cara, y durante unos segundos me quedé allí de pie, paralizado por mi propia imagen. Me pareció que había sido espantosamente transformado por mi visita a la tumba de la familia, convirtiéndome en uno de sus moradores.

Me deshice tanto del pensamiento como de las sucias prendas, me metí en la bañera llena que me estaba esperando en el vestidor y me saqué toda la mugre.

Ahora este informe ha sido escrito, y ya se acerca la medianoche. Es hora de que vaya en busca de mi familia y del personal doméstico para disfrutar de la simple y familiar ceremonia que festeja el final de un año, y en este caso el de un siglo, y luego le da la bienvenida al siguiente.

El siglo veinte será el siglo en el cual mis hijos madurarán y prosperarán, y yo, que procedo del viejo siglo, les dejaré, a su debido tiempo, el nuevo a ellos. Pero antes de irme tengo la intención de dejar mi marca.

1901-1902

1 de enero de 1901

He regresado a la cripta, y he colocado los materiales del prestigio en un lugar más adecuado. Luego Hutton y yo colocamos un poco de veneno para ratas, pero en el futuro tendré que encontrar algo más seguro que sacos de tela en donde almacenar los materiales.

15 de enero de 1901

Idmiston Villas.

Hesketh Unwin me informó de que tiene a mi disposición tres nuevos contratos para actuar. Dos de ellos ya han sido confirmados, mientras que el otro depende de la inclusión de «En un abrir y cerrar de ojos» (el cual por el momento sólo es una propuesta, presentada de forma atractiva por Unwin). He accedido, y por lo tanto las tres representaciones pueden ser consideradas algo seguro. ¡Un total de trescientas cincuenta guineas!

Ayer, el artefacto de Tesla llegó de regreso desde Derbyshire, y, con la asistencia de Adam Wilson, lo desempaqueté y lo monté inmediatamente. Según mi reloj, tardé menos de quince minutos. Tenemos que ser capaces de hacerlo en diez minutos, cuando estemos trabajando en un teatro. La hoja de instrucciones del señor Alley asegura que cuando él y Tesla estaban comprobando su movilidad fueron capaces de montar todo el aparato en menos de doce minutos.

Adam Wilson conoce el secreto del truco, ya que es necesario. Adam ha estado trabajando para mí durante más de cinco años, y creo que puedo confiar en él. Para estar lo más seguro posible, le he ofrecido una paga extra de diez libras por su confidencialidad, que serán depositadas en un fondo acumulado a su nombre después de cada número con éxito. Él y Gertrude están esperando su segundo hijo.

He estado trabajando aun más en la presentación escénica de «En un abrir y cerrar de ojos», y también ensayando varios de mis otros trucos. Debido a los meses transcurridos desde mi última aparición profesional en público, estoy un poco oxidado. Confieso que abordé estos trucos y prácticas rutinarias sin entusiasmo alguno, pero una vez que me concentré bien en ellos comencé a divertirme.

2 de febrero de 1901

Esta noche actué en el Finsbury Park Empire, pero no incluí «En un abrir y cerrar de ojos» en m

representación. Acepté el encargo como una manera de probar el agua, para experimentar una vez más lo que se siente al actuar en directo frente a un público.

Mi versión de «El piano que desaparece» fue muy bien acogida, y fue aplaudida efusivamente y durante un largo rato, pero al final de mi presentación me sentí frustrado e insatisfecho.
¡Anhelo tanto realizar el truco de Tesla!

14 de febrero de 1901

Ayer ensayé «En un abrir y cerrar de ojos» dos veces, y haré lo mismo dos veces más mañana. No me atrevo a hacer más que eso. Lo llevaré a cabo el sábado por la noche en el Trocadero de la calle Holloway, y luego al menos una vez más durante la semana siguiente. Creo que si lo ejecuto con suficiente regularidad, entonces los ensayos extras, más allá de los cambios de escenario, la necesidad de distraer la atención del público y la habitual charlatanería, no deberían ser necesarios.

Tesla me advirtió que habría efectos secundarios, y éstos son de hecho muy profundos. La utilización del artefacto no es un asunto trivial. Cada vez que paso por él, padezco.

En primer lugar se encuentra el dolor físico. Mi cuerpo es separado en mil pedazos, desmontado totalmente. Cada pequeña partícula de mi cuerpo es esparcida en todas direcciones, fundiéndose con el éter. En una fracción de segundo, una fracción tan pequeña que no puede ser medida, mi cuerpo se convierte en ondas eléctricas. Es irradiado a través del espacio y materializado nuevamente en el lugar que ha sido designado como blanco.

¡Bum! ¡Me rompo en mil pedazos! ¡Bum! ¡Estoy entero otra vez!

Es un estallido violento que explota en cada pedazo de mi cuerpo y en todas direcciones. Imagínense una barra de acero golpeando violentamente contra la palma de su mano. Ahora imagínense diez o veinte más martilleando en el mismo lugar desde diferentes ángulos. Más caen sobre sus dedos, sobre su muñeca. Cien más golpean el dorso de su mano. Las puntas de sus dedos. Cada articulación.

Más golpes que explotan *hacia fuera* desde el interior de su carne.

Imagínense ahora que el dolor se esparce por todo su cuerpo, tanto por dentro como por fuera.

¡Bum!

¡Una milésima de segundo de completa agonía!

¡Bum otra vez!

Eso es lo que se siente.

Pero sin embargo llego al lugar deseado, y estoy exactamente igual a como estaba en aquella milésima de segundo anterior. Estoy todo entero, y soy idéntico a mí mismo, pero estoy en un estado de choque, de indescriptible dolor.

La primera vez que utilicé el artefacto de Tesla, en el sótano de la Casa Caldlow, sin ninguna sospecha de lo que iba a experimentar, me desplomé en el suelo creyendo que había muerto. Parecía imposible que mi corazón y mi cerebro pudieran sobrevivir tal explosión de dolor. No tuve ningún pensamiento, ninguna reacción emocional. Sentí como si me hubiera muerto, y actué como si me

hubiera muerto.

Cuando caí al suelo, Julia, quien por supuesto me acompañaba durante la prueba, corrió a mi lado. El primer recuerdo claro que tengo en el mundo de la postmuerte es el de sus dulces manos metiéndose en mi camisa para buscar alguna señal de vida.

Abrí los ojos, asustado y sorprendido, feliz más allá de las palabras de tenerla a mi lado, de sentir su ternura. Rápidamente pude ponerme de pie, asegurarle que estaba bien, abrazarla y besarla, ser yo mismo una vez más.

En realidad, luego, la recuperación física de esta brutal experiencia es en sí bastante rápida, pero las consecuencias mentales son formidables.

El día de aquella primera prueba en Derbyshire, me obligué a repetir la prueba por la tarde, pero como resultado fui arrojado en la más oscura de las penumbras y permanecí allí durante gran parte de la Navidad. Había muerto dos veces. Me había convertido en un muerto vivo, en un alma condenada.

Y como recuerdos de lo que hice en aquel entonces quedaron los materiales que más tarde tuvimos que guardar en la cripta. Ni siquiera pude enfrentarme a aquella horripilante tarea hasta la víspera del año nuevo, tal como he dicho.

Ayer, aquí en Londres, a plena luz eléctrica y en la familiaridad de mi taller, con el equipo de Tesla montado, sentí que debía someterme a dos ensayos más. Soy un mago, un profesional. Debo conferir una cierta apariencia a lo que hago, darle brillo y encanto. Debo proyectarme a mí mismo a través del teatro en un abrir y cerrar de ojos, y en el momento de la materialización, debo parecer un mago que ha realizado lo imposible con éxito.

Caer de rodillas, como presa de un desvanecimiento, está fuera de toda discusión.

Revelar aunque sólo sea un atisbo de la milésima de segundo de agonía que he soportado también estaría fuera de lugar.

Lo más importante es que me enfrente a un doble nivel de subterfugio que completar. Un mago en general revela un efecto que es «imposible»: un piano que parece desaparecer, una bola de billar que aparece mágicamente de la nada, una dama que atraviesa una lámina de cristal espejado. El público, por supuesto, sabe que lo imposible no se ha hecho posible.

«En un abrir y cerrar de ojos», gracias a un método científico, de hecho consigue realizar lo que hasta ahora había sido considerado imposible. ¡Lo que el público ve es realmente lo que ha sucedido! Pero no puedo permitir nunca que se sepa, porque en este caso la ciencia ha reemplazado a la magia.

Mi tarea consiste en hacer mi milagro menos milagroso gracias a mi cuidadoso arte. Debo emerger del transmisor elemental como si *no* hubiera sido golpeado violentamente hasta ser descuartizado, y golpeado bruscamente una vez más para materializarme de nuevo.

Así que trato de aprender a prepararme para enfrentar el dolor, para reaccionar sin desplomarme; doy un paso hacia adelante con los brazos en alto y una resplandeciente sonrisa, para luego hacer una reverencia y agradecer los aplausos.

Intento desconcertar al público lo suficiente, pero no demasiado.

Escribo ahora acerca de lo que sucedió ayer, porque anoche, cuando regresé a casa, estaba sumido en tal desesperación que no podía ni siquiera pensar en escribir todo lo que había sucedido.

Ahora, después del almuerzo, soy más o menos yo nuevamente, pero la mera perspectiva de dos ensayos más mañana ya me está acobardando y deprimiendo.

16 de febrero de 1901

Estoy lleno de ansiedad por la actuación de esta noche en el Trocadero. Me he pasado toda la mañana en el teatro, montando el artefacto, probándolo, desmontándolo, y luego guardándolo otra vez bajo llave, seguro en sus cajas de embalaje.

Después de eso, tal como era de esperar, vinieron las prolongadas negociaciones con los tramoyistas, firmemente hostiles ante mis intenciones de colocar cajas en el escenario. Al final, una simple transacción de dinero arregló el asunto y mis deseos prevalecieron, pero esto ha significado un duro golpe en mis ingresos derivados del espectáculo. Está claro que este truco puede realizarse únicamente si puedo exigir honorarios mucho más generosos que los que haya ganado antes. Mucho depende del espectáculo de esta noche.

Ahora tengo una o dos horas libres, antes de regresar a la calle Holloway. Planeo pasar parte de este tiempo con Julia y con los niños, y trataré de dormir una breve siesta en el tiempo que quede. Sin embargo, estoy tan nervioso que el sueño me parece algo remotamente imposible.

17 de febrero de 1901

Anoche crucé el éter sin peligro alguno desde el escenario del Trocadero hasta el palco real. El aparato funcionó perfectamente.

¡Pero el público no aplaudió porque no vio lo que estaba ocurriendo! Cuando finalmente comenzaron los aplausos, fueron más atónitos que entusiastas.

El truco debe tener una estructura más sólida, una sensación de peligro más exagerada. Y el punto de llegada debe ser iluminado por un foco, para dirigir la atención hacia el sitio en el que me materializo. He hablado con Adam al respecto, y él sugiere, astutamente, que podría construir un espolón que salga desde el artefacto para atraer la electricidad que se desprende durante el número. De ese modo, sería mi mano y no el foco dirigido de un tramoyista lo que haría recaer la luz sobre mí. La magia siempre es la mejor alternativa.

Actuamos otra vez el martes en el mismo teatro.

He dejado lo mejor para el final: fui capaz de ocultar completamente la sacudida del impacto. Tanto Julia, quien vio el espectáculo desde el auditorio, como Adam, quien estaba observándolo todo a través de un pequeño agujerito que había en la cabina oculta en el fondo del escenario, dicen que mi recuperación fue casi impecable. En este caso resultó ser en mi propio beneficio que el público no estuviera totalmente atento, porque solamente ellos dos notaron el único defecto que se produjo (di un pequeño y accidental paso hacia atrás).

En lo que a mí respecta, el hecho de haber practicado con el artefacto ha minimizado el impacto,

y la cosa ha ido mejorando poco a poco cada vez que lo he intentado. Es de esperar que dentro de un mes pueda soportar el efecto con aparente indiferencia.

También he notado que la subsiguiente melancolía que padezco es mucho menos intensa de lo que era después de mis primeros intentos.

23 de febrero de 1901

En Derbyshire.

Mi número del martes, bastante mejorado después de las lecciones del fin de semana, fue recompensado con una laudatoria reseña en *The Stage*, ¡un resultado más satisfactorio que nada de lo que pueda imaginarme! Ayer en el tren Julia y yo lo leímos y releímos las palabras, regocijándonos con el indudable efecto que tendrán en mi carrera. Debido a nuestro exilio temporal aquí en Derbyshire, no notaremos los resultados tangibles hasta que estemos de regreso en Londres a principios de la semana que viene, cuando hayamos terminado aquí. Puedo esperar satisfecho. Los niños están con nosotros, el clima es frío y fantástico, y estamos embelesados ante el espectáculo de sobrios colores de las llanuras y páramos de la región.

Siento que finalmente me estoy acercando a los años más álgidos de mi carrera.

2 de marzo de 1901

En Londres.

Tengo un total (sin precedentes) de *treinta y cinco* actuaciones confirmadas en mi diario de presentaciones, comprometiendo el período de los próximos cuatro meses.

Tres de éstas son espectáculos bajo mi propio nombre artístico, y uno de ellos se llamará «*El gran Danton entretiene*»; en diecisiete teatros encabezaré el programa; el resto de las fechas pagan generosamente con dinero lo que no ofrecen en prestigio.

Con todas estas posibilidades de elección he podido exigir ciertos detalles antes de aceptar, como las especificaciones técnicas relativas al área de los bastidores, así como también obligarles a cumplir con mi condición de colocar cajas en el escenario.

Ahora, suministrarme un detallado plano del auditorio se ha convertido en un punto fundamental del contrato, al igual que la firme y solemne garantía de un suministro eléctrico regular y fiable. En dos casos, los directivos del teatro están tan ansiosos por traerme ante su público que me han garantizado que instalarán el suministro eléctrico con antelación a mi espectáculo.

Estaré viajando por todo el país. Brighton, Exeter, Kidderminster, Portsmouth, Ayr, Folkestone, Manchester, Sheffield, Aberystwyth, York, todos estos sitios y muchos más me recibirán en mi primera gira, al igual que la propia capital, donde tengo varias presentaciones.

A pesar de los viajes (en trenes y carruajes de primera clase y pagados por otros), la planificación es muy espaciada, dentro de lo razonable, y mientras mi pequeño séquito atraviesa el país tendremos muchas oportunidades para realizar las visitas que sean necesarias a la Casa Caldlow.

Mi agente ya está hablándome de giras en el exterior, tal vez pensando en otro probable viaje a Estados Unidos. (Aquí surgirían ciertos problemas adicionales, ¡pero ninguno está más allá del ingenio de un mago en la flor de la vida!). Todo es extremadamente satisfactorio, y espero ser perdonado por dejar constancia de ello en un estado de total confianza en mí mismo.

10 de julio de 1901

En Southampton.

Estoy en la mitad de un ciclo de presentaciones de una semana en cartelera en el Teatro Duchess aquí en Southampton. Julia vino ayer a visitarme, trayendo con ella, según mis peticiones, mi baúl de viaje de papeles y archivos, y como tengo acceso a este diario, éste parece ser un buen momento para realizar una de mis anotaciones periódicas.

He estado revisando y ensayando continuamente «En un abrir y cerrar de ojos» durante algunos meses, y ahora es una técnica casi perfecta. Todas mis esperanzas anteriores se han cumplido. Puedo pasar a través del éter sin reflejar en ningún momento el sufrimiento físico que soporto. La transición se produce sin ningún problema y de forma impecable, y, desde el punto de vista del público, es imposible de explicar.

Tampoco los efectos secundarios, los cuales me afectaron tanto al principio, son ya un problema. No sufro ninguna angustia depresiva, ni falta de confianza en mí mismo. Al contrario (y no le he confiado esto a nadie, ni lo he registrado en ningún otro documento más que en este diario secreto y bajo llave), la desfragmentación de mi cuerpo se ha convertido en un placer al que me he vuelto casi adicto. Al principio estaba descorazonado a causa de los pensamientos de muerte, de una vida de ultratumba, pero ahora cada noche experimento mi materialización como un nuevo nacimiento, una renovación de mi ser. Cuando todo esto comenzó me preocupaba la cantidad de veces que tendría que realizar el truco, pues me preocupaba estar listo y preparado cada vez, pero ahora, apenas termino una actuación, anho la próxima.

Hace tres semanas, durante un descanso temporal en mi recorrido, monté el equipo de Tesla en mi taller y me sometí al proceso. No fue para probar nuevas técnicas de presentación, ni para perfeccionar las ya existentes, sino únicamente por el placer físico que me brinda la experiencia.

La disposición de los materiales del prestigio que debe realizarse en cada espectáculo es todavía un problema, pero después de todo durante estas últimas semanas hemos desarrollado unas cuantas rutinas para que el trabajo sea realizado con el mínimo alboroto posible.

Gran parte de las mejoras que he realizado han sido en el área de la técnica de presentación. Mi error al principio fue suponer que la mera brillantez de mi efecto sería suficiente para deslumbrar a

mi público. Lo que estaba desatendiendo es uno de los axiomas más antiguos de la magia, esto es, que el milagro del truco tiene que quedar muy claro en la presentación. Los públicos no son fáciles de engañar, por lo que el mago debe despertar su interés, mantenerlo y luego desconcertar toda expectación que pudieran albergar, logrando lo aparentemente imposible.

Al complementar el artefacto de Tesla con una variedad de efectos y técnicas de magia (muchos de ellos bien conocidos por los magos profesionales), convierto la presentación de «En un abrir y cerrar de ojos» en algo intrigante, incluso algo aterrador, y finalmente desconcertante. No utilizo todos los efectos en cada una de las presentaciones, y varío deliberadamente el espectáculo para mantenerme a mí mismo fresco y a mis rivales confundidos, pero a continuación detallaré algunas de las formas en que distraigo la atención del público:

- Dejo que el artefacto sea inspeccionado antes de ser utilizado y, en algunas ocasiones y en algunos teatros, también *después* de haber sido utilizado; Ocasionalmente invito a un comité de testigos del público a que suba al escenario.
- Soy capaz de hacer aparecer de la nada un objeto personal obtenido de un miembro del público, e identificable por ellos, tras llevármelo durante la transmisión de materia.
- Solicito que algún miembro del público me «marque» con harina o tiza o algo similar, para que cuando reaparezca materializado se compruebe que soy, sin ninguna duda, el mismo hombre que estaba momentos antes a plena vista de todos sobre el escenario.
- Me proyecto hacia diversos y distintos sitios del teatro, dependiendo en parte de la distribución del edificio y en parte del grado de efecto que desee alcanzar. Puedo viajar instantáneamente hasta el centro o hasta la parte de atrás de la platea baja, hasta la platea alta o hasta uno de los palcos
- Es posible disponer que mi transporte me coloque en accesorios o artefactos escénicos, situados de manera tal que todos puedan verlos, únicamente para este propósito. A veces, por ejemplo, llego a una gran red que ha estado colgando vacía del techo del auditorio durante todo el espectáculo. Otro de los efectos que tiene éxito entre el público es cuando me proyecto al interior de una caja sellada, encima de un soporte para que todo el público la vea, y rodeada de un grupo de personas del público de modo que yo no pueda entrar a través de una puerta o de una trampilla oculta.

Sin embargo, esta libertad me ha hecho imprudente. Una noche, prácticamente a causa de un capricho, me proyecté a mí mismo dentro de un tanque de cristal lleno de agua colocado sobre el escenario. Éste fue un grave error, porque cometí el pecado capital del mago: no había ensayado el efecto y dejé gran parte al azar. A pesar de que mi sensacional y acuáticamente explosiva llegada al agua puso al público de pie, preso de la emoción, también casi me mata. Mis pulmones instantáneamente se llenaron de agua, y durante un par de segundos estuve luchando para mantenerme con vida. Únicamente el rápido proceder de Adam Wilson me salvó la vida. Fue un espantoso recordatorio de uno de los anteriores ataques de Borden.

Después de esta inoportuna lección de rematerialización, si alguna vez estoy tentado de intentar

un nuevo efecto, lo ensayo primero exhaustivamente.

Por supuesto, mi actuación consta mayoritariamente de trucos convencionales. Tengo un inmenso repertorio de trucos, y cada vez que estreno en un nuevo teatro, cambio mi programa. Siempre presento un espectáculo variado, comenzando con una de las conocidas prestidigitaciones, como por ejemplo «Copas y bolas» o «Misteriosas botellas de vino». Después siguen varios trucos de cartas de diferentes clases, y luego, para darle al espectáculo un toque de elegancia visual, realizo algún truco utilizando sedas, banderas, flores de papel o pañuelos. Intento acercarme al momento cumbre mediante dos o tres trucos en los que utilizo mesas, cajas o espejos, frecuentemente con la participación de voluntarios del público. «En un abrir y cerrar de ojos» cierra invariablemente mi espectáculo.

14 de junio de 1902

En Derbyshire.

Estoy más ocupado que nunca. Realicé mi gira británica, de agosto a octubre de 1901. Había otro viaje a Estados Unidos, desde noviembre del año pasado hasta febrero de este año. Hasta mayo estuve en Europa, y actualmente estoy comprometido para realizar una extensa gira por los teatros británicos, esta vez concentrándome en aquellos que están situados en los complejos turísticos de la costa.

Planes para el futuro:

¡Tengo intenciones de tomarme un largo descanso y pasar mucho tiempo con mi familia! Gran parte de septiembre está vacío con este propósito, así como la primera parte de octubre.

(Durante mi estancia en Estados Unidos intenté localizar a Nikola Tesla. Tengo ciertas preguntas que me gustaría hacerle acerca de su artefacto, y algunas sugerencias para mejorar su funcionamiento. También pensé que seguramente estaría interesado en saber lo útil que me ha resultado hasta ahora. Sin embargo, Tesla se ha escondido. Se rumorea que está en quiebra, ocultándose de sus acreedores).

3 de septiembre de 1902

En Londres.

¡Una revelación trascendental!

Ayer por la noche, temprano, mientras estaba descansando entre espectáculo y espectáculo en el Teatro Daly en Islington, un hombre se presentó en la entrada de artistas para verme. Cuando vi su tarjeta pedí que lo condujeran inmediatamente hasta mi camerino. Era el señor Arthur Koeing, el joven periodista del *Evening Star* que me había dado tanto de qué hablar acerca de Borden. No me sorprendió enterarme de que ahora el señor Koeing tiene el puesto de asistente del editor de noticias

de ese periódico. Los años le han agregado un toque de gris a las patillas de su rostro y varios centímetros a su cintura. Entró cordialmente, me agitó la mano arriba y abajo, y me dio unas palmadas en los hombros.

—¡Acabo de ver su función vespertina, señor Danton! —me dijo—. Lo felicito de todo corazón. Por una vez las reseñas son justas con un número de teatro de variedades. Confieso haberme sorprendido y divertido en igual medida.

—Me alegra oír eso —le dije, y le hice una seña a mi asistente de camerino para que le sirviera una pequeña copa de whisky al señor Koeing. Cuando terminó le pedí que nos dejara a solas y que regresara al cabo de quince minutos.

—¡A su salud, señor! —anunció Koeing, alzando su copa—. ¿O debería decir: mi Lord? Lo miré fijamente, sorprendido.

—¿Cómo demonios se ha enterado de eso?

—¿Y por qué piensa que no podría haberlo hecho? La noticia de la muerte de su hermano llegó a la prensa de la manera habitual, y como era de esperar se publicaron algunas noticias al respecto.

—He visto esos reportajes —le contesté—. Ninguno de ellos me mencionó.

—Debido a que casi toda la gente de la calle Fleet lo conoce por su nombre artístico. Tuve que encontrar a un verdadero admirador suyo para conectarlo a usted con Henry Angier.

—A usted no se le escapa nada, ¿no es cierto? —dije, con admiración concedida a regañadientes.

—Esa clase de información, no, señor. No se preocupe, su secreto está a salvo conmigo. ¿Porque supongo que *es* un secreto?

—Siempre he mantenido ambas parcelas de mi vida separadas. En ese sentido, sí que es un secreto y me gustaría que lo tratase como tal.

—Le doy mi palabra, mi Lord. Le agradezco que sea tan honesto conmigo. Acepto que los secretos son su especialidad, y no tengo deseos ni de descubrirlos ni de desvelarlos.

—No siempre fue así —señalé—. La última vez que nos vimos...

—Se refiere al señor Borden, es cierto. Eso, le confieso, es un caso ligeramente diferente. Sentí que él me estaba *provocando* con sus secretos.

—Sé a lo que se refiere.

—Sí, señor, creo que lo sabe.

—Dígame, Koeing. Usted ha visto mi espectáculo hoy. ¿Qué piensa de mi último truco?

—Usted ha perfeccionado lo que el señor Borden ha esbozado simplemente.

Aquello fue música para mis oídos, pero le pregunté: —Usted dice que le sorprendió, pero su curiosidad no se ha visto provocada, ¿verdad?

—No. La sensación de misterio que usted crea es una que me resulta familiar. Cuando uno observa a un maestro ilusionista trabajando, siente curiosidad acerca de cómo se realiza el truco, pero también se da cuenta de que sufriría una gran desilusión si obtuviéramos una explicación.

Sonrió mientras dijo eso, y luego, en silencio y alegremente, le dio algunos sorbos a su whisky.

—¿Puedo preguntarle —dije finalmente— a qué debo el placer de esta visita?

—He venido a disculparme con respecto al asunto del señor Borden, su rival. Confieso que todas mis elaboradas teorías acerca de él estaban equivocadas, mientras que la suya, directa y sencilla, era

correcta.

—No creo comprenderle —dije.

—Cuando vine a verle, recordará usted que sostenía la presuntuosa teoría de que el señor Borden realizaba una magia mucho más fenomenal que ningún otro mago que haya existido antes.

—Lo recuerdo —le dije—. Y astutamente me convenció de que así era. Yo le estuve muy agradecido...

—Usted, sin embargo, tenía una explicación más sencilla. Borden no es sólo un hombre sino dos, dijo usted. Hermanos gemelos idénticos, cada uno ocupando el lugar del otro según fuera necesario.

—Pero usted demostró...

—¡Usted tenía razón, señor! El número del señor Borden está en realidad basado en gemelos. Alfred Borden es un nombre resultado de la combinación de dos: Albert y Frederick, hermanos gemelos, que actúan juntos como si fuesen uno.

—¡Eso no es verdad! —dije.

—Pero era su propia teoría.

—En lugar de cualquier otra —le expliqué—. Usted me desengañó rápidamente.

—Tenía pruebas...

—Muchas de las cuales han resultado ser circunstanciales, y el resto de las cuales habían sido falsificadas. Yo era un reportero joven, en aquel entonces no muy experto en mi profesión. Desde entonces he aprendido a verificar los datos, a verificarlos nuevamente, y luego una vez más.

—Pero yo mismo investigué el asunto a fondo —dije—. Examiné los registros de su nacimiento en el hospital, los expedientes de la escuela a la que asistió...

—Falsificados hacía ya mucho tiempo, señor Angier. —Me miró interrogativamente, como si quisiera asegurarse de que se estaba dirigiendo a mí correctamente. Asentí con la cabeza, y él prosiguió—: Los Borden han construido sus vidas alrededor de esta ilusión. No se puede confiar en nada que tenga que ver con ellos.

—Yo investigué muy cuidadosamente —insistí—. Yo sabía que había dos hermanos con esos nombres, ¡pero uno es dos años menor que el otro!

—Da la casualidad de que los dos nacieron en mayo, según recuerdo. No hace falta mucha falsificación para cambiar un registro de nacimiento del 8 de mayo de 1856 al 8 de mayo de 1858.

—Había una fotografía de los dos hermanos ¡en la que aparecían juntos!

—¡Sí, y una demasiado fácil de encontrar! Debió haber sido depositada allí para que alguien como usted o como yo se topara con ella. Y tal como era de esperar, así lo hicimos.

—Pero los dos hermanos eran claramente diferentes. ¡Yo mismo vi el retrato!

—Y yo también. De hecho, tengo una copia de él en mi oficina. La distinción que hay entre sus características faciales es extraordinaria. Pero seguramente usted más que cualquier otra persona sabe lo que puede lograrse con la utilización de maquillaje teatral.

La noticia me dejó atónito, y me quedé mirando fijamente el suelo, incapaz de pensar coherentemente.

—Indignante y provocador, ¿no es así? —dijo Koeing—. Usted también debe sentir lo mismo. Ambos hemos sido engañados por un par de bromistas.

—¿Está seguro de todo esto? —le pregunté—. ¿Totalmente seguro? —Koeing asentía lentamente con la cabeza—. Por ejemplo, ¿alguna vez ha visto usted a los dos hermanos juntos?

—Ésta es la base de mi seguridad. Únicamente una vez, y también tan sólo muy brevemente, se encontraron y yo estaba presente.

—¿Los estaba espiando?

—Estaba espiando a uno de ellos —me corrigió Koeing—. Seguí al señor Borden cuando salió de su casa una noche de agosto. Iba caminando solo y entró en el Regents Park, aparentemente para dar un tranquilo paseo. Yo le estaba siguiendo a una distancia de aproximadamente noventa metros. Cuando rodeó el círculo interior del parque, un hombre que venía en dirección opuesta se acercó a él. Cuando se encontraron se detuvieron y permanecieron en silencio durante aproximadamente tres segundos y luego intercambiaron algunas palabras. Después siguieron caminando como antes. Esta vez, sin embargo, Borden llevaba un pequeño maletín de cuero. El otro hombre no tardó en pasar a mi lado, y cuando lo hizo vi que su aspecto era idéntico al de Borden.

Me quedé mirando a Koeing fija y pensativamente.

—¿Cómo sabe usted que...? —Estaba pensando con mucho cuidado si podría haber alguna posibilidad de error—. ¿Cómo sabe que el hombre que *siguió* caminando, el que ahora llevaba el maletín, no era el hombre que había hablado con Borden? Simplemente podría haber regresado por el camino por el que había venido. Y si fuera así, ¿no habría sido el Borden que usted había estado siguiendo el que pasó a su lado?

—Sé lo que vi, mi Lord. Llevaban ropa distinta, tal vez para ocultarse, pero esto me permitió distinguirlos. Se encontraron, siguieron caminando, eran idénticos.

Mi mente estaba completamente concentrada. Estaba pensando rápidamente en los mecanismos que utilizaría para montar una actuación mágica teatral. Si era verdad que eran gemelos, entonces ambos hermanos tendrían que estar presentes en el teatro en cada presentación. Esto significaría que el personal que trabajara entre bastidores inevitablemente tendría que estar al tanto del secreto. Ya sabía que Borden no utilizaba cajas en el escenario, y siempre hay gente paseándose por los bastidores durante un espectáculo, viendo bastante más de lo que le convendría. Todo el tiempo durante el cual estuve realizando el truco del cambio con un doble fui consciente de ello. Pero el secreto de Borden, si tenía que creer a Koeing, había permanecido intacto durante muchos años. Si el número de Borden estaba basado en gemelos idénticos, entonces seguramente el secreto se habría filtrado hace ya muchos años.

De lo contrario, ¿cuál era la explicación? Únicamente que el secreto se mantuviera antes y después de los espectáculos. Que Borden-1, por decirlo de alguna manera, llegara al teatro con sus artefactos y sus accesorios, con Borden-2 ya oculto en una de las piezas. Borden-2 haría debidamente su aparición durante el espectáculo, mientras Borden-1 iba a esconderse en los accesorios que habían sido colocados sobre el escenario.

Indudablemente era factible, y si eso era todo, yo sería capaz de aceptarlo. Pero muchos años viajando de una función a la siguiente, con la carga de los aspectos puramente prácticos de los largos viajes en tren, de la contratación de asistentes, de la localización de sitios donde hospedarse y demás, me hacían dudar. Borden debería de tener un equipo trabajando con él: un *ingénieur*, por

supuesto, uno o más asistentes que aparezcan sobre el escenario, varios transportistas y otros trabajadores, un agente. Si todas estas personas estaban enteradas de su secreto, entonces su capacidad para el silencio era extraordinaria.

Por otro lado, y mucho más probable si consideramos la naturaleza del ser humano, si *no* se podía confiar en ellos, Borden-1 y Borden-2 tendrían que comprometerse con un pacto secreto a todo riesgo.

Aparte de esto, estaban las realidades cotidianas de la vida teatral. Por ejemplo, en los días en que había una función de tarde, ¿qué haría Borden-2 (el que estaría oculto en los artefactos) entre presentación y presentación? ¿Permanecería escondido mientras su hermano se relajaba en el camerino con los otros artistas? ¿Saldría de allí secretamente, luego se escondería solo en el camerino hasta que llegara la hora de la próxima función?

¿Cómo harían los dos para entrar y salir de los teatros sin ser descubiertos? Los encargados de las entradas de los artistas son celosos guardianes, y en algunos teatros el portero es tan notablemente puntilloso cuando se trata de comprobar la identidad y el trabajo a realizar de cada uno que, según se dice, hasta algunos actores famosos tiemblan solamente ante la idea de llegar tarde o de intentar pasar de contrabando. Siempre hay formas alternativas de introducirse en el edificio de un teatro, especialmente por la zona de carga y descarga del escenario o por la parte de adelante del auditorio, pero, una vez más, esto denota una necesidad de constante discreción y preparación, y hay que estar dispuesto a soportar ciertas incomodidades en absoluto insignificantes.

—Veo que le he dado algo que pensar —dijo Koeing, interrumpiendo así mis cavilaciones. Tenía el brazo estirado sosteniendo su copa vacía de whisky como para pedir que se la llenaran nuevamente, pero yo quería tiempo para reflexionar, así que le quité la copa un tanto bruscamente.

—¿Esta vez está seguro de sus datos? —le pregunté.

—Son totalmente fiables, señor. Le doy mi palabra.

—La última vez me dio algunas pistas para que yo mismo pudiera comprobar sus afirmaciones. ¿Me está proponiendo ahora algo similar?

—No, únicamente le ofrezco mi palabra. He visto personalmente a esos dos hombres juntos, y, en lo que a mí respecta, no es necesaria ninguna otra prueba.

—No para usted, tal vez —me puse de pie, para indicarle que la entrevista había terminado.

Koeing recogió su sombrero y su chaqueta, y se dirigió hacia la puerta, la cual sostuve.

Y le dije, con el aire más despreocupado que pude simular: —No muestra curiosidad alguna acerca de cómo realizo mi propio truco.

—Supongo que es magia, señor.

—¿Entonces no sospecha que yo tenga un gemelo idéntico?

—Sé que no lo tiene.

—Así que me ha investigado —le dije—. ¿Y qué hay de Borden? ¿Se pregunta él cómo consigo realizar el efecto?

El señor Koeing me guiñó marcadamente un ojo.

—Estoy seguro de que él y su hermano no querrán que usted sepa que les sale humo de las orejas a causa de la curiosidad que sienten acerca de usted, señor. —Extendió su mano y me la dio—. Una

vez más, lo felicito. Si puedo decirlo, ha sido muy tranquilizador verlo con tan buena salud.
Se fue antes de que pudiera contestarle, pero creo que sé a qué se refería.

7 de septiembre de 1902

En Londres.

Mi corta temporada en Daly ha finalizado, y ahora podré ocuparme de mis asuntos en Londres durante un tiempo, y pasar mi ansiado mes con Julia y con los niños en Derbyshire. Mañana estaré de viaje camino al Norte; Wilson ha salido antes que yo para ocuparse de los habituales preparativos de los materiales del prestigio.

Esta mañana he guardado el artefacto de Tesla en mi taller, he liquidado las pagas de mis asistentes para las próximas semanas, he saldado todas mis cuentas pendientes y he hablado largamente con Unwin acerca de las presentaciones de otoño y de invierno. Parece ser que estaré muy ocupado desde mediados de octubre hasta marzo o hasta abril del año que viene. Mis ingresos estimados derivados de estas presentaciones, incluso después de que todos mis gastos generales hayan sido descontados, me harán rico, superando los sueños más extravagantes de mi juventud. A finales del año que viene no necesitaré, muy probablemente, trabajar nunca más.

Lo que me lleva a dar una explicación del comentario de despedida de Koeing.

Hace algunos meses, cuando estaba enfrascado en cómo perfeccionar la presentación de «En un abrir y cerrar de ojos», pensé en un nuevo cambio final para el truco. Se me ocurrió a raíz de aquellos oscuros sentimientos que sentía al principio, a los que de alguna manera estaba sobreviviendo más allá de la muerte. Hice todo lo posible para que, gracias a una combinación de luces colocadas con mucho cuidado y algo de maquillaje, al final de mi número, después de haber pasado por el éter, mi apariencia fuera distinta, más cansada y avejentada. Parecería estar agotado debido al rigor del experimento. Sería un hombre que habría coqueteado con la muerte y que ahora mostraba sus inconfundibles rastros.

Este efecto se ha convertido en una parte rutinaria de mi número. A lo largo de todo mi espectáculo me muevo con mucho cuidado, como si intentara evitar que mis extremidades se lastimen, me giro con una suave rigidez de cintura y espalda, camino con los hombros encorvados. Trato de aprovechar al máximo mi estado físico, actuando como si no me importara. Después de haber realizado «En un abrir y cerrar de ojos», y una vez que todos me han visto materializarme de nuevo, entonces permito que la iluminación realice su labor más horripilante. Mientras cae el telón gran parte del público cree que soy alguien cuyo final está próximo.

Aparte del efecto en sí, estoy pensando en una estrategia a largo plazo. Para decirlo claramente, estoy planeando, y me estoy preparando, para mi propia muerte.

Después de todo, estoy bastante familiarizado con el concepto. Durante muchos años representé el papel de hombre muerto, mientras Julia representaba el papel de viuda.

Y después de haber experimentado tantas transiciones mediante el dispositivo infernal de Tesla,

la idea de poder representar sobre el escenario mi propia muerte ha surgido fácilmente.

El año que viene quiero retirarme del escenario para siempre. Quiero liberarme de las interminables giras, de los largos viajes, de las estancias nocturnas en habitaciones de alquiler teatrales, de las interminables peleas con los administradores de los teatros. Estoy harto de rodearme de discreción, y siempre temo nuevos ataques de Borden.

Y lo más importante: mis hijos están creciendo y deseo estar con ellos mientras lo hacen. Edward irá pronto a la universidad, y las niñas sin duda se casarán pronto.

El año que viene a estas alturas seré, como digo, económicamente independiente, y mediante inversiones prudentes la finca y la herencia Caldlow deberían bastar para mantener a mi familia durante el resto de mi vida y la de ellos. En lo que respecta al resto del mundo, la vida de *El gran Danton*, de Rupert Angier, llegará a un final trágico, causado por los rigores de su profesión, en algún momento del otoño de 1903.

Mientras tanto, sin publicidad ni ninguna clase de anuncio, el 14.º conde de Colderdale tomará casi al mismo tiempo las riendas de su herencia.

Ésta es por lo tanto la explicación del comentario de Koeing acerca de mi «sorprendente» buena salud. Es un hombre muy listo, que sabe más acerca de mí de lo que yo desearía.

Acerca de este tema, he estado reflexionando mucho sobre su teoría de que no hay un Borden sino dos. Todavía dudo. Y no porque la idea en sí sea inverosímil —después de todo, mi ayudante Cutter lo había descifrado él mismo—, sino debido a las interminables ramificaciones que se derivarían de vivir en tal engaño. Ya había pensado en algunas de ellas cuando Koeing estaba en mi camerino.

¿Qué pasa con la vida cotidiana? Ningún artista está trabajando continuamente, sin importar lo exitosa que sea su carrera. Hay períodos de descanso, tanto voluntarios como involuntarios. Hay retrasos inevitables entre presentaciones. Algunos espectáculos y algunas giras pueden ser cancelados justo antes de empezar. Existen vacaciones, enfermedades, crisis familiares.

Si Borden no es un hombre sino dos, y uno de estos hombres está siempre oculto para que el otro pueda parecer ser el «único» Alfred Borden, ¿dónde y cómo se está ocultando? ¿Qué sucede en la vida del hombre oculto mientras está escondido? ¿Cómo se pone en contacto con su hermano? ¿Se encuentran alguna vez, y si es así, cómo se las arreglan para no ser descubiertos por nadie? ¿Cuánta gente sabe del engaño, y cómo puede Borden estar seguro de que el secreto está a salvo con ellos?

Y hablando en particular de los demás, ¿qué hay de la esposa de Borden? ¿Y qué hay de sus hijos?

Si Borden es dos hombres, no pueden ser ambos maridos de la misma esposa, ni padres de los mismos niños. ¿Cuál de ellos es el esposo, cuál es el padre? La esposa de Borden es una mujer de familia respetable y, según todo el mundo, no es ninguna tonta. ¿Qué sabe ella realmente acerca de Borden?

¿Le está ocultando acaso su verdadera identidad?

¿Acaso la ocultación y el engaño pueden extenderse con éxito incluso hasta el hogar matrimonial, hasta el lecho conyugal? ¿No sospecharía ella nada, ni detectaría diferencia alguna entre los dos hombres?

¿Y qué hay de la tradición familiar, de las bromas o de los comentarios íntimos, de los recuerdos

personales compartidos, de las cuestiones de intimidad física? ¿Es concebible que los dos hombres colaboraran hasta tal punto que incluso las cuestiones personales hayan sido incluidas dentro de las precauciones y de los secretos que rodean a un simple truco escénico?

Lo opuesto es todavía más difícil de creer; que la esposa de Borden conoce la verdad acerca de todo el asunto y que, por alguna razón, se aviene a soportarlo. Si eso fuera cierto, el acuerdo seguramente ya se habría roto hace muchos años.

Uno de los dos hermanos inevitablemente habría empezado a sentirse como el socio minoritario del acuerdo; uno de ellos (permítanme nuevamente llamarlo Borden-2) no sería el que en realidad pasó por la ceremonia de casamiento. Por lo tanto, a los ojos de la mujer sería menos esposo que Borden-1, ¿y qué pasaría entonces con las cuestiones inherentes al matrimonio?

Y con respecto a este tema, Borden-2 no sería el verdadero padre de los niños. (Supongo, en una concesión a los principios morales, que el Borden-2 que no se casó es el mismo Borden-2 que no engendró a los hijos). Borden-2 sería por lo tanto tío de los niños, alejado de ellos por un escenario, emocional y físicamente. La esposa, la madre, no podría evitar discriminarlo de alguna manera.

Es una situación cargada de inestabilidad.

Estas dos explicaciones son tan poco probables que me veo obligado a buscar una tercera. Los hermanos Borden deliberadamente no le han contado la verdad a la esposa, y han intentado engañarla, pero ella le ha dado la vuelta a la situación. En otras palabras, se ha dado cuenta de lo que está pasando (¿cómo podría no hacerlo?), pero por motivos personales ha decidido aceptarlo.

A pesar de que esta teoría contiene sus propios misterios, creo que es la explicación más plausible, pero aun así todo el asunto resulta totalmente inverosímil.

Yo llegaría muy lejos, y de hecho lo hago, para proteger mis secretos, pero no permitiría que se convirtieran en una obsesión. ¿Podría ser que Borden y el supuesto hermano de Borden fueran tan obsesivos como Koeing dice?

¡Todavía tengo dudas acerca de esto!

En definitiva, no importa, porque un truco es un truco y todos los que lo ven saben que se está llevando a cabo un engaño. Pero Julia sufrió terriblemente a causa de nuestra enemistad, y mi propia vida estuvo endemoniadamente cerca de terminar también a causa de eso. Pienso que Borden es un hombre capaz de obsesionarse con sus secretos, y enfrentarme a él fue mi desgracia.

¡También fue mi suerte, fruto de nuestra disputa, dar con el truco que me está haciendo rico!

27 de noviembre de 1902

En alguna parte entre Wakefeld y Leeds.

Después de unas largas y beneficiosas vacaciones en Derbyshire con Julia y con los niños, estoy otra vez de gira. Mañana estreno en el Teatro King William en Leeds, donde estaré en cartelera dos veces por noche hasta finales de la semana que viene.

Desde allí a Dover, donde encabezo el programa en el Teatro Overcliff. Desde allí a Portsmouth,

durante la semana que precede a la Navidad.

Soy un hombre cansado pero feliz.

A veces la gente se fija en mi apariencia y hace comentarios bien intencionados acerca de mi mal aspecto. Yo soy valiente en lo que a esto respecta.

1903

1 de enero de 1903

Así es que llega por fin el año en el cual Rupert Angier pasará a mejor vida.

Todavía no he escogido una fecha exacta para mi fallecimiento, pero no será sino mucho después de que termine mi gira estadounidense.

Salimos desde Liverpool con destino a Nueva York dentro de tres semanas a partir de mañana, y estaremos fuera hasta el mes de abril. El problema de la disposición de los materiales del prestigio ha sido resuelto tan sólo parcialmente, pero puesto que presentaré «En un abrir y cerrar de ojos» en una media de una vez por semana, eso paliará en cierto modo el problema. En caso de que fuera necesario, haré lo que he hecho antes, pero Wilson asegura que ha encontrado una solución. Sea cual fuere el caso, el espectáculo continuará.

Julia y los niños estarán conmigo durante lo que sin duda alguna será conocida como mi gira de despedida.

30 de abril de 1903

Le he dicho a Unwin que continúe aceptando presentaciones hasta el final de este año, y también para los primeros meses de 1904. Sin embargo, estaré muerto a finales de septiembre. Probablemente ocurrirá el sábado 19 de septiembre.

15 de mayo de 1903

En Lowestoft.

Después de las vertiginosas experiencias de Nueva York, Washington DC, Baltimore, St. Louis, Chicago, Denver, San Francisco, Los Ángeles... estoy en Lowestoft, Suffolk. En Estados Unidos podría hacerme rico, pero me gano la vida satisfactoriamente en lugares como el Teatro Pavilion de Lowestoft.

Mañana estreno y estaré en cartelera durante una semana.

20 de mayo de 1903

He cancelado mis dos presentaciones de esta noche, las de mañana están en peligro, y mientras

escribo estas palabras espero ansioso la llegada de Julia.

¡Soy un imbécil, un maldito y puñetero *imbécil*!

Anoche, segunda función, mitad de la presentación. (Apenas si puedo poner lo sucedido en el papel). Recientemente he agregado un nuevo truco de cartas a mi repertorio. En éste, se invita a un miembro del público a subir al escenario. Él toma una carta y escribe su nombre en la parte de adelante. Yo arranco una punta de la carta, y se la doy al voluntario para que la sostenga. El resto de la carta se coloca dentro de un sobre de papel, al que se le prende fuego. Cuando las llamas se han extinguido hago aparecer una gran naranja. La corto por la mitad y resulta que contiene la carta firmada, y la punta arrancada todavía encaja, por supuesto.

Anoche, supuse que mi voluntario era alguien del lugar; era alto y robusto, tenía una piel rojiza, y cuando habló, fue con acento de Suffolk. Ya lo había visto un rato antes en el auditorio, sentado en el centro de la primera fila, y apenas noté su rostro apacible, que no traslucía una excesiva inteligencia, me dije que sería un buen voluntario. De hecho él se ofreció apenas solicité a alguien para que subiera al escenario, algo que debió haberme alertado de que se avecinaban problemas. Sin embargo, mientras yo estaba realizando el truco, él era el complemento perfecto, incluso sacándole una o dos risas al público con su sencillo sentido del humor y sus comentarios banales. («Escoja una carta, señor», le dije. «¿Qué, quiere me la lleve a casa, señor?», dijo el hombre, con los ojos bien abiertos y aparentemente ansioso por agradar).

¿Cómo pude no darme cuenta de que era Borden?! Incluso me dio una pista, porque el nombre que escribió sobre la carta fue *Alf Redbone*, casi un anagrama transparente, y sin embargo yo, concentrado en mis asuntos, creí que era su verdadero nombre.

Después de finalizar el truco le di la mano, le di las gracias llamándolo por su nombre, y agregué mi aplauso al del público, mientras él era conducido por Hester, mi actual asistente femenina, hasta la rampa de la platea.

No me di cuenta de que la butaca de Redbone todavía estaba vacía hasta después de pasados unos minutos, cuando me disponía a comenzar con «En un abrir y cerrar de ojos».

En las tensiones que preceden a este número, su ausencia únicamente quedó registrada en un rincón de mi mente; sabía que algo estaba mal, pero, debido al momento en el que me encontraba, no podía pensar en qué podía ser exactamente.

Cuando la corriente eléctrica comenzó a fluir por el artefacto de Tesla, y los largos zarcillos de las descargas de alto voltaje serpenteaban a mi alrededor, y cuando la expectación del público estaba en su punto más álgido, finalmente noté su ausencia.

La trascendencia de lo que esto significaba me alcanzó como un rayo. Para aquel entonces ya era demasiado tarde; el artefacto estaba en funcionamiento y yo debía finalizar el truco.

En este punto del espectáculo nada puede ser modificado. Hasta el área que elegí como blanco está predeterminada; fijar las coordenadas es demasiado intrincado, se necesita mucho tiempo para prepararlo y no es posible hacerlo durante la actuación.

La noche anterior había dispuesto el artefacto de tal modo que me hicieran llegar al palco más alto de la parte izquierda del escenario, el cual, gracias a un acuerdo previo con los directivos del teatro, quedaría vacío durante ambas funciones. El palco estaba aproximadamente a la misma altura

que el anfiteatro, y era visible desde casi cualquier otra parte del auditorio.

Todo estaba listo para materializarme en la misma barandilla del palco, iluminado por los focos móviles, boca abajo, mirando a la platea bastante por debajo de donde yo me encontraba, aparentemente luchando para mantener el equilibrio, los brazos girando como un remolino de viento, el cuerpo moviéndose frenéticamente, etcétera, etcétera. Todo había salido exactamente como lo había planeado durante la primera función, y mi mágica transformación provocó chillidos, rugidos de advertencia y gritos de alarma de parte del público, seguidos de ensordecedores aplausos mientras yo bajaba balanceándome al escenario con la cuerda que Hester me había arrojado.

Para llegar a la barandilla del palco frente al público, tenía que ponerme de pie dentro del artefacto de Tesla, de espaldas al palco. El público no puede saberlo, por supuesto, pero la posición en la que colocho mi cuerpo es recreada exactamente en el instante de mi llegada. Desde mi lugar en el artefacto, no podía por lo tanto ver dónde estaba a punto de llegar.

¡Con Borden próximo en alguna parte, me invadió la espantosa seguridad de que estaba a punto de sabotearme una vez más! ¿Qué pasaría si estaba escondido dentro del palco, y me daba un empujón cuando yo llegara a la cornisa? Sentí cómo la tensión eléctrica aumentaba ineluctablemente a mi alrededor. No pude evitar darme vuelta ansiosamente para mirar hacia arriba, hacia donde estaba el palco. Apenas pude conseguir ver a través de las mortales chispas eléctricas celestes. Todo parecía estar bien; no había nada allí que obstaculizara mi llegada, y a pesar de que no pude ver el interior del palco, donde están las butacas, no parecía haber nadie allí.

La intención de Borden era mucho más siniestra, y un momento más tarde lo descubrí. En el preciso instante en que me di vuelta para mirar hacia el palco, dos cosas sucedieron simultáneamente.

La primera fue que la transmisión de mi cuerpo comenzó. La segunda fue que la energía eléctrica que suministraba al artefacto fue cortada, desconectando instantáneamente la corriente. Los fuegos azules desaparecieron, el campo eléctrico se extinguió.

Yo permanecí en el escenario, de pie dentro de la jaula de madera del artefacto, a plena vista de todo el público. Me quedé mirando fijamente hacia atrás, hacia el palco.

¡La transmisión había sido interrumpida! Pero había comenzado, y ahora podía ver una imagen de mí mismo en la barandilla; allí estaba mi fantasma, mi *doppelgänger*, momentáneamente congelado en la postura que había adoptado cuando me di vuelta para mirar, a medio girar, medio agazapado, mirando hacia arriba. Era una delgada y endeble copia de mí mismo, una prestidigitación parcial. ¡Cuando aún tenía la vista fija en él, mi otra imagen se enderezó alarmada, estiró los brazos y se desplomó hacia atrás y fuera de mi vista, en el interior del palco!

Horrorizado por lo que había visto caminé fuera de las bobinas de la jaula de Tesla. Justo en aquel instante, el foco se encendió, iluminando todo el palco para mostrar así mi pretendida materialización. La gente del público miró hacia donde estaba el palco, medio anticipando el truco. Comenzaron a aplaudir, pero con la misma rapidez el ruido fue desapareciendo hasta quedar en la nada. No había nada que ver.

Yo estaba solo de pie sobre el escenario. Mi truco había sido sabotado.

—¡Telón! —grité hacia el interior de los bastidores—. ¡Bajen el telón!

Pareció tardar una eternidad pero finalmente los técnicos me oyeron y fue bajado el telón, separándome del público. Hester apareció corriendo; su señal para regresar al escenario era cuando yo estaba recibiendo mis aplausos desde la barandilla del palco, y no antes. Ahora el deber y la confusión la sacaron de su lugar entre los bastidores.

—¿Qué ha sucedido? —gritó.

—¡Ese hombre que subió al escenario desde el auditorio! ¿Dónde está?

—¡No lo sé! Pensé que había regresado a su butaca.

—¡De alguna manera se metió entre los bastidores! ¡Se supone que tienes que asegurarte de que esta gente abandone el escenario!

La empujé furioso hacia un costado y levanté la tela del telón. Agachado, di un paso para colocarme debajo y fui hasta los focos. Las luces del auditorio estaban ahora encendidas, y el público se estaba desplazando hacia los pasillos, y lentamente hacia las salidas. La gente estaba evidentemente desconcertada y disgustada, y ya no prestaba atención al escenario.

Miré hacia el palco. El foco móvil había sido apagado, y con las débiles luces del auditorio todavía no podía ver nada. Una mujer gritó una vez y luego otra. Estaba en alguna parte del edificio detrás de los palcos.

Inmediatamente me metí entre los bastidores y me encontré con Wilson, que estaba apresurándose para llegar al escenario y encontrarme. Casi sin aliento, porque ahora me di cuenta de que mis pulmones estaban inexplicablemente trabajando con dificultad, le di instrucciones de que desmontara y embalara el artefacto tan rápidamente como pudiera. Pasé a su lado corriendo y pude llegar hasta las escaleras que conducían al anfiteatro y a los palcos. Había miembros del público bajando por ellas, y cuando miré hacia arriba, colándome entre ellos, me di cuenta de que refunfuñaban debido a mi brusquedad, pero no me identificaban como el mago que acababa de fracasar tan espectacularmente ante ellos. El anonimato del fracaso es fulminante.

Cada paso que daba era aún más difícil de completar. La respiración se me hacía más dificultosa, arañándome la garganta, y notaba mi corazón palpar como si acabara de correr casi dos kilómetros cuesta arriba. Siempre me he mantenido en forma, y el ejercicio físico nunca ha sido algo que me exigiera demasiado esfuerzo, pero de repente sentí como si me hubiera vuelto cojo y gordo. Para cuando llegué a la parte superior de tan sólo el primer tramo de escalones, no podía avanzar más, y la multitud que bajaba por las escaleras se vio forzada a adelantarme mientras me apoyaba en el pasamanos de hierro forjado para recuperar el aliento. Descansé durante unos segundos, y luego me lancé a subir el siguiente tramo de escalera.

No había cubierto más de dos escalones cuando fui presa de una tos aterradora, tan violenta que me dejó pasmado. Físicamente sentí que no podía más. Mi corazón daba golpes que parecían de martillo, la sangre me latía con fuerza y rítmicamente en los oídos, el sudor me salía a borbotones, y la tos era tan seca y tan dolorosa que parecía que me estaba evacuando el pecho y me provocaría un colapso en cualquier momento. Me debilitó tan exageradamente que apenas pude inhalar una vez más, y cuando por fin pude conseguir aspirar un poco de aire, inmediatamente tosí otra vez, resollando terriblemente y atormentado por atroces dolores en todas partes. Era incapaz de mantenerme erguido, y me dejé caer hacia adelante atravesando los escalones de piedra, mientras las pocas personas que

quedaban del público pasaban a mi lado, sus botas a escasos centímetros de mi lastimosa cabeza. No sabía ni me importaba lo que pensarán de mí mientras yacía allí.

Finalmente Wilson me encontró. Me alzó en sus brazos y me levantó como a un niño mientras yo luchaba para recobrar el aliento.

Después de un buen rato, mi corazón y mi respiración se calmaron, y un gran escalofrío me recorrió todo el cuerpo. Sentía mi pecho como si fuera una pústula hinchada de dolor, y a pesar de que no recaí en la violenta tos, cada respiro era inhalado y exhalado muy cuidadosamente.

Finalmente, pude decir: —¿Has visto lo que sucedió?

—Alfred Borden debe haber conseguido meterse entre los bastidores, señor.

—¡Eso no! Me refiero a lo que sucedió cuando falló la energía.

—Estaba manejando el panel de controles, señor Angier. Como siempre.

El lugar de Wilson durante «Un abrir y cerrar de ojos» está en la parte de atrás del escenario, invisible para el público, oculto detrás del telón negro de la cabina secreta.

A pesar de que está en contacto permanentemente con lo que yo estoy haciendo, en realidad no puede verme durante la mayor parte del truco.

Jadeando, le di una descripción de la imagen mágica espectral de mí mismo que había entrevisto. Wilson parecía estar desconcertado, pero inmediatamente se ofreció para subir corriendo él mismo hasta el palco. Así lo hizo, mientras yo me quedé tirado, indefenso e incómodo sobre los fríos y desnudos escalones. Cuando regresó después de uno o dos minutos, Wilson me dijo que no había visto nada fuera de lugar allí arriba. Dijo que las butacas del último palco habían sido volcadas por el suelo alfombrado, pero que aparte de eso no había nada inusual. Tuve que aceptar lo que me dijo; sabía que Wilson es un asistente astuto y de confianza.

Me bajó por las escaleras y me llevó de regreso al escenario. Para aquel entonces ya me había recuperado lo suficiente como para poder mantenerme en pie sin ninguna ayuda. Examiné detenidamente el último palco y el resto del auditorio, ahora vacío, pero no había señal alguna del doble.

Tenía que olvidarme de todo el asunto. El hecho de haberme debilitado tanto de repente era una preocupación mucho más apremiante. Cada movimiento significaba un gran esfuerzo, y notaba la tos enroscada en mi pecho, lista para explotar de nuevo en cualquier momento. Temiendo que regresara, coarté y restringí deliberadamente mis movimientos, intentando calmar mi respiración.

Wilson llamó a un taxi para que me llevara sano y salvo de regreso a mi hotel, e inmediatamente ordené que se le enviara un mensaje a Julia. Se llamó a un médico, y cuando llegó, más tarde, llevó a cabo un reconocimiento hecho bastante a la ligera.

Aseguró que no había podido encontrar nada preocupante, así que le pagué para que se fuera y decidí buscar otro médico por la mañana. Me costó mucho quedarme dormido, pero al final lo conseguí.

Esta mañana me desperté sintiéndome bastante mejor, y bajé las escaleras sin la ayuda de nadie. Wilson me estaba esperando en el vestíbulo del hotel, con la noticia de que Julia llegaría al mediodía. Mientras tanto, me aseguró que no me veía muy bien, pero yo insistí en que había comenzado a recuperarme. Después del desayuno, sin embargo, me di cuenta de que no tenía muchas

fuerzas.

De mala gana, he cancelado las dos presentaciones de esta noche, y mientras Wilson estaba en el teatro, he escrito este informe de lo que ha acontecido.

22 de mayo de 1903

En Londres.

Obedeciendo el deseo de Julia y el consejo de Wilson, he cancelado todas las presentaciones que quedaban en Lowestoft. La semana próxima también ha sido cancelada; ésta iba a ser una breve temporada en el Teatro Court de Highgate.

Todavía no sé qué hacer con respecto al espectáculo en el Astoria, en Derby, programado para la primera semana de junio.

Estoy intentando ser optimista, pero en el rincón más profundo de mi corazón abrigo un temor secreto. En pocas palabras, que mi mala salud no me permita actuar nunca más. Después del ataque de Borden me he convertido casi en un inválido.

Contando al hombre que vino a verme al hotel de Lowestoft, y al mío aquí en Londres, he sido examinado por tres médicos. Todos ellos aseguraron que me encontraba bien y que no mostraba ningún síntoma evidente de enfermedad. Me quejo de mi respiración, así que me auscultan el pecho y me recetan aire fresco. Les digo que se me acelera el corazón cuando subo un tramo de escalera, vuelven a auscultarme y me dicen que tenga cuidado con lo que como y que me tome las cosas con más calma. Les digo que me canso fácilmente, y me aconsejan que descanse y que me acueste bien temprano.

Mi médico de cabecera de Londres me sacó una muestra de sangre, porque le exigí que me hiciera algunas pruebas un poco más objetivas, aunque solamente para tranquilizar mis temores. Como era de esperar, me informó de que mi sangre estaba inusualmente «aguada», que tal condición era habitual en un hombre de mi edad, y me recetó un tónico de hierro.

Después de que se fuera el médico, decidí pesarme, con un resultado asombroso.

¡Aparentemente había perdido alrededor de trece kilos! He pesado más o menos exactamente setenta y seis kilos durante la mayoría de mis años de adulto.

Simplemente es una de esas cosas en la vida que ha permanecido constante. ¡Esta mañana he descubierto que peso poco más de sesenta y tres kilos!

En el espejo me veo igual que siempre: mi cara no está más delgada, mis ojos no están inyectados en sangre, mis pómulos no sobresalen, mi mandíbula no se ve más angulosa. Me veo cansado, eso es cierto, y mi piel tiene cierta cualidad amarillenta que no es habitual en mí, pero en ningún caso es el aspecto de alguien incapaz de subir siquiera un corto tramo de escalera sin tener que pararse a recobrar el aliento a mitad de camino. Ni tampoco alguien que acaba de perder casi una sexta parte de su peso habitual.

Debido a que no hay ninguna razón normal o lógica que explique todo esto, he de suponer que se

debe a la transmisión incompleta de Tesla. La primera descarga se había llevado a cabo. Después de esto, la información eléctrica fue enviada tan sólo parcialmente. La interrupción de Borden tuvo lugar antes de que se produjera la segunda descarga, impidiendo que pudiera unirme completamente en ningún sitio.

¡Una vez más su intervención me había colocado al borde de la muerte!

Más tarde.

Julia se ha propuesto rehabilitar mis fuerzas haciéndome aumentar de peso, y el almuerzo de hoy fue bastante abundante. Sin embargo, cuando iba por la mitad comencé a sentirme cansado y con náuseas, y fui incapaz de terminarlo. Acabo de echar una corta siesta.

Al despertarme tuve una idea, cuyas consecuencias todavía estoy considerando.

En la privacidad de estas páginas, debo confesar que cada vez que he utilizado el artefacto de Tesla, ya sea durante una actuación o en un ensayo, siempre me he asegurado de esconder dos o tres monedas de oro en mi bolsillo. El motivo tiene que ser evidente; ¡mi reciente fortuna no se debe únicamente a los honorarios de mis presentaciones!

Tesla, debo confesarlo, me previno acerca de tales acciones. Es un hombre de profunda moral, y me dio un largo sermón acerca del tema de la falsificación. Dijo que también tenía razones científicas, que el artefacto estaba calibrado según el peso de mi cuerpo (con ciertos márgenes de seguridad), y que la presencia alrededor de mi cuerpo de objetos pequeños pero con volumen, tales como monedas de oro, podría provocar que la proyección no saliera bien si se trataba de distancias más largas.

Debido a que confío en el conocimiento científico de Tesla, al principio decidí llevar únicamente billetes conmigo, pero se produce el inevitable inconveniente de la duplicación de los números de serie. Todavía llevo algunos billetes en cada presentación, pero en la mayoría de los casos he optado por el oro. Nunca he experimentado ninguno de los problemas de proyección acerca de los cuales Tesla me advirtió, tal vez porque las distancias en cuestión son demasiado cortas.

Esta tarde, después de mi siesta, busqué las tres monedas que había llevado en mi bolsillo el martes por la tarde. Apenas las palpé estuve seguro de que pesaban menos de lo que pesaban antes, y cuando las coloqué en la balanza de mi oficina, comparándolas con dos monedas por lo demás idénticas que no habían pasado por el transmisor, descubrí que ciertamente eran más livianas.

Calculo que también han perdido alrededor del diecisiete por ciento de su masa.

Se ven iguales, tienen las mismas dimensiones que las monedas comunes, incluso hacen el mismo sonido resonante cuando caen sobre un suelo de piedra, pero por una razón o por otra han perdido algo de su *peso*.

29 de mayo de 1903

Esta semana no he mejorado para nada. Sigo debilitado. A pesar de que estoy *bien*, en el sentido de que no tengo fiebre, ni ninguna lesión aparente, ni ningún tipo de dolor, ni me siento mal; a pesar de todo esto, apenas hago algún esfuerzo físico, el cansancio me invade. Julia sigue intentando alimentarme para que me ponga mejor, pero he ganado muy poco peso. Los dos fingimos que estoy mejorando, pero estamos negando lo que es evidente para los dos: nunca recuperaré la parte de mí que ha desaparecido.

A pesar de mis problemas físicos, mi mente continúa funcionando normalmente, lo cual no hace sino acrecentar mi frustración.

Con desgana, pero siguiendo los consejos de las personas cercanas a mí, he cancelado todas las futuras presentaciones. Para distraerme he estado haciendo funcionar el artefacto de Tesla y transmitiendo una gran cantidad de oro. No soy codicioso, y no deseo llamar la atención convirtiéndome en alguien excesivamente rico. Únicamente necesito el dinero suficiente para asegurarme un bienestar a largo plazo tanto para mí como para mi familia. Al finalizar cada sesión peso cuidadosamente cada moneda, pero todo está bien.

Mañana regresamos a la Casa Caldlow.

18 de julio de 1903

En Derbyshire.

El gran Danton está muerto. El fallecimiento del ilusionista Rupert Angier fue el resultado de varias lesiones sufridas como consecuencia de un truco que salió mal durante una presentación en el Teatro Pavilion de Lowestoft. Murió en su casa de Highgate, en Londres, y ha dejado una viuda y tres hijos.

El 14.º conde de Colderdale continúa vivo, aunque no esté pletórico de salud. Ha tenido el ambiguo placer de leer su propia nota necrológica en el *Times*, un privilegio del cual no muchos pueden disfrutar. Por supuesto, la nota necrológica estaba sin firmar, pero fui capaz de deducir que no había sido escrita por Borden. La evaluación de mi carrera es presentada naturalmente bajo una luz justa y positiva, y no se adivinan nada de celos, ningún sentimiento oculto de sutil resentimiento, generalmente perceptibles en estas ocasiones, en las cuales un rival es invitado a dejar constancia del fallecimiento de uno de sus colegas. Me siento aliviado de que Borden al menos no haya participado en esto.

Los asuntos de Angier están ahora en las manos de una firma de abogados. Por supuesto, está realmente muerto, y su cuerpo fue realmente colocado dentro del ataúd. Vi esto como el último truco de Angier; el suministro de su propio cadáver para ser enterrado. Julia es oficialmente su viuda, y sus hijos son huérfanos. Todos ellos estaban presentes en el cementerio de Highgate para su funeral, una ceremonia estrictamente reservada para sus familiares más directos. La prensa no se acercó obedeciendo a la petición personal de la viuda, y no se vieron ni fans ni admiradores aquel día.

Aquel mismo día, yo estaba viajando anónimamente de regreso a Derbyshire con Adam Wilson y

su familia. Él y Gertrude han aceptado quedarse conmigo como compañeros remunerados. Estoy en condiciones de recompensarlos bien.

Julia y los niños llegaron aquí de regreso tres días después. De momento es la viuda Angier, pero a medida que se vayan desvaneciendo los ecos de estos últimos sucesos, y la gente ya no recuerde nada, se convertirá discretamente, tal como es su derecho, en lady Colderdale.

Pensé que ya me había familiarizado con el hecho de sobrevivir a mi propia muerte, pero esta vez ha ocurrido de una forma tal que ya no podrá repetirse. Debido a que no puedo regresar al escenario, y puesto que estoy ahora desempeñando el papel que mi hermano mayor me había denegado previamente, me sorprende preguntándome cómo llenaré los días que están por venir.

Después del desagradable susto causado por lo sucedido en Lowestoft, me he concentrado en lo que ya es mi nueva existencia. No estoy en decadencia, y mi salud es estable. Tengo poca energía física o fuerzas, pero parece improbable que caiga muerto en cualquier momento. El médico de aquí me repite lo que me dijeron en Londres: aparentemente no me sucede nada que la buena comida, el ejercicio y una actitud positiva no puedan curar con el tiempo.

Por lo tanto, me sorprende a mí mismo viviendo la vida que había planeado brevemente después de regresar de Colorado. Hay muchas cosas de las que ocuparse en la casa y por toda la finca, y, debido a que nada ha sido correctamente organizado y administrado durante muchos años, gran parte de todo esto está deteriorándose.

Afortunadamente, por una vez mi familia tiene los medios económicos para abordar algunos de los problemas más serios.

Le he ordenado a Wilson que monte el artefacto de Tesla en el sótano, diciéndole que de vez en cuando ensayaré «En un abrir y cerrar de ojos» en preparación para mi regreso al escenario. Su verdadero uso, por supuesto, es otro.

19 de septiembre de 1903

Simplemente para dejar constancia de que hoy es el día que había planeado originalmente para la muerte de Rupert Angier. Ha pasado como todos los otros, discreta y (dado mi continuo desasosiego con respecto a mi salud) tranquilamente.

3 de noviembre de 1903

Estoy recuperándome de un ataque de neumonía. ¡Casi me mata! He estado en el hospital Sheffield Royal desde finales de septiembre, y sobreviví únicamente gracias a un milagro. Hoy es el primer día en casa en el cual he podido sentarme el tiempo suficiente como para poder escribir. Los brezales se ven espléndidos a través de la ventana.

30 de noviembre de 1903

Estoy recuperándome. Me encuentro casi nuevamente en el estado en el cual me encontraba cuando regresé aquí de Londres. Es decir, oficialmente bien, extraoficialmente no demasiado bien.

15 de diciembre de 1903

Adam Wilson entró en mi sala de lectura esta mañana a las diez y media, y me informó que había una visita esperando abajo para verme. ¡Era Arthur Koeing! Me quedé sorprendido, mirando fijamente su tarjeta de periodista, preguntándome qué querría. —Dile que de momento no estoy disponible —le dije a Adam, y me fui a mi estudio para pensar.

¿Podía tener su visita algo que ver con mi funeral? La falsificación de mi propia muerte tenía un lado engañoso que sospecho podría ser interpretado como ilegal, a pesar de que no puedo imaginarme qué daño podría causarle a nadie. Pero el simple hecho de que Koeing estuviera aquí significaba que sabía que el funeral había sido una farsa. ¿Intentaría chantajearme de alguna manera? Todavía no confío completamente en el señor Koeing, ni tampoco entiendo sus motivos.

Lo dejé sudando abajo durante quince minutos, luego le pedí a Adam que lo hiciera subir.

Koeing parecía estar bastante serio. Después de saludarnos, le pedí que se sentara en una de las cómodas sillas que estaban frente a mi escritorio. Lo primero que hizo fue asegurarme que su visita no tenía conexión alguna con su trabajo en el periódico.

—Estoy aquí como emisario, mi Lord —me dijo—. Estoy actuando en calidad de particular, en representación de una tercera parte que sabe de mi interés por el mundo de la magia, y que me ha pedido que me acerque a su esposa.

—¿Acercarse a Julia? —le pregunté, sinceramente sorprendido—. ¿Por qué tendría usted algo que decirle a ella?

Koeing parecía estar notablemente incómodo.

—Su esposa, mi Lord, es la viuda de Rupert Angier. Es esta condición la que ha motivado el encargo de que yo me ponga en contacto con ella. Pero pensé, teniendo en cuenta lo sucedido en el pasado, que sería más prudente venir primero a hablar con usted.

—¿Qué pasa, Koeing?

Había traído un pequeño maletín de cuero, y en ese momento lo tomó y lo puso sobre su regazo.

—La... tercera parte para la cual estoy actuando ha hallado un cuaderno, un diario privado, en el cual se supone que su esposa estaría interesada. En especial, se espera que lady Colderdale, es decir, la señora Angier, podría querer adquirirlo. Esta, ¡ejem!, tercera parte no es consciente de que usted, mi Lord, todavía está vivo, por lo tanto me encuentro traicionando no solamente a la persona que me envía, sino también a la persona con quien debería estar hablando. Pero realmente sentí, teniendo en cuenta las circunstancias...

—¿De quién es este cuaderno?

—De Alfred Borden.

—¿Lo tiene con usted?

—Por supuesto que sí.

Koeing estiró la mano, la introdujo en su maletín y sacó un cuaderno forrado con tela, equipado con un cierre con candado. Me lo entregó para que pudiera examinarlo, pero debido a que estaba cerrado no pude ver su contenido. Cuando miré a Koeing nuevamente, tenía la llave en la mano.

—Mi... cliente pide quinientas libras, señor.

—¿Es auténtico?

—Sin duda alguna. Basta leer solamente unas pocas líneas para convencerse de ello.

—¿Pero vale la pena pagar quinientas libras por él?

—Sospecho que descubrirá que vale la pena gastarse bastante más. Está escrito con la letra del propio Borden, y habla con toda franqueza de los secretos de su magia. Elabora su teoría de la magia y explica cómo se realizan muchos de sus trucos. Menciona un secreto relativo a unos gemelos. Sin duda constituye una lectura más que interesante, y puedo garantizarle que usted estará de acuerdo.

Di vuelta el cuaderno en mis manos, pensando en él.

—¿Quién es su cliente, Koeing? ¿Quién quiere el dinero? —Parecía estar intranquilo evidentemente no era un experto en este tipo de cuestiones—. Dice que ya ha traicionado a su cliente. ¿Es que de repente tiene escrúpulos?

—Hay muchas cosas detrás de todo esto, mi Lord. Por su comportamiento deduzco que todavía no ha oído la noticia más importante que le he traído. ¿Sabe usted que Borden ha muerto recientemente? —No hay duda de que mi expresión de desconcierto le dio la respuesta que necesitaba—. Para ser más preciso, creo que uno de los dos hermanos está muerto.

—Parece no estar muy seguro —le dije—. ¿Por qué?

—Porque no hay ninguna prueba concluyente. Usted y yo sabemos de qué modo tan obsesivo ocultaban sus vidas los hermanos Borden, y no es ninguna sorpresa que el superviviente haría lo mismo cuando el otro muriera. Las pistas han sido muy difíciles de seguir.

—¿Entonces cómo se ha enterado? Ah, ya entiendo..., esta tercera parte, la que le ha encargado esta tarea.

—Y hay otros indicios.

—¿Como por ejemplo? —lo desafié.

—El famoso truco ya no forma parte de la presentación de *Le Professeur*. He asistido a sus espectáculos varias veces durante las últimas seis semanas, y no lo ha realizado ni una sola vez.

—Podría haber otras muchas razones para eso —observé—. He estado presente en su espectáculo varias veces, y no siempre incluye ese truco.

—Ciertamente no. Pero lo más probable es que necesite a los dos hermanos para poder realizarlo.

—Creo que debería decirme el nombre de su cliente, Koeing.

—Mi Lord, si no me equivoco una vez conoció usted a una mujer estadounidense llamada Olive Wenscombe, ¿verdad?

He escrito este nombre aquí, y ahora caigo en la cuenta de que lo dije, pero en la sorpresa del momento pensé que había dicho Olivia Svenson, lo cual produjo un malentendido entre nosotros. Primero pensé que los dos estábamos hablando de la misma persona, luego cuando me repitió el nombre pensé que estaba hablándome de alguien distinto. Finalmente recordé que Olivia había adoptado el apellido de soltera de su madre cuando se presentó a Borden.

—Por razones que usted seguramente podrá comprender bien —dije, cuando todo quedó muy claro—, nunca hablo de la señorita Svenson.

—Sí, sí. Y me disculpo por haberla mencionado. Sin embargo, ella está muy relacionada con el asunto del cuaderno. Entiendo que la señorita Wenscombe, o Svenson, como usted la conoció, fue empleada suya hace algunos años, pero se pasó al bando de Borden. Durante un tiempo trabajó como la asistente de Borden sobre el escenario, pero no fue mucho. Usted perdió contacto con ella, creo, aproximadamente en aquella época.

Confirmé que así había sido.

—Resulta ser —continuó Koeing— que los gemelos Borden poseen un escondrijo secreto al Norte de Londres. Para ser más preciso, es un apartamento de varias habitaciones en una zona residencial de Hornsey, y es aquí donde uno de los hermanos vivía de incógnito mientras el otro disfrutaba de las comodidades del hogar en St. Johns Wood. Se turnaban regularmente. Después de su... cambio de bando, la señorita Wenscombe se instaló en el piso de Hornsey, y ha estado viviendo allí desde entonces. Y seguirá allí siempre que las demandas entabladas en su contra no prosperen.

—¿Las demandas?

Me estaba costando bastante asimilar toda aquella información al mismo tiempo.

Koeing prosiguió:

—Ha recibido una notificación de desalojo por el impago del alquiler, y se estima que será desahuciada la semana próxima. Como súbdita extranjera sin un domicilio permanente, se enfrentaría entonces a la deportación. Por este motivo se puso en contacto conmigo, conociendo mi interés por el señor Borden. Pensó que yo podría ayudarla.

—A pedirme dinero.

Koeing me hizo una mueca no muy agradable. —No exactamente, pero...

—Continúe.

—Le interesará saber que la señorita Wenscombe no era consciente de la existencia de los dos hermanos, y hasta el día de hoy se niega a creer que ha sido engañada.

—Yo mismo se lo pregunté una vez —dije, recordando la descorazonadora entrevista que había tenido con ella en aquel teatro de Richmond—. En aquel entonces, me dijo que Borden era solamente un hombre. Ella conocía mis sospechas. Pero ahora me cuesta creer en lo que me dijo.

—El hermano Borden que murió cayó enfermo en el piso de Hornsey. Parece que tuvo un ataque cardíaco. La señorita Wenscombe llamó al médico de Borden, y después de que el cuerpo fuera retirado, apareció la policía. Cuando les dijo quién era el muerto, se fueron para continuar con la investigación, pero no regresaron nunca. Más tarde intentó ponerse en contacto con el médico, para descubrir que no estaba disponible. Su asistente le dijo que el señor Borden había llegado allí enfermo, ¡pero que se había recuperado rápidamente y que ya había sido dado de alta en el hospital!

Como la señorita Wenscombe había estado con él cuando murió, ¡no podía creerlo! Fue una vez más a la policía, pero, para su sorpresa, ellos también le confirmaron lo mismo.

—Todo esto me lo contó la señorita Wenscombe en persona. Según ella, no tenía idea de que Borden mantenía un segundo hogar. Definitivamente le vendió gato por liebre. En lo que a ella respecta, Borden pasaba con ella muchos días y muchas noches, y ella sabía siempre dónde estaba él cuando no estaba con ella. —Koeing estaba inclinado hacia delante, muy atento mientras desgranaba su historia—. Así que Borden murió súbitamente, y ella se sintió conmocionada y perturbada, como cualquier persona en su mismo caso, ¡pero no había motivos para sospechar nada extraño! Y, según ella, no hay duda alguna de que él ha muerto. Dijo que estuvo junto al cuerpo durante más de una hora antes de que llegara el médico, y que para aquel entonces ya se había enfriado. El médico examinó lo suficiente el cuerpo como para confirmar que estaba muerto, y dijo que firmaría un certificado de defunción cuando regresara a su consultorio. Sin embargo, ahora se enfrenta no solamente a las versiones del médico y la policía, sino al innegable hecho de que Alfred Borden aparece sobre escenarios públicos, presentando su magia, y evidentemente no está muerto.

—Si ella piensa que Borden era solamente un hombre, ¿cómo demonios explica eso? —le interrumpí.

—Se lo pregunté, por supuesto. Como usted bien sabe, ella está familiarizada con el mundo de la magia. Me dijo que después de pensarlo mucho, llegó a la triste conclusión de que Borden había utilizado técnicas de magia para simular su muerte, por ejemplo, tomando alguna clase de medicamento, y que todo era una elaborada farsa para abandonarla.

—¿Le dijo usted que los Borden eran gemelos?

—Sí. Se burló de la idea, y me aseguró que si una mujer vive con un hombre durante cinco años, sabe todo lo que se puede saber acerca de él. Rechazó absolutamente la idea de que fueran dos hombres distintos.

(Yo también había tenido mis dudas acerca de la relación de los gemelos Borden con su esposa y con sus hijos. Ahora bien, aparecía tras estas revelaciones un nuevo nivel de intriga: la amante también fue engañada, pero no estaba dispuesta a admitirlo, o simplemente no lo supo nunca).

—Así que este cuaderno ha aparecido de repente, para resolver todos sus problemas —dije.

Koeing me miró fija y pensativamente, y luego me dijo: —No todos, pero sí los más inmediatos. Mi Lord, creo que como gesto de mi buena fe, debería permitirle examinar el cuaderno sin condiciones.

Me alcanzó la llave, y volvió a sentarse en su silla mientras yo abría el pequeño cerrojo.

El cuaderno estaba escrito con una letra diminuta, pulcramente y en líneas regulares y parejas, pero a primera vista era ininteligible. Después de haber mirado las primeras páginas, comencé a hojear rápidamente el resto como si estuviera pasando los dedos por los bordes de un mazo de cartas. Mi instinto de mago me decía que estuviera en guardia contra los engaños de Borden. Todos aquellos años de enemistad habían revelado hasta qué punto estaba dispuesto a lastimarme o a herirme. Ya casi había hojeado la mitad del cuaderno cuando me detuve. Me quedé mirándolo fijamente, sumido en mis pensamientos.

Era más que probable que éste fuera el más elaborado de los ataques de Borden en mi contra. La

historia de Koeing acerca de Olivia, la muerte de Borden en el piso que compartía con ella, la convenientemente revelada existencia de un cuaderno que contiene los secretos profesionales más valiosos de Borden, todo esto podía ser un invento.

Lo único que tenía era la palabra de Koeing. ¿Qué contendría en realidad este cuaderno? ¿Y si fuera otro truco? ¿Un enrevesado laberinto de engaños que me manipularía hasta conducirme a una respuesta equivocada? ¿Podría haber algo aquí que, a través de la persona de Olivia Svenson, amenazara la última zona de estabilidad que me quedaba, a saber, mi milagrosamente recuperado matrimonio con Julia?

Me parecía que estaba corriendo peligro, incluso simplemente por estar sosteniendo el cuaderno.

La voz de Koeing interrumpió mis pensamientos.

—¿Puedo atreverme a suponer, mi Lord, lo que se le está pasando por la cabeza?

—No, no puede hacer tal cosa —le respondí.

—Está dudando de mí —insistió Koeing—. Usted piensa que Borden me ha pagado, o me ha convencido de alguna manera, para que le traiga este cuaderno. ¿No es así?

No le respondí, aún con el cuaderno medio abierto entre mis manos y con la mirada fija en sus hojas.

—Hay formas de comprobar lo que le estoy diciendo —prosiguió Koeing—. Una demanda judicial contra la señorita Wenscombe, interpuesta por el dueño del apartamento de Hornsey, fue pronunciada en Hampstead hace un mes. Usted mismo podría examinar los archivos judiciales. Hay registros oficiales de la asistencia social en el Hospital Whittington, en donde una víctima de un ataque al corazón no identificada, con una edad y una apariencia física que coinciden con las de Borden, fue ingresada el día que la señorita Wenscombe dice que murió. También hay un registro que indica que el cadáver fue trasladado por un médico local aquel mismo día.

—Koeing, usted me envió tras una pista de pruebas falsas hace diez años —le dije.

—Es cierto, lo hice. Y nunca dejé de arrepentirme, y ya le he dicho que mi dedicación para con su causa es el resultado de aquel error. Le doy mi palabra de que el cuaderno es genuino, de que las circunstancias bajo las cuales llegó hasta mis manos son las que le he descrito y, lo que es más, de que el hermano Borden que aún permanece con vida está desesperado por recuperarlo.

—¿Y cómo es que se le ha escapado? —pregunté.

—La señorita Wenscombe se dio cuenta de su valor potencial, tal vez susceptible de ser publicado como un libro. Cuando su necesidad de dinero se convirtió en algo urgente, pensó que podría tener más valor para usted o, según tenía entendido habían sido los recientes acontecimientos, para su viuda. Naturalmente, mantuvo el cuaderno escondido. Por supuesto que ni siquiera el propio Borden puede acercarse a ella para conseguirlo, pero seguramente no es ninguna coincidencia que hace diez días alguien entrara en su piso por la fuerza y registrara el lugar a fondo. No se llevaron nada. Este cuaderno, el cual había sido ocultado en otro sitio, siguió en sus manos.

Abrí el cuaderno donde mi dedo se había detenido para descansar. Al mismo tiempo, me dije que al pasar las páginas de bordes dorados con mis dedos había sido idéntico a los movimientos clásicos que realiza un prestidigitador cuando intenta que un miembro del público escoja una carta determinada. Este pensamiento cobró fuerza cuando observé una línea que estaba en la mitad de la

página a mi mano derecha, y vi mi propio nombre escrito allí. Era como si Borden me hubiera obligado de alguna manera a elegir aquella página.

Miré la letra de cerca y con mucha atención, y enseguida descifré lo que decía el resto de la oración: «Ésta es la verdadera razón por la cual Angier nunca resolverá todo el misterio, a menos que yo mismo le dé la respuesta».

—¿Dice que quiere quinientas libras?

—Sí, mi Lord.

—Las tendrá.

19 de diciembre de 1903

La visita de Koeing me dejó exhausto, y poco después de que se fuera (con seiscientas libras, el excedente siendo en parte por haberse tomado el trabajo de visitarme, y en parte por su silencio y por su ausencia de ahora en adelante) me recosté en mi cama, en donde permanecí hasta la noche. Entonces fue cuando escribí mi informe de lo que aconteció, pero al día siguiente, y al que le siguió a éste, me sentía demasiado débil y apenas me dediqué a comer un poco y dormir mucho.

Ayer por fin pude leer parte del cuaderno de Borden. Tal como Koeing anunció, confieso que es una lectura absorbente. Le he enseñado algunos fragmentos a Julia, y lo encuentra igual de interesante.

Ella reacciona más violentamente que yo en contra de su tono de autosatisfacción, y me recomienda encarecidamente que no desperdicie ni una pizca de mis preciosas energías enfureciéndome con él otra vez.

De hecho, no siento furia en mí, a pesar de que la manera en la que distorsiona algunos de los acontecimientos, de los cuales tengo conocimiento, es tanto lastimosa como irritante. Lo que me resulta más fascinante es que finalmente tengo pruebas de que Alfred Borden fue el producto de una conspiración entre gemelos. No lo admiten en ninguna parte, pero está claro que el cuaderno ha sido escrito a dos manos.

Se dirigen el uno al otro en primera persona de singular. Al principio esto me resultaba bastante confuso, lo cual tal vez era la intención, pero cuando se lo señalé a Julia, observó que aparentemente el cuaderno no había sido escrito para que lo leyera nadie más.

Sugiere que habitualmente se llaman «yo» el uno al otro, y esto a su vez implica que así ha sido durante gran parte de sus vidas. A medida que voy leyendo el cuaderno entre líneas, tal como debe hacerse, me doy cuenta de que cada suceso o acontecimiento que tuvo lugar en sus vidas ha sido asumido como una experiencia colectiva única. Es como si hubieran dedicado sus vidas, desde la niñez, a preparar el truco en el cual uno ocuparía secretamente el lugar del otro. Me engañó, no logré descubrirle, así como a muchos de los públicos que los vieron actuar, pero seguramente al final el tonto fue Borden, ¿verdad?

Fundir dos vidas en una significa tener que partir dichas vidas por la mitad.

Mientras uno vive en el mundo, el otro se oculta en un mundo de infierno, literalmente no

existente, un espíritu al acecho, un *doppelgänger*, un truco.

Mañana más, si es que tengo las energías para seguir.

25 de diciembre de 1903

La casa y los jardines han quedado incomunicados a causa de las intensas nevadas que se han extendido rápidamente sobre los Peninos durante los últimos dos días.

Sin embargo, nosotros disfrutamos de un buen sistema de calefacción, y tenemos provisiones, y no necesitamos ir a ninguna parte. Ya hemos celebrado nuestra cena de Navidad, y ahora los niños están jugando con sus regalos, y Julia y yo nos hemos estado relajando juntos.

Todavía no le he dicho nada acerca de una preocupante molestia que ha invadido hace poco mi pobre cuerpo. Me han salido varias llagas de color púrpura en el pecho, en la parte superior de los brazos y en los muslos, y a pesar de que las he untado con una pomada antiséptica todavía no dan muestras de recesión. Tan pronto como comiencen los deshielos, tendré que llamar nuevamente al médico.

31 de diciembre de 1903

El médico me ha aconsejado que continúe con el medicamento antiséptico, que por fin ha hecho algo de efecto. Antes de irse le comentó a Julia que estas desagradables y dolorosas erupciones en la piel pueden ser un síntoma de un problema orgánico más serio, o de uno relacionado con la sangre. Julia me limpia gentilmente las llagas cada noche antes de irnos a la cama. He seguido perdiendo peso, a pesar de que en los últimos días la tendencia ha aminorado.

¡Feliz año nuevo!

1904

1 de enero de 1904

Señalo el comienzo del nuevo año con la lúgubre reflexión de que dudo vivir para ver su final.

Me he estado distrayendo de mis propios problemas leyendo el cuaderno de Borden. Lo he leído entero, y confieso que lo he leído absorto. Me resulta imposible no hacer comentarios acerca de sus métodos, de sus opiniones, de sus omisiones, de sus errores, de los engaños en los que cae, etcétera.

Por mucho que odio y temo a Borden (y no puedo olvidarme de que está vivo y activo en alguna parte en el mundo exterior), creo que sus opiniones acerca de la magia son provocativas y estimulantes.

Le he hablado de esto a Julia, y ella está de acuerdo conmigo. No dice demasiado, pero me parece que siente, al igual que estoy comenzando a sentir yo, que Borden y yo hubiésemos sido mejores colaboradores que adversarios.

26 de marzo de 1904

He estado gravemente enfermo, y por lo menos durante dos semanas creí que me encontraba al borde de la muerte. Los síntomas han sido espantosos: he tenido náuseas y vómitos continuamente, las llagas se han extendido y tenía la pierna derecha paralizada. Mi boca se había convertido en una sola úlcera, y he padecido un dolor casi insoportable en la parte inferior de mi espalda. Huelga decir que he estado en una clínica particular en Sheffield durante gran parte del tiempo.

Ahora, sin embargo, se ha producido un pequeño milagro y aparentemente estoy mejor. Las llagas y las úlceras han desaparecido sin dejar rastro alguno, estoy comenzando a sentir, y por lo tanto a mover, mi pierna derecha, y la sensación general de dolor y de malestar ha disminuido casi hasta desaparecer. He pasado la última semana en casa, y a pesar de que he estado postrado en la cama, mi estado de ánimo ha ido mejorando poco a poco cada día.

Hoy ya no estoy en cama, y estoy utilizando una silla reclinable en el invernadero.

Tengo una amplia vista de los jardines, con árboles a la distancia; detrás de ellos se eleva el peñón rocoso de Curbar Edge, en donde todavía persisten pequeñas extensiones de nieve. Tengo el mejor de los ánimos, y estoy releendo el cuaderno de Borden. Estos dos últimos hechos están conectados.

6 de abril de 1904

He leído las anotaciones de Borden tres veces en total, y las he apuntado y les he puesto

referencias detalladas. Julia está a punto de preparar una copia bastante extensa del texto que he corregido y expandido ampliamente.

A pesar de que la remisión de mis molestias aún continúa, y de que durante los últimos días he seguido mejorándome, debo enfrentarme al hecho de que en general mi salud se está deteriorando. Por lo tanto, confieso que durante los meses finales de mi vida tengo la intención de tomarme una última venganza contra mi enemigo. Él es la causa del estado en el que me encuentro, y es él quien debe pagar por ello. La adquisición de su cuaderno me ha facilitado una manera de hacerlo. Estoy planeando hacer todo lo que sea necesario para que sea publicado.

La literatura sobre magia no es fácil de conseguir. Se escriben y se publican muchos libros, pero a excepción de los libros sencillos para niños, y unos cuantos volúmenes de prestidigitación o de juegos de manos, estos libros no son publicados por editores generales. Raras veces, o podría decirse que nunca, se encuentran en librerías comunes. En cambio, son impresos por un número de editores especializados, para ser distribuidos únicamente dentro de la comunidad de la magia. Generalmente aparecen en ediciones de solamente cuatro o cinco docenas de copias, y son proporcionalmente caros. Adquirir una colección de tales libros es difícil y costoso, y muchos magos pueden obtener copias únicamente cuando uno de sus colegas muere y la colección es liquidada por su familia. Durante todos estos años, he conseguido hacerme con una pequeña biblioteca propia, y he consultado estos libros constantemente para poder utilizar o adaptar trucos ya existentes. En esto, no soy diferente a otros magos. Los lectores de esta clase de libros son escasos, pero constituyen uno de los públicos más concentrados e informados que puedan imaginarse.

Mientras estaba leyendo el cuaderno de Borden, varias veces se me ocurrió que merecía ser publicado para beneficio de sus colegas magos. Contiene comentarios bastante prácticos sobre el arte y la técnica de la magia. Independientemente de sus intenciones iniciales al llevar un diario (asegura no muy convincentemente que sus palabras son escritas únicamente para sus familiares más directos, y para una «posteridad» que, inocentemente, imagina suya), él no podrá nunca publicar el cuaderno. ¡Qué descuido ha sido al extraviarlo!

Me encargaré de que mi último acto vaya encaminado a publicar este texto, señalándole como autor, y cuando haya finalizado mi edición con comentarios, me ocuparé de que así sea. Si vive más tiempo que yo, lo cual es muy probable, descubrirá que mi venganza es ingeniosa y muy sutil.

Para empezar, Borden se horrorizará al descubrir, y no tardará mucho en hacerlo, que sus secretos profesionales más preciados han sido publicados sin su consentimiento. Su disgusto será aún más profundo cuando se dé cuenta de que yo soy el responsable. Estará todavía más confundido cuando caiga en la cuenta de que, de alguna manera, fui capaz de lograrlo más allá de la tumba. (Él cree que ya estoy muerto, por lo que pude comprobar en el propio cuaderno). Finalmente, si llega a leer los comentarios, descubrirá la verdadera astucia de mi venganza final.

En pocas palabras, he mejorado su texto esclareciendo el significado de sus pasajes más oscuros, ampliando muchos de los interesantes temas generales que él sólo menciona, ilustrando con numerosos ejemplos su absorbente teoría acerca del consentimiento, describiendo los métodos de muchos de los grandes ilusionistas. He agregado descripciones detalladas de todos los trucos que sé han sido inventados por él, así como de aquellos otros que sé que él es capaz de realizar, y en cada

caso me las he arreglado para que parezca haberlos explicado sin revelar en realidad el secreto central.

Sobre todo, he aumentado el misterio que rodea al truco que él llama «El nuevo hombre transportado», pero sin revelar nada. El hecho de que los Borden fueran gemelos idénticos ni siquiera es insinuado. El secreto que obsesionaba las vidas de estos dos hombres lo sigue siendo.

El Borden que aún sigue con vida se dará cuenta de que yo he tenido al fin la última palabra, de que nuestro enfrentamiento ha acabado, y de que he triunfado. A pesar de invadir su intimidad, habré demostrado que la he respetado. Espero que a partir de todo esto comprenda que la enemistad entre nosotros fue inútil y destructiva, que mientras nos atacábamos mutuamente, estábamos malgastando nuestro talento. Deberíamos haber sido amigos.

Esto es lo que le dejaré, algo sobre lo cual pueda reflexionar durante el resto de su vida.

Y hay una venganza añadida, por omisión: que nunca descubrirá el secreto del artefacto de Tesla.

25 de abril de 1904

El trabajo con el cuaderno de Borden sigue bien.

La semana pasada escribí a tres editores especializados en temas de magia, dos en Londres y uno en Worcester. Presentándome como un *aficionado* a la magia, y sugiriendo vagamente que durante muchos años había utilizado mi posición y mi riqueza para financiar y patrocinar a varios magos de escenario, les expliqué que estaba editando las memorias de uno de nuestros ilusionistas más destacados (no mencioné ningún nombre, en esta fase de las negociaciones). Les pregunté si, en principio, estarían interesados en publicar el libro.

Hasta ahora ya han contestado dos de ellos. Ninguna de las dos cartas se compromete a nada, pero me animan a que les enseñe la documentación. Estas respuestas también me recuerdan que no debería haber mencionado que poseía fortuna propia, ni aun brevemente; ambas cartas sugieren que el libro podría interesarles bastante más si yo pudiera contribuir con los gastos de producción del editor.

Naturalmente, esto no sería un problema para mí en este momento, pero, aun así, Julia y yo estamos esperando la tercera respuesta antes de tomar una decisión.

18 de mayo de 1904

Una vez terminado el manuscrito, hemos escogido un editor y lo hemos enviado.

2 de julio de 1904

He llegado a un acuerdo en lo que respecta a la publicación con Messrs Goodwin & Andrewson,

de Old Bailey, en el Este de Londres.

Publicarán el libro de Borden antes de fin de año, en una edición inicial de setenta y cinco copias, a un precio de tres guineas cada una. Me han prometido que habrá muchas ilustraciones, y que le harán una propaganda intensiva enviándole cartas personales a su clientela. He accedido a entregar una paga de cien libras para gastos de impresión. Ahora que el señor Goodwin ha leído el manuscrito, ha propuesto varias ideas originales para su presentación.

4 de julio de 1904

En el término de las últimas cuatro semanas, mi estado de salud ha empeorado, y la enfermedad que me atacara anteriormente ha regresado aún con más fuerza.

Primero vinieron pústulas de color púrpura, luego, tras uno o dos días, aparecieron nuevamente las úlceras en la boca y en la garganta. Hace tres semanas me quedé ciego de un ojo; la ceguera del otro se produjo uno o dos días después. En la última semana no he sido capaz de ingerir alimentos sólidos, pero Julia me trae un suave caldo tres veces por día y eso me está manteniendo con vida. Siento tanto dolor que ni siquiera puedo levantar la cabeza de la almohada. El médico me visita dos veces al día, pero dice que estoy demasiado débil para ser transferido al hospital. Mis síntomas son tan dolorosos que soy incapaz de describirlos detalladamente, pero mi médico me ha explicado que por alguna razón el sistema inmunológico natural de todo mi cuerpo ha sido dañado. Le ha dicho a Julia (y posteriormente ella me lo ha confiado a mí) que si mi pecho llegara a infectarse nuevamente, no tendré las fuerzas necesarias para resistir.

5 de julio de 1904

He pasado una noche muy desagradable, y esta mañana cuando amanecía pensé que había llegado mi último día en esta tierra. Sin embargo, ahora se está acercando la medianoche y todavía estoy aquí.

En las primeras horas de la noche comencé a toser, y el médico vino a verme inmediatamente. Me sugirió que me hiciera baños con toallas frescas, y me han ayudado a sentirme mejor. Soy incapaz de mover ninguna parte de mi cuerpo.

6 de julio de 1904

Esta mañana, a las tres menos cuarto de la madrugada, mi vida llegó a su fin debido a un repentino ataque al corazón, al cual le siguió un espasmo de tos y a éste, como consecuencia, una hemorragia interna.

Mi muerte fue prolongada, dolorosa y profundamente angustiosa tanto para Julia y para mis hijos,

como para mí mismo. A todos nos ha horrorizado la infamia de la muerte, y hemos sido tremendamente avasallados por el acontecimiento.

¡Lo único que rodea mi vida es la muerte!

Una vez, con una superchería inofensiva, fingí que moría para que Julia pudiera vivir como viuda sin tener que soportar escándalo alguno. Cada utilización posterior del artefacto de Tesla trajo la muerte a mi experiencia, varias veces por semana.

Cuando Rupert Angier fue enterrado, yo estaba vivo para ser testigo de aquello. He engañado a la muerte muchas veces. Por lo tanto, la muerte ha adquirido para mí cierto sentido de irrealdad. Se ha convertido en un acontecimiento común al cual, gracias a alguna paradoja, según parece, siempre puedo sobrevivir.

Ahora me he visto sobre mi lecho de muerte, muriendo de cánceres múltiples, y luego, después de esa muerte infame y dolorosa, estoy aquí para apuntarla en mi diario. Miércoles, 6 de julio de 1904: el día en que morí.

Ningún hombre debería ser tan desgraciado como para tener que ver lo que yo he contemplado.

Más tarde.

He tomado prestada una técnica de Borden, así que soy yo además de ser yo mismo.

El yo que escribe esto no es el mismo yo que murió.

Aquella noche en Lowestoft, cuando Borden desencadenó el fallo del artefacto de Tesla, nos convertimos en dos entidades. Desde aquel momento seguimos caminos diferentes. Hemos estado juntos nuevamente desde que regresé a la Casa Caldlow a finales de marzo, justo cuando comenzó la remisión temporal de mis actuaciones.

Mientras aún vivía, mantuve la ilusión de que era uno. Uno de los dos se estaba muriendo, mientras el otro yo dejaba constancia de mis reflexiones finales. Todas las anotaciones que se han hecho en este diario a partir del 26 de marzo han sido escritas por mí.

Cada uno de nosotros es la sombra del otro.

Mi doble muerto yace dentro de su ataúd abierto en la planta principal de la casa, y será colocado en la cripta de la familia dentro de dos días. Yo, su doble vivo, sigo adelante.

Soy el honorable Rupert Angier, 14.º conde de Colderdale, esposo de Julia, padre de Edward, de Lydia y de Florence, lord de la Casa Caldlow en el condado de Derbyshire, en Inglaterra.

Mañana narraré mi historia. Los acontecimientos del día me han dejado, como a todos los demás habitantes de esta casa, demasiado consternado como para sentir cualquier cosa que no sea tristeza.

7 de julio de 1904

Hoy comienza el resto de mi vida. ¡Qué esperanzas puede albergar alguien como yo! Mi historia es la siguiente:

I

Nací la noche del 19 de mayo de 1903, en un palco desocupado del teatro Pavilion en Lowestoft. Mi vida comenzó mientras hacía equilibrio sobre una barandilla de madera, desde donde inmediatamente me caí para atrás. Me estrellé contra el suelo del palco, volcando las sillas por doquier.

Me preocupaba el espantoso pensamiento que había pasado de repente por mi mente un segundo antes: que Borden de alguna manera habría encontrado la forma de subir al palco y me estaba esperando. ¡Evidentemente no! Cuando estaba moviéndome con dificultad entre las sillas del palco, tratando de orientar mis pasos, me di cuenta de que a pesar de que Borden había saboteado el artefacto de alguna manera, éste había trabajado lo suficiente como para completar el proceso de transportación. Borden no estaba allí.

La luz clara invadió el palco, cuando el foco apuntó hacia allí. No habían transcurrido más de dos o tres segundos. Pensé: ¡todavía hay una posibilidad de salvar el truco! Puedo regresar arrastrándome hasta la barandilla, ¡y hacer algo!

Me di vuelta, me apoyé sobre mis manos y mis rodillas, y estaba a punto de trepar hasta la barandilla cuando, para mi sorpresa, oí una voz en el techo del escenario que pedía que bajaran el telón. Me moví hacia adelante, manteniendo la cabeza gacha, y miré atentamente hacia abajo, al escenario. Las cortinas a la italiana ya estaban descendiendo, pero antes de que me bloquearan la vista, me vi brevemente, ¡vi a mi doble!, inmóvil sobre el escenario.

En la base del artefacto de Tesla, hay un compartimiento en el cual el doble cae automáticamente cuando se lleva a cabo la transformación. Mi antiguo cuerpo, el doble, se oculta, por lo tanto, al público para darle al truco el máximo impacto posible.

Esta vez, la intervención de Borden debió haber evitado el funcionamiento del compartimiento, ¡dejando así el truco a plena vista!

Pensé rápidamente. Adam Wilson y Hester estaban ambos entre bastidores, y tendrían que solucionar la emergencia allí, detrás del telón. Yo estaba vivo, me sentía fuerte y en completa posesión de mis sentidos. Me di cuenta de que debía llegar al área entre bastidores, y enfrentarme con Borden de una vez por todas.

Salí del palco, me apresuré hasta llegar al final del pasillo y luego bajé las escaleras corriendo. Pasé junto a una de las acomodadoras. Derrapé al detenerme frente a ella, y dije con tanta insistencia como pude:

—¿Ha visto a alguien tratando de abandonar el teatro?

¡Mi voz salió como un áspero susurro!

La mujer, mirándome fijamente, gritó horrorizada. Me quedé allí de pie impotente durante un segundo, ensordecido a causa del alarido que estaba dando la mujer.

Tomó aire, los ojos se le salieron de las órbitas y luego se quedaron en blanco, ¡y después volvió a gritar! Me di cuenta de que estaba perdiendo el tiempo, así que apoyé mi mano sobre su brazo para

apartarla suavemente a un lado. ¡Mi mano se hundió en la carne de su brazo!

Cuando llegué al final de las escaleras, la mujer se había desplomado sobre los escalones, temblando y gimiendo. Encontré la puerta que daba al área entre los bastidores, la empujé para abrirla, y entonces me eché hacia atrás una vez más, al sentir mis manos y mis brazos empujando *dentro* de la madera. Estaba preocupado por la urgente necesidad de encontrar a Borden, y no tenía tiempo de prestar atención a aquellos detalles.

Sin notar mi presencia, Adam Wilson abandonó su posición en el fondo del decorado; le grité, pero no me oyó más de lo que me había visto. Me detuve un momento, intentando pensar con claridad dónde era más probable que pudiera estar Borden. De alguna manera había interrumpido el suministro de electricidad que alimentaba al artefacto, y esto únicamente significaba que había logrado introducirse en el entresuelo que estaba debajo del escenario. Wilson y yo habíamos conectado todo a la terminal que los directivos del teatro habían instalado recientemente en el sótano.

Encontré las escaleras que conducían hasta allí, pero cuando estaba llegando al primer escalón de arriba, oí un ruido de pasos que corrían pesadamente hacia donde yo me encontraba, y en un instante apareció Borden en persona. Todavía llevaba aquellas ridículas prendas de patán y también el maquillaje. Subía los escalones de dos en dos. Yo me quedé petrificado. Cuando estaba a no más de un metro y medio de distancia de donde estaba yo, levantó la vista para ver hacia dónde se estaba dirigiendo. ¡Y en cambio me vio a mí! Una vez más, pude observar la misma mirada de terror que había deformado los rasgos de la acomodadora. El impulso con el que venía Borden hizo que llegara hasta mí, pero su rostro se retorció del susto y estiró los brazos delante de él para defenderse. Chocamos casi instantáneamente.

Caímos derribados con un fuerte golpe en el suelo de piedra del pasillo. Durante un segundo estuvo sobre mí, pero me las arreglé para escabullirme. Me estiré para agarrarlo.

—¡Aléjate de mí! —me gritó, y arrastrando su cuerpo, tropezando una y otra vez, logró huir tambaleándose.

Me lancé sobre él, le cogí un tobillo con la mano, pero se me escapó. Rugía sin decir nada, preso del miedo.

Entonces le grité: —¡Borden, tenemos que terminar con este enfrentamiento! —pero una vez más mi voz salió ronca e inaudible, más aliento que tono.

—¡No era mi intención! —gritó.

Después se puso de pie y comenzó a alejarse de mí, todavía mirándome con aquella expresión de terror. Abandoné el forcejeo y lo dejé huir.

II

Después de aquella noche regresé a Londres, en donde viví durante los siguientes diez meses, por mi propia elección y decisión, a medias y en un mundo oculto.

El accidente con el artefacto de Tesla me había afectado fundamentalmente mi cuerpo y mi alma, haciendo que se enfrentaran entre sí. Físicamente, me había convertido en un fantasma de mi antiguo

yo. Vivía, respiraba, comía, evacuaba los desechos de mi cuerpo, oía y veía, sentía el calor y el frío, pero físicamente era un fantasma. Bajo una luz brillante, si no era observado muy de cerca, parecía más o menos normal, de aspecto un poco pálido. Cuando el cielo estaba nublado, o me encontraba en una habitación iluminada con luz artificial después del anochecer, adoptaba la apariencia de un espectro. Podía ser visto, pero también se podía ver *a través* de mí. Mi contorno seguía siendo bastante nítido, y, si se me miraba detenidamente, se podía distinguir mi rostro, mis ropas, y cosas por el estilo, pero yo era, para mucha gente, una espantosa visión de cierto inframundo fantasmal. Tanto la acomodadora como Borden habían reaccionado como si hubieran visto un fantasma, y de hecho así había sido. Aprendí rápidamente que si me dejaba ver en tales circunstancias, no solamente aterrorizaba a casi todo el mundo, sino que también me ponía a mí mismo en peligro. La gente reacciona de forma impredecible cuando está asustada, y uno o dos extraños me han arrojado objetos, como para defenderse de mí. Uno de aquellos misiles fue una lámpara de aceite encendida, y casi me alcanza. Por lo tanto, como regla general, me he mantenido oculto siempre que he podido.

Pero en contraste con todo esto, mi mente de repente se sintió liberada de las limitaciones del cuerpo. En todo momento estaba alerta, pensaba rápidamente, me sentía seguro, cosas que antes tan sólo había vislumbrado cobraban fuerza. Era paradójico, pues generalmente me sentía fuerte y hábil, mientras que en realidad era incapaz de realizar muchas tareas físicas. Tuve que aprender a agarrar objetos tales como lapiceros y otros utensilios, por ejemplo, porque si intentaba tomar algo sin pensarlo, generalmente se me escurriría de las manos.

Era una situación frustrante y mórbida en la cual me vi atrapado, y durante gran parte del tiempo mi nueva energía mental se concentró en odiar y temer al Borden que me había atacado, sin importar cuál de ellos dos había sido. Él continuaba debilitando mi energía mental, al igual que su acción había debilitado mi existencia física. Me había convertido para el mundo en alguien prácticamente invisible, casi muerto.

III

No tardé mucho en descubrir que podía ser visible o invisible a voluntad.

Si me movía después del crepúsculo, y me ponía la ropa que hubiera llevado durante aquella actuación, podía ir casi a cualquier parte sin ser visto. Si deseaba moverme normalmente, entonces me ponía otra ropa, y utilizaba maquillaje para darle cierta solidez a mis rasgos. No era un simulacro perfecto: mis ojos parecían estar hundidos de un modo desconcertante, y una vez un hombre que iba en un autobús iluminado muy tenuemente señaló en voz alta el hueco que había aparecido inexplicablemente entre mi manga y mi guante, y tuve que retirarme inmediatamente.

El dinero, la comida, el alojamiento, todas estas cosas no presentaban ahora ningún problema para mí. O bien tomaba lo que quería mientras era invisible, o pagaba lo que necesitaba. Tales preocupaciones eran triviales.

Lo importante realmente era el bienestar de mi doble.

Leyendo un reportaje en un periódico, me enteré de que mi fugaz visión del escenario me había

confundido completamente. El reportaje aseguraba que *El gran Danton* había sufrido lesiones durante una de sus presentaciones en Lowestoft, que se había visto forzado a cancelar compromisos futuros, pero que estaba descansando en su hogar y que esperaba regresar al escenario a su debido tiempo.

Descubrir esto fue un alivio, ¡pero también una gran sorpresa! Lo que yo había vislumbrado mientras se estaba bajando el telón fue lo que yo supuse era mi doble, congelado en un estado de medio-muerte, medio-vida al que llamé «desdoblado». En la transportación, el doble es el cuerpo de origen, abandonado en el artefacto de Tesla, como si estuviera muerto. Ocultar y deshacerse de estos cuerpos duplicados era el único gran problema que había tenido que resolver antes de poder representar el truco frente al público.

A raíz de la noticia acerca del estado de salud de mi doble, así como las presentaciones canceladas, me di cuenta de que aquella noche había ocurrido algo diferente. La transportación había sido solamente parcial, y yo era el lamentable resultado. Gran parte de mí había quedado atrás.

Tanto yo como mi doble habíamos sufrido un proceso de reducción a causa de la intervención de Borden. Ambos teníamos problemas con los que lidiar. Yo me encontraba en un estado fantasmagórico, y mi doble estaba muy mal de salud. A pesar de tener corporeidad y libertad de movimiento en el mundo, a partir del momento del accidente, estaba condenado a morir; mientras tanto, yo había sido condenado a una vida en las sombras, pero mi salud estaba intacta.

En julio, dos meses después de lo acontecido en Lowestoft, y cuando todavía me estaba haciendo a la idea del desastre, mi doble decidió aparentemente por propia voluntad adelantar la muerte de Rupert Angier. Era exactamente lo que yo habría hecho si hubiese estado en su situación; en el preciso instante en que pensé esto me di cuenta de que él *era* yo. Era la primera vez que habíamos llegado a una decisión idéntica por separado, y fue el primer indicio que tuve de que, a pesar de que existíamos separadamente, emocionalmente éramos una sola persona.

Poco después, mi doble regresó a la Casa Caldlow para ocuparse de la herencia; una vez más, esto es lo que yo hubiera hecho.

Yo, sin embargo, permanecí de momento en Londres. Tenía un asunto macabro del que ocuparme, y quería resolverlo en secreto, para que no hubiera riesgo alguno de que mis acciones perjudicaran el nombre de Colderdale.

En pocas palabras, he decidido que, finalmente, debo hacerme cargo de Borden.

Planeé asesinarlo, o, para ser más exacto, asesinar a uno de los dos. Su doble vida secreta convertía el asesinato en una venganza factible: él había manipulado los registros oficiales que revelaban la existencia de gemelos, y había vivido su vida ocultando una parte de sí mismo. Matar a uno de los hermanos acabaría con su engaño, y sería, para mis propósitos, tan satisfactorio y efectivo como matarlos a los dos. También pensé que en mi estado fantasmagórico, y con mi única identidad conocida enterrada y llorada públicamente, yo, Rupert Angier, nunca podría ser atrapado o ni siquiera ser sospechoso del crimen.

En Londres, puse en marcha mis planes. Me serví de mi virtual invisibilidad para seguir a Borden mientras se ocupaba de su vida y de sus asuntos. Lo vi en la casa que compartía con su familia, lo vi preparando y ensayando el espectáculo en su taller, me quedé de pie entre los

bastidores en un teatro mientras realizaba sus trucos, lo seguí hasta el escondrijo secreto que compartía con Olivia Svenson en el norte de Londres..., y una vez, inclusive, vislumbré a Border con su hermano gemelo, brevemente, encontrándose furtivamente en una calle que estaba a oscuras, un apresurado intercambio de información, algún asunto desesperado con el que había que terminar inmediatamente y en persona.

Fue, al verlo con Olivia, cuando decidí finalmente que debía morir. Aún quedaban sentimientos vivos en mí acerca de aquella antigua traición que le añadieron dolor a la indignación.

Puedo decir con toda confianza que tomar la decisión de cometer un asesinato premeditado es la parte más difícil. Muchas veces provocado, me considero, a pesar de esto, un hombre apacible y reticente. Nunca he querido lastimar a nadie, pero durante toda mi vida de adulto muchas veces me he sorprendido a mí mismo jurando que «mataría» o «me cargaría» a Borden. Estos juramentos, pronunciados en privado, y generalmente en silencio, son los comunes desvaríos impotentes de la víctima injustamente agraviada, posición en la cual Borden me colocaba forzosamente con tanta frecuencia.

En aquella época, mi intención de matarlo nunca fue realmente seria, pero el ataque en Lowestoft lo había cambiado todo. Fui reducido a un estado fantasmagórico, y mi otro yo estaba desapareciendo poco a poco. En realidad Borden nos había matado a ambos aquella noche, y la sed de venganza me estaba consumiendo.

La mera idea de matarle me produjo tal satisfacción y entusiasmo que mi personalidad cambió. Yo, que estaba más allá de la muerte, vivía para matar.

Después de haber tomado dicha decisión, el crimen en sí no podía hacerse esperar. Veía la muerte de uno de los gemelos Borden como la clave para mi propia libertad.

Pero no tenía experiencia alguna con la violencia, y antes de hacer nada tuve que decidir cuál era la mejor manera de proceder. Quería un *modus operandi* que fuera inmediato y personal, uno en el cual Borden, mientras moría sin poder evitarlo, comprendiera quién lo estaba matando y por qué. A través de un sencillo proceso de eliminación, decidí que tendría que apuñalarlo. Una vez más, imaginarme la perspectiva de un acto tan terrible, me causó un embriagador escalofrío de expectación.

Llegué a la conclusión de que lo mejor era apuñalarlo, de la siguiente manera: el veneno era muy lento, peligroso de administrar, e impersonal; un disparo era muy ruidoso, y también carecía de un contacto personal. Prácticamente estaba incapacitado para realizar acciones que requirieran de fuerza física, así que cualquier cosa que supusiera esto, tal como golpearle o estrangularlo, no era algo factible.

Descubrí, realizando un experimento, que si cogía un cuchillo de hoja larga con ambas manos, con firmeza pero no con rigidez, entonces podría deslizado con suficiente fuerza como para atravesar carne.

Dos días después de haber terminado con los preparativos, seguí a Borden hasta el Teatro Queen en Balham, en donde encabezaba el programa de un espectáculo de variedades que estaría en cartelera durante toda la semana. Era un miércoles, en el cual había tanto una función vespertina como una nocturna. Sabía que Borden acostumbraba retirarse a su camerino entre una presentación y otra para dormir una siesta en el sofá.

Observé su actuación desde los bastidores a oscuras, y luego lo seguí por los oscuros pasillos y escaleras hasta su camerino. Cuando estaba dentro, con la puerta cerrada, y el alboroto general que había entre los bastidores se había calmado un poco, fui a buscar mi arma asesina y regresé cautelosamente al pasillo justo afuera del camerino de Borden, recorriendo todos los rincones oscuros hasta estar seguro de que no había nadie por allí.

Llevaba puesta la ropa que había utilizado en la función de Lowestoft, mi vestimenta habitual cuando quería pasar desapercibido, pero el cuchillo era uno normal. Si hubiera sido visto por alguien, habría parecido que el cuchillo estaba flotando en el aire sin que nada lo sostuviera; y no podía arriesgarme a llamar la atención.

Frente al camerino de Borden, justo enfrente de la puerta, me quedé en silencio en un hueco oscuro, tratando de calmar mi respiración, e intentando controlar los latidos de mi corazón. Conté lentamente hasta doscientos.

Después de asegurarme nuevamente de que nadie se acercaba, fui hasta la puerta y me apoyé en ella, presionando mi cara, suave pero firmemente contra la madera. Al cabo de unos pocos segundos la parte frontal de mi cabeza había atravesado la puerta, y pude ver el interior del salón. Había una sola lámpara encendida, que proyectaba una luz mortecina en el pequeño y desordenado salón. Borden estaba recostado en su sofá, con los ojos cerrados y las manos sobre su pecho.

Retiré mi cara.

Agarré bien el cuchillo, abrí la puerta y entré en el camerino. Borden se despertó y miró hacia donde yo me encontraba. Cerré la puerta y le pasé el cerrojo.

—¿Quién está ahí? —dijo Borden, entornando los ojos.

No estaba ahí para intercambiar palabras con él. Con sólo dos pasos crucé la habitación, luego me lancé hacia el sofá, y me subí encima de él. Me puse en cuclillas sobre su estómago, y levanté el cuchillo con ambas manos.

Borden vio el cuchillo y luego me vio a mí. Apenas era visible bajo aquella tenue luz. Mientras estaba encima de él pude ver el contorno de mis brazos, la hoja del cuchillo temblando sobre su pecho. Debió ser una imagen salvaje y espantosa, pues no había sido capaz de afeitarme o de cortarme el cabello durante más de dos meses, y mi rostro estaba enjuto. Estaba aterrorizado y desesperado. Estaba sentado sobre su abdomen. Tenía un cuchillo en mis manos, preparándome para la cuchillada mortal.

—¿Qué eres? —gritó Borden jadeando. Había cogido mis espectrales muñecas, e intentaba hacerme retroceder, pero liberarme de él era algo muy sencillo para mí—. ¿Quién...?

—¡Prepárate para morir, Borden! —grité, sabiendo que lo que él oiría era el ronco y espantoso susurro que yo era capaz de producir.

—¿Angier? ¡Por favor! ¡No tenía idea de lo que estaba haciendo! ¡No era mi intención hacerte

daño!

—¿Fuiste tú quien lo hizo? ¿O fue el otro?

—¿A qué te refieres?

—¿Fuiste tú o tu hermano gemelo?

—¡No tengo ningún hermano gemelo!

—¡Estás a punto de morir! ¡Admite la verdad!

—¡Estoy solo!

—¡Demasiado tarde! —grité, y deliberadamente agarré el mango del cuchillo de la manera que había aprendido era la más eficaz. Se me escaparía de las manos si lo apuñalaba demasiado salvajemente, así que bajé la hoja hasta que quedara justo sobre su corazón y comencé a ejercer una presión constante para que la hoja se abriera camino hasta llegar a su blanco. Sentí cómo se rajaba la tela de su camisa, y cómo la punta del cuchillo presionaba su carne.

Entonces vi la expresión en el rostro de Borden. Estaba paralizado por el miedo que me tenía. Sus manos estaban en algún lugar encima de mi cabeza, intentando detenerme. Tenía la boca abierta, la lengua medio fuera, la saliva le caía por las comisuras de los labios y le bajaba por la mandíbula. Tenía el pecho convulsionado a causa de su frenética respiración.

De su boca no salía ni una sola palabra, pero estaba tratando de hablar. Escuché el siseo y el balbuceo de un hombre ahogándose en su propio terror.

Me di cuenta de que ya no era un hombre fuerte. Sus cabellos estaban repletos de canas. La piel alrededor de los ojos estaba arrugada por la fatiga. El cuello también.

Estaba acostado debajo de mí, luchando por su vida contra un demonio incorpóreo que había caído sobre su cuerpo con un cuchillo en la mano, preparado para matarlo. Aquel pensamiento me resultó repulsivo. No pude terminar con el asesinato. No podía matar así. Todo el miedo, la furia y la tensión que había en mí comenzaron a desaparecer. Arrojé el cuchillo a un lado y rodé diestramente hasta alejarme de él. Me eché hacia atrás, ahora indefenso y petrificado por lo que podría hacerme.

Él permaneció en el sofá, en donde continuaba respirando dolorosamente y con dificultad, temblando de horror y de alivio. Me quedé de pie allí sumisamente, mortificado por el efecto que había tenido sobre este hombre.

Finalmente, dejó de temblar.

—¿Quién eres? —me preguntó, con la voz temblorosa a causa del pánico, quebrándose en un falsete en la última palabra.

—Soy Rupert Angier —le contesté con la voz ronca.

—¡Pero tú estás muerto!

—Sí.

—¿Y entonces cómo...?

Le dije: —Nunca deberíamos haber empezado todo esto, Borden. Pero matarte no es la manera de acabar con ello.

Me sentía humillado por la atrocidad de lo que había estado a punto de hacer, y el sentido básico de decencia que había gobernado mi vida hasta aquel momento se estaba reafirmando en mí con fuerza. ¿Cómo pude haberme imaginado alguna vez que podría matar a un hombre tan a sangre fría?

Me alejé de Borden repleto de tristeza, y me apoyé contra la puerta de madera. Mientras pasaba lentamente a través de ella, oí nuevamente su chillido de horror.

V

El atentado contra la vida de Borden me había provocado un ataque de desesperación y desprecio por mí mismo. Sabía que me había traicionado a mí, a mi prestigio (el cual no era consciente de ninguno de mis actos), a Julia, a mis hijos, al nombre de mi padre, a cada amigo que había conocido a lo largo de mi vida. Si alguna vez había dudado de que mi enfrentamiento con Borden era un nefasto error, por fin estaba convencido. Nada de lo que nos habíamos hecho el uno al otro en el pasado podía justificar tal bajeza ni tal brutalidad.

En un estado de abatimiento y de apatía, regresé a la habitación que había alquilado, pensando que no había nada más que pudiera hacer con mi vida. No tenía nada más por lo que vivir.

VI

Planeé dejarme consumir y morir, pero hay un espíritu de vida, incluso en alguien como yo, que se interpone en el camino de tal decisión. Pensé que si no comía ni bebía, entonces simplemente me llegaría la muerte, pero en la práctica descubrí que la sed se convierte en una obsesión tan frenética que se necesita una fuerza de voluntad más poderosa que la mía para poder resistirla. Cada vez que tomaba unas pocas gotas para apagarla, posponía mi fallecimiento un poco más. Lo mismo sucedía con la comida; el hambre es un monstruo.

Después de un tiempo, aprendí a convivir con esto y me mantuve con vida; me había convertido en el patético morador de un inframundo que había sido tanto creación mía como de Borden, o al menos eso fue lo que llegué a creer.

Pasé gran parte del invierno en este estado miserable, un fracasado hasta en mi propia destrucción.

Durante el mes de febrero sentí que algo profundo crecía en mí. Al principio pensé que era una intensificación de la pérdida que había sufrido a partir del incidente de Lowestoft; el hecho de que nunca fui capaz de ver a Julia o a los niños. Me había negado este derecho, creyendo que, tras haberlo pensado detenidamente, mi necesidad de estar con ellos tenía mucho menos peso que el horrendo efecto que mi apariencia tendría sobre ellos. A medida que iban pasando los meses, esta tristeza se convirtió en un dolor espantoso, pero no podía detectar nada a mi alrededor que motivara tanta pena.

Fue al pensar en la vida de mi otro yo, el doble que había quedado detrás de mí en Lowestoft, cuando tuve la sensación de estar centrando mi atención en el lugar adecuado. Inmediatamente supe que tenía problemas. Habría sufrido alguna clase de accidente, o estaría siendo amenazado (¿tal vez por uno de los Borden?), o incluso podía ser que su salud se estuviera deteriorando más rápidamente

de lo que yo había esperado.

Una vez más, cuando pensé concretamente en su salud, supe inmediatamente que había identificado lo que estaba ocurriendo. Estaba enfermo, incluso muriendo. Tenía que estar con él, tenía que ayudarlo de cualquier forma a mi alcance.

En aquel entonces, yo no me caracterizaba precisamente por mi fuerza física. Además del cuerpo que el accidente me había dejado, mi escasa dieta y la falta de ejercicio me habían convertido prácticamente en un esqueleto. Raras veces salía de mi sórdida habitación, y cuando lo hacía, era únicamente de noche, cuando nadie podía verme. Sabía que me había convertido en algo espantoso para la vista, en un verdadero espíritu del mal en todos los sentidos. La perspectiva del largo viaje hasta Derbyshire parecía repleta de peligrosas posibilidades.

Por lo tanto me embarqué en un esfuerzo consciente para mejorar mi apariencia. Comencé a ingerir comida y bebida en cantidades razonables, me corté los largos y desaliñados cabellos, y robé nuevas ropas. Varias semanas de cuidado serían necesarias para devolverme aunque sea la apariencia que tenía después de lo de Lowestoft, pero casi inmediatamente comencé a sentirme mejor, y mi estado de ánimo fue mejorando.

En contraste con todo esto estaba la conciencia de que el dolor que estaba sufriendo mi doble era casi insoportable.

Todo parecía llevarme ineludiblemente a mi regreso al hogar familiar, y en la última semana de marzo compré un billete para el tren nocturno hacia Sheffield.

VII

Solamente sabía una cosa acerca del impacto que mi regreso causaría en la casa. Mi repentina aparición no sorprendería a la parte de mí a la cual llamaba mi doble.

Llegué a la Casa Caldlow a media mañana, en un radiante día de primavera, y bajo los firmes rayos del sol mi apariencia física se encontraba en su estado más sustancial. A pesar de esto, sabía que presentaba una figura sorprendente, porque durante mi breve viaje diurno desde la estación de Sheffield hasta la casa en taxi, autobús, y luego nuevamente en taxi, había despertado en muchos transeúntes una mirada de curiosidad. Ya me había acostumbrado a esto en Londres, pero los propios londinenses están acostumbrados a ver a los moradores más extraños de la ciudad.

Aquí, en las provincias, un hombre esquelético que lleva ropas oscuras y un gran sombrero, con una piel muy poco natural, los cabellos cortados desigualmente y los ojos extrañamente hundidos, era objeto de curiosidad y alarma.

Cuando llegué a la casa, me dirigí hasta la puerta y la golpeé con fuerza. Podría haber entrado solo, pero no tenía idea de lo que podría llegar a encontrar. Me pareció que era mejor tomarme mi regreso sin aviso previo poco a poco.

Hutton abrió la puerta. Me quité el sombrero, y sencillamente me quedé de pie delante de él. Había empezado a decir algo antes de reparar en mí, pero cuando me vio no pronunció ni una palabra más. Me contemplaba fijamente y en silencio, con el rostro impasible. Lo conocía bastante como para

darme cuenta que su silencio revelaba su consternación.

Después de haberle dado tiempo suficiente para que aceptara la realidad, le dije:

—Hutton, me alegra verte nuevamente.

Abrió la boca para hablar, pero no salió nada de ella.

—Tú debes saber lo que ocurrió en Lowestoft, Hutton —le dije—. Yo soy la desgraciada consecuencia de aquello.

—Sí, señor —dijo por fin.

—¿Puedo pasar?

—¿No debería avisar a lady Colderdale de que usted está aquí, señor?

—Me gustaría hablar discretamente contigo antes de verla, Hutton. Sé que es muy probable que mi llegada pueda provocar cierta alarma.

Me llevó hasta su sala de estar, que está junto a la cocina, y me sirvió una taza de té que acababa de preparar. Lo bebí a sorbos mientras estaba allí de pie frente a él, sin saber cómo explicarme. Hutton, un hombre a quien siempre había admirado por su serenidad, enseguida tomó el control de la situación.

—Creo que sería mejor, señor —me dijo—, que usted esperara aquí mientras yo me ocupo de comunicarle su llegada a lady Julia. Entonces ella, supongo, vendrá a verle. Y así podrán decidir juntos cuál es la mejor manera de proceder.

—Hutton, dime: ¿cómo se encuentra mi...? Quiero decir, ¿cómo está la salud de...?

—Lord Angier ha estado muy enfermo, señor. Sin embargo, ahora su pronóstico es excelente y ha regresado esta semana del hospital. Está convaleciente en el invernadero, donde hemos trasladado su cama. Creo que lady Julia está con él en este preciso momento.

—Esta situación es insoportable, Hutton —me atreví a decir.

—Lo es, señor.

—Para ti en particular, quiero decir.

—Para mí y para usted, y para todos, señor. Estoy al tanto de lo que sucedió en aquel teatro de Lowestoft. Lord Angier, es decir, usted, señor, ha hecho de mí su confidente. Usted recordará, seguramente, que yo he participado numerosas veces cuando ha sido necesaria mi colaboración para disponer de los materiales sobrantes... En esta casa, por supuesto, no hay secretos, mi Lord, tal como usted ordenó.

—¿Está Adam Wilson aquí?

—Sí, así es.

—Me alegra mucho saber eso.

Unos momentos después, Hutton se retiró y luego de una demora de aproximadamente cinco minutos, regresó con Julia. Parecía estar cansada, y sus cabellos estaban peinados hacia atrás con un moño. Vino directamente hacia mí y nos abrazamos bastante cariñosamente, pero los dos estábamos demasiado nerviosos. Noté su tensión mientras nos teníamos cogidos el uno al otro.

Hutton se excusó y se retiró nuevamente, y cuando nos quedamos solos, Julia y yo nos aseguramos de que yo no era ninguna clase de espantoso impostor. Incluso yo mismo había dudado varias veces de mi propia identidad durante aquellos largos meses de invierno. Hay un tipo de locura en la cual el

engaño reemplaza a la realidad, y muchas veces, me había parecido que eso lo explicaría todo; que una vez había sido Rupert Angier, pero que ahora no tenía el mando de mi propia vida, y que únicamente me quedaban los recuerdos, o bien que era el alma de otra persona y que, presa de la locura, había llegado a creer que era Angier.

Apenas tuve la oportunidad, le expliqué a Julia los límites de mi existencia corporal: cómo desaparecería de su vista si no me encontraba bajo alguna luz brillante, y cómo podía deslizarme sin ser visto a través de objetos sólidos.

Luego ella me contó acerca de las enfermedades que yo, mi doble, había estado sufriendo, y cómo, gracias a alguna clase de milagro, habían parecido esfumarse por sí solos, permitiéndome a mí, a él, regresar a casa.

—¿Se recuperará por completo? —pregunté ansiosamente.

—El médico dijo que a veces la recuperación se produce espontáneamente, pero en muchos casos una remisión es algo que dura solamente un corto período de tiempo. Él cree que en este caso, tú, él... —Parecía estar a punto de echarse a llorar, así que tomé su mano. Se tranquilizó y me dijo en un tono pesimista—: Él cree que es solamente una tregua temporal. Los cánceres son malignos, múltiples, y se han propagado.

Después me dijo lo que más me sorprendió de todo: que Borden, o más precisamente, uno de los gemelos Borden, había muerto, y que este cuaderno había caído en mis, nuestras, manos.

Enterarme de todo aquello me dejó pasmado. Por ejemplo, me enteré de que Borden había muerto tan sólo tres días después de mi fallido intento de atacar contra su vida; los dos acontecimientos parecían estar inevitablemente conectados.

Julia me dijo que se creía que había sufrido un ataque al corazón; me preguntaba si esto podría haber sido causado por el miedo que le había infundido. Recordaba sus terribles ruidos de angustia, su fatigosa respiración y su apariencia general de cansancio y de mala salud. Sabía que los ataques al corazón podían ser causados por estrés, pero hasta este momento había supuesto que después de mi partida, Borden habría recuperado sus sentidos, y que, a la larga, habría vuelto a la normalidad.

Le conté mi historia a Julia, pero no creyó que los dos acontecimientos tuvieran ningún tipo de conexión.

Más interesante aún me resultó la noticia acerca del cuaderno de Borden. Julia me dijo que había estado leyendo parte de él, y que gran parte de la magia de Borden estaba descrita en sus páginas. Le pregunté si yo, mi doble, tenía algún plan acerca de él, pero me dijo que la enfermedad lo había interrumpido todo. Mencionó que compartía parte del arrepentimiento que yo sentía para con Borden, y que a mi doble le pasaba más o menos lo mismo.

Entonces le pregunté:

—¿Dónde está? Tenemos que estar juntos.

—Pronto se despertará —me contestó Julia.

¡Mi reunión conmigo mismo debe haber sido una de las más inusuales de toda la historia! Él y yo nos complementábamos perfectamente. Todo lo que a mí me faltaba estaba en él; todo lo que yo tenía, él lo había perdido. Por supuesto, éramos iguales, más cercanos que hermanos gemelos.

Cuando cualquiera de nosotros hablaba, el otro podía fácilmente terminar la oración. Nos movíamos de la misma manera, teníamos los mismos gestos y las mismas costumbres, pensábamos exactamente lo mismo, y al mismo tiempo. Yo lo sabía todo acerca de él, y él sabía lo mismo de mí. Lo único que faltaba entre nosotros eran las experiencias que habíamos vivido por separado durante los últimos meses, pero una vez contadas, incluso esa diferencia desapareció. Tembló ante mi descripción del intento de asesinar a Borden, y yo por mi parte sufrí algo del dolor y de la desgracia de su enfermedad.

Una vez que estuvimos juntos, no había nada que pudiera separarnos nuevamente. Le pedí a Hutton que preparara una segunda cama en el invernadero, para que mis dos mitades pudieran estar juntas todo el tiempo.

Nada de esto podía ocultarse al resto de los habitantes del hogar, y pronto volví a reunirme con mis hijos, con Adam y con Gertrude Wilson, y también con la señora Hutton, el ama de llaves. Todos se impresionaron acerca del extraño doble efecto que habíamos creado. Me horroriza pensar qué efecto podría tener en el futuro esta revelación de su padre en mis hijos, pero mis dos partes, y Julia, llegamos a la conclusión de que la verdad sería mejor que otra mentira más.

No pasó mucho tiempo antes de que la escalofriante realidad de los cánceres nos recordara la brevedad del tiempo que nos quedaba, y comprendimos que si debíamos hacer algo, aquél era el momento.

IX

Desde principios de abril hasta mediados de mayo trabajamos juntos en la revisión del cuaderno de Borden, con el fin de prepararlo para el editor. Mi hermano gemelo (ya que ésa pareció ser la mejor forma de pensar en mi doble) notardó en caer enfermo nuevamente, y a pesar de que él ya había hecho gran parte del trabajo inicial del libro, fui yo quien completó el trabajo, y llevó a cabo las negociaciones con el editor.

Y fui yo también quien, utilizando su identidad, siguió escribiendo en su diario hasta su fallecimiento. Así, nuestra doble vida llegó ayer a su fin, y con ella llega el fin de la breve historia de mi vida. Ahora únicamente quedo yo, y vivo más allá de la muerte otra vez.

8 de julio de 1904

Esta mañana bajé al sótano con Wilson, donde inspeccionamos el artefacto de Tesla. Todo funcionaba perfectamente, pero debido a que hacía ya mucho tiempo que no lo utilizaba, consulté las anotaciones del señor Alley para comprobar que todo estaba en su lugar. Siempre había disfrutado la

sensación de trabajar con la colaboración del lejano señor Alley. Era un placer releer sus meticulosas anotaciones.

Wilson me preguntó si no deberíamos desmontar el dispositivo. Lo pensé, brevemente, y luego le dije:

—Dejémoslo hasta después del funeral. La ceremonia está planeada para mañana al mediodía.

Después de que Wilson se retirara, y de haber cerrado con llave la puerta de acceso al sótano, encendí el dispositivo y lo utilicé para transmitir más monedas de oro.

Estaba pensando en el futuro, en mi hijo, el 15.º conde, en mi esposa, la señora de Colderdale, viuda y rica. Todas éstas eran responsabilidades a las que no era capaz de hacer frente del todo. Una vez más sentí el aplastante peso de mi propia inutilidad apremiándome no solamente a mí, sino también a mi inocente familia.

No había contado la riqueza que habíamos creado con el dispositivo, pero mi doble me había mostrado todo lo acumulado, que estaba guardado en un compartimento cerrado con un candado, en el rincón más oscuro del sótano. Saqué lo que estimé sería equivalente a dos mil libras, para las necesidades inmediatas de Julia, luego agregué las monedas que había creado recientemente a lo que quedaba, pensando que no importaba cuánto dinero forjáramos, nunca sería suficiente.

Sin embargo, me encargaría de que el dispositivo de Tesla permaneciera intacto.

Las instrucciones de Alley quedarían igualmente a buen recaudo. Un día, Edward encontrará este diario y se dará cuenta de cuál es el mejor uso que puede dársele al artefacto.

Más tarde.

Solamente tengo unas pocas horas antes de que empiece el funeral, y no puedo pasarme todo ese tiempo escribiendo en estas páginas. Por lo tanto, permítanme mencionar lo siguiente.

Son las ocho de la noche, y estoy en el invernadero que compartí con mi doble antes de que muriera. Un hermoso atardecer está bañando de un color dorado las cimas de Curbar Edge, y a pesar de que este salón no mira directamente hacia donde se está poniendo el sol, puedo ver, a lo alto, zarcillos de nubes de color ámbar. Hace unos minutos caminé tranquilamente por los jardines de la casa, oliendo las fragancias estivales, escuchando el silencioso sonido de este brezal al que tanto amé durante mi infancia. Es una espléndida cálida mañana en la cual planear el final, el verdadero final.

Soy un vestigio de mí mismo. La vida se ha convertido, literalmente, en algo que no vale la pena de ser vivido. Todo lo que amo me está prohibido a causa del estado en el que me encuentro. Mi familia me acepta. Saben quién y qué soy, y que no fui yo el causante de mi triste estado. Aun así, el hombre al cual amaban está muerto, y yo no puedo reemplazarlo. Es mejor para ellos que yo me retire, para que por fin puedan comenzar a llorar completa y abiertamente al hombre que murió. En la expresión del dolor reside la recuperación.

Tampoco poseo ningún tipo de existencia legal: el mago Rupert Angier está muerto y sepultado, el 14.º conde de Colderdale será enterrado mañana.

No soy un ser auténtico. No puedo vivir sino una miserable media-vida. No puedo viajar sin peligro alguno, sin tener que adoptar un disfraz bastante poco convincente, o sin asustar a la gente casi hasta la muerte, arriesgándome, de esta manera, a ponerme en peligro. Lo único que me queda en esta vida es la perspectiva de seguir siendo un fantasma de mí mismo, merodeando para siempre al margen de las vidas reales de mi familia, atormentando para siempre mi propio pasado y su futuro.

Por lo tanto, todo esto tiene que terminar, y yo moriré. ¡Pero la maldición de la vida también se aferra a mí! Ya he descubierto lo fervientemente que arde en mí el espíritu de vida, y que el asesinato no es lo único que está éticamente fuera de mi alcance, sino que el suicidio también es algo imposible de realizar. Cuando una vez, hace algún tiempo, deseé estar muerto, el deseo no fue lo suficientemente fuerte. Puedo dejarme morir, simplemente convenciéndome de que existe la esperanza de fracasar.

Apenas haya terminado estas líneas, ocultaré este diario, y sus volúmenes anteriores, en algún sitio entre los materiales sobrantes que se encuentran en la cripta. Luego le quitaré el candado al compartimiento que está en el sótano, dejando allí el oro para que lo encuentre mi hijo o finalmente su hijo. Este diario no debe ser descubierto mientras todavía quede oro, ya que vendría a ser una confesión de la falsificación que he cometido.

Cuando haya terminado de hacer todo esto, cargaré el dispositivo de Tesla y lo utilizaré por última vez. Solo, y en secreto, me transportaré a través del éter en la manifestación más sensacional de mi carrera.

Me he pasado la última hora midiendo y verificando las coordenadas, preparándome, ensayando como si un público de miles de espectadores fuera a presenciar lo que voy a hacer. Pero este acto de magia debe tener lugar mientras estoy solo, porque pienso proyectarme en el enfermo cuerpo de mi doble, ¡y ése será mi final!

Llegaré allí, de eso no cabe ninguna duda, porque el artefacto de Tesla no ha fallado nunca hasta ahora en su precisión. ¿Pero, cuál será el resultado de esta mórbida unión?

Si resulta ser un fracaso, me materializaré dentro del enfermo cuerpo, lleno de cánceres, de mi doble, muerto hace ya dos días, agarrotado a causa del rigor mortis.

Yo también moriré instantáneamente, y no me enteraré de nada. Mañana, cuando el cuerpo sea enterrado, me sepultarán con él.

Pero creo que existe la posibilidad de otro resultado, uno que responderá a mi desesperación por vivir. ¡Esta materialización tal vez no me mate!

Estoy seguro, casi seguro, de que mi llegada al cuerpo de mi doble le devolverá la vida. Será un encuentro, una última unión. Lo que queda de mí se fusionará con lo que queda de él, y nos convertiremos en un todo entero una vez más. Yo poseo el espíritu que él nunca tuvo. Reanimaré su cuerpo con mi espíritu. Tengo las ganas de vivir que él perdió; se las devolveré. Tengo la chispa de vitalidad que ahora le falta.

Curaré sus lesiones, sus úlceras, sus tumores, con la pureza de mi salud; inyectaré, una vez más, sangre en sus venas y en sus arterias; relajaré nuevamente los ahora rígidos músculos y articulaciones; le daré color a su pálida piel; y él y yo nos uniremos una vez más para hacer de mi propio cuerpo una totalidad.

¿Es acaso una locura pensar que algo así puede ser posible? Si es una locura, entonces me alegro de estar loco, porque viviré. Estoy lo suficientemente loco, mientras aún trazo estos planes, como para creer que existe una esperanza, que es lo que me permite seguir adelante.

El cuerpo enloquecido y reanimado de mi doble saldrá de su ataúd abierto, y pronto se habrá ido de esta casa. Todo lo que se ha convertido en algo prohibido para mí quedará atrás. He amado esta vida, y he amado a otros mientras estuve en ella, pero debido a que la única esperanza de vida que me queda es un acto que cualquier persona cuerda juzgaría inmoral, debo convertirme en un marginado, debo dejar atrás a todos aquellos a quienes he amado, adentrarme en el mundo, y hacer lo que pueda con lo que encuentre.

¡Ahora mismo pienso hacerlo!

Seguiré solo hasta el final.

QUINTA PARTE

Los prestigios

La voz de mi hermano me estaba hablando incesantemente: «Estoy aquí, no te vayas, quédate conmigo, toda tu vida, no estoy lejos de ti, ven».

Estaba tratando de dormir, dando vueltas de un lado para otro en aquella cama grande, fría y demasiado blanda, maldiciéndome por no haberme ido de aquella casa antes de que comenzara la tormenta de nieve, cuando, de haberlo hecho así, ahora estaría ya en mi propia cama, en casa de mis padres. Pero cada vez que pensaba en esto, la voz insistía: «Quédate aquí, no te vayas, ven a mí al fin».

Tuve que levantarme de la cama. Me puse la chaqueta del traje sobre los hombros y fui al baño que estaba atravesando el rellano. La casa estaba oscura, en silencio y fría. Podía ver mi aliento saliendo de mi boca como un humo blanco, mientras estaba tiritando sobre la taza del cuarto de baño. Después de tirar de la cadena tuve que cruzar nuevamente el rellano, desnudo excepto por la chaqueta, y cuando miré hacia abajo, por el inmenso hueco de la escalera, noté un destello de luz que procedía del suelo de la planta baja. Había una puerta con una grieta de luz por debajo de ella.

Regresé a la lamentable habitación, pero no pude meterme nuevamente en aquella cama helada. Recordé la cómoda silla que había junto al hogar a leña en el comedor, así que me vestí rápidamente, cogí mis cosas y bajé las escaleras. Miré mi reloj. Eran más de las dos de la mañana. Mi hermano dijo: «Bien, ahora».

Kate todavía estaba en el comedor, sentada despierta en la silla que estaba junto al fuego. Estaba escuchando una radio portátil que se sostenía en equilibrio sobre el borde de la chimenea que estaba junto a ella. No pareció sorprenderse al verme.

—Tenía frío —le dije—. No podía dormirme. De todas formas, tengo que ir y encontrarlo.

—Allí fuera hace mucho más frío. —Señaló la oscuridad que se extendía detrás de las ventanas—. Necesitarás todo esto.

Sobre la silla que estaba enfrente de ella había colocado varias prendas de abrigo, incluyendo un abultado jersey de lana, un abrigo bastante grueso, una bufanda, un par de guantes, un par de botas de goma. Y dos grandes linternas.

Mi hermano me habló otra vez. No podía ignorarlo.

Le dije a Kate: —Tú sabías que yo iba a hacer esto.

—Sí. He estado pensando.

—¿Sabes lo que me está sucediendo?

—Creo que sí. Tendrás que ir y encontrarlo.

—¿Vendrías conmigo?

Sacudió la cabeza con vehemencia.

—De ninguna manera.

—¿Así que sabes dónde está?

—Creo que lo he sabido toda mi vida, pero siempre ha sido más fácil no pensar en ello. Lo más difícil de conocerte ha sido darme cuenta de que lo que me traumatizaba cuando era una niña está

todavía allí abajo.

Había dejado de nevar, pero el viento era una insistente ráfaga de aire congelado, y lo penetraba todo. La nieve se había acumulado profundamente alrededor de los bordes del inmenso jardín, pero el centro era poco profundo, y por lo tanto esto me permitió cruzarla caminando, tropezando una y otra vez a causa del terreno desparejo. Resbalé varias veces, pero no me caí.

Kate había encendido la alarma contra intrusos, que inundaba la zona con una luz brillante. Me ayudaba a ver el camino que tenía que seguir, pero cuando miré hacia atrás no pude ver nada, excepto un destello cegador.

Mi hermano dijo: «Tengo frío. Te estoy esperando».

Seguí avanzando. En el lado más alejado de lo que supuse debía ser una zona con césped, donde el terreno se elevaba abruptamente, y unos árboles oscuros me bloqueaban la vista de lo que habría más adelante, la luz de la linterna iluminó la entrada en forma de arcada hecha de ladrillos, exactamente donde Kate dijo que estaría. Había nieve amontonada en la base.

La puerta no estaba cerrada ni con llave ni con candado, y se abrió fácilmente cuando empujé el pomo. Se abrió hacia fuera, chocando contra la nieve amontonada, pero era de sólido roble, y una vez que agarré bien el pomo, pude empujar la nieve lo suficiente como para apartarla y finalmente me las arreglé para escabullirme dentro.

Kate me había dado dos grandes linternas, diciéndome que necesitaría la mayor cantidad de luz posible. («Regresa a casa a buscar más, si la necesitas», me había dicho. ¿Por qué no vienes conmigo y sostienes una de las linternas?», le había preguntado yo. Pero ella sacudió la cabeza enfáticamente). Una vez la puerta estuvo abierta, miré al interior atentamente, permitiendo que el rayo de luz de la linterna más grande iluminara lo que había delante de mí. No había mucho que ver: un techo de rocas que se estaba desmoronando, algunos escalones desiguales tallados precariamente, y al final de ellos, una segunda puerta.

La palabra «Sí» se formó dentro de mi cabeza.

La segunda puerta no tenía ni candado ni pasador, y se abrió suavemente apenas la toqué. La luz de mis linternas iluminaba el lugar; con una, que sostenía en la mano, arrojaba claridad a mi alrededor, mientras que la otra, sujeta bajo mi brazo, enfocaba allí donde se dirigían mis ojos.

Entonces, uno de mis pies chocó contra algo duro que sobresalía del suelo, y tropecé. La linterna que estaba bajo mi brazo se rompió cuando caí contra la pared de piedra. Agachado sobre el suelo, descansando sobre una rodilla, utilicé una linterna para examinar la otra.

«Hay una luz», dijo mi hermano.

Iluminé a mi alrededor otra vez con la única linterna que me quedaba, y esta vez, junto a la puerta interior, noté que había un cable de electricidad aislador, pulcramente clavado con tachuelas en el marco de madera. A la altura de mis hombros, había un interruptor de luz normal y corriente. Lo moví para encenderlo.

Al principio no sucedió nada.

Luego, a medida que me iba adentrando cada vez más en la caverna, en lo profundo de la colina, oí el sonido de un motor. Cuando el generador aceleró la velocidad, se encendieron luces a lo largo de toda la caverna. Eran bombillas de muy bajo voltaje, toscamente sujetadas al techo rocoso, y

protegidas por viseras de cable, pero aun así había luz suficiente para poder ver sin la linterna.

La caverna parecía ser una hendidura natural de la roca, con una serie de túneles y huecos que seguramente habrían sido contruidos recientemente. Había varios anaqueles naturales creados por estratos de rocas que sobresalían, pero éstos habían sido complementados con cavidades en las paredes del túnel. También habían intentado alisar el suelo, pues estaba cubierto con numerosos pequeños pedacitos y trozos de roca. Junto al marco de la puerta interior, un hilo de agua resbalaba por la pared, dejando un enorme sedimento de calcificación amarillento en su camino. Allí donde el agua alcanzaba el suelo, alguien había creado un rústico pero eficaz drenaje con tuberías modernas, que conducían el agua hasta hacerla desaparecer en un agujero lleno de escombros.

El aire era sorprendentemente agradable, y mucho más cálido que el del exterior.

Avancé varios pasos hacia el interior de la caverna, manteniéndome en equilibrio con las manos contra las paredes rocosas a cada lado. El suelo era desigual y quebradizo, y las bombillas de luz eran débiles y estaban bastante espaciadas una de la otra, así que en algunos lugares era difícil encontrar un sitio seguro en donde apoyar el pie. Tras una distancia de aproximadamente cuarenta y cinco metros y medio, el suelo descendía precipitadamente y doblaba hacia la derecha, mientras que, a la izquierda del túnel principal, noté que había una gran cavidad, la cual, a juzgar por las líneas redondas de la entrada, había sido excavada artificialmente. El techo era de unos dos metros de altura, dejando así una gran cantidad de espacio libre entre la cabeza y el techo. La abertura no estaba iluminada eléctricamente, así que encendí mi linterna e iluminé su interior.

Inmediatamente deseé no haberlo hecho. Estaba lleno de ataúdes antiguos. La mayoría estaban colocados horizontalmente en pilas, unos sobre otros, a pesar de que había una docena que estaban apoyados verticalmente contra las paredes. Eran de todos los tamaños, pero la mayor parte de ellos, tristemente, eran pequeños, obviamente diseñados para niños. Todos los ataúdes estaban en diversos grados de deterioro. Los horizontales eran los más decrepitos: la madera estaba oscura, doblada y agrietada por el paso del tiempo. En muchos casos las tapas se habían derruido sobre los contenidos, y los lados de varios ataúdes apilados arriba de todo se habían desprendido.

En la base de casi todas las pilas había montones de fragmentos marrones y rotos, seguramente de huesos. Las tapas de los ataúdes que estaban colocados verticalmente estaban todas sueltas y apoyadas de pie contra la caja.

Inmediatamente entré de nuevo en el túnel principal y levanté la mirada para ver la puerta por donde había entrado. Había una ligera curva, y desde allí ya no podía ver mi camino de salida. En algún lugar en el fondo de la caverna, el generador seguía funcionando.

Estaba temblando. No podía evitar pensar: «Aquel lejano generador, esta linterna que tengo en la mano, esto es lo único que se interpone entre yo y la posibilidad de hundirme repentinamente en la oscuridad».

No podía echarme atrás. Mi hermano estaba allí.

Decidido a resolver aquello lo más rápido posible, seguí por el camino que bajaba y doblaba hacia la derecha, alejándose de la salida en una curva bastante más pronunciada. Después seguía otro tramo más de escalera, y allí las luces estaban colocadas más cerca una de la otra porque esos escalones tenían todos alturas diferentes y terminaban en ángulo hacia un lado. Apoyando una mano

contra la pared para sostenerme, los bajé. El túnel se abrió inmediatamente hacia una caverna aun más amplia.

Estaba llena de modernos estantes de metal, pintados de marrón, unidos con tuercas y tornillos cromados. Cada estante tenía tres grandes anaqueles, uno arriba del otro, como literas. Al lado de cada estante había una angosta pasarela y un pasillo central que atravesaba todo el largo del salón. Una luz sobre cada pasarela iluminaba su contenido.

Cuerpos humanos yacían descubiertos sobre cada uno de los anaqueles de los estantes. Todos eran de hombres, y estaban completamente vestidos. Todos llevaban un traje de etiqueta: una chaqueta ceñida a medida, una camisa blanca con una corbata de lazo negra, un chaleco discretamente estampado, unos pantalones angostos con una tira de satén a lo largo de los dobladillos, un par de medias blancas y un par de zapatos de charol. Las manos llevaban guantes de algodón blancos.

Cada cuerpo era idéntico a todos los demás. El hombre tenía un rostro pálido, una nariz aguileña y un fino bigote. Sus labios también estaban pálidos. Tenía una frente estrecha con entradas y los cabellos peinados hacia atrás con brillantina. Algunas de las caras estaban mirando hacia arriba, hacia el estante que estaba sobre ellas, o hacia el techo rocoso. Otros tenían el cuello torcido, por lo que estaban de cara a un costado o al otro.

Todos los cadáveres tenían los ojos abiertos.

Muchos de ellos estaban sonriendo, mostrando los dientes. A cada muela izquierda superior de cada boca le faltaba un pedacito de una esquina.

Los cadáveres yacían todos en diferentes posiciones. Algunos estaban rectos, otros estaban torcidos o encorvados. Ninguno de los cuerpos reposaba como si estuviera simplemente acostado; la mayoría de ellos tenía un pie colocado delante del otro, y estirados sobre el estante, esta pierna quedaba más arriba que la otra.

Todos los cadáveres tenían un pie en el aire.

Los brazos también se encontraban en diferentes posiciones. Algunos estaban alzados encima de la cabeza, algunos estaban estirados hacia delante como los de un sonámbulo, otros yacían rectos junto al cuerpo.

No había indicio alguno de deterioro en ninguno de los cadáveres. Era como si cada uno de ellos hubiera sido congelado en vida, convertido en algo inerte sin necesidad de matarlo. No había polvo sobre ellos, ni desprendían ninguna clase de olor.

Un pequeño trozo de cartulina blanca había sido colocado sobre el borde frontal de cada anaquel. Estaba escrito a mano y colocado en un estuche de plástico ingeniosamente sujeto a la superficie inferior de los anaqueles. El primero que observé decía lo siguiente:

Teatro Dominion, Kidderminster

14/04/01

15:15 (F.V).

2359/23

25 g

En el anaquel que estaba encima de éste, la tarjeta era casi idéntica:

Teatro Dominion, Kidderminster

14/04/01

20:30 (F.N).

2360/23

25 g

Sobre éste, la etiqueta del tercer cadáver decía:

Teatro Dominion, Kidderminster

15/04/01

15:15 (F.V).

2361/23

25 g

Sobre el siguiente estante había tres cadáveres más, todos etiquetados y con fechas similares. Estaban clasificados por fecha. Parecía ser que la semana siguiente había habido un cambio de teatro: el Fortune, en Northampton. Allí se habían llevado a cabo seis funciones. Luego había habido un descanso de aproximadamente dos semanas, seguido por una serie de presentaciones sueltas, con espacios de aproximadamente tres días entre una y otra, en cierto número de teatros provinciales.

Por lo tanto, había doce cadáveres etiquetados, en orden. Una temporada en el Teatro Palace Pier, en Brighton, ocupaba la mitad del mes de mayo (seis estantes, dieciocho cadáveres).

Seguí adelante, escabulléndome por el angosto pasillo central hasta el final de la caverna. Allí, en el último anaquel del último estante, me encontré con el cuerpo de un niño pequeño.

Había muerto en el frenesí de una lucha. Su cabeza estaba inclinada hacia atrás y girada hacia la derecha. Su boca estaba abierta, con las comisuras de los labios hacia abajo. Sus ojos estaban también completamente abiertos, con la mirada hacia arriba.

Sus cabellos estaban erizados. Todas sus extremidades estaban tensas, como si hubiese estado luchando para liberarse. Llevaba una camiseta color granate con personajes de *The Magic Roundabout*, un pequeño par de pantalones vaqueros azules con los finales de las piernas doblados hacia fuera y un par de zapatos de lona azules.

Su etiqueta también estaba escrita a mano, y decía:

Casa Caldlow

17/12/70

19:45

0000/23

0g

Arriba de todo estaba el nombre del niño: Nicholas Julius Borden.

Arranqué la etiqueta y la introduje en mi bolsillo, luego me incliné y lo atraje hasta mí. Lo recogí y lo levanté en mis brazos. Desde el momento en que lo toqué, la constante presencia de mi hermano en mi subconsciente se fue esfumando hasta desaparecer.

Fui consciente de su *ausencia* por primera vez en mi vida. Mirándolo entre mis brazos, intenté

colocarlo en una posición más cómoda para poder llevarlo. Sus extremidades, su cuello y su torso estaban agarrotados pero flexibles, como si estuviesen hechos de un material de goma muy resistente. Pude cambiarlos de posición, pero en el momento en el que los dejé ir, volvieron a la posición original.

Cuando intenté alisar sus cabellos, éstos volvieron a erizarse. Lo apreté fuertemente contra mí. No estaba ni frío ni caliente. Una de sus manos estiradas, medio doblada por el miedo, tocaba un lado de mi cara. El alivio que sentí por haberlo encontrado finalmente pudo con todo; con todo menos con el miedo que le tenía a aquel lugar. Quería darme la vuelta para regresar hacia la salida, pero para ello tenía que salir de la pasarela mirando hacia atrás. Tenía mi pasado en mis brazos, pero no sabía qué había detrás de mí.

Sin embargo, había algo.

Empecé a caminar lentamente hacia atrás, sin mirar. Cuando llegué al pasillo principal, y me di vuelta lentamente, la cabeza de Nicky rozó suavemente uno de los pies levantados del cadáver que estaba más cercano a nosotros. Un zapato de charol se balanceó de un lado para otro. Me alejé un poco para esquivarlo, horrorizado.

Vi que al final de aquel pasillo había otra cámara, a tan sólo un metro y medio o casi dos de distancia de donde yo estaba. De allí procedía el sonido del motor del generador. Me acerqué. La entrada a esta cavidad estaba inclinada hacia abajo y era bastante baja, y no había sido realizado ningún tipo de esfuerzo para ensancharla o para hacer que la entrada fuera más cómoda.

El sonido del generador iba aumentando a medida que me acercaba, y podía también oler el humo de la gasolina con la que funcionaba. Había bastantes más luces dentro de esta cámara, pasada la entrada. Su resplandor se derramaba sobre el suelo irregular del pasillo principal. No podía atravesar el hueco sin bajar el cuerpo de Nicky, así que me encorvé todo lo que pude para tratar de ver su interior.

Miré fijamente a través del corto tramo de suelo rocoso que pude ver, y luego me enderecé otra vez. No quería ver nada más. Un escalofrío me recorrió el cuerpo. No había visto nada. Cualquier sonido que pudiera haber debió haber sido ahogado por los estrepitosos ruidos mecánicos del generador. Nada parecía moverse allí dentro.

Di un paso hacia atrás, luego otro, lo más silenciosamente que pude. Alguien había estado de pie en el interior de aquella cámara, en silencio, sin moverse, justo más allá del alcance de mi vista, esperando que yo entrara o que retrocediera.

Seguí caminando hacia atrás por el angosto pasillo que había entre los estantes, intentando moverme para evitar que la cabeza o los pies de Nicky rozaran los cuerpos que estaban sobre los anaqueles. El terror estaba agotando las fuerzas de mi cuerpo poco a poco. Mis rodillas estaban vibrando, y los músculos de mis brazos, cansados ya por el peso del cuerpo de Nicky, me dolían y se contorsionaban.

Una voz de hombre dijo, desde el interior de la cámara, retumbando en todo el pasillo: —Eres un Borden, ¿no es cierto?

No dije nada, estaba paralizado por el miedo.

—Pensé que al final vendrías por él. —La voz era fina, parecía cansada, no más que un susurro, pero la caverna le daba una resonancia de eco—. Él es tú, Borden, y todos éstos son yo. ¿Vas a irte con él? ¿O te vas a quedar?

Vi el vestigio de una sombra moviéndose tras aquella precaria entrada, y luego, para mi horror, el sonido del generador desapareció inmediatamente.

La luz de las bombillas también se apagó: primero amarillo, luego ámbar, después un rojo apagado y finalmente negro. Estaba inmerso en una oscuridad impenetrable. La linterna estaba en mi bolsillo. Cambié el peso del cuerpo del niño y me las arreglé para coger la linterna.

Con la mano temblando, la encendí. El rayo de luz se movía desesperadamente de un lado para

otro mientras trataba de agarrar bien la linterna y sostener con fuerza el cuerpo de Nicky entre mis brazos. Me di la vuelta.

Sombras de piernas levantadas giraban a mi alrededor sobre las paredes de la caverna. Con el codo intenté proteger torpemente la cabeza expuesta de Nicky, y así recorrí a empujones el resto del pasillo a través de los estantes, mis hombros y mis brazos chocando contra los anaqueles, arrancando varias de las etiquetas de plástico.

No me atrevía a mirar detrás de mí. ¡El hombre me seguía! Mis piernas ya no tenían fuerza, sabía que podía caer en cualquier momento.

Mientras subía los sinuosos escalones para salir del pasillo, mi cabeza chocó contra un saliente de roca del techo, y me dolió tanto que estuve a punto de dejar caer el cuerpo de Nicky. Seguí avanzando, tambaleándome y encorvado, ni siquiera intentando mantener firme la luz de la linterna. Ahora todo lo que quedaba era cuesta arriba, y el peso muerto de Nicky parecía doblarse a cada paso que daba.

Tropecé, me caí contra la pared del túnel, me recuperé y seguí avanzando tambaleándome. Me impulsaba el miedo.

La puerta interior apareció por fin ante mí. Casi sin detenerme, la abrí empujándola con la bota de goma y la atravesé. Detrás de mí, sobre el suelo lleno de piedras del túnel, pude oír los pasos que me seguían, avanzando sin prisa pero sin pausa sobre las piedras fojas.

Subí corriendo las escaleras hasta llegar a la superficie, pero había entrado nieve y ésta cubría los últimos cuatro o cinco escalones. Resbalé, me caí hacia adelante, ¡y el pequeño niño salió rodando y se me escapó! Me abalancé, y empujé la puerta con todo el peso de mi cuerpo para abrirla.

Y entonces vi el terreno cubierto de nieve, la forma negra de la casa, dos ventanas iluminadas, una puerta abierta con una luz detrás de ella, ¡y nieve que caía con fuerza del cielo!

¡Mi hermano gritó en mi mente! Me di la vuelta, lo encontré tumbado sobre los escalones y lo levanté. Comencé a caminar por la nieve.

Me moví con dificultad y tropezando a través de la gruesa capa de nieve, intentando llegar hasta la puerta, girando la cabeza constantemente para mirar hacia atrás, hacia donde se encontraba el rectángulo negro de la cripta abierta, temiendo llegar a ver cómo emergía de allí lo que fuera que había estado siguiéndome.

De repente, la alarma contra intrusos que estaba colocada en un lado de la casa se encendió, dejándome casi ciego. La ventisca se hizo aun más densa bajo el destello de luz. Kate apareció en la puerta que estaba abierta, vestida con un abrigo acolchado.

Intenté gritarle algún tipo de advertencia, pero no pude recuperar el aliento para hacerlo. Seguí avanzando, resbalando y tambaleándome en la nieve, con el cuerpo de Nicky delante de mí. Finalmente llegué al patio que estaba enfrente de la puerta, me deslicé por el suelo de hormigón que estaba cubierto de nieve, y empujé a Kate para entrar en el resplandeciente e iluminado vestíbulo que estaba tras de ella.

Se quedó mirando fijamente el cuerpo del niño pequeño que estaba entre mis brazos, sin decir una palabra. Jadeando para tratar de recuperar el aliento, me di la vuelta y regresé hasta la puerta, me apoyé contra el buzón y miré otra vez, a través del jardín cubierto de nieve, la imperceptible forma

de la entrada de la cripta. Kate estaba a mi lado.

—¡Mira la cripta! —dije. Fue la única oración que pude pronunciar—. ¡Mira!

No se movía nada, allá a lo lejos, al otro lado de la capa de nieve. Di un paso hacia atrás y apoyé el cuerpo de Nicky sobre el suelo de piedra.

Rebusqué en mi bolsillo y encontré la etiqueta que había estado en el estante de Nicky. Se la enseñé a Kate. Todavía respiraba con dificultad, y sentí como si nunca más fuera a ser capaz de respirar normalmente.

Entonces le dije jadeando:

—¡Observa esto! ¡La letra! ¿Es la misma?

Me la quitó de la mano, la levantó para acercarla a la luz, y la observó atentamente. Luego volvió a mirarme. Sus ojos estaban abiertos de par en par por el miedo.

—Es la misma, ¿verdad? —grité.

Puso su mano sobre la parte superior de mi brazo, y se apretó contra mí. Podía sentir cómo temblaba.

La alarma contra intrusos se extinguió.

—¡Enciéndela otra vez! —le grité.

Kate extendió la mano detrás de ella, y encontró el interruptor. Luego se apretó nuevamente contra mi brazo.

La nieve volaba en remolinos bajo el resplandor de la luz. A través de ella, casi imperceptiblemente, podíamos ver la entrada de la cripta. Los dos vimos la borrosa figura de un hombre emergiendo de la puerta de la cripta. Estaba vestido con ropas oscuras, y estaba bien abrigado para soportar aquel clima. Por debajo de los lados de la capucha de su chaqueta sobresalían unos cabellos largos y negros. Levantó una mano para protegerse los ojos de la deslumbrante luz. No mostró sentir curiosidad alguna por nosotros, ni tampoco miedo, a pesar de que seguramente debía saber que estábamos allí, observándolo. Sin mirarnos a nosotros, ni a ningún sitio que estuviera en dirección a la casa, salió de la cripta y pisó el terreno llano, encorvando los hombros para protegerse de la ventisca, luego se desplazó hacia la derecha, se metió entre los árboles, bajando la colina, y desapareció de nuestra vista.





CRISTOPHER PRIEST, nacido en Cheshire, Greater Manchester, en 1943, es uno de los escritores ingleses actuales más interesantes. En 1970 publicó su primer libro, *Indoctrinario*, al que siguieron *Fuga para una isla* (1972), *Un mundo invertido* (1974), *La máquina del espacio* (1976), *Un verano infinito* (1979) y *La afirmación* (1980), *The extremes* (1998), *The separation* (2002).

Su novela *El glamour* ganó el Kurd Lasswitz a la mejor novela en 1988. *El prestigio* (1995) fue galardonada con el Premio James Tait Black Memorial (categoría ficción) y el *World Fantasy Award*.

Entre sus influencias pueden destacarse las del pionero de la ciencia ficción H. G. Wells. En el año 2006 fue nombrado Vicepresidente de la sociedad internacional H. G. Wells.

Notas

[1] Instituto británico, encargado del patrimonio histórico-artístico nacional y de parajes de interés ambiental. (*N. de la T*).. <<

[2] Todavía no tengo claro a quién va dirigido este informe. ¿Cuál es esta «posteridad» para la que escribo con tanta complicidad? ¿El informe es para ser publicado y distribuido a toda la fraternidad de magos? En ese caso, debo eliminar muchos de los detalles personales. Uno o dos de mis colegas (incluidos, por supuesto, David Devant y Nevil Maskelyne) han publicado explicaciones técnicas de sus trucos, y mi gran mentor, Anderson, pagó sus deudas vendiendo regularmente pequeños secretos. Hay un precedente, así que la circulación de este tipo de información sería aceptable, a pesar de que pienso que únicamente debería ser publicada después del final de Angier (su verdadero final). Supongo que mi intención no es publicarlo. <<